



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Máster. Historia Contemporánea

LA INFLUENCIA DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y LA REVOLUCIÓN RUSA EN LA IZQUIERDA OBRERA ESPAÑOLA (1914-1921): UNA PERSPECTIVA A TRAVÉS DE LA PRENSA MILITANTE

Autor

Adrián Trujillo Traín

Director

Julián Casanova Ruiz

Facultad de Filosofía y Letras

2014/2015

RESUMEN

El presente Trabajo de Fin de Máster versa sobre la izquierda obrera como sujeto histórico en el período cronológico de 1914 a 1921. El objetivo ha sido establecer una perspectiva del período a través del estudio de fuentes periodísticas, atendiendo a la influencia que la Primera Guerra Mundial y la doble revolución rusa tuvieron en el movimiento obrero español (socialista y anarcosindicalista), como fuente de ideas, ilusiones, tácticas y estrategia organizativa. Una de las premisas de este trabajo es que pese a que se acota a la realidad española, ésta es indisociable de la convulsión revolucionaria presente en Europa tras el cataclismo que la Primera Guerra Mundial provocó en los Estados (sobre todo en los perdedores de la guerra), que terminó conjugándose, en un breve período de tiempo con las políticas que emanaban de la Revolución Bolchevique encarnadas en la Tercera Internacional.

Palabras clave. Primera Guerra Mundial, Comunismo, Revolución rusa, Movimiento obrero español, Socialismo, Anarcosindicalismo,

ABSTRACT

This paper is focused in the working left as a historical subject in the chronological 1914-1921. The aim has been to establish a perspective for the period through the study of journalistic sources, attending to the influence that World War I and the double Russian revolution had on the Spanish worker movement (socialist and anarcho-syndicalist), as a source of ideas, illusions, tactics and organizational strategy. One of the premises of this paper is that despite the fact that it is limited to the Spanish reality, it is inseparable from the European revolutionary upheaval after the cataclysm that World Word I triggered in the states (especially in those who lost the war), which finished mixing in a short time with the policies emanating from the Bolshevik Revolution embodied in the Third International.

Keywords. World War I, Communism, Russian Revolution, Spanish worker movement, Socialism, Anarcho-syndicalism.

ÍNDICE

0) Introducción.	1
1) Metodología y fuentes: los órganos de prensa militante del PSOE y la CNT	3
2) Estado de la cuestión bibliográfico	6
3) La Primera Guerra Mundial y las organizaciones obreras españolas (1914-1917)	13
3.1) La Gran Guerra como punto de no retorno del socialismo internacional: social-patriotismo, pacifismo y revolucionarismo	13
3.2) El PSOE y la Gran Guerra. Grietas en el socialismo español	23
I) Antecedentes: El proceso de integración de un partido socialista	23
II) La recepción de la guerra: la aliadofilia socialista a través de la prensa	26
III) El X Congreso: la entrada en escena de los <i>minoritarios</i>	40
IV) La evolución de la aliadofilia 1916-1917: la beligerancia	40
3.3) El anarquismo español y la guerra: la reorganización de la CNT	45
I) Antecedentes: el arraigo del anarquismo en España	45
II) La concepción de la guerra a través de la prensa	48
III) El comienzo de la reorganización de la CNT: El Congreso Internacional de la Paz de El Ferrol	52
4) España en la coyuntura revolucionaria (1917-1921)	54
4.1) 1917-1921: Una coyuntura revolucionaria europea	54
4.2) La recepción de las revoluciones rusas de febrero y octubre a través de la prensa	60
I) La visión del socialismo español: el prisma aliadófilo.	61
II) La visión a través de la prensa anarquista-cenetista: el prisma antipolítico.	66
4.3) El oleaje revolucionario llega a España	69
I) Imaginando un Febrero español: sobre la huelga general de agosto de 1917	72
II) El punto álgido del anarcosindicalismo español: sobre la huelga de La Canadiense. Organización sindical, terrorismo y represión	77
III) El miedo de los propietarios al bolchevismo: sobre el Trienio Bolchevista andaluz 1918-1920	82
4.4) El Final del oleaje	85
I) Exportando la revolución: el surgimiento de la Tercera Internacional	85
II) El breve paso de la CNT por la Tercera Internacional	90
III) De la grieta a la fractura del PSOE: la formación del Partido Comunista de España	91
5) Conclusiones	104
6) Bibliografía y prensa	107

LA INFLUENCIA DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y LA REVOLUCIÓN RUSA EN LA IZQUIERDA OBRERA ESPAÑOLA (1914-1921): UNA PERSPECTIVA A TRAVÉS DE LA PRENSA MILITANTE

0) Introducción: Presentación del tema de estudio

En la actualidad, a poco más de un siglo desde el inicio de la conflagración mundial y cercano el centenario de la Revolución Rusa, el estudio de sus consecuencias y la extensión de sus sombras respectivas sigue plenamente vigente. Gregory M. Luebbert en su trabajo clásico *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras* afirmó que

La arremetida de la política de masas se vio radicalmente acelerada por sus propios efectos: la guerra y la revolución bolchevique. Probablemente, la guerra y la revolución ayudaron a fomentar la conciencia de clase y la polarización en la misma medida que todos los años de industrialización que las precedieron.

La Primera Guerra Mundial desarraigó, alienó y desorientó, y además fue el punto de ruptura del que venía siendo el mundo socialista forjado en el Largo Siglo XIX. Lo fue, en primer lugar porque al provocar las actitudes orientadas a la “defensa nacional” en los respectivos Estados hizo surgir grietas entre aquellos que secundaron sus gobiernos buscando espacios mayores de actuación política, y entre los que renegaron de esta actuación pretendiendo retornar, mediante el pacifismo a la que había sido la conducta contra la guerra imperialista burguesa de la II Internacional.

En segundo lugar, por una de sus consecuencias principales, que consistió en aportar las condiciones para la caída de la estructura zarista y permitir el ascenso de una revolución social. La revolución bolchevique es indisociable de la guerra, fruto de condiciones estructurales que permitieron que la práctica leninista se materializara dando lugar a la primera revolución socialista exitosa. Que a día de hoy el “comunismo realmente existente” no consiguiera establecer el paraíso en la tierra es, en este trabajo, indiferente para remarcar el hecho de que Octubre fue un foco evocador, un horizonte de luz cuya sombra se extendió por la vieja Europa generando esperanzas y contribuyendo a intensificar el oleaje revolucionario que los desequilibrios de la guerra generaron. Y es que la revolución bolchevique, a través de su baluarte táctico, la Tercera Internacional constituida en marzo de 1919, supuso la extensión de aquellas ideas leninistas de vanguardia y toma revolucionaria del poder que en el seno de la II Internacional con su predominancia reformista era muy minoritarias. La que había sido la estrategia propia de las peculiaridades del socialismo ruso pretendió exportarse a Europa occidental con el resultado del surgimiento de los Partidos Comunistas fruto de una escisión, casi siempre minoritaria de un Partido Socialista preexistente. Así, la Revolución Rusa fue el mazazo que asestó el último golpe a la cuña colocada en el socialismo por la guerra, provocando la fractura de la izquierda obrera y situándola a la defensiva en el momento de surgimiento de la reacción. Así, volviendo a las palabras de Luebbert:

El impacto de la revolución bolchevique apenas puede ser exagerado. Gran parte de la legitimidad que el liberalismo reformista y la socialdemocracia habían disfrutado en el período de anteguerra había

derivado de la convicción entre los obreros de que no existían otras alternativas creíbles. [...] la revolución refundó el espectro de posibilidades percibido tanto por los reformistas como por los obreros radicales [...] Al hacer plausible por primera vez la idea de una revolución de los obreros, la Revolución rusa elevó las apuestas de la política de clases y acentuó los conflictos de clase en toda Europa. [...] Que el peligro de revolución que se percibía era algo más que una mera hipótesis parece ser confirmado por las tentativas de revolución, luchas callejeras, rumores de golpes de estado y guerras civiles entre clases que barrieron Europa, siguiendo un eje que iba de Leningrado a Madrid entre 1917-1921¹.

Esta es una de las pretensiones fundamentales del presente trabajo: además de tener en cuenta que la guerra fue el punto de ruptura del que venía siendo el mundo socialista conocido, se pretende mostrar que en el período 1917-1921 tuvo lugar una convulsión revolucionaria a nivel europeo provocada por el cataclismo socioeconómico de la guerra y la posguerra, potenciada por los vientos de Octubre de la que España no se libró. Y aquí es donde introducimos las incógnitas que hemos seguido: ¿Qué ocurrió con la izquierda española, anarquista y socialista, como país neutral en la contienda? ¿Cómo influyeron la guerra y la revolución rusa, los acontecimientos fundamentales del período, en las organizaciones obreras? ¿Generaron pautas de análisis, interpretaciones y tácticas para la acción? ¿Cómo influyó en España el oleaje de revolución y conflicto social que se extendió por Europa?

Parece lógico que los cambios que sucedieron en el seno del PSOE-UGT y la CNT se vieron influidos por los sucesos internacionales y esta es fundamentalmente la hipótesis seguida, más allá de que el comunismo, y por lo tanto el PCE fue un producto directo de la ideología y la táctica bolcheviques. Ambas organizaciones se emplazaban en mundos que iban más allá de los Pirineos y participaban de sistemas de ideas y culturas políticas (o antipolíticas) fruto de trayectorias seculares. En el caso de del Partido Socialista Obrero Español era un miembro de la Internacional Socialista y por lo tanto, pese a la neutralidad española, participó de las divisiones que afectaron al socialismo bélico, generando una interpretación, que estudiaremos, que gobernó el *modus operandi* del partido durante el período. El mundo anarquista, minoritario desde principios de siglo, mas no inexistente, encarnado en personalidades europeas como Kropotkin, Malato, Malatesta o Faure, fue el medio en el que se desenvolvió la CNT. Además el hecho de que los vectores, guerra y revolución rusa, fueran analizados de forma diametralmente opuesta desde los sectores mayoritarios del anarquismo y el socialismo, generó pautas de actuación y autoafirmación que provocaron el distanciamiento de ambas organizaciones, pese los breves y parciales entendimientos, alimentando así, todavía más la división del obrerismo. Si en el resto de Europa la dicotomía se encarnaba en un movimiento socialista y otro comunista, en España hay que añadir la pauta del anarquismo como movimiento de masas.

Así, este trabajo tiene el objeto de presentar, a través de la prensa obrera y la bibliografía existente seleccionadas, una perspectiva del período como marco para la realización de investigaciones futuras enfocadas a una tesis doctoral acotada a un contexto más local o a alguno de los aspectos de menor conocimiento historiográfico. El trabajo ha quedado dividido en seis apartados de extensión variable: uno primero, que muestra las fuentes hemerográficas consultadas y lo que se ha buscado en ellas (la metodología aplicada). Un segundo, que presenta un “Estado de la cuestión” bibliográfico tratando las principales obras que han orientado el

¹ Luebbert, Gregory M., *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 1997. pp. 326 y 338-339.

trabajo, sus tesis principales y sus perspectivas más sugerentes. Los dos siguientes apartados son los más extensos, donde se ha plasmado la investigación en prensa y el uso bibliográfico. Así, el tercero corresponde al estudio del movimiento obrero, socialista y anarquista durante la guerra, de 1914 a 1917, donde se hallan las claves de cambio y reafirmación. Se ha hecho hincapié en cómo ambos movimientos analizan la guerra y de qué forma influye esto a la hora de generar marcos interpretativos con los que comprenden y actúan en el período. El quinto apartado tiene una cronología de 1917 a 1921 y sus principales elementos son la recepción de las revoluciones rusas a través de los órganos periodísticos del movimiento obrero; el estudio de España en la convulsión revolucionaria Europea centrándonos en los casos de la huelga general de Agosto de 1917, los sucesos de Barcelona en torno a la huelga de La Canadiense y el Trienio Bolchevique; y el surgimiento del comunismo español, hecho con el que se finaliza el período del presente trabajo. Los dos últimos apartados, el quinto y el sexto, corresponden a las conclusiones extraídas y al listado de referencias bibliográficas y fuentes empleadas.

1) Metodología y fuentes: los órganos de prensa militante del PSOE y la CNT

La fuente primaria con la que se ha decidido hacer este trabajo son los órganos de prensa fundamentales de ambas secciones del movimiento obrero español. Cabe hacer una precisión de nuestro objeto de estudio: como señala Manuel Pérez Ledesma² el estudio del movimiento obrero se desarrolla a modo de “círculos concéntricos”, que van del obrero “no consciente”, al “consciente y organizado”, a nivel de partido, sindicato, periódico etc. Es este nuestro caso, el estudio tanto del PSOE y la CNT como un todo, de ahí que se haya elegido la prensa como fuente para tratar un tema de esta amplitud. Fundamentalmente, la prensa nos permite hacer un análisis de la ideología, y es que el movimiento obrero, si bien es praxis, se estructura en torno a una visión del mundo que va evolucionando. Esta ideología queda articulada en torno a ideas y símbolos como pueden ser las referencias a las revoluciones, en abstracto, pero también a las concretas como la francesa y bolchevique, al pueblo, a la democracia, la libertad o la “dictadura del proletariado”³.

Estudiar la prensa militante permite aprehender cuestiones esenciales de las organizaciones pues estos periódicos tenían un papel fundamental como bastiones movilizadores y su vida era indisoluble de los movimientos a los pertenecían. Parece ser expresión de esto que una de las primeras acciones al fundar un partido obrero, como pueda ser el primer PCE escindido por las Juventudes, sea fundar un periódico, *El Comunista* en este caso. Además, el periodismo militante se compaginaba en muchos casos con cargos en el partido o en los sindicatos. Así, los periódicos hacían de barómetros para conocer la salud de las organizaciones y como señala Enrique Moral, “la publicación y el partido político, se podían contemplar en gran manera, como dos partes integrantes de un mismo organismo en situación de dependencia mutua”⁴. Así, la mera existencia pública de los periódicos vinculados al PSOE y a la CNT demostraba, también públicamente, que estas organizaciones existían y estaba presentes en la sociedad del momento.

² Pérez Ledesma, Manuel, “Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología” en *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, Nº 6-7, 1988-1989, pp. 7-15

³ Véase Termes, Josep, “La prensa obrera como fuente histórica en Castillo, Santiago y Carvajal Otero, Luis (Eds.), *Prensa Obrera en Madrid 1855-1936*, Revista Alfoz, Madrid, 1987, pp. 33-47.

⁴ Véase Moral Sandoval, Enrique, “El Socialista 1913-1936”, en *Ibid.* pp. 519-547. La cita en la pp. 520.

Los periódicos estudiados han sido, *El Socialista*, órgano madrileño oficial del PSOE; y los periódicos catalanes *Solidaridad Obrera*, periódico sindicalista de la CNT, y *Tierra y Libertad*, vinculado también al gran sindicato pero en su vertiente ideológica más ácrata. Se ha realizado una inmersión en ellos para ver como tratan dos cuestiones fundamentales: la recepción de la Primera Guerra Mundial (Apartado 3.2 y 3.3), en primer lugar, y en segundo, el análisis de los sucesos revolucionarios rusos de Febrero y Octubre (Apartado 4.2). Además de esto, se ha accedido a la información sobre sus diferentes Congresos fundamentales como son, en el caso del PSOE, el X Congreso de 1915, donde se enfrentan *mayoritarios* y *minoritarios*; o el internacionalista-pacifista de Ferrol organizado por el anarquismo en 1915, donde se decide la reorganización de la CNT. También ha sido fundamental para tratar el tema de los tres Congresos Extraordinarios del PSOE y el surgimiento del comunismo español, elemento con el que finalizamos nuestro relato (Apartado 4.4, III). Estas cuestiones han aportado las claves con que ambas organizaciones, PSOE y CNT afrontaron los hechos fundamentales del período impulsando líneas de acción continuada que podemos resumir en la aliadofilia y voluntad política democratizadora del PSOE frente al Sistema de la Restauración; y el pacifismo conjugado con radicalismo social de la CNT que la llevó a un breve período de bolchevización.

En cuanto a *El Socialista*, aparecido en 1886, se ha analizado su contenido desde algunos números anteriores al año del comienzo de la guerra en 1914 hasta el surgimiento final del comunismo en 1921. Ante la abundancia de números se ha hecho una búsqueda de los elementos de importancia para el trabajo atendiendo a las fechas principales en que se producen, por ello, ha sido de especial ayuda el hecho de que fueran tratados en la bibliografía utilizada, como puedan ser los trabajos de Forcadell o de Meaker. El periódico se ha consultado a través de la hemeroteca digital que pone a disposición del público la Fundación Pablo Iglesias⁵. La búsqueda ha sido satisfactoria pues ha permitido aprehender los cambios en el socialismo y la interpretación que desde los liderazgos se hace de la guerra y la revolución, cuestiones que harán de sustrato ideológico de actuación. Además es interesante estudiar la prensa socialista debido a que toda la organización presenta una consolidada centralidad que irradia desde Madrid al resto del país, siguiendo la tesis de Carlos Forcadell⁶. Centralidad que provoca que el proceso de escisión del Partido Socialista se produzca desde la capital.

Antes de la escisión definitiva en 1920 se irán creando nuevos medios de comunicación al margen del oficial del socialismo, cuya función será sacar a la luz la existencia de una opinión minoritaria, lo que supone en definitiva la existencia de una nueva fracción. Para futuros trabajos pretende consultarse el semanario surgido durante la guerra denominado *Nuestra Palabra* donde los elementos socialistas que discrepaban de la guerra y la aliadofilia común al partido manifestaron posiciones políticas e ideológicas que no encontraban hueco en los órganos ordinarios del partido, posibilitando la existencia de un sector *minoritario* y actuando de cuna del comunismo español. También al órgano de la Federación de Juventudes Socialistas, *Renovación* de donde acabará surgiendo *El Comunista* al mismo tiempo que la fundación del PCE.

⁵ Consultado en Archivo Fundación Pablo Iglesias en red:
<http://archivo.fpabloiglesias.es/index.php?r=hemeroteca/ElSocialista>

⁶ Forcadell, Carlos, "La nueva prensa obrera en la escisión del socialismo", en Castillo, Santiago y Carvajal Otero (eds.). pp.-251-273.

Asimismo, el órgano creado en octubre de 1919 por un sector vinculado a Manuel Núñez de Arenas llamado *La Internacional* favorable a la adhesión al Komintern.

La prensa del entorno de la CNT (anarquista, anarcosindicalista, sindicalista etc.) también ha permitido sacar conclusiones claras sobre los interrogantes que planteamos en este trabajo, con la diferencia de ser mucho menos regular en cuanto a publicación que la socialista. *Solidaridad Obrera* fue el periódico portavoz de la organización homónima constituida en 1907. Tras la fundación de la CNT en 1910 se convirtió en el órgano de la sección regional catalana (CRT), cayendo con la el primer derribe de la CNT en 1911. Así, la reorganización de *La Soli* fue pareja a la reorganización de la CNT y debido a la falta de fondos no se constituyó como diario hasta 1916. La capacidad de contar con un diario vinculado a la CNT, como es *Tierra y Libertad* de tendencia anarquista pura, fundado en 1888, ha sido de gran importancia para estudiar el ya conocido hecho de que el anarquismo español, durante un período de tiempo, confundió el maximalismo ruso con la imagen de “espontaneidad revolucionaria” manteniendo una idea anarquista del proceso revolucionario de Octubre. *Solidaridad Obrera*⁷ y *Tierra y Libertad*⁸ han sido consultados a través de la digitalización que pone a disposición el Centre de Documentació Antiautoritari i Llibertari (*Cedall*). La cronología consultada va desde 1914 a 1919, esto es debido a que, al ser órganos catalanes, debido al convulso período que se inicia en 1919 ambas cabeceras fueron prohibidas, no reapareciendo hasta 1923 (*La Soli* fue llevada a Valencia).

En un principio, se pensaba llevar el estudio hasta 1923, tratando los sucesos acaecidos hasta la llegada de la Dictadura de Primo de Rivera, mas para la visión que queremos dar es suficiente la plasmación narrativa hasta 1921. Sin embargo, en la semana del 23 al 28 de agosto de 2015 se realizó un proceso de recogida de fuentes hemerográficas y documentales en el Archivo del Partido Comunista de España (AHPCE), extrayendo información del periódico *El Comunista*, órgano del primer PCE de las juventudes y de *La Antorcha*, periódico del Partido Comunista de España fusionado en 1921. Dada la extensión del presente trabajo, sólo han podido presentarse unos números de *El Comunista* tratando la caracterización del primer PCE de los jóvenes, con su puridad elitista y su antiparlamentarismo que lo acercaban a eso que Lenin definió como la “enfermedad infantil del comunismo”. La documentación recogida y no plasmada será empleada en futuras investigaciones.

⁷ Consultado en el Archivo Histórico de Solidaridad Obrera en red:

http://cedall.org/Documentacio/Catala/cedall103530000_Solidaridad%20Obrera.htm

⁸ Consultado en el Archivo Histórico de Tierra y Libertad en red:

http://www.cedall.org/Documentacio/Castella/cedall203520000_Tierra%20y%20Libertad.htm

2) Estado de la cuestión bibliográfico

El presente “Estado de la cuestión” se ha realizado con el objetivo de recoger los principales trabajos y tesis que han trabajado este tema y de los que se han extraído los cimientos para conformar la visión del período que aquí se presenta. Primero vamos a analizar los que tratan sobre la izquierda obrera y el período en su conjunto. Además de los trabajos clásicos de Tuñón de Lara⁹, el gran estudio de George H. Cole *Historia del pensamiento socialista*, la magna obra coordinada por Jacques Droz, *Historia general del socialismo*, y el no menos clásico Juan Antonio Lacomba con *La crisis española de 1917*, los trabajos más importantes sobre el período son de Gerald Meaker y Carlos Forcadell.

El más completo desde el punto de vista cronológico, que sobrepasa los años que aquí estudiamos es el de (1974) **Gerald Henry Meaker**, *La izquierda revolucionaria en España*, cuya edición en castellano es de 1978¹⁰. Meaker realiza una historia política e ideológica del movimiento obrero español, así como de sus elites, contextualizando el análisis en el seno de las tensiones sociales españolas, agravadas por la época de turbulencias inaugurada por la Primera Guerra Mundial y su consiguiente posguerra, en lo que se conoce como “crisis de la Restauración” hasta la supresión del parlamentarismo por la dictadura de Primo de Rivera en 1923. El análisis del hispanista estadounidense se centra en dos cuestiones principales: por un lado, la respuesta del anarquismo y el socialismo español a la revolución bolchevique y al concepto leninista de la táctica revolucionaria. Por otro, la impotencia política del primer comunismo español debido a la descohesión y la debilidad numérica.

La principal tesis de Gerald Meaker es que el fracaso del comunismo español en el período de posguerra mundial, revolucionario a escala europea, ha de ser analizado en el contexto de un movimiento obrero aislado y subdesarrollado comparativamente con Europa Occidental, y además reproductor incesante de aquella vieja lucha procedente de la Primera Internacional entre tendencias hostiles, la bakuninista-anarquista y la marxista-socialista. Según Meaker ambas subculturas laborales al sucumbir parcialmente a los vientos de la revolución bolchevique crearon un “vacío ideológico”. Éste se basaba en el emplazamiento del comunismo entre un Partido Socialista subdesarrollado, en el que se mantenía una visión gradualista de la revolución como un fenómeno inevitable históricamente aunque lejano, y un movimiento anarcosindicalista auténticamente revolucionario pero que continuaba con la visión opuesta de la revolución, la de la espontaneidad, más propia del XIX que del XX. Dicha predominancia, se explica en que ni socialistas, ni anarcosindicalistas perdieron credibilidad en sectores mayoritarios al no participar en la guerra.

Por lo tanto, dada la fuerza relativa de ambos movimientos ya constituidos y conocidos, las fracciones desde las que se construiría el primer comunismo español tenían que dar lugar a un movimiento débil, casi impotente, que debería esperar tiempos mejores: “de todos los partidos

⁹ Por ejemplo, realizada junto con Manuel Núñez de Arenas, la *Historia del movimiento obrero español*, Nova Terra, 1970. O su *El movimiento obrero en la historia de España*, Sarpe, Madrid, 1985.

¹⁰ Meaker, Gerald H (1974), *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)*, Ariel, Barcelona, 1978. La cita en la pp. 612.

comunistas europeos, el español fue acaso el más débil e infortunado hasta principios de los años treinta bajo circunstancias un tanto inusitadas”.

En fechas cercanas destaca el trabajo de (1978) **Carlos Forcadell**, *Parlamentarismo y Bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*¹¹. La importancia historiográfica del texto de Forcadell gira en torno a las tesis del autor sobre las líneas de fractura en el interior del movimiento obrero español durante la guerra. El autor parte de la reconstrucción del perfil del socialismo español durante la Segunda Internacional, para pasar luego a analizar la repercusión de la guerra mundial y la Revolución Rusa, abarcando cronológicamente hasta 1918.

En la Segunda Internacional (1889-1914), a modo de organismo unitario en el que coexistían tendencias diferentes e incluso opuestas, se agrupaban todos los partidos obreros proclamados marxistas. Durante su existencia, en general, los partidos socialistas-socialdemócratas nacionales crecieron y experimentaron un proceso de integración política- especialmente en los países con un parlamentarismo más desarrollado-. La tesis del doctor Forcadell es que a la par que dicha integración se va produciendo, surgirá en el socialismo europeo una “contradicción entre el mantenimiento de una teoría revolucionaria, progresivamente determinista y mecanicista, y una praxis reformista”. Con la Primera Guerra Mundial, que relega la teoría por la práctica urgente, se revelan las contradicciones entre las diferentes posturas presentes en la Internacional Socialista, a la vez que se manifiestan las tendencias centrífugas. La separación o escisión comenzará a ser, en palabras de Forcadell, “un factor necesario y revolucionario para determinados sectores socialistas, mientras que, desde el XIX, había sido la ‘unidad’ el valor revolucionario fundamental”.

El socialismo español también participa de este proceso, pero siguiendo una vía particular debido a las condiciones de la sociedad española, así como por la determinada recepción de la doctrina de Marx. Forcadell afirma (1) que el socialismo español lleva a cabo una asimilación superficial del marxismo en las últimas décadas del XIX, estableciendo unos esquemas simples y generales, por los que mantendrá una concepción determinista de la revolución que es vista como una meta final que surge de la ley natural. (2) Además, mientras que otros partidos socialistas europeos, a la altura de 1914, tienen avanzada su integración política nacional, el PSOE no ha salido de su aislamiento, que explica el mantenimiento de la pureza doctrinal. Frente a esto, el Partido Socialista expresa su voluntad de estar presente en la vida política nacional, el Parlamento, para lo que se había aliado con los republicanos estableciendo la Conjunción republicano-socialista (1909).

(3) Sin embargo, será la guerra la que creará las condiciones para la integración del socialismo en la vida nacional, como un avance cualitativo. El PSOE es el único partido socialista de un país neutral que se declara aliadófilo desde el comienzo del conflicto. Conviene recordar que son los socialistas de los países neutrales- Italia, hasta la entrada del conflicto, Suiza, Holanda etc.,- los que organizan la conferencia pacifista de Zimmerwald, precisamente por esto, la actitud del PSOE supone una aceptación potencial de la política de *Union Sacré*, de defensionismo nacional.. Internacionalmente se debe paralizar la lucha de clases para apoyar a los aliados, y a escala nacional se debe practicar la alianza con las “fuerzas vivas” como

¹¹ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y Bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*, Crítica, Barcelona, 1978. Las citas en las pp. 292, 293, 294 y 296.

republicanos, reformistas etc. (4) Las condiciones socioeconómicas de la guerra provocan un crecimiento cuantitativo del proletariado español, unido al aumento de la conciencia de clase, lo que provoca que por primera vez surja “la ocasión de un fuerte respaldo social a la política de un partido obrero”. Tras el fracaso de la huelga de agosto de 1917 el PSOE continúa con la estrategia parlamentaria, consiguiendo en 1918 una minoría de seis diputados, paso definitivo para el abandono de la marginación.

(5) El “éxito” del PSOE coincide con los vientos del triunfo de la revolución de Octubre, lo que es silenciado o superficialmente analizado. El hecho de que la integración del socialismo se produzca en el mismo momento de la profunda crisis estructural europea y española provoca la radicalización del movimiento obrero. Dentro del PSOE se producen líneas de fractura desde 1909 (anticonjuncionistas) que se agravan con la Primera Guerra Mundial y la aliadofilia, y que culminan con el influjo de Octubre de 1917. Así, con la superposición parcial de los tres elementos tendrá lugar la escisión definitiva y el origen del doble primer comunismo español, el surgimiento del PCE y el PCOE hasta su unificación en 1921. La fundamental tesis del Carlos Forcadell es lo que denomina “radicalización estructural del proletariado”, que tiene lugar de 1914 a 1918, en contraste con la “parlamentarización” del PSOE y la debilidad de la minoría que terminará por escindirse del mismo- de 1918 a 1921-. Finalmente, Para Forcadell “la radicalización del proletariado encuentra su cauce natural en la CNT, cuando se están fortaleciendo las tendencias reformistas del PSOE”.

Un tercer autor que analiza el período y explica el surgimiento del comunismo español es (1986) **Luis Arranz Notario, “La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: debate ideológico y político”**¹². La tesis del autor se centra en lo que denomina el “bloqueo de legitimidades” que afecta en su mayoría a todos los partidos políticos y organizaciones (como la CNT) en el período de crisis de la Restauración, tanto dinásticos como antidinásticos. En el caso de la izquierda obrera, señala el autor que “si el bloqueo de legitimidad de los anarcosindicalistas se había traducido en el sacrificio de la organización al antipoliticismo, los socialistas habían terminado sacrificando la política a la salvaguardia de su organización”. Esto explica su permanencia en la Dictadura de Primo, pero también el hecho de que tras la huelga de Agosto de 1917 no se produzca una radicalización sino una justificación de la actuación del Partido, colocando la culpa en la inacción de los sectores avanzados de la burguesía.

Como la aliadofilia era la “proyección internacional” de la “alianza interna con los republicanos”, la victoria aliada se convirtió en un motor ideológico en la tarea de la democratización del régimen. Desde estos supuestos programáticos, aunque la Revolución Rusa estimulara el auge reivindicativo en los picos huelguísticos de 1919-1920, sus consecuencias organizativas serían escasas. Siguiendo con la tesis del “bloqueo de legitimidades”, los que se volvieron *terceristas* eran aquellos que a la táctica de revolución gradualista democrática oponían el bolchevismo, siendo un grupo débil teóricamente y doctrinalmente heterogéneo: estaban integrados por los jóvenes socialistas madrileños, el grupo de estudiantes socialistas, *minoritarios* que habían visto la guerra como un conflicto entre imperialismos similares, los

¹² Arranz Notario, Luis, “La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: debate ideológico y político”, en Juliá, Santos (coord.), *El socialismo en España : desde la fundación del PSOE hasta 1975*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1986. La cita en la pp. 188, 171 y 174.

desengañados de la actitud aliadófila, además de veteranos enemigos del *establishment* del PSOE contrarios a la Conjunción. Por lo tanto, siguiendo la argumentación de Arranz Notario, el modelo ruso era visto como una alternativa al bloqueo del Partido, así “el tercerismo consistía sobre todo en un estado de ánimo”. Sin embargo, esta radicalización de un sector del PSOE poco éxito podía tener en un contexto donde ya existía un punta precedente entre “maximalistas” integrados en la CNT y “minimalistas” del PSOE tradicional, aunque los *terceristas* vieran las ideas bolcheviques como la posibilidad de atajar y captar al anarcosindicalismo.

Muy interesante también por su análisis desde el punto de vista de la violencia son sendos trabajos de (1998) **Eduardo González Calleja**, *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*¹³, y (1999) *El máuser y el sufragio: orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*¹⁴. El profesor González Calleja realiza un recorrido panorámico sobre la crisis de la Restauración centrándose en la conflictividad social y política. El autor dedica no poco espacio a la radicalización de las actitudes del obrerismo rural y urbano en sintonía con esa “oleada revolucionaria” que se extendió por la Europa de posguerra mundial.

Una de las tesis más importantes del profesor González Calleja es la constatación de que el período 1910-1923 supone una nueva fase o coyuntura de la violencia política durante la Restauración, que sería una de las consecuencias del impacto decisivo de la Primera Guerra Mundial en la vida económica y la estructura social. La nueva fase arranca antes de la cronología estudiada, a raíz de los conflictos provocados por la Semana Trágica, siguiendo la tendencia que venía desarrollándose desde principios de siglo, el frente reivindicativo era protagonizado por los trabajadores organizados que utilizaban como táctica la huelga masiva. En 1917-1918 quedaría fechado el punto culminante de la fase, con las huelgas de agosto de 1917, extendiéndose por las huelgas generales de Barcelona de febrero y marzo de 1919, el “trienio bolchevique” andaluz de 1918 a 1920 y los grandes paros de mineros y metalúrgicos de 1920. Los sucesos revolucionarios del verano de 1917 y el “trienio bolchevique” supusieron un hito en el desarrollo de la conflictividad social: tras el fracaso de la huelga de agosto de 1917, los socialistas quedaron defraudados de la alianza con los republicanos y perseveraron en su aislamiento hasta finales de la siguiente década. El anarcosindicalismo, por su parte, abrazó durante un corto tiempo posturas probolcheviques para aprovechar la crisis estructural abierta con la guerra. La reacción conservadora contrató bajo el elemento de las “uniones cívicas” como el Somatén y el contramovimiento basado en el Sindicato Libre.

Debemos de tener en cuenta también los análisis de (2004) **Antonio Elorza**, “**Contexto histórico de la formación del PCE**”¹⁵. El autor argumenta que no se puede explicar la radicalización de la clase obrera española entre 1917 y 1920 sólo por el efecto de Octubre sobre las conciencias obreras. Sin desdeñar su importancia, sobre todo en las mentalidades, fue

¹³ González Calleja, Eduardo, *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, CSIC, Madrid, 1998.

¹⁴ González Calleja, Eduardo, *El máuser y el sufragio: orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1999.

¹⁵ Elorza, Antonio, “Contexto histórico de la formación del PCE”, en VVAA., *Contribuciones a la historia del PCE*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 2004. pp. 11-47. Las citas en las pp. 12, 14, 16, 21, 31, 32

fundamentalmente un “factor coadyuvante” que “opera en un marco cuya determinación última es de orden económico”. Por lo tanto, para Elorza, son las transformaciones económicas, provocadas por la acumulación capitalista a raíz de la neutralidad en la guerra, “las que alientan la radicalización de las reivindicaciones obreras”. Así, debido a las consecuencias económicas de la guerra se produjo un incremento de la conciencia de clase y la consolidación organizativa del PSOE y la CNT. El período de 1917-1919 estuvo caracterizado por la “degradación de la situación política”, junto con la “agudización de las tensiones sociales derivadas del crecimiento”: las fuertes subidas de los precios generaron el ascenso de la sindicación, las huelgas y la conflictividad social, tanto en las áreas urbanas como en las rurales.

Para Elorza, “la radicalización socialista entre 1918 y la escisión ‘tercerista’ de abril de 1921 tiene mucho de una huida hacia adelante” que fue fundamentalmente provocada por la sensación de fracaso en la alianza con los republicanos así como “la presión desde la base, con el entusiasmo revolucionario que suscitan la creciente afiliación y la imagen exterior de la Revolución rusa”. Si bien, a partir de 1919 comenzó la pugna entre la Internacional Socialista y la Internacional Comunista en España, el *tercerismo* no desarrolló capacidad teórica como para ganarse a la mayoría del Partido: parecía “un simple mimetismo ante el ejemplo ruso, destinado a compensar las insuficiencias del pasado reformista del PSOE”. Así, la doble escisión del PSOE en 1920 (juventudes) y 1921 (terceristas) tuvo la consecuencia de reafirmar la vía reformista en el PSOE.

Mientras tanto, los supuestos de la CNT se habrían adaptado más a las expectativas de radicalización obrera provocadas por la subida de los precios a través de la mecánica de la huelga general de masas, pero la dinámica del terrorismo y la represión terminarán con el poderoso movimiento sindical. Sin embargo, será en el anarquismo, bajo esa concepción milenaria de la revolución, el que más se acerca en sus manifestaciones al mito bolchevique. Elorza habla de grupos de acción que se autodenominan “guardias rojos”, los miembros de los sindicatos se presentan como pertenecientes a un “soviet” de tal número, ramo y localidad, y numerosos sindicalistas toman nombres de los revolucionarios rusos o rusifican el suyo. No será hasta 1921, cuando empiecen a ser conocidos más precisamente los rasgos del régimen bolchevique y las persecuciones de anarquistas, cuando la “bolchevización” comenzará a decaer.

“El marco internacional y las expectativas suscitadas por el movimiento obrero recién llegado al nivel de las masas [...] creaban una imagen amenazadora muy por encima de las fuerzas reales y de su capacidad teórica”, no hay que olvidar que en el año 1919 tiene lugar la fallida revolución espartaquista alemana, mismo año que tendrán lugar los sucesos de Cataluña y el punto álgido del Trienio Bolchevique. Comenzará a generarse un miedo al bolchevismo en las clases propietarias que en connivencia con el orden público logrará “colocar la acción gubernativa contra la clase obrera en un nivel de excepcionalidad permanente”. Es decir, la imagen de una revolución inminente, con el modelo soviético de fondo, justificarán “el inmediato desmantelamiento de las organizaciones y la persecución de los dirigentes”.

Una vez analizada la selección de trabajos fundamentales sobre la izquierda obrera y el período, presentamos algunos que tratan la revolución rusa como elemento movilizador y horizonte de acción. En este sentido, debemos citar el clásico de (1929) **Juan Díaz del Moral**,

*Las agitaciones campesinas del período bolchevista (1918-1920)*¹⁶. Díaz del Moral (1870-1948), notario de Bujalance (Córdoba) tuvo una sólida formación humanista e historiográfica que conjugó con sus conocimientos directos sobre el problema de la Tierra en Andalucía. Su *Historia de las agitaciones campesinas* fue publicada por primera vez en 1929 y fue fruto de una exhaustiva búsqueda de fuentes archivísticas. Estamos pues ante un clásico que trata principalmente de las luchas de los campesinos cordobeses, haciendo referencia al resto de provincias andaluzas. Córdoba fue el centro desde el que se extendieron las agitaciones del “trienio bolchevista”. La estimulante tesis del autor parte de que el movimiento obrero cordobés en 1917 estaba en el punto más bajo de una curva decadente, y aunque su prensa había tratado de utilizarla como un elemento de agitación, la revolución de febrero-marzo no tuvo grandes efectos. Sí que los tuvo la revolución de los bolcheviques, que produjo un efecto explosivo sobre los sindicalistas y anarquistas andaluces.

Por sus interesantes perspectivas metodológicas debemos incluir el trabajo editado por (1997) **Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, *Cultura y movilización en la España contemporánea***¹⁷. Este trabajo aborda la explicación de los movimientos sociales no como resultado directo de la existencia de clases sociales enfrentadas en el seno de una sociedad, siendo los cambios de coyuntura en la estructura económica el desencadenante inmediato de los conflictos, sino como resultado de los ingredientes culturales, entendidos como decisivos a la hora de explicar la formación de identidades colectivas y la aparición de formas de acción conjunta. Este enfoque no supone la exclusión de las causas estructurales de los de los enfrentamientos sociales, sino el reconocimiento de que toda realidad social es una realidad construida por los sujetos, a partir de las herramientas culturales de las que disponen en cada momento. La cultura no es una simple “superestructura”, derivada directamente de condiciones materiales “objetivas”, y a su vez, esto no supone negar que la pertenencia a una clase social, por mucho que esta sea una construcción cultural, tiene plena relación con los factores materiales, independientes de la voluntad del sujeto.

Muy sugerente es el capítulo elaborado por **Rafael Cruz, “¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia Soviética y la acción colectiva en España”**¹⁸. El profesor Cruz explica que las concepciones sobre Rusia ya estaban asentadas mucho antes de que los bolcheviques tomaran el poder en forma de dicotomía entre conductas rusófilas y rusófobas. Esta realidad se reprodujo con la llegada de la Primera Guerra Mundial y las dos revoluciones rusas de 1917 que fueron interpretadas bajo la antigua visión de Rusia, de fuerte carga religiosa, como una tierra en la que pugnaban las fuerzas del bien y del mal. Así, el análisis de la doble revolución rusa se realizó en base a dos modelos con sus entusiastas y detractores. (1) El primero fue el considerar a Rusia “el modelo revolucionario del siglo XX”, *universalizable* como la revolución francesa, y por ello no producido por las condiciones concretas de un país, alcanzando así la categoría de mito y manera de tomar el poder. Desde estos supuestos, era una amenaza para el poder, a la vez que un modelo a imitar: “La revolución- a la rusa- sería entonces la única manera de conseguir el poder, ya que había demostrado su éxito en 1917”.

¹⁶ Díaz del Moral, Juan, *Las agitaciones campesinas del período bolchevista (1918-1920)*, Biblioteca de cultura andaluza, Granada, 1985.

¹⁷ Cruz, Rafael y Pérez Ledesma, Manuel (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997.

¹⁸ Cruz, Rafael, “¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia Soviética y la acción colectiva en España”, en *Ibid.*, pp. 273-303. La cita en la pp. 277 y 278.

(2) El segundo modelo era la concepción de Rusia como la “naciente aurora social”, es decir, el camino emancipador hacia un mundo nuevo, distinto al establecido, fundamentado en el poder de la clase obrera y los oprimidos contra el capitalismo. Esta visión generó también una interpretación dicotómica, bien como amenaza, bien como “admiración y entusiasmo hacia la plasmación en la realidad de un viejo sueño”.

En una línea culturalista similar tenemos el estudio de (1999) **Juan Avilés Farré** *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles*¹⁹. Desde el propio título del trabajo, Juan Avilés realiza una interpretación a través de la cual puede hacerse una analogía entre las máximas de la doctrina marxista-leninista y la religión, al margen de que se autoafirmen como científicas. El autor sigue la tesis del clásico estudio de Leszek Kolakowski *Las principales corrientes del marxismo* por la cual, sin negar el contenido racional del marxismo- que no es poco, en comparación con la fe religiosa- ni la capacidad del pensamiento de Marx para servir de estímulo a los estudios de carácter social, se afirma que la influencia histórica del marxismo se ha ejercido sobre todo en su variante leninista, y que no se debe a su carácter científico sino a su carga profética que le aporta el vigor de una creencia, más aun teniendo en cuenta que la Unión Soviética era el único modelo de Estado socialista. El propósito del trabajo de Juan Avilés es examinar cómo incidieron los vientos bolcheviques sobre el proyecto político y la cosmovisión de los españoles: para esa tarea ha estudiado las diversas actitudes que dejaron constancia de sus opiniones hacia la Rusia soviética. Precisamente por esto el trabajo de Avilés Farré es un estudio de los intelectuales (académicos, autodidactas, escritores, periodistas, políticos y sindicalistas) que influyeron en la construcción cultural.

De la bibliografía aquí plasmada, así como la utilizada a lo largo de todo el trabajo podemos sacar las siguientes ideas guía: (1) Que para entender el panorama de la izquierda española hay que hacer una referencia constante a los acontecimientos internacionales, como la Primera Guerra Mundial, gran fuente de desestabilización. (2) En lo que respecta al período estudiado, el movimiento obrero español vivirá durante la coyuntura, una doble radicalización, por las condiciones de la posguerra mundial, pese a la neutralidad, y por la experiencia que tenía lugar en Rusia. Esta radicalización generará miedo y reacción en las clases conservadoras, como en el resto de Europa. (3) Que los vientos que vinieron de la Revolución de Octubre tuvieron dos consecuencias: En primer lugar, influyeron en gran medida en un movimiento obrero (socialista y anarcosindicalista) bloqueado por las condiciones concretas de la coyuntura; en segundo, fueron, como en toda Europa, un factor de división de la izquierda, por las propias políticas leninistas amigas de la escisión, y por las propias características de los objetivos de la izquierda nacional: en el caso del socialismo, “parlamentarismo” contra “bolchevización”, pugna que acabaría dando lugar al surgimiento de un comunismo minúsculo; y potenciando en el caso del anarcosindicalismo, la vieja problemática ideológica del “comunismo libertario” contra “comunismo autoritario”. (4) Que además de las consecuencias organizativas o tácticas que pudiera tener el Octubre ruso, el hecho de que hubiera triunfado la primera revolución social de la historia tuvo gran peso en las mentalidades de la época, tanto en las populares y obreras, generando un sentimiento de entusiasmo y posibilidad, como en las conservadoras, generando

¹⁹Avilés Farré, Juan, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles*, Biblioteca Nueva Uned, Madrid, 1999

miedo y reacción. El fantasma del comunismo volvía a recorrer Europa desde que fue enunciado en 1848.

3) La Primera Guerra Mundial y las organizaciones obreras españolas (1914-1917)

La principal característica del movimiento obrero español a principios del siglo XX es la división en dos facciones contendientes, fruto de la vieja pugna ideológica y espiritual entre el marxismo y el bakuninismo acaecida en los días de la Primera Internacional. La distancia entre ambos era ideológica, pero también geográfica, predominando la corriente anarquista en el este y el sur, destacando Cataluña, Aragón, el Levante y Andalucía, con algunas avanzadas en La Coruña y Gijón; la corriente socialista la encontramos en el centro y el norte, destacando Madrid, Castilla, el País Vasco y Asturias, siendo sin embargo, escasos en Cataluña, primer centro industrial²⁰. Este cisma también existía en otros países cercanos como Francia o Italia, sin embargo la separación era en España peculiarmente profunda, lo que se debió principalmente a la insólita profusión del anarquismo en el país. Mientras en el resto de Europa el anarquismo era compromiso ideológico de un reducido núcleo de intelectuales, en España se conformó como un movimiento de masas. Como señala Gerald Meaker, “los dos movimientos nutrieron una aversión mutua que sólo era superada por su hostilidad a la clase gobernante”²¹, y esta aversión actuó, a su vez, de elemento definitorio de ambas corrientes.

3.1. La Gran Guerra como punto de no retorno del socialismo internacional: social-patriotismo, pacifismo y revolucionarismo.

Desde las décadas finales del XIX y casi los primeros veinte años del XX se construyó en Europa una “contrasociedad”, un “mundo socialista” con una serie de características que lo diferenciaban de la sociedad adyacente: concepciones ideológicas y simbólicas, estructuras organizativas, liderazgos etc. Era un mundo unido bajo unos objetivos y un lenguaje común, cuyas secciones se enfrentaban a problemas similares y tenían medios de actuación parecidos; sin embargo, también era diverso, “dada la necesidad de ajustar los planteamientos generales a las peculiaridades de los distintos países en que actuaban tales organizaciones”²². Esto es de importancia clave si convenimos que, como mostró E. P. Thompson, la identidad de clase obrera surge de un proceso cultural de autodefinición, a través de las experiencias comunes de los trabajadores, que descubrían y articulaban sus intereses como algo contrapuesto a las oligarquías económicas y políticas. En este proceso resulta fundamental el empleo de un lenguaje propio y el sentimiento de vinculación a un movimiento amplio²³.

²⁰ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)*, Ariel, Barcelona, 1978.

²¹ *Ibid.* pp. 15.

²² Véase Pérez Ledesma, Manuel, *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Alianza, Madrid, 1987.

²³ Casanova, Julián y Gil Andrés, Carlos, *Historia de España en el siglo XX...*, pp. 26.

País/Partido	Fundación	Resultados electorales máximos (%)	Máximo de afiliados
Finlandia (SDP)	1903	43,1 (1913)	85.027 (1906)
Suecia (SAP)	1889	36,5 (1914)	133.388 (1907)
Alemania (SPD)	1875	34,8 (1912)	1.085.905 (1914)
Territorios checos (CSDSD)	1878	32,2 (1911)	243.000 (1913)
Dinamarca (SDF)	1876	29,6 (1913)	57.115 (1914)
Noruega (DNA)	1887	26,3 (1912)	53.866 (1914)
Austria (SPÖ)	1889	25,4 (1911)	89.628 (1913)
Italia (PSI)	1892	22,8 (1913)	47.098 (1901)
Bélgica (POB)	1885	22,5 (1900)	
Bulgaria (PSOB)	1891	20,2 (1913)	6.168 (1912)
Suiza (PSS)	1888	20,0 (1913)	29.730 (1913)
Países Bajos	1881	18,6 (1913)	25.708 (1913)
Francia (SFIO)	1880	16,8 (1914)	93.218 (1914)
Gran Bretaña (LP)	1900	7,0 (1910)	

Figura 1. El ascenso del socialismo. Fuente: Elaborado a partir de Eley, Geoff, *Historia de la izquierda europea, 1850-2000*, Crítica, Barcelona, 2003. “Los avances de la socialdemocracia antes de 1914. pp. 70. Nota: la fecha de fundación alude a la constitución de los primeros núcleos socialistas.

A la altura de 1907, año de celebración del Congreso de Stuttgart, el mundo socialista había alcanzado su fase de madurez. Si bien hacia el exterior se daba una impresión de pujanza, las contradicciones internas eran un factor debilitante del organismo internacional. Una primera crisis había ocurrido tras la muerte de Friedrich Engels en 1895, con la llamada polémica del revisionismo a raíz de la publicación del libro de Eduard Bernstein *Las premisas del socialismo y las tareas de la social-democracia*²⁴. La segunda fractura se había centrado en el problema de la

²⁴ Simplificando, Bernstein rechazó el revolucionarismo marxista (sus principios filosóficos y sus consecuencias políticas), desde la premisa de que, en realidad, el socialismo no era una corriente exterior o radicalmente separada del liberalismo burgués, sino un heredero de éste, su expresión llevada a última instancia. Esto le llevó a afirmar el papel del socialismo en el perfeccionamiento de la democracia, lo que implicaba el abandono de la fraseología revolucionaria, ya que en los países evolucionados la lucha de clases debía ser un fenómeno en vías de desaparición. En estos países, debido a las conquistas del movimiento obrero, se iría produciendo una humanización de las relaciones sociales, que ponían en tela de juicio las teorías marxistas de la plusvalía y la concentración capitalista que llevaban a la polarización de la riqueza. Bernstein insiste en la capacidad de adaptación del capitalismo y en que las crisis, al no ser inevitables, no provocarían su derrumbe. Por esto la teoría propuesta por Bernstein tenía un cariz pacífico entre las relaciones de clase y las naciones, basado en el evolucionismo progresivo del capitalismo hacia el socialismo. Era necesario, así, la superación de la retórica revolucionarista y la conversión de los partidos al reformismo democrático, por el que no tenía sentido afirmar el poder únicamente para el proletariado (es decir, la “dictadura del proletariado”). La conclusión era que el socialismo debía buscar la alianza con las fuerzas progresivas de la sociedad, para lograr el transformar la sociedad capitalista, no por la revolución sangrienta, sino por un proceso de reformas cotidiano y paciente. Las tesis fueron contestadas, ya en Alemania, por Kautsky que sostuvo que los cambios a los que aludía Bernstein eran coyunturales y que el imperialismo conduciría al gravamen del antagonismo de clase. Desde más a la izquierda, también fue criticado por Rosa Luxemburg, que deseaba la renovación del marxismo pero para eliminar el reformismo. El debate pronto trascendió al ámbito estrictamente alemán

huelga general, reactivada por el tema de la revolución rusa de 1905²⁵. Siguiendo Annie Kriegel²⁶ el socialismo prebélico se caracterizaba por dos rasgos contrapuestos: en primer lugar, la tendencia del mismo a la unidad del movimiento internacional en ideas, objetivos y simbología (el “mundo socialista”); en segundo, la propensión a la diversificación nacional en varias corrientes siendo la socialdemocracia alemana la dominante: el jauresismo, el tradeunionismo inglés, el movimiento revolucionario ruso, el austromarxismo, el socialismo escandinavo y belga. Pese a la pretensión de la II Internacional de ser “el” Partido Socialista, la adaptación del socialismo a los medios nacionales comportó la dificultad de coordinación debido a la diversidad táctica a la que debía hacerse frente. Además, si en la pugna revisionista de la reforma contra la revolución, había vencido la segunda manteniéndose el radicalismo verbal, en la práctica irá imponiéndose el reformismo provocado por el repliegue de los partidos socialistas en el contexto nacional que relegaron a último término la conquista del poder, a la que en el fondo se basaba su razón de ser.

Frente al revisionismo y la práctica reformista de la ortodoxia internacionalista, se emplazaba una corriente heterogénea de “izquierda revolucionaria”, no agrupada ni dominante todavía en ningún partido, y por tanto manifestada en el terreno de la teoría, que además adoptaba múltiples formas. Las personalidades que integraban esta tendencia eran fundamentalmente Rosa Luxemburg y Franz Mehring dentro de la socialdemocracia alemana; Pannekoek y Wijnkoop en Holanda; los socialistas “estrechos búlgaros”; y finalmente, aquellos que habrán de asumir históricamente la práctica de esta corriente teórica de izquierda revolucionaria, Lenin y los bolcheviques. En torno a estas fechas, la mera oposición a la práctica reformista no funcionaría como cemento aglutinante de la corriente, dando lugar a un fantasma débil y disperso geográficamente, divididos también sus principales teóricos Lenin y Luxemburg. Así, mientras las tendencias unificadoras internacionalistas habían predominado hasta 1905 (año en que se unifica la Sección Francesa de la Internacional Obrera), a partir de 1907 y llegado a 1914, comenzaran a aumentar las tendencias disociativas.

El tema que predomina a comienzos del siglo XX será el tratamiento de la guerra. El internacionalismo socialista interconectará, a modo de trinomio, el capitalismo, el imperialismo y la guerra, a partir de los sucesivos congresos y trabajos teóricos. Terminará declarando en el Congreso de Copenhague (1910) que “las guerras son producto del capitalismo y sobre todo de la competencia económica internacional de los Estados capitalistas en el mercado mundial”²⁷.

mostrando como el revisionismo iba a ser una corriente de alcance europeo -refrendada por Branting (sueco) o Vandervelde (belga); criticada por Labriola (italiano) o Jaurès (francés)-. El problema residía en establecer la posición del socialismo con respecto al grado de integración posible en la sociedad establecida, y que enlazaba plenamente con la problemática de la entrada de los partidos socialistas a ministerios en gobiernos burgueses. El revisionismo fue condenado en los Congresos de París (1900, moción presentada por Kautsky) y Ámsterdam (1904). Kriegel, Annie, “La segunda internacional (1888-1914)”, en Droz, Jacques (coord.), *Historia general del socialismo: de 1875 a 1918*, vol. 2, Destino, Barcelona, 1979, pp. 557-587. pp. 570-574. Y Kriegel, Annie, *Las internacionales obreras (1864-1943)*..., pp. 51-54.

²⁵ Carreras Ares, Juan José, “Prólogo” en Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización*..., pp. 9.

²⁶ Kriegel, Annie, *Las Internacionales obreras (1864-1943)*..., pp. 66-68.

²⁷ Hobson con su obra *Imperialismo* de 1902 y Rudolf Hilferding en *El Capital financiero* de 1910, trazaron que el capitalismo seguía una ley inevitable de expansión ininterrumpida hasta un momento de plenitud, que tras su superación, llevaría a un enfrentamiento entre los Estados capitalistas. Rosa Luxemburgo había escrito en 1913 *La acumulación del capital* donde también afirma que el capitalismo, al llegar a la fase imperialista acabaría desapareciendo, al acabarse el espacio a colonizar. Luego Lenin publicará, en 1916, su *Imperialismo estadio supremo del capitalismo*. Kriegel, Annie, “La segunda internacional (1888-1914)”, en Droz Jacques (coord.)..., pp. 580-585.

Por ello la conclusión es que sólo la “revolución proletaria” que unifique bajo su dirección este mercado, puede acabar con los antagonismos nacionales, que no eran sino el reflejo de las pugnas entre las respectivas burguesías. La lucha contra la guerra habría de ser la lucha revolucionaria por la implantación del socialismo. En esta visión dicotómica la caída del capitalismo significaba la paz, y por eso mismo se imponía la idea de que la implantación del movimiento obrero socialista en los distintos países constituía una presión suficiente como para que las burguesías tuvieran presente el dilema de que desencadenar una guerra podría a su vez acelerar el estallido de la revolución.

Esta hipótesis se fundaba en la percepción de que el socialismo adquiriría cada vez más fuerza, y sobre ella se fueron asentando en los congresos sucesivos socialistas dos supuestos programáticos o dos puntos inmediatos para la agenda socialista: El primero- “preventivo”- consistiría en dar a los conflictos económicos una salida socialista, impidiendo que la burguesía recurriera a la guerra; El segundo- “curativo”, trataría de convertir la guerra burguesa en revolución proletaria. El primer punto de acción debía realizarse mediante la movilización obrera contra el *militarismo* y las alianzas nacionales que contenía, así como la agitación uniforme en todos los países cuando fuera previsible un conflicto bélico. El máximo exponente se produjo cuando el Buró Socialista Internacional fijó el 17 de noviembre de 1912 como fecha común para celebrar asambleas contra la extensión de la guerra balcánica. Una cuestión aneja de la mayor importancia sería el fomentar el desarme, unido a la negativa de votar a favor de los créditos militares en caso de guerra. El segundo punto de acción, el destinado a luchar directamente contra la guerra si estallaba, se pretendía saldar, inspirándose en la experiencia rusa de 1905, con la llamada a la huelga general de masas. En el Congreso de Basilea de 1912 se declarará “guerra a la guerra”.

Cuando el archiduque Francisco Fernando, heredero de la corona del Imperio Austro-Húngaro fue asesinado en Sarajevo el 28 de junio de 1914, la Segunda Internacional estaba en su punto álgido con unos Partidos Socialistas en ascenso y progresión institucional. El SPD (Partido Socialdemócrata Alemán) entre 1906 y 1914 triplicó sus efectivos alcanzando casi el millón cien mil de afiliados, siendo un partido de masas; la SFIO en julio de 1914 se acercaba a los cien mil; el PSI se acercaba a los sesenta mil; y el SPÖ austríaco contaba con 155.000 militantes. Más pequeños eran los partidos de Inglaterra y España. La fuerza de las organizaciones, además de militante, era electoral, irradiándose entre las capas populares que desbordaban a la “clase obrera”: el SPD obtuvo cuatro millones doscientos mil votos en 1912, la última votación anterior a la guerra, convirtiéndolo en el primer partido alemán. El socialismo francés llegó al millón cuatrocientos mil votos en 1914; el austríaco al millón en 1911. Además, en palabras de Madelaine Reberieux, la lucha de clases “revive en vísperas de la guerra”²⁸: entre 1911 y 1912 se registra un auge de la lucha obrera en España, Inglaterra, Italia e incluso Rusia. Francia sería la excepción. El verano de 1914 provocará su caída,

Tras el ultimátum de Austria a Serbia del 23 de julio, cundió la inquietud pero aún se creía que el conflicto quedaría localizado. Así, el Buró Socialista Internacional pedía el aumento de las

²⁸ Reberieux Madelaine, “La crisis de la II Internacional y sus repercusiones en España”, en VVAA., *Contribuciones a la historia del PCE...*, pp. 48-49. La cita en la pág. 49.

manifestaciones contra la guerra pero no organizó ninguna concentración internacional. Como señala Reberiou, hay una convicción generalizada en el socialismo por la cual se piensa que los gobiernos de los respectivos estados no quieren la guerra, basándose en el temor a la revolución que ésta provocaría²⁹. La misma autora fecha el fracaso de la Internacional, como marco de regulación del conflicto o impulso de la acción socialista, a la altura del 30 de julio, tras el cual comenzarán a sucederse una serie de acontecimientos fatales para el internacionalismo socialista: “el socialismo europeo no es, ciertamente, responsable de la guerra [...] pero fue derrotado sin haber combatido apenas”. Un día después, el 31 de julio de 1914, sería asesinado Jean Jaurès fruto del clima de odio que la prensa ultranacionalista entretejía en torno a su persona. El 1º de agosto, Alemania declaró la guerra a Rusia con la subsiguiente movilización general decretada por el Gobierno francés.

Desde la pasividad de julio una serie de comportamientos políticos e ideológicos comenzarán a desbordar el internacionalismo socialista generando el clima social denominado Unión Sagrada o, en alemán, *Burgfrieden* (Paz Civil), que consistió en la colaboración de clases orientada al defensionismo nacional que fue tomando forma en los diversos países beligerantes. Donde la Unión sagrada fue más fuerte y generalizada fue en Alemania y Francia. Siguiendo a Madeleine Reberiou³⁰, dos actos son esenciales para que esta realidad fuera posible: la aprobación de los créditos de guerra por los grupos parlamentarios socialistas y la entrada a los gobiernos de ministros procedentes de los mismos.

(1) Pese a la violación de la neutralidad belga, el grupo del SPD en el Reichstag apoyó, el día 3 de agosto, los créditos militares por 78 votos contra 14; esto supuso, en la práctica, que el más antiguo y más fuerte partido socialista europeo renunciaba a la tradición internacionalista. El mismo día el Partido Obrero Belga votó a favor de los créditos para defender un país, que aunque implicado en los conflictos coloniales imperialistas, no tenía responsabilidad directa en la formación de los bloques. En Francia la apelación a la colaboración nacional se inició con la llamada a la calma por parte de Renaudel, colaborador de Jaurès en el diario *L'Humanité*, tras el asesinato de éste. El día 4, la Cámara de Diputados francesa aprobó sin debate, bajo el Gobierno de Viviani, el proyecto de defensa nacional, los créditos de guerra por lo tanto. En Inglaterra, país donde todavía no se ha unificado el socialismo, la mayoría del grupo parlamentario laborista se pronunció a favor de la guerra el 5 de agosto, el Partido Laborista Independiente (ILP) y una minoría del Partido Socialista Británico (BSP) condenaron este hecho.

(2) La entrada de socialistas en gobiernos burgueses no es tan generalizada como el hecho anterior. Ni el gobierno austriaco ni el alemán llegaron a proponer a los socialdemócratas la participación en los gabinetes de guerra. Sin embargo, la invasión de los territorios belgas y franceses creó las condiciones para esto: el Partido Obrero Belga autorizó la designación de Emile Vandervelde (4 de agosto) como “ministro de Estado”; la Sección Francesa de la Internacional Obrera autorizó la entrada de Guesde- quien había condenado férreamente este tipo de colaboración anteriormente- y Sembat (26 de Agosto). En Inglaterra Henderson no entrará hasta mayo de 1915.

²⁹ Reberiou, Madeleine, “El Socialismo y la Primera Guerra Mundial” en Droz, Jacques (coord.), *Historia general del socialismo: de 1975 a 1918*, vol. 2, Destino, Barcelona, 1979. Pp. 587-647, pp. 591. La cita en la pág. 592.

³⁰ *Ibid.* pp. 593.

Participando en la Unión Sagrada el socialismo imprimió un “color de izquierda” a los valores nacionales, también había sido la II Internacional la que había dado un carácter obrerista al ideal universalista francés de la fraternidad. Madeleine Reberieux, reconociendo siempre que la Unión Sagrada es un concepto genérico y deben reconocerse variables entre los diferentes países, propone dos niveles de explicación: el de los acontecimientos y el institucional³¹.

En el nivel de los acontecimientos, Reberieux señala que hay que tener en cuenta, en primer lugar que la actitud de las instancias gubernamentales fue de habilidad innegable, conjugando mano dura con tolerancia a la hora de tratar las posibles resistencias socialistas. Sin embargo, para la autora, la clave está en las reestructuraciones internas de los partidos en vísperas de la guerra, donde la izquierda ya no dirige unos movimientos más preocupados por la organización y conservación burocrática que por la revolución. Existía además una escasa consciencia del peligro que generó la incapacidad para intuir en el asesinato de Francisco Ferrer el detonante de una guerra cruenta: la crisis balcánica de 1912 se saldó sin la extensión del conflicto, de lo que surgió la conclusión de que, en 1914, era improbable que un asunto local se generalizara en una guerra europea.

En el nivel institucional, el que atañe a la Internacional y a sus partidos, hay que señalar que la organización socialista, pese a estar en su etapa de madurez seguía teniendo debilidades como la existencia de diversas tendencias y la división del método de lucha más eficaz contra la guerra. Además de que las cuestiones debatidas no eran entendidas por todos los partidos como vinculantes. Finalmente, ante la guerra se dio una presión muy fuerte que encaminaba hacia el desarrollo de la consciencia nacional, que ahogó o demostró cierta debilidad en la consciencia de clase. Esto ocurrió en países donde el proletariado no se autoconcebía como un ente extraño dentro de la nación, debido al sufragio universal, la capacidad de lucha parlamentaria y la intervención del Estado en lo social, generando cierta ligazón de los trabajadores, incluidos socialistas y sindicalistas con las instituciones. Además hay que señalar que el hecho de participar de la defensa nacional no tenía por qué suponer la sensación de haber renunciado a la consciencia de clase: las motivaciones patrióticas podían responder a consideraciones progresistas, como en Francia con la creencia en la lucha contra un régimen retrógrado y el combate por las libertades frente al Imperio del káiser. O en Alemania y Austria, la lucha de la civilización contra el zarismo³².

La Unión Sagrada fue mayoritaria entre los dirigentes socialistas y las masas³³, sin embargo, no agrupaba a todos los partidos de los países beligerantes, ni a toda la militancia de su interior. A la altura de 1914 sólo en Serbia y Rusia la resistencia de los líderes fue clara y casi sin polémicas, no en vano eran dos países sin trayectorias nacionales integradoras y democráticas³⁴. Así, no parece exagerada la afirmación de que el internacionalismo sufrió una gran derrota en 1914. Como señala Eley “la guerra tendió una emboscada a los socialistas de Europa”³⁵, y fue la

³¹ Reberieux, Madeleine, “El Socialismo y la Primera Guerra Mundial” en Droz, Jacques (coord.)..., pp. 599-600.

³² *Ibid.* pp. 601

³³ Reberieux Madeleine, “La crisis de la II Internacional y sus repercusiones en España”, en VVAA., *Contribuciones a la historia del PCE...*, pp. 51.

³⁴ Reberieux, Madeleine, “El Socialismo y la Primera Guerra Mundial” en Droz, Jacques (coord.)..., pp. 601

³⁵ Eley, Geoff, *Historia de la izquierda europea, 1850-2000...*, pp 130.

primera gran fractura, punto de no retorno, en una organización creada para la lucha de clases. Como señala Annie Kriegel “La Internacional fracasó precisamente en su papel de Internacional: de la misma manera que la guerra franco-prusiana hirió de muerte a la Primera Internacional, y de la misma manera que la Tercera Internacional se desintegró en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, así también la Segunda Internacional tuvo que reconocer en 1914 [...] que no estaba preparada para los tiempos de guerra”³⁶. En terminología leninista, la Segunda Internacional sufrió una “bancarrota política e ideológica”, cuya expresión práctica fue la inoperancia del Buró Socialista Internacional. A iniciativa de Huysmans se trasladó de Bruselas a La Haya y su actividad fue paralizada debido a la división del socialismo por su pertenencia al bloque de los aliados o al de las potencias centrales; Vandervelde seguía siendo el presidente de la Internacional, a la par que ministro belga.

El movimiento de salvaguarda de los principios internacionalistas surgió de los contactos entre los países neutrales, siendo el primer intento de frente común contra la guerra la Conferencia socialista italo-suiza de Lugano, celebrada el 27 de septiembre de 1914. El objetivo de la conferencia era comenzar la recuperación de las relaciones entre los partidos de la Segunda Internacional y proponer la presión socialista a los gobiernos neutrales para hacer frenar la guerra³⁷. Este “espíritu de Lugano” queda inserto el marco del viejo internacionalismo, pues se pretendía celebrar una reunión general colaborando con el BSI, lo que Huysmans se opondrá debido a la negativa de la SFIO. Tras esto pretenderán celebrar una Conferencia de países neutrales en Zurich a finales de mayo de 1915, recibiendo de nuevo una respuesta negativa, incluida la del PSOE.

En 1915 hubo dos intentos supranacionales de recuperación del contacto socialista internacionalista. Estos fueron la Conferencia de Mujeres Socialistas, en Berna, del 26 al 28 de marzo de 1915 y la de Juventudes Socialistas el 5 y el 6 de abril. La primera fue convocada por Clara Zetkin, secretaria del Buró Internacional de las Mujeres Socialistas, y su moción resultante estuvo orientada hacia el pacifismo, frente a la propuesta revolucionaria de las bolcheviques-redactada por Lenin-, fue condenada oficialmente por los partidos socialistas de Alemania, Austria, Francia e Inglaterra. La moción de los jóvenes fue similar a la de las mujeres y también con la presencia de delegados bolcheviques portando iniciativas maximalistas³⁸. En ambos casos hay que destacar el papel destacado de delegados bolcheviques, la resonancia prácticamente nula y la presencia delegados de países beligerantes³⁹.

Además de éstas, Vandervelde, presidente de la Internacional, convocó en Londres, el 14 de febrero de 1915, una Conferencia de los socialistas de los países aliados, donde estuvieron representados ingleses, franceses, belgas, rusos (sólo mencheviques) y serbios. La resolución de la Conferencia justificó y legitimó la actitud de los socialistas aliados, condenando el

³⁶ Kriegel, Annie, “La segunda internacional (1888-1914)”, en Droz, Jacques (coord.)..., pp. 585.

³⁷ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 138-139. En *El Socialista*, 5 de noviembre de 1914, se muestra el llamamiento de Lugano frente al “delirio chauvinista”: “La catástrofe actual es el resultado de la política imperialista de las grandes potencias [...] la guerra europea no es en modo alguno una lucha por una cultura más elevada y por la libertad del pueblo. Es juntamente una lucha de la clase capitalista por la exigencia de nuevos mercados en países extranjeros y el intento criminal de sojuzgar el movimiento revolucionario del proletariado y de la democracia social en el propio país”.

³⁸ *Ibid.* pp. 143-146.

³⁹ Reberrioux, Madelaine, “El Socialismo y la Primera Guerra Mundial” en Droz, Jacques (coord.)..., pp. 611.

“imperialismo germánico” e identificando su derrota con la victoria de la democracia y la libertad. Para ellos la internacional debía reunirse cuando la guerra hubiera terminado. Frente a esta Conferencia socialista aliada, los partidos de las potencias centrales reunieron la suya en Viena, en abril de 1915, estando representados austríacos, húngaros y alemanes. En ella, también, se legitimó la posición del socialismo de las potencias centrales, así como la necesidad de que las cuestiones referentes al internacionalismo quedaran pospuestas para el fin de la guerra⁴⁰.

A través de estas conferencias comenzaron a configurarse tres tendencias⁴¹ en las que se dividirá el socialismo europeo: el social-patriotismo o socialismo defensivo (los *mayoritarios*), el pacifismo internacionalista y la izquierda-revolucionaria, (siendo los dos últimos los *minoritarios*).

(1) El Social-patriotismo: son ampliamente mayoritarios, aunque no un bloque homogéneo, divididos por las diferencias nacionales, algunos realizan una auténtica colaboración de clases, con una justificación teórica, otros se sitúan a la defensiva desde 1915. Las conferencias entre aliados que celebran ambos bandos (Londres y Viena) muestran, siguiendo a Reberieux, dos cuestiones: en primer lugar, son la prueba de la existencia de una “concepción beligerante del internacionalismo”; en segundo, son también la muestra de que el socialismo defensivo no queda directamente equiparado con el chovinismo extremo: en Londres se afirma que el socialismo aliado está en guerra con los gobiernos de las potencias centrales y no con sus pueblos; En Viena se declaró que la defensa de la patria no contradecía la posibilidad de volver a restablecer la Internacional.

(2) El Pacifismo internacionalista: Durante el invierno de 1914-1915 ya comienzan a manifestarse tendencias de oposición dentro de los partidos socialistas favorables a la Unión Sagrada, que con un proceso de diferenciación de objetivos superarán el mero rechazo individual. En Alemania, Gran Bretaña, Francia y Austria, progresivamente va extendiéndose el deseo de obtener la paz sin necesidad de la victoria militar, para retornar a los contactos internacionales y continuar con la consolidación del socialismo. Se trataba también de recuperar o restablecer la Segunda Internacional, estas corrientes pacifistas se niegan a reconocer su “fracaso”. Es por esto que juzgan severamente las negativas constantes de la SFIO a toda proposición de entablar relaciones con el SPD. El pacifismo socialista rechaza el extremismo y propone la paz y el retorno discursivo a los congresos de la Internacional. Así, ninguno de estos grupos pretende una ruptura con el socialismo de la Unión Sagrada, sino hacer prosperar su punto de vista pacifista para conquistar la mayoría lentamente. Hay que destacar a los *longuetistas* en la SFIO, así denominados por su líder, Jean Longuet, yerno de Karl Marx; también a los dieciocho socialdemócratas alemanes que votaron contra los créditos de guerra rompiendo con la disciplina del partido y que serán expulsados de la fracción parlamentaria por la dirección del SPD (en abril de 1917 formarán el Partido Socialdemócrata Alemán Independiente, USPD). La situación es diferente en Gran Bretaña donde la unificación del socialismo no se había consumado, o en el PSI donde los social patriotas habían sido expulsados (como Mussolini).

⁴⁰ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 140-142.

⁴¹ Reberieux, Madelaine, “El Socialismo y la Primera Guerra Mundial” en Droz, Jacques (coord.)..., pp.612-619.

(3) La izquierda revolucionaria: estrechamente unida a los pacifistas y revolucionarios en Francia, Alemania (el grupo espartaquista, surgido en 1916), Gran Bretaña e Italia. Salvo en el caso de los bolcheviques, los “estrechos búlgaros”, la social-democracia polaca y lituana, pacifistas y revolucionarios se apoyaban en el seno de unas organizaciones en las que eran minoritarios. Los bolcheviques eran los únicos en establecer la pretensión de ruptura ideológica y política con la Segunda Internacional en “bancarrota” y con los otros partidos, además, proclamaban la necesidad de una nueva organización internacional, aunque debido a su minoría, estaban dispuestos a retrasar su fundación. Siguiendo lo que se ha llamado “derrotismo revolucionario”, ideado por Lenin, no debían cesar las luchas contra los gobiernos que apoyaban la guerra imperialista y la nación debía ser derrotada por la agitación revolucionaria. Así, los bolcheviques, siendo los primeros en seguir una línea global y coherente, desarrollaron una propaganda clandestina continua contra la guerra, destacando sus esfuerzos en el plano internacional para articular un movimiento conjunto de oposición. Sin embargo, siguiendo a Reberieux, sí existen elementos que otorgan homogeneidad a esta corriente de izquierda revolucionaria: todos tienen una visión crítica respecto a la actuación del pasado reciente de los partidos socialistas, calificados de oportunistas; y la afirmación de la necesidad de lucha de clases y de masas contra la burguesía y sus alianzas. Esta corriente supone, en definitiva, la reavivación de la ya vieja idea de que en caso de estallar la guerra había que responder con la agitación revolucionaria para precipitar la caída del capitalismo.

En la primavera de 1915 surge entre los *minoritarios* la aspiración de tener un foro internacional de expresión: el resultado fueron las conferencias de Zimmerwald (5 al 8 de septiembre) y Kienthal (24 al 30 de abril de 1916), desde los supuestos de repulsa de la Unión Sagrada y la fidelidad a lo que habían sido los principios internacionalistas⁴². La Conferencia de Zimmerwald fue absolutamente antibelicista, aunque estaba integrado por visiones de la cuestión de distinto carácter, incluso opuestas. La opinión situada más a la izquierda (la llamada “izquierda zimmerwaldiana”) estaba capitaneada por Lenin, quien pretendía convertir la guerra mundial en “guerra revolucionaria”, es decir, derrocar al imperialismo mediante la revolución. La mayoría de los congregados (o “derecha zimmerwaldiana”) no quería tornar la guerra como un pretexto para iniciar una revolución en Europa, sino detenerla, es decir, que abogaba por el pacifismo como meta. La conclusión de la Conferencia consistió en la atribución de la culpabilidad de la guerra a los gobiernos capitalistas y a los que los apoyaban, y la demanda de una paz sin anexiones ni indemnizaciones⁴³. La Conferencia reunió a 38 delegados de 11 países: el partido italiano, los partidos rusos, búlgaro, rumano, los polacos y el letón; Noruega está representada por sus juventudes socialistas, Suecia y Holanda por sus grupos de izquierda más activo. No asistieron austriacos, belgas, húngaros ni británicos. Destacan las representaciones alemana (corrientes diversas de izquierda) y francesa (sindical). Como resultado de la Conferencia se creó un organismo de enlace entre los *minoritarios* denominado Comisión Socialista Internacional, CSI⁴⁴.

⁴² *Ibid.* pp. 619.

⁴³ Cole, G. D. H, *Historia del pensamiento socialista. Comunismo y socialdemocracia 1915-1931, vol.5.*, Fondo de cultura económica, México, 1961. pp. 37-40.

⁴⁴ Reberieux, Madelaine, “El Socialismo y la Primera Guerra Mundial” en Droz, Jacques (coord.)..., pp. 619-620. El calificativo “zimmerwaldiano” pasó a formar parte del vocabulario socialista debido a la sorpresa que supuso, siendo condenado el coloquio el SPD, el POB y la SFIO.

El revolucionarismo tan sólo encontró seguidores en Europa del este, destacando los rusos, búlgaros, rumanos y polacos, pero sus delegados no representaban a movimientos capacitados para la revolución de corte socialista. Así las cosas, el programa de Lenin no podía ser aceptado en la Conferencia de Zimmerwald, que siempre pretendió la paz frente la conducta de la mayoría de las cabezas de los partidos socialistas nacionales, y nunca pretendió establecer una nueva Internacional. Sin embargo, y a pesar de esto, la importancia de Zimmerwald radica en la intención de retornar al socialismo organizado de forma internacional, a los planteamientos anteriores al estallido de la guerra. De cualquier forma, a pesar de la conducta pacifista predominante, es evidente que en la conferencia descrita hay ya un germen de lo que luego será la conducta revolucionaria posterior.

En abril de 1916 se convocó otra Conferencia en Kienthal, también en Suiza. La representación anduvo pareja a Zimmerwald. Sin embargo la situación comenzó a radicalizarse con respecto a la anterior, hubo un cambio esencial hacia la izquierda. En Kienthal se declaró que la solución del conflicto internacional sólo llegaría con “la conquista del poder político y la propiedad del capital por los pueblos mismos [...] la verdadera paz duradera será fruto del socialismo triunfante”, como recoge Cole⁴⁵. Como señala Eley, la consecuencia más directa de Kienthal fue el aumento de la “izquierda zimmerwaldiana”, ahormada en torno a los delegados bolcheviques, serbios, rumanos y búlgaros. Mientras que en Zimmerwald sólo votaron a favor de estos postulados 8 de los 38 delegados, en Kienthal fueron 12 de 39. Los partidarios de la tendencia de Lenin habían aumentado, pese a no ser mayoría⁴⁶. Kienthal, más que Zimmerwald, fue el antecedente de la nueva Internacional revolucionaria que establecerían los bolcheviques.

Así, la guerra comportó la aparición de fracturas en el socialismo europeo: antes de los complejos sucesos de 1917, pacifismo y revolucionarismo se confundían mientras la tónica dominante era la causa nacional bélica. En Zimmerwald es claro, como señala Kriegel, que estaban presentes dos estrategias antagónicas, aunque ambas eran de corte internacionalista⁴⁷. Eley anota que “estas alineaciones prefiguraban el período revolucionario de 1917-1921” ya que “la izquierda más amplia contraria a la guerra volvió con frecuencia a la socialdemocracia durante la escisión entre comunistas y socialistas”. Siguiendo al mismo autor, “los asistentes más jóvenes, los nacidos en la década de 1880, ayudaron a crear los partidos comunistas de los mismos países y figuraron de manera prominente en el Comintern”⁴⁸.

El presidente del Gobierno de España, Eduardo Dato, confirmó la neutralidad el 25 de agosto de 1914: España no intervendría en la guerra, más su sombra se encarnaría en una opinión pública, que lógicamente no abarcaba a toda la población, y en el impacto económico que ésta generó. A muy grandes rasgos, la germanofilia predominó en el sector conservador y de “orden”: los terratenientes, el ejército, el carlismo, la Iglesia, debido a razones más de orden político e ideológico, basadas en la condena de Francia como sociedad inmoral, y de Inglaterra como la causante de infortunios nacionales, frente a la imagen de las potencias centrales de autoridad, disciplina y orden. También a grandes rasgos, aliadófilas fueron las fuerzas progresivas más o menos a la izquierda- menos el anarquismo que no optó por ningún bando-:

⁴⁵ Cole, G. D. H, *Historia del pensamiento socialista. Comunismo y socialdemocracia...*, Fondo de cultura económica, México, 1961. pp. 41-42. La cita en la pág. 42.

⁴⁶ Eley, Geoff, *Historia de la izquierda europea...*, pp. 135.

⁴⁷ Kriegel, Annie, *Las internacionales obreras...*, pp. 77.

⁴⁸ Eley, Geoff, *Historia de la izquierda europea...*, pp. 136.

los partidos de izquierda burguesa, los socialistas, regionalistas, el republicanismo radical etc. El conflicto europeo se tradujo en un conflicto dicotómico entre las fuerzas de la reacción y el progreso democrático, aplicable a la realidad española⁴⁹.

3.2) El PSOE y la Gran Guerra. Grietas en el socialismo español

I) Antecedentes: El proceso de integración de un partido socialista

Siempre que se habla de socialismo español suele hacerse referencia a su debilidad teórica marxista, a ese “marxismo descafeinado”, como lo denomina Paul Heywood⁵⁰. El mismo autor aduce tres razones principales para explicar este hecho: El conocimiento indirecto de los trabajos de Marx; la línea pragmática impuesta por Pablo Iglesias; y la escasa atención que la Primera Internacional había puesto en la Península Ibérica. (1) Los primeros marxistas españoles tuvieron un conocimiento indirecto de las obras de Marx y Engels, sobre todo a partir de los epígonos franceses Jules Guesde, Paul Lafargue y Gabriel Deville, teniendo en cuenta, además, que los subversivos textos marxistas estaban condenados por el gobierno. El asesoramiento francés a los primeros líderes se produjo con José Mesa como intermediario entre París y Madrid. La versión guesdista del marxismo, o “marxismo guesdista”, siguiendo a Heywood, era determinista y reduccionista en la mayoría de sus postulados, considerando la revolución como algo sencillo que habría de llegar. De esta forma, en el socialismo español se produjo una ausencia de análisis sistemático de las obras de Marx así como una comprensión defectuosa de su pensamiento socioeconómico. (2) Pablo Iglesias, al imponer su autoridad en el Partido, introdujo una concepción pragmática en el mismo, que daba lugar a que la teoría quedara relegada a un espacio pequeño, y por tanto la fijación de un marxismo estático. Los grandes esfuerzos se encaminaron a labores de organización y consolidación del Partido, a lo que se unió la tajante división entre trabajadores e intelectuales que no se incorporaron al partido hasta 1909 (a excepción de Unamuno). Iglesias, mediante la dirección de *El Socialista* controló la doctrina, frente a la principal fuente de desavenencias: el acercamiento al republicanismo defendido por Jaime Vera y Francisco Mora. *El Socialista* escaseaba en análisis teóricos originales y transmitía directamente las ideas de su homónimo francés, *Le Socialiste*. Esto comportó que el análisis teórico quedara en suspenso. (3) La primera Internacional había mostrado escasa preocupación por la Península Ibérica, muestra de esto es que a Lafargue se le encomendó la labor de introducir el marxismo más por encontrarse en España y hablar español que por un conocimiento importante de los asuntos españoles.

A esto hay que añadir, como señala Forcadell⁵¹ que el debate clásico princisecular de la polémica del revisionismo- reforma o revolución está prácticamente ausente. Aunque sí se conoce *La doctrina socialista* de Kautsky, réplica a Bernstein, no hay una toma de posición. Como señala Forcadell el marxismo de Guesde y de Iglesias había dejado de ser “un instrumento para la comprensión de la realidad y se convertía en un mero pronóstico de desaparición de la explotación capitalista”, por esto mismo, mientras la corriente revisionista europea teorizaba y

⁴⁹ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 34-40.

⁵⁰ Heywood, Paul, *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España...*, “Marxistas descafeinados: El PSOE, 1879-1914” pp. 21-61.

⁵¹ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español 1914-1918*, Crítica, Barcelona, 1978. pp. 36-44. La cita en la pág. 38.

establecía la posibilidad de generar reformas dentro del orden capitalista, “el socialismo español continuaba afirmando sencillamente la inevitabilidad de la revolución, desde una perspectiva claramente determinista y de espera”.

El crecimiento en cifras del PSOE fue lento, pasando de tener en 1891 unos 5.457, a 13.000 en 1912, con un crecimiento no lineal⁵². Para Forcadell el socialismo español tendría dos momentos de ascenso: El primero, hacia 1900 provocado por la popularidad obtenida por la campaña contra la guerra de Cuba y el crecimiento económico posterior a 1898. El aumento se aprecia claramente en la UGT que pasa de unos 14.000 afiliados a casi 60.000⁵³. El segundo momento, se produce a partir de 1910, cuando Pablo Iglesias es ya diputado. Entre ambos habría una crisis entre 1905 y 1907 en la que descienden los afiliados del partido (de 10.500 a 6.000) y de la UGT. Si comparamos las cifras de afiliados con los Partidos Socialistas europeos, presentes en el cuadro del apartado anterior (Figura 1.), vemos que el PSOE era un partido muy pequeño o mínimo.

El socialismo español siguiendo a Martín Ramos⁵⁴ consiguió asentarse ahí donde ejerció de sustituto del sindicalismo, logrando organizar por vez primera a los trabajadores a la manera de un movimiento reivindicativo moderno destacando en Asturias y Vizcaya. La lenta progresión de la implantación del Partido se acompañó de una evolución ideológica hacia el reformismo⁵⁵, que debe verse como una adaptación de la teoría a las necesidades de la lucha cotidiana, lo que se tradujo en el abandono de la perspectiva revolucionaria en el plazo corto. A partir del establecimiento en 1890 del sufragio universal masculino, siguiendo a Pérez Ledesma, aparecieron dos líneas de actuación fundamentales en el Partido Socialista: la primera basada en la organización sindical nacional, la segunda, consistente en la preparación para el juego electoral. En esta forma de proceder se aprecia el influjo del ejemplo del socialismo alemán y francés, que a comienzos de la década final del XIX comenzaron a obtener sus primeros éxitos electorales. Además de esto, es esencial la falta de apoyo masivo al PSOE que obligó a abandonar el inicial radicalismo teórico y a ajustarse a las condiciones de su situación en el país⁵⁶.

⁵² *Ibid.* Las cifras en las pp. 27 y 31.

⁵³ A instancias de García Quejido la UGT se fundó en Barcelona, lo que implica las apetencias del PSOE en el movimiento laboral catalán. La etapa catalana de la UGT fue un fracaso ya que no logró penetrar en el movimiento laboral, que permaneció en manos del republicanismo y el anarquismo. Ante la caída de afiliados (8.500 en 1893, 6.200 en 1896) se trasladó su sede a Madrid desde donde comenzó a crecer ininterrumpidamente, implantándose además en el Norte (Asturias y Vizcaya), y de forma dispersa en el Levante, Valencia y Alicante. Martín Ramos, José Luis, “El Socialismo español”..pp. 857

⁵⁴ *Ibid.* pp. 858.

⁵⁵ Destaca a este efecto un artículo de *El Socialista*, 8 de noviembre de 1895, “Las reformas son indispensables” que afirma que “los trabajadores serán esclavos en tanto no sea un hecho su emancipación económica” que no se dará “de golpe y porrazo [...] No sólo es totalmente imposible realizar así cambio tan grande como el que significa pasar de un régimen social a otro, sino que es condición precisa para dar fin con el poder de la clase dominante [...] la adopción de reformas que, mejorando la situación moral y material de la clase trabajadora, ponga a ésta en condiciones de vencer a los que la oprimen.

⁵⁶ Pérez Ledesma *El obrero consciente...*, pp. 178-193. En el acceso del PSOE al reformismo fue fundamental la traducción al castellano de la obra de Gabriel Deville *Principios Socialistas* en 1898, que identificaba la lucha político-electoral con la revolucionaria, llevando la primera al triunfo del socialismo debido al predominio numérico del proletariado. Por lo tanto, lo fundamental era la labor de propaganda y la consecución de mejoras materiales para potenciar la conciencia de clase. El objetivo final seguiría siendo la “revolución”, que sería un golpe de gracia último, posibilitado por pequeños triunfos acumulados.

Sin embargo, el PSOE se mantuvo en lo que Gerald Meaker denomina “distanciamiento subcultural”⁵⁷ hasta 1909: La cultura política socialista del *pablismo* se articuló como una práctica reformista que pretendía fortalecer la “conciencia socialista”, junto con el alejamiento de la izquierda burguesa, acentuando la superioridad moral de la clase trabajadora, todo esto aderezado con teoría y retórica revolucionaria combativa. La victoria última de los trabajadores era considerada como históricamente inevitable, pero por fuerza remota, dado el atraso español. Debido a la similitud político-constitucional de la España Alfonsina y la Alemania Guillermina, con un Estado autoritario y una oligarquía económica, pero a medio camino entre la autocracia zarista rusa y el ambiente permisivo francés y británico, Iglesias eligió el modelo reformista-revolucionario de la socialdemocracia germana. No se eludía la urna electoral, pero sí toda colaboración ministerial en los gobiernos burgueses. El mantenimiento de la retórica revolucionaria dentro de la práctica reformista nos remite a criterios identitarios, es decir a la necesidad de mantener la imagen combativa para impulsar el movimiento frente a un estado arbitrario y represivo, pero que dejaba cauces de actuación legal; una patronal que no sólo no aceptaba las reivindicaciones sino tampoco a las propias organizaciones obreras; pero también frente al fundamental rival a la hora de encuadrar a las masas de trabajadores: el anarquismo.

El Parlamento estaba fuera del alcance del socialismo español, en 1891 con las primeras elecciones legislativas con sufragio universal masculino cosechó menos de 5.000 votos en toda España, aunque sí obtuvo cuatro concejales por Bilbao. Esta realidad es la que llevó a identificar su lucha con la consecución de mejoras, donde el partido tendría una labor ofensiva, y el sindicato, defensiva. Esto supuso la aceptación del “gradualismo político” que se manifestó en la conformación del Instituto de Reformas Sociales en 1903, propuesto por el Gobierno Canalejas al que entraron cinco vocales socialistas (entre los que estaba el propio Largo Caballero). Pese a que el PSOE siguiera los pasos del guesdismo francés- que estableció en 1896 una alianza electoral con los republicanos socializantes- tras la adopción del sufragio universal se amplió la distancia entre las dos alternativas al régimen restauracionista, republicanismos y socialismo, ante la prioridad de defender factores identitarios.

La Guerra de Cuba, a través de la de la campaña contra el servicio militar (“o todos o ninguno”), y la exigencia del fin inmediato de la guerra potenció el acercamiento a los federales de Pi y Margall, además de su presencia política. Asimismo, estaban emergiendo nuevos líderes en el republicanismo de principios de siglo (Álvaro de Albornoz, Melquíades Álvarez, Lerroux y Marcelino Domingo) que constituyeron en 1903 la Unión Republicana con Salmerón al frente. A raíz de esta concepción gradualista del PSOE, a partir de 1905 partido y sindicato comenzaron a perder afiliados, con unas elecciones en 1907 que resultaron un desastre. A partir de ese momento comenzaron las presiones a favor del acercamiento a los republicanos⁵⁸.

El aislamiento del PSOE terminó con la Semana Trágica y sus secuelas represivas desencadenadas por el gobierno Maura. Tras el fusilamiento de Ferrer Guardia, el partido lanzó un manifiesto (20 septiembre de 1909) por el que condenaba el Gobierno y pretendía luchar por las libertades constitucionales al lado de las “fuerzas democráticas”. Socialistas y republicanos coincidieron en la denuncia de Maura y el 7 de noviembre de 1909 se proclamó la Conjunción

⁵⁷Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 26-28

⁵⁸ Martín Ramos, José Luis, “El Socialismo español”..., pp. 860-865.

republicano-socialista para facilitar la cooperación electoral con la burguesía de izquierda. La finalidad principal de ese acto era lograr la dimisión de Maura, pero el PSOE propuso que la alianza continuara para alcanzar el objetivo final de establecer una república, estableciendo que el régimen monárquico había sido “la verdadera causa” de la Semana Trágica.

En conclusión, el socialismo español anterior a la Primera Guerra Mundial era débil, con un poder de convocatoria limitado, y con una teoría estancada, dependiente de los partidos del contexto europeo cercano. Sin embargo, mientras que, por ejemplo en Francia y los Países Bajos los partidos socialistas fueron tolerados, adquiriendo un espacio propio en el espectro político antes de la guerra, aunque tampoco una integración total, el PSOE comenzaba este camino coaligado con los republicanos. En 1914 la SFIO había obtenido 103 escaños en la cámara de diputados, y el SPD era el mayor partido del Reichstag con 110 (cuatro millones de votos), también habían ocurrido importantes aumentos electorales socialistas en Suecia, Dinamarca, Finlandia, Bélgica e Italia⁵⁹. En 1910 Pablo Iglesias fue elegido diputado a Cortes, lo que supuso cierto rejuvenecimiento del partido y un gran paso en el proceso de integración política⁶⁰. Sin embargo, como señala Forcadell⁶¹ la cuestión de la Conjunción con los republicanos será la primera grieta en el socialismo español, que provocará la salida a la luz de tendencias distintas en el interior del Partido, aún no definidas por el monolitismo impuesto al partido desde la ortodoxia *pablista*. Será la Primera Guerra Mundial la que sacará a la luz dichas tendencias.

II) La recepción de la guerra: la aliadofilia socialista a través de *El Socialista*

La alianza con el republicanismo tuvo efectos inmediatos para el PSOE, pasando en las elecciones de municipales de diciembre de 1910 de 23 a 53 concejales, llegando a los 135 en 1913. Además entre 1907 y 1913 duplicó sus efectivos de 6.000 a 13.600 afiliados, y la UGT superó los 140.000. Debido a la integración política que permitió la Conjunción el socialismo español se extendió geográficamente por áreas del sur y el Levante, y el discurso socialista llegó al campesinado y, de manera moderada a las profesiones liberales y los intelectuales. El ingreso de intelectuales, como Manuel Núñez de Arenas, Luis Araquistain, que en 1911 accedió al socialismo desde el liberalismo progresista, o Julián Besteiro que en 1912 lo hizo desde el Partido Radical, supuso un rejuvenecimiento del socialismo. Una nueva identidad revistió al PSOE que introdujo elementos del republicanismo popular y la propuesta por una alternativa precisa al régimen monárquico⁶², con la necesidad de un urgente cambio democrático. Así, como señala Luis Arranz en su interesante tesis, la futura aliadofilia actuará como “proyección internacional de su alianza interna con los republicanos”⁶³

Como señalábamos, el socialismo español adolecía de pobreza teórica, sin embargo, siguiendo la argumentación de Carlos Forcadell será la Primera Guerra Mundial la que forzará a

⁵⁹ Heywood, Paul, *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España...*, pp. 60-61

⁶⁰ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp 39.

⁶¹ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 36. La relación del PSOE al Congreso de Copenhague de 1910, en el Apéndice I. “El Socialismo español en los congresos internacionales”, pp. 297-338, la cita sobre la Conjunción Republicano-Socialista en las páginas 334-335.

⁶² Martín Ramos, José Luis, “El Socialismo español”..., pp 865-866. Las cifras en la página 865.

⁶³ Arranz Notario, Luis, “La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: debate ideológico y político”, en Juliá, Santos (coord.), *El socialismo en España : desde la fundación del PSOE hasta 1975*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1986. La cita en la pp. 172.

la superación de los esquemas teóricos anteriores. El socialismo español era prácticamente monolítico en torno al *pablisto*, sin embargo, podían ser percibidas algunas tendencias críticas o independientes respecto a la ortodoxia mayoritaria emanada de la autoridad de Pablo Iglesias Posse; Forcadell señala al menos cuatro núcleos de disidencia prebélicos. (1) El primero surgió en torno al semanario socialista de Reus, *La Justicia Social*, editado por la Federación Socialista Catalana, organizada por Antonio Fabra Rivas desde 1909. Fabra Rivas anteriormente se había establecido en París, vinculándose personalmente a Jaurès. El hebdomadario reusense atacó el “caudillismo” de Iglesias y se convirtió en el espacio de crítica del mantenimiento de la Conjunción con los republicanos desde el punto de vista de que esto convertía al Partido en una organización reformista. Bajo el argumento de la debilidad del socialismo español conjugado con la falta de una burguesía coherente, desde esta tribuna, se adoptaba una postura de pureza socialista intransigente.

(2) El segundo grupo contestatario de la ortodoxia se emplazó en Madrid en torno a la Escuela Nueva, nacida por iniciativa de Manuel Núñez de Arenas y otros intelectuales en enero de 1911, como un centro de análisis y divulgación, de búsqueda de fundamentación teórica que permitiera superar el guesdismo y la actitud reformista. En la línea jauresiana pretendían desarrollar una teoría marxista que concordara con la situación española específica. (3) El tercer “núcleo” se encontraba en Valladolid alrededor de Oscar Pérez Solís y el semanario *Adelante*, que discrepaba con respecto a la Conjunción Republicano-Socialista y el tono burocrático y reformista que iba adquiriendo la UGT.

(4) Un cuarto grupo estaría integrado por sectores del País Vasco: el núcleo vasco, en torno a la Agrupación Socialista de Bilbao (fundada en julio de 1886) era uno de los más potentes del país, alrededor del líder del socialismo vizcaíno, Facundo Perezagua. Éste junto con Eladio Fernández Egocheaga representaba una incipiente izquierda socialista y chocaban contra la ortodoxia en el tema de la táctica sindical ugetista, con la huelga general como elemento radicalizador frente a una dirección *pablista* fundamentalmente pragmática y centrada en la organización.

Así, antes de la Primera Guerra Mundial encontramos sectores de oposición a la ortodoxia *pablista* descohesionados, pero, como señala Forcadell⁶⁴ “las consecuencias del conflicto en el socialismo internacional, al traducirse en el español, contribuirán a procesos de agrupamiento y de clarificación teórica”. Al no participar España en la conflagración mundial, el PSOE no tuvo que enfrentarse internamente, como el SPD a la votación de los créditos bélicos, ni se dividió como el Partido Socialista Italiano por el debate entre guerra o neutralidad⁶⁵. La no participación española hizo que los debates en el seno del Partido Socialista español fueran tan sólo un eco de lo que ocurría en el mundo socialista occidental, pero fue la guerra la que actuó como catalizador de la escisión acaecida entre 1919 y 1921, adelantándonos en nuestro relato, entre los partidarios de la Tercera Internacional y la Segunda, al potenciar la fractura entre *pablistas* y minoritarios. Entre estos hechos, será fundamental el fracaso de la huelga general de agosto de 1917, y la llegada del gran acontecimiento divisor del socialismo internacional, la Revolución de Octubre, que trajo el surgimiento del comunismo moderno, el surgimiento de un

⁶⁴ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 40-44. La cita en la página 44.

⁶⁵ Heywood, Paul, *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España...*. “Marxistas descafeinados: El PSOE, 1879-1914” pp 59-60.

mundo nuevo para el movimiento obrero, dándose la circunstancia de que una gran parte de la minoría contraria a la ortodoxia *pablista* entre 1911 y 1914, y durante la guerra, sería la que abrazaría el bolchevismo en 1919-1921. Estas cuestiones las trataremos en los siguientes capítulos.

Al realizar un análisis sobre el socialismo español y la Primera Guerra Mundial parece correcto comenzar por un acercamiento a las tesis vertidas sobre la “Patria” y la “guerra”, lo que puede captarse a través de un número de *El Socialista* de abril de 1913, publicado a tal efecto. El órgano madrileño de expresión del Partido se refiere así sobre la entelequia “Patria”:

Los socialistas somos internacionalistas. No vemos divisiones de fronteras. Hemos heredado de Cristo, sin el lastre metafísico, el concepto de que todos los hombres son hermanos. Una alta idea de la justicia nos hace mirar serena e imparcialmente los conflictos que entre las naciones surgen, sin caer en la aberración de que el país en que hemos nacido tenga razón forzosamente [...] ¿Cómo iba a haber un Socialismo español, otro noruego, otro ruso, otro alemán, otro blanco, otro negro, otro amarillo? [...] Somos patriotas, eminentemente patriotas. Amamos el país en que hemos nacido, y seremos capaces, sin jactancia, de llegar al sacrificio por su progreso, por su prosperidad, por su grandeza. Pero entiéndase que hablamos del país, sin caer en el funesto equívoco de tomar como grandeza, prosperidad y progreso general lo que sólo sea provecho de caciques, exaltación de logreros, enriquecimiento de negociantes sin escrúpulos y ensalzamiento de farsas indignas [...]. Somos patriotas, pero no como esos que ensangrentaron el suelo de la Patria [...] no como esos acaparadores de oro, que se envuelven en la bandera roja y gualda [...]⁶⁶

Como puede observarse, desde un tono moralista, de acentuación de la identidad socialista, se subraya el internacionalismo y se condena el patriotismo de bandera, adoptando uno basado en pretensiones progresistas. El PSOE adopta fundamentalmente la visión maniquea de la Segunda Internacional por la que capitalismo equivalía a la guerra, lo que se plasma en el siguiente artículo, similar a un catecismo:

- ¿Qué objeto tiene la guerra? - La guerra puede tener varios fines. - No; tiene uno solo. - ¡Cómo! - Sí, apoderarse de lo ajeno. - ¡Hombre! La guerra por la independencia... - No se produciría si no hubiera una nación con capitalistas rapaces. - Bueno; pero la que lleva la civilización a los países salvajes... - ¿Qué dices? La guerra, lo más bárbaro, ¿puede llevar la civilización a ninguna parte? Un país salvaje sometido por la metralla no puede creer en la civilización de su dominador: a lo sumo reconocerá su superioridad en el barbarismo. - Pero después de la dominación por la fuerza, entrará en ese país el progreso. - Lo que entra es una turba de explotadores que llevan el látigo, el alcohol, la sífilis, el hambre. Dime qué ha hecho Inglaterra en la India, Francia en África y Asia, Bélgica en el Congo, Holanda en sus islas oceánicas, España en Filipinas y las Antillas. El causante de las guerras es el capitalismo universal [...] que sólo busca lo que al principio te dije: apoderarse de lo ajeno⁶⁷.

Resulta también chocante, dada la posterior aliadofilia, otro artículo del mismo mes que versa sobre las “alianzas internacionales” – La Triple Alianza constituida por Alemania, Austria-Hungría e Italia; y la Triple Entente, formada por Francia, Gran Bretaña y Rusia-, donde aún se percibe el internacionalismo como pauta e ideal, afirmando que “sólo representan hegemonías

⁶⁶ *El Socialista*, 13 de abril de 1913, “Fijando actitudes. Los Socialistas, la Patria y el Ejército”. Apartado “Los socialistas y la patria”. También se afirma: “El capitalista, cuando se trata de hacer negocio, no piensa más que en el lucro. No tiene Patria. Sin embargo, al trabajador se le exige que tenga Patria en todo momento.

⁶⁷ *Ibid.* “La guerra”.

burguesas, que se unen para la más cómoda y segura satisfacción de sus codicias y de sus egoísmos”⁶⁸:

Nosotros sólo aceptamos una alianza que garantice con toda eficacia la paz. Y esa alianza no es otra para los socialistas que la formada por todos los trabajadores del mundo, más que nadie interesados en que el monstruo insaciable y feroz de la guerra no ensangrienta a los pueblos. Más que nadie interesados, porque ellos son las víctimas únicas, tanto cuando el combate llena de cadáveres los campos, como cuando la ruina industrial llena de miseria los hogares. [...] No podemos dar nuestra adhesión, por razón de nuestras ideas, a ninguno de los grupos en que está encarnado el capitalismo. La misma fraternidad [...] tenemos para nuestros compañeros franceses, ingleses y rusos que para nuestros camaradas alemanes, italianos y austriacos. El hecho de que el Gobierno de nuestro país estuviera unido con los gobiernos de la *Entente*, por ejemplo, no podría impedirnos en ningún caso que a nosotros nos unieran idénticos vínculos de compañerismo inmenso con los obreros de las naciones que integran la *Tríplice*, y es que la alianza de los trabajadores, firme y vigorosa, convive y sobrevive a todas las alianzas de las burguesías. [...] Los partidos democráticos, por lo que se desprende de sus pareceres en la cuestión, están inclinados hacia la *Entente*. Acaso vean asegurada más la paz con ella, y acaso no están equivocados al juzgar así. Nosotros, por nuestra parte, vemos en naciones de uno y otro grupo la misma barbarie.

El 24 de Julio de 1914, cuando la guerra ya es prácticamente un hecho, la opinión vertida en *El Socialista* sigue manteniendo la esperanza en la capacidad del internacionalismo para hacer frente a la guerra, así publica un artículo de Jean Jaurès en el que afirma: “La Internacional se va a reunir en Viena” donde “fortificará su solidaridad y completará su esfuerzo contra la guerra”⁶⁹. Frente a este internacionalismo ideal, en la primera página del número del 28 de julio se realiza un esfuerzo de clarificación teórica⁷⁰. Aquí se afirma que los socialistas aceptan “todos los fundamentos políticos y sociales que sostienen el régimen del capital, en tanto que no hayamos logrado su transformación”, siendo sin embargo, “enemigos cordiales de todas esas instituciones. Esto se reconocía en tanto que no era posible “formar un mundo aparte [...] lejos de todo contacto con los elementos impuros que forman la sociedad presente”. El socialismo español declaraba aceptar la sociedad capitalista hasta que “la fuerza del proletariado organizado no haya llegado a la plenitud de su desarrollo para implantar la sociedad socializada”.

Sobre el internacionalismo se afirma que la división de las naciones en diferentes Estados, con sus medios de coerción, es la base política del “régimen de la explotación del hombre por el hombre

La gran injusticia es que los pueblos de la tierra se dividan en patrias diferentes, antagónicas, enemigas, contradiciendo el principio religioso universal de que todos los hombres son hermanos. [...] entre esas grandes injusticias están el Estado, la guerra y el ejército. Los socialistas, en la sociedad

⁶⁸ *El Socialista*, 23 de abril de 1913, “Alianzas Internacionales”. La que dé más garantías de paz es la mejor”. A pesar del tópico internacionalista mantenido, Forcadell afirma que antes de estallar la guerra ya se pueden encontrar manifestaciones a favor de los Aliados, por ejemplo en *Renovación*, 1 de julio de 1913, “Ante el espectro”, el periódico de las Juventudes Socialistas: “si Alemania triunfase en la guerra que parece inminente, la historia de la humanidad sufriría un paréntesis. Una aristocracia militar lo aplastaría todo [...] Si en la contienda triunfasen Francia, Inglaterra y Rusia, tal vez ganase algo la causa de la libertad, porque habría salido derrotado el militarismo germano, y después de la derrota el pueblo alemán haría una revolución interior, transformando el régimen político por lo menos”. Citado en Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 80.

⁶⁹ *El Socialista*, 24 de julio de 1914, “La Internacional contra la guerra”. En *El Socialista*, 1 de agosto 1914, se publica el asesinato de Jean Jaurès, fruto de “el nacionalismo exacerbado; el patriotismo, convertido en demencia peligrosa: la transformación bárbara del bello concepto de patria, en el culto salvaje a una deidad bebedora de sangre humana...”. Se termina condenando “el execrable crimen del imperialismo” y proclamando un “Abajo la guerra”.

⁷⁰ *El Socialista*, 28 de julio de 1914, “Antimilitarismo, Internacionalismo, Pacifismo”. La cursiva es mía.

concebida por nosotros, decimos que no habrá patrias, ni ejércitos, ni guerras. Y decimos también que en la sociedad que combatimos tiene que haber forzosamente guerras, ejércitos y patrias.

Nuestro *internacionalismo* no significa tampoco que de momento, hoy queden suprimidas todas las fronteras, y el mundo constituya sólo un inmenso Estado... burgués. El internacionalismo es la unión de todos los proletarios de la tierra, sin distinción de patrias ni de razas. Y cuando llegue el momento del triunfo de nuestro ideal, y sólo entonces, que queden destruidas todas las divisiones que separan a los pueblos. Hoy comprendemos que no sería posible. Los socialistas [...] somos ciudadanos de los Estados burgueses.

Pretensión del artículo también es separar la idea de “ejército” a la de “militarismo”, entendido como “imperio absoluto de los que manejan las armas: “Pedimos, por tanto, colocados siempre en las avanzadas del progreso de la democracia burguesa, la nación armada, en vez de los ejércitos permanentes [...] Y es que entendemos que hay momentos en que la nación burguesa necesita defenderse contra las ambiciones de otras naciones burguesas.

Este artículo es trascendente en tanto que al aceptar el orden social, puesto que no hay capacidad de cambiarlo, también se acepta la guerra, en tanto que es su consecuencia inevitable. Esto supone, en la práctica, afirmar en el contexto supranacional la impotencia de la Internacional Socialista para evitar la conflagración. Como señala Forcadell⁷¹ este es el germen de la justificación desarrollada por los sectores mayoritarios de los Partidos Socialistas europeos durante los cuatro años de guerra.

El día 2, cuando la guerra y es un hecho, el órgano madrileño publica un manifiesto firmado por Iglesias y Anguiano “a los obreros, y principalmente a los asociados y a los socialistas [...] clamar contra la guerra, oponerse a ella y ponerse en contacto con todos los que la maldigan y combatan”. Pese a esta necesidad de condena genérica también se señala que “España, sin dejar de hacer cuanto pueda para que la lucha termine, mantenga, respecto de los contendientes, la más estricta neutralidad”⁷². Hay que señalar, como muestra Forcadell, que *El Socialista* se hace eco de la información procedente del extranjero con lentitud y dificultad, lo que genera confusión y desorientación en relación a la actitud y situación de las secciones de la Internacional Socialista. Por lo tanto estas llamadas a la solidaridad de los trabajadores contra la guerra resultan tardías⁷³.

Una muestra del avance de la actitud aliadófila del PSOE la tenemos en el artículo del día 3 de agosto, “Tras de la guerra, la revolución”⁷⁴. En este se afirma que la prudencia del Gobierno italiano al declararse neutral viene de la consciencia de que la intervención supondría la caída de la monarquía de los Saboya, y la creación de una república. “Esa solución ha de ofrecerse [...] en algún otro país europeo. Es muy posible que dentro de poco tiempo no se diga ya el Imperio alemán ni el Imperio austriaco”. Las consecuencias futuras de la guerra son tomadas por el órgano del PSOE con esperanza:

La democracia ganará no poco después del desastre a que el imperialismo lleva a la Humanidad. Los sucesos actuales van a dar una puñalada mortal al espíritu imperialista y monárquico. Tras de la guerra

⁷¹ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 84.

⁷² *El Socialista*, 2 de Agosto de 1914, “El Partido Socialista Español protesta contra la guerra y la condena”.

⁷³ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 81.

⁷⁴ *El socialista*, 3 de Agosto de 1914, “Tras de la guerra la revolución”.

vendrán revoluciones [...] Trabajaremos por que la corriente democrática no quede detenida en le vertiente Norte de los Pirineos.

Podría parecer que nada hay de aliadófilo en estas líneas, sin embargo, el mero hecho de que las revoluciones que la guerra provocará no afecten a Gran Bretaña, Francia, o incluso, Rusia, sino sólo a las potencias centrales ya dice bastante de la actitud del socialismo español hacia la guerra. Siguiendo al profesor Forcadell, todavía es “una aliadofilia latente, no expresa”, no sustraída al tópico internacionalista⁷⁵.

Resulta de importancia el artículo en primera página del día 6 de agosto⁷⁶ en el que ya se reconoce la inevitabilidad de la guerra, reconociendo que además del gigante ruso, en ninguno de los demás países, “dadas las circunstancias precipitadas en que la guerra ha estallado, tenía el Socialismo, desgraciadamente, fuerza para haber variado el curso de los acontecimientos”. Sin solución de continuidad, durante el resto de las publicaciones de agosto se irá clarificando la actitud aliadófila: el día 9 *El Socialista* alaba la “heroica defensa” de Lieja⁷⁷, dignidad del pueblo belga invadido por el ejército del káiser. Continúa el día 10⁷⁸ afirmando que aunque el Socialismo es enemigo de toda guerra, una vez que ésta estalla, “hay un momento en que los socialistas no pueden negar su cooperación a ella” y “en ese momento se encuentran los socialistas belgas [...]” que “acuden a defender su país”, haciendo una guerra justa, frente al “militarismo brutal y rapaz” alemán. *El Socialista* comienza a afirmar que Alemania ataca y Francia y Bélgica, amparadas por “sus socialistas” se defienden, lo que supone introducir un gran matiz práctico a la concepción internacionalista por la que la guerra era causa del imperialismo. Ahora unos imperios atacan, otros se defienden, la responsabilidad de la guerra quedaba fijada⁷⁹.

Si anteriormente se había proclamado la neutralidad absoluta o estricta, a la altura de septiembre, sin proceder en ningún caso a favor de la intervención, se percibe un cambio en el discurso del diario madrileño hacia la plena aliadofilia. *El Socialista*⁸⁰ se pregunta “¿Somos todos neutrales del mismo modo?”, y contesta desvinculándose de la neutralidad de los “germanófilos”, que lo son por “evasión a la guerra”:

Los socialistas, [...] no somos neutrales- ¿Quién habría de dudarlo?- al modo de los reaccionarios, ni tampoco por el egoísmo grosero que caracteriza a ese peso muerto de la nacionalidad española que neutraliza todas sus iniciativas de alta idealidad y pone el obstáculo de su masa amorfa y estúpida a todo movimiento progresivo. [...]

La prensa oficial del socialismo español pretende desvincularse de la neutralidad esgrimida por los germanófilos. Lo más importante es que la guerra ha pasado de concebirse como una conflagración imperialista, a una guerra “del odio, de las dominaciones, de los despotismo, de las esclavitudes” contra “el mundo nuevo, el mundo de la mentalidad y de la moralidad modernas,

⁷⁵ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 87.

⁷⁶ *El socialista*, “Los socialistas y la guerra”, 6 de agosto de 1914.

⁷⁷ *El socialista*, “El sitio de Lieja”, 9 de agosto de 1914

⁷⁸ *El Socialista*, “Los socialistas y la guerra”, 10 de agosto de 1914.

⁷⁹ En *El Socialista*, “El socialismo ha cumplido su deber”, 24 de Agosto de 1914, se valora la justeza del “defensionismo” del socialismo francés y belga “¿Qué espíritu degenerado puede reprocharles el haber aceptado el combate en el único caso de que nuestras doctrinas reconocen como ocasional para empuñar las armas: la integridad del territorio nacional violada por un poder conquistador, irracional y reaccionario? Esto se complementa con la publicación del acceso a la Cartera de Defensa de Jules Guesde, en *El Socialista*, “Opiniones de Julio Guesde”, 30 de Agosto de 1914.

⁸⁰ *El Socialista*, “Modos de ser neutral”, 12 de septiembre de 1914.

[...] de la civilización, de la igualdad, de los derechos populares” etc. Concebida como la “última lucha” donde los socialistas españoles ya no dudan en posicionarse: “nosotros, los socialistas, estamos dentro de este mundo último: estamos, por tanto, al lado de Francia, de Inglaterra, de Bélgica”.

Tradicionalmente, el punto de fijación de una “ortodoxia aliadófila” dentro del partido queda fechada en la *Declaración* de Pablo Iglesias en el Congreso de Diputados, recogida por *El Socialista* el 6 de noviembre⁸¹:

Nosotros, los socialistas, hemos manifestado [...] en unión de los compañeros de esta minoría [la Conjunción Republicano-Socialista], nuestro deseo de que España se mantenga neutral; pero nosotros hemos manifestado también [...], nuestras simpatías y nuestros deseos de que triunfen aquellos cuya victoria entendemos que es beneficiosa para todos los pueblos. Y declaro más, declaro que nuestro criterio respecto a la neutralidad se funda en las circunstancias en las que se encuentra España. De no encontrarse en estas circunstancias, seguramente procuraríamos que donde van nuestras simpatías fuesen también todo lo que nosotros juzgamos eficaz para el trabajo de aquella causa.

Tras la gran manifestación de aliadofilia encontraremos más vinculaciones con el socialismo de los países de la *Entente*. Hay que destacar por ejemplo la reacción a la Conferencia pacifista de Lugano, convocada por los socialistas neutrales italianos y suizos, cuyo llamamiento aparece publicado en el diario madrileño⁸². En su respuesta⁸³ a la misma, *El Socialista* afirma que siendo el capitalismo “responsable único de la guerra”, el examen de la realidad habla, en relación con las “aspiraciones del proletariado”, de que en la guerra capitalista “se manifiestan dos tendencias y que, según venza la una o la otra, librará mejor o peor la causa de los trabajadores”. Uno de los bandos, el austro-alemán, “el provocador de ella”, expresión del imperialismo, de triunfar, causarían “honda herida al proletariado y al Partido que al mismo representa”. El otro bando, el franco-inglés, “está mucho menos tocado de imperialismo [...], más influido por un espíritu democrático. La victoria de la *Entente* se ve como benigna para la causa socialista. Es por esto que la respuesta a la convocatoria de Conferencia pacifista es de rechazo considerando que “no debe celebrarse ninguna en tanto no puedan acudir a ella representaciones de todos los países donde el Socialismo está organizado”. Sin embargo la línea oficial del PSOE se manifestó completamente identificada con el espíritu de la Conferencia de Londres (febrero de 1915), convocada por el presidente oficial de la Segunda Internacional, el belga Émile Vandervelde, y en contra de los movimientos pacifistas de oposición a la conflagración que iban surgiendo⁸⁴.

Otra gran manifestación de aliadofilia sería, la celebración de la entrada en Italia en la guerra del lado de la *Entente*⁸⁵, en un número de julio de 1915, que a su vez contiene la aseveración,

⁸¹ *El Socialista*, “La neutralidad. Declaración de Pablo Iglesias en el Congreso”, 6 de noviembre de 1914. Señala Forcadell, Carlos *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 92, que la plena aliadofilia queda plasmada también en el libro de Fabra Rivas *El Socialismo y el conflicto europeo*, donde se culpa al socialismo alemán y se muestra una opinión favorable a la intervención si hubieran condiciones para ello en España.

⁸² *El Socialista*, “La Internacional y la guerra. La conferencia de los socialistas suizos e italianos”, 5 de noviembre de 1914.

⁸³ *El Socialista*, 12 de noviembre de 1914.

⁸⁴ *El Socialista*, “La Internacional es cada vez más Internacional” y “La Conferencia socialista de los países aliados”, 18 de febrero de 1915. Además de esto, en *El Socialista*, “El Congreso de El Ferrol”, 29 de abril de 1915, el PSOE se declara contrario a la iniciativa anarquista de un congreso pacifista: “La paz de no haberse impuesto antes de estallar la guerra, y en la Internacional no ha existido fuerza para ello, no puede hacerse rompiendo la guerra de mala manera [...] Hoy existe una finalidad que conseguir, y que lleva en sí consecuencias casi de vida o de muerte para la humanidad entera. La guerra ha tomado muy distintamente el carácter de lucha entre la democracia y el autoritarismo [...].

⁸⁵ *El Socialista*, “Italia en la guerra”, 24 de mayo de 1915. “Somos de los que admitimos como una esperanza, como un presagio de tiempos más felices, la entrada de Italia en la conflagración europea [...] todas nuestras simpatías estarán siempre con los países que se unan para aplastar el espíritu militarista [...] El Pueblo alemán es sagrado [...] A ese mismo

contraria a las corrientes pacifistas, de que cualquier paz sin la derrota de Alemania sería prematura:

Antes de que la guerra estallara, nuestro deber era impedirla. No fue posible, principalmente porque nuestro número no era lo suficientemente grande para ello y porque en las masas obreras no existía aún en todo su desarrollo la conciencia socialista capaz de imponerse a todo prejuicio y sacrificarse por el ideal, no fue posible evitar la guerra. Pero, al romperse las hostilidades, al haberse estrellado nuestro esfuerzo [...] ¿no había caducado ya aquel deber? La lógica responde que sí. [...] Hay que hacer la paz, sí, y lo más pronto posible [...] Pero sea como sea, no. [...] Hay que hacer una paz que imposibilite las guerras en lo sucesivo. [...] Para llegar a este resultado se necesita la cooperación del mayor número posible de naciones contra el funesto imperialismo alemán. [...] Bienvenida esta fase de la guerra, si ella significa, como sinceramente creemos, el fin de la guerra con el triunfo de la justicia.

En el otoño de 1915 tienen lugar dos realidades de gran afección para el socialismo español: el primero será la celebración del X Congreso, en octubre de 1915; en segundo lugar, en septiembre, la celebración de la Conferencia Internacional del socialismo minoritario pacifista e internacionalista de Zimmerwald. Como señala Forcadell, hasta la celebración de Congreso, la confrontación en el seno del partido por el tema de la guerra se caracterizó por dos cuestiones: la existencia de minorías en desacuerdo con la ortodoxia aliadófila y la política del partido; la afirmación de la mayoría ortodoxa en los organismos controlados por la dirección del PSOE (comité nacional, UGT, *El Socialista*, *Acción Socialista*, Juventudes Socialistas) y de su postura aliadófila y negativa hacia el pacifismo internacionalista⁸⁶.

En este último sentido destaca la reacción de *El Socialista* ante la Conferencia de Zimmerwald. El diario madrileño va publicando los días 15, 16 y 17 de octubre de 1915⁸⁷, en el último número se publican dos elementos que muestra la postura del socialismo mayoritario hacia Zimmerwald: La primera es la publicación de la opinión del diario inglés *Justice* el cual critica que el *Manifiesto Zimmerwald* “censura de igual modo a todas las naciones beligerantes [...] lo que es contrario a los hechos”. La segunda, son las palabras que el propio diario madrileño vierte en relación a la Conferencia. *El Socialista* señala que las ideas de Zimmerwald, su pacifismo internacionalista, son las de todo socialista que se precie, pero que en el momento presente, no es sino una “abstracción” a la que no se tiene derecho, propia de quien se encierra “en la torre de marfil del ideal”. Y eso ocurre porque “en esta guerra no están en juego los intereses de un capitalismo nacional, sin que están frente a frente dos mundos: el de la democracia y el de la tiranía”. Así, el socialismo mayoritario español se mantiene enrocado en la tesis de que “la Internacional no pudo evitar el estallido de la guerra” en tiempos de paz, por lo que no tiene sentido apoyar una iniciativa pacifista como Zimmerwald, sino que prefieren concentrar las energías “en ayuda de aquel de los bandos beligerantes que en la contienda está más próximo a nosotros”. Como se observa, la ortodoxia socialista española se apartaba de las concepciones del pacifismo internacionalista.

pueblo, a quien hay que decir hoy [...]: Las naciones aliadas contra tu Gobierno están haciendo en Alemania la necesaria revolución que no habías hecho todavía tú.

⁸⁶ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 97-98.

⁸⁷ Pueden consultarse en *Ibid.*, “Apéndice V. La recepción de Zimmerwald en el socialismo español”, pp. 354-359. *El Socialista*, “La Conferencia de Zimmerwald”, 17 de octubre de 1915, “

La dimisión de Mariano García Cortés de la dirección de *El Socialista*, acaecida en octubre de 1914, y presentada por el diario en noviembre⁸⁸, ya suponía la existencia de grietas en cuanto a posición ideológica dentro del socialismo español. El nuevo director, Eduardo Torralva Beci un año después ya era capaz de distinguir “dos tendencias” en el seno del socialismo español, como muestra su artículo en la revista *Acción Socialista*⁸⁹:

Las dos tendencias- no hablamos de otra tendencia, la *germanófila*, porque esa, en realidad, no es elemento que sea posible tener en cuenta dentro de las deliberaciones socialistas-, las dos tendencias que dentro de la Internacional existen frente al magno conflicto. *Una*, la de los partidarios de la paz a todo trance, no considerando en la guerra presente ninguna circunstancia que la diferencie de cualquier otra de las guerras que el capitalismo promueve. *Otra*, la de los que creen, sin dejar de ser pacifistas, sin dejar de rendir culto a las más queridas tradiciones del Socialismo, que la Internacional debe tomar puesto francamente al lado de una de las partes beligerantes, la que menos alejada está de las reivindicaciones socialistas, a fin, precisamente, de aplastar más pronto al más reaccionario y peligroso de los bandos, y asegurar, de ese modo, una paz diáfana [...]

Así, vemos como dos tendencias del socialismo internacional están presentes en España, no podría ser de otra manera, participando el socialismo de un mundo propio: dividido este en “facciones” ideológicas sus fracturas también llegaron a un partido de un país no beligerante. La línea mayoritaria del PSOE, equivalente a la ortodoxia *pablista*, se vincularía con el social-patriotismo en su variante aliada⁹⁰. En este sentido, resulta esencial la reflexión que hace Carlos Forcadell, y es que, desde la prensa socialista española siempre se rehusó el análisis de la participación del socialismo alemán en la política nacional, es decir, la aprobación de los créditos de guerra: “los socialistas alemanes eran culpables de las mismas actitudes elogiadas a los socialistas de los países aliados”⁹¹.

III) El X Congreso: la entrada en escena de los *minoritarios*

La línea minoritaria del socialismo español estaría orientada por ese pacifismo internacionalista zimmerwaldiano, neutral ante de las dos partes del conflicto, que propugnaba una paz sin vencedores ni vencidos y una vuelta temprana al mundo socialista unido. Estos *minoritarios* españoles no tendrán forma de plasmar su visión en *El Socialista* y su primera expresión pública tendrá lugar en el X Congreso del Partido en octubre-noviembre de 1915.

⁸⁸ *El Socialista*, “Comité nacional. A todas las organizaciones del Partido”, 18 de noviembre de 1914.

⁸⁹ *Acción Socialista*, “El X Congreso del Partido”, 31 de octubre de 1915. La cursiva es mía. El número es consultable en red en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional:

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0012273308&search=&lang=es>

⁹⁰ En Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 103, se señala siguiendo a Juan José Morato, *El Partido Socialista Obrero*, que había viejos y probados socialistas que lejos de postularse aliadófilos, veían la guerra como la pugna de dos capitalismos, “los que aprendieron la doctrina en el *Manifiesto Comunista*”, no estuvieron ni con los aliados ni con los imperios centrales. Iglesias sería la única excepción”.

⁹¹ *Ibid.* pp. 189-190. El número de *El Socialista*, “La guerra europea y los socialistas alemanes”, 13 de septiembre de 1914, va más allá ya que afirma que “censuramos duramente la facilidad con que los socialistas alemanes han votado los créditos pedidos por su Gobierno para la Guerra”. En 1916, le preguntaron a Iglesias sobre el cambio que había ocurrido sobre su persona y su Partido, pues antes habían defendido las tácticas de la socialdemocracia alemana y habían votado con el SPD en los congresos internacionales. El Abuelo respondió “No somos, ni yo ni mi partido, quienes hemos cambiado: nosotros seguimos defendiendo hoy lo que defendíamos ayer. Si la doctrina y la táctica que en tiempo de paz nos enseñaron los alemanes no es ya buena para ellos en tiempo de guerra, para nosotros sigue siendo excelente. Creo [...] que el partido socialista alemán, desde el principio de la guerra, no ha hecho lo que se debía esperar de él. Desde el momento que Alemania era el agresor, lo que no ofrece duda para nadie, el partido socialista debió tratar de impedir la guerra, y si era impotente para obtener este resultado, debió adoptar una actitud socialista, negando su apoyo al kaiserismo y protestando con toda la energía posible contra la actitud del Gobierno”, *El Socialista*, “Los socialistas españoles y la guerra europea. Una entrevista por Fabra Ribas”, 20 de julio de 1916.

Como señala Gerald Meaker⁹², antes de 1917 y la Revolución Rusa, la presencia del tercer elemento propio del espectro europeo que hemos señalado, el revolucionarismo de corte leninista de la “izquierda de Zimmerwald” era difícil de detectar en el socialismo español, teniendo en cuenta, además, que su revolucionarismo era retórico, confiando en el determinismo de la revolución futura que habría de llegar.

Todavía, los que no seguían la ortodoxia *pablista* aliadófila, los *minoritarios* españoles, no eran sino un conjunto descohesionado, destacando el núcleo en torno a la Escuela Nueva madrileña del que formaban parte Morato, García Cortés, Núñez de Arenas etc. La heterodoxia pacifista expresó su opinión en órganos de prensa independientes, como la revista liberal *España*. Dentro de la prensa socialista destacan las publicaciones *Adelante* en Valladolid y *La Justicia Social* de Reus, dirigido por Recasens i Mercadé.⁹³

El X Congreso del Partido Socialista Obrero Español se celebró en Madrid entre el 24 y 31 de octubre de 1915. El partido estaba compuesto por 238 agrupaciones con 14.332 afiliados. Estuvieron representadas unas 125 agrupaciones de las cuales la mayoría estaba concentrada en la cuenca minera asturiana, la ría de bilbaína y la capital madrileña. La mayoría, siendo dispersas, provenían de Andalucía, donde ha crecido la implantación del socialismo. También hay que destacar la presencia en el Levante⁹⁴. Los temas más importantes a debatir en el Congreso fueron: la cuestión del mantenimiento de la Conjunción republicano-socialista; sobre la necesidad de un remodelado de la organización interna para ajustar la base del partido con las tareas del comité nacional; por último, el más importante, la guerra⁹⁵. Hay que señalar que las credenciales de la Agrupación de Bilbao, liderada por Facundo Perezagua, competidor de Iglesias, no fueron aceptadas, por haber sido expulsada de la Federación Socialista Vizcaína, lo que no fue sino la culminación de la lucha entre el líder minero e Indalecio Prieto. Perezagua había roto la disciplina del Partido, oponiéndose a la Conjunción Republicano-Socialista, aprobada para las elecciones generales de 1914 y presentando candidatos independientes frente a la candidatura oficial del PSOE⁹⁶.

(1) El debate sobre la Conjunción Republicano-Socialista aparece recogido en el número de *El Socialista* del 27 de octubre de 1915. El Congreso había designado para la ponencia a Fabra Rivas, Acevedo, García Cortés, Verdes Montenegro y Besteiro. Dos son los dictámenes opuestos resultantes: el primero, el anticonjuncionista, es expuesto por Antonio Fabra Rivas, José Verdes Montenegro e Isidoro Acevedo, por el cual la conjunción con los republicanos debían romperse, atendiendo a los Congresos internacionales de París (1900) y Ámsterdam (1904), donde se condenaban las alianzas con la burguesía; y debido al no cumplimiento de lo acordado en el

⁹² Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 43.

⁹³ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 104.

⁹⁴ Véase Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, “El X Congreso del PSOE”, pp. 112-136. Las cifras en la pág. 112. Las delegaciones por localidades aparecen en los números de *El Socialista* del 25 y 26 de octubre de 1915. El transcurso del X Congreso del PSOE queda plasmado en los números de *El Socialista* 23 al 31 de octubre, 1 y 2 de noviembre.

⁹⁵ Ya en el mitin inaugural, en *El Socialista*, 25 de octubre de 1915, Besteiro vuelve a repetir el ya tópico de que “el socialismo no ha podido impedir la guerra [...] los socialistas, alistándose en filas, han cumplido su deber. Antes de la guerra, el deber de los socialistas era impedirla, e hicieron todo lo posible por realizarlo cumplidamente. Pero luego, estallada la guerra [...] nuestro puesto está al lado de quienes luchan por la libertad, contra la tiranía”. Iglesias proclamó que “la guerra no concluirá sino con la derrota del militarismo y del imperialismo” que quedaba automáticamente situado en las Potencias Centrales.

⁹⁶ Heywood, Paul, *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España...*, pp. 69.

Congreso Socialista de Madrid de 1912, donde se renovó la alianza a condición de la “realización de campañas de agitación en forma metódica y organizada” y “si no laboran los partidos republicanos con aquella intensidad y actividad que son necesarias, el partido socialista los estimará como motivo bastante para romper la Conjunción”⁹⁷. El segundo dictamen, a favor de la Conjunción, fue una propuesta de Besteiro formulada en una carta del doctor Jaime Vera en la que se establecía que “el Socialismo español debe mostrarse en sus predicaciones, en su organización y en su acción como una fuerza nacional progresiva, democrática y civilizadora [...] En este camino y para hacer nación, progreso, civilización y democracia, para hacer Socialismo, nos encontramos con los republicanos”, el mantenimiento de la Conjunción sería necesario, además, debido a la debilidad del socialismo como “fuerza eficaz sobre las conciencias y sobre los hechos”. En la quinta sesión se procedió a la votación de los dos dictámenes con los siguientes resultados: 3.106 votos a favor de mantener la Conjunción, 2.859 con lo que la Conjunción Republicano-Socialista permaneció por el estrecho margen de 256 sufragios⁹⁸.

(2) Los debates sobre la organización del Partido tomaron forma en la octava sesión: estas versaron sobre el peso de la Agrupación madrileña en el Comité nacional y sobre la posibilidad de adoptar una estructura federativa: el debate giró alrededor del voto particular de Josep Recasens i Mercadé, director de *La Justicia Social* de Reus. Éste defendía la necesidad de “cambiar radicalmente la Organización, para que no sea como ahora el Comité nacional un comité salido de la Agrupación madrileña [...] El partido [...] es necesario que tenga una organización federativa”⁹⁹. Pablo Iglesias contestó en nombre del Comité nacional, estableciendo que “aun admitiendo todos como bueno el sistema federativo y autonómico, es necesario, ante todo, que existan esas federaciones, que hoy no son viables en ciertas regiones como Aragón y Navarra”. Iglesias negó que el Partido estuviera “dividido en federalistas y centralistas”, afirmando a su vez que en las ocasiones que se considerara oportuno las federaciones podrían acudir al Comité nacional. Al final se acordó que las federaciones designaran a un delegado para las reuniones convocadas por el Comité nacional o la mitad de las federaciones más una¹⁰⁰. Este acuerdo no puede entenderse efectivamente como la democratización de las estructuras del partido y las funciones del comité nacional, que sigue en manos de la Agrupación madrileña¹⁰¹

(3) El debate sobre la Gran Guerra y el posicionamiento del PSOE en relación a ella fue el más importante en el X Congreso. Siguiendo a Carlos Forcadell¹⁰² el malestar de los *minoritarios* se había acentuado debido al monopolio de opinión de los *mayoritarios* dentro de *El Socialista*, por lo tanto el X Congreso era visto “por el sector minoritario como un ajuste público de cuentas, y por los gestores de la política del PSOE como la posibilidad de ratificación de la aliadofilia expresada desde agosto de 1914”. Los ponentes encargados de preparar el dictamen sobre la guerra europea fueron: Jaime Vera, José Medinabeitia, Eduardo Torralva Beci, José Verdes Montenegro y Manuel Vigil. Tras examinar la décima sesión del Congreso en *El*

⁹⁷ *El Socialista*, “Primera Sesión”, 27 de octubre de 1915. Mariano García Cortés propuso un voto particular que no difería en lo sustancial con el dictamen anticonjuncionista, proponiendo la ruptura con la Conjunción, el mantenimiento de relaciones amistosas con los republicanos, junto con la posibilidad de acción conjunta futura cuando la situación así lo requiriese.

⁹⁸ *El Socialista*, “Quinta Sesión”, 29 de octubre de 1915.

⁹⁹ *El Socialista*, “Octava Sesión”, 30 de octubre de 1915.

¹⁰⁰ *El Socialista*, “Novena Sesión”, 31 de octubre de 1915.

¹⁰¹ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 122.

¹⁰² *Ibid.* pp. 124.

Socialista vemos que existen tres proposiciones de voto en una escala aliadófila descendiente: el primero, redactado por el doctor Vera y suscrito- con algunas reservas- por Torralva y Medinabeitia¹⁰³. El segundo redactado por Manuel Vigil. El Tercero, por Verdes Montenegro.

El texto de Jaime Vera, doctor en medicina y médico personal de Pablo Iglesias, es largo, salpicado de evolucionismo, y supone una declaración directa de apoyo a los aliados así como un llamamiento hacia la acción reformista progresiva como premisa para llegar al socialismo. Así, Jaime Vera proclama que “el triunfo de los imperios centrales, el método imperialista y militarista haría retrogradar el mundo [...] Alemania reforzaría su poderío militar y su autoritarismo [...] Con el triunfo de los aliados continuaría normalmente el progresivo influjo de las fuerzas democráticas en la gobernación del Estado hasta absorberla por completo”. El doctor Vera concibe la guerra como una “necesidad histórica”, donde España es neutral “pero los socialistas no podemos ser neutrales en la contienda” ya que en esta contiene “un enorme esfuerzo contrarrevolucionario” que se traduciría en un “golpe formidable para el Socialismo democrático” según fueran sus resultados. De ahí que deba desearse el triunfo aliado “favorable en alto grado al desenvolvimiento humano”.

Además, el texto contiene una crítica ácida contra el socialismo alemán, estableciendo que “no hizo contra la guerra y el imperialismo que la provocó ni la pura protesta espiritual”, y considera que el Imperio Alemán no se hubiera lanzado a la guerra “sino con la seguridad de que su Socialismo y su proletariado serían sus colaboradores y no sus enemigos”. Como vemos, la actitud social-patriota sólo les está permitida al socialismo de los aliados, ya que en el caso de la socialdemocracia alemana “el espíritu nacionalista y autoritario” ha nublado su conciencia.

El texto es, a su vez, contrario al pacifismo, que por su carácter romántico tuvo el papel de “abrir el camino a la agresión de Alemania contra todos”. Considera además que el fracaso de la Internacional se debió a la estéril “política de aislamiento seguida”: “Oponemos a esa política de aislamiento [...] la política de penetración de las fuerzas socialista en todas las zonas de la vida nacional, actuando sobre las conciencias y sobre los hechos; aprovechando las competencias materiales e ideales burguesas y los movimientos progresivos de todo orden”, lo que a su vez supone por fuerza estar a favor del mantenimiento de la Conjunción Republicano-Socialista.

Tras las palabras de Jaime Vera, tenemos la visión, mucho más breve, de Manuel Vigil, portador de una aliadofilia matizada por la necesidad de terminar con la guerra sin vencedores ni vencidos. Así, Vigil propone que el Congreso se declare contrario “a todas las guerras que ponen a los proletarios unos en frente de otros” y establecer que la guerra presente es “fruto del régimen capitalista, que no puede vivir sino a condición de una lucha de intereses materiales”. Opina Vigil que en la incubación de la guerra habrían tenido culpa todas las naciones beligerantes, basándose en que todas participaron de la concertación de “alianzas belicasas”. Todas, excepto Bélgica, reconocida neutral en los tratados internacionales. Sin embargo, la culpable de desencadenamiento “fue Alemania, por lanzar Austria sobre Serbia y por atropellar la neutralidad de Bélgica”. Debido a que “es menos peligroso el militarismo inglés y francés que el germano” se prefiere el triunfo aliado y la derrota del káiser, no de la “Alemania, de la ciencia y del arte, del pensamiento moderno y del Socialismo revolucionario”. Además en los países

¹⁰³ *El Socialista*, “Décima Sesión”, 31 de octubre de 1915. Todas las citas hasta la siguiente son de éste número y apartado.

aliados hay un mayor espíritu democrático, “con la excepción de Rusia”. La clave de la aliadofilia matizada de Manuel Vigil está en la petición de “un llamamiento a la paz inmediata, respetando la independencia de las nacionalidades, sin indemnizaciones ni anexiones que sean contrarias a la voluntad de los pueblos”, que contrasta con la beligerancia que comienza a aparecer en el liderazgo del partido.

Por último, tenemos el texto propuesto por José Verdes Montenegro, mucho más breve que los anteriores, mostrando un carácter pacifista *minoritario*. Verdes Montenegro se centra en únicamente en dos cuestiones: La primera, que la causa de la guerra no es el militarismo “sino el régimen capitalista dominante a la sazón en los pueblos de Europa”; La segunda, una vuelta a la condena de la guerra y el fomento de la paz entre los pueblos que definían al PSOE antes que fuera “perturbado por las pasiones que necesariamente derivan del dolor presente”.

Debido a la no identificación completa con el texto de Vera, Fabra Rivas, Julián Besteiro y Luis Araquistain, los intelectuales más cualificados presentes en el Congreso¹⁰⁴ propusieron una moción, en la línea de la contestación del Comité nacional a Italia y Suiza y de las declaraciones de Iglesias en el Parlamento, que resulta mucho más clara teóricamente a la hora de aprehender la visión de los *mayoritarios* aliadófilos españoles. En primer lugar, aunque el capitalismo de todos los países quede señalado como el culpable, se deben “examinar las causas de la guerra actual [...] con el pensamiento puesto siempre en las aspiraciones del proletariado”. En segundo lugar, del examen resulta la apreciación de dos tendencias, y “según venza la una o la otra, saldrá mejor o peor librada la causa de los trabajadores”. Un bando es el “provocador” de la guerra y “la expresión más acabada del odioso imperialismo” su triunfo “causaría honda herida al proletariado”; el otro “está mucho menos tocado de imperialismo, y, por tanto, más influido por un espíritu democrático”. En tercer lugar, la victoria del “imperialismo austrogermano” supondría un retroceso para el Socialismo y la Democracia, la de los países aliados daría lugar a grandes progresos, también en Alemania y Austria. Por último, la paz debe solicitarse sólo “en condiciones provechosas para la Humanidad”, lo que en la práctica supone la negación de las resoluciones de Zimmerwald de una paz sin vencedores ni vencidos.

A continuación hubo un debate donde los *minoritarios* expusieron su discurso que contenía tres rasgos, el internacionalismo, la culpabilidad genérica del capitalismo con mayores o menores matices y la petición de paz. Sólo tres socialistas heterodoxos hablaron: José Verdes Montenegro, Mariano García Cortés y Eladio F. Egocheaga. (1) Verdes Montenegro criticó la oquedad del concepto “militarismo”, término clave esgrimido por los aliadófilos para responsabilizar de la guerra a Alemania, esto es, “el predominio del ejército en la gobernación del país” lo que no se sustenta, para Verdes, aplicado a las grandes potencias en pugna: En Alemania e Inglaterra “no hay militarismo. Militarismo hay en España [...] en esos países hay militares, subordinados al capitalismo”. “No existen, imperialismo, ni militarismo ni kaiserismo, sino un conflicto provocado por la expansión burguesa [...] yo acuso a la burguesía, no particularizando una parte de ella, pues que todas tienen responsabilidad en este delito colectivo [...] yo no creo que el triunfo de Alemania determine la opresión del mundo, ni el de Francia su liberación”. El discurso de Verdes Montenegro se sitúa en la línea del internacionalismo clásico antiburgués: “El proletariado no tiene nada que conservar y no puede ser conservador de nada

¹⁰⁴ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 128.

que corresponda al régimen burgués”; por lo tanto, todos los países serían “igualmente responsables o igualmente inocentes” para con la guerra, la causa última de esta es el capitalismo¹⁰⁵.

(2) García Cortés, aunque atribuía la responsabilidad a Alemania pero consideraba el “militarismo como una consecuencia del régimen capitalista”. Defiende el voto de Verdes Montenegro porque no señala culpa ni censura a ningún bando. Lo fundamental es que la Internacional debe reconstruirse, y que la paz sin anexiones ni indemnizaciones sea un hecho cuanto antes. (3) Egocheaga consideraba que ninguna burguesía podía ser exculpada, que “todas son igualmente responsables” y frente a la consideración de Alemania como la potencia más peligrosa establecía que el militarismo “más peligroso el de Rusia, que cuando alcance el desarrollo económico que otros países tienen podrá poner en lucha y lanzar sobre Europa veinte millones de soldados”. Así, con las afirmaciones contrarias al voto de Verdes “se olvidan las puras doctrinas internacionalistas”. La afirmación del internacionalismo le llevó también a censurar la participación en el gobierno de los socialistas.

La votación final para la elaboración de un dictamen sobre la guerra supuso la afirmación de la actitud *pablista* aliadófila hacia la guerra. El informe particular de José Verdes Montenegro fue derrotado por 25 votos en contra y 10 a favor y el de Manuel Vigil por 20 contra 9. Triunfó la enmienda al texto del doctor Vera de Besteiro, Fabra y Araquistain con 23 votos a favor y 9 en contra, lo que en voto representativo suponía 4.090 contra 1.218¹⁰⁶.

A finales de noviembre de 1915, tras un mes desde que había acaecido el X Congreso del Partido, tuvo lugar el IV Congreso de las Juventudes Socialistas, nacidas en 1903. Mientras que en las páginas de *El Socialista*, durante el X Congreso no apareció mención alguna a la Conferencia pacifista internacionalista, en el Congreso de las Juventudes sí que hizo su entrada en escena. La Juventud Socialista de Madrid había celebrado una asamblea general dos días antes de la celebración del Congreso, el 14 de noviembre, donde se decidió de forma unánime la adhesión a Zimmerwald¹⁰⁷. Ramón Lamonedá, delegado por la Juventud Socialista madrileña, y Manuel Núñez de Arenas presentaron una proposición pidiendo la adhesión a la Conferencia pacifista internacional, a lo que se contestó que no había lugar a ello por contradecir la disciplina del Partido con respecto a la guerra. Lamonedá al defender el derecho a debatir afirmó que no veía “peligro de que se rompiera la disciplina del partido español, sino que sería una reafirmación de los principios socialistas” haciendo uso de la libertad de crítica, y además sólo podría llegarse a una “escisión moral”. La proposición de debatir el tema de Zimmerwald terminó derrotada por 18 votos contra dos ratificando, “por disciplina, el acuerdo del partido respecto a la guerra”¹⁰⁸. Sin embargo, la Juventud Socialista de Madrid sí quedó adherida a Zimmerwald y al CSI a la altura de febrero de 1916, siendo el único organismo español que así figuraba (aunque no enviaron delegado). Se conformó así otro núcleo de disidencia a la ortodoxia *pablista* en torno a las juventudes de Madrid, integrado por Ramón Lamonedá, José

¹⁰⁵ *El Socialista*, “Undécima Sesión”, 31 de octubre de 1915. Todas las citas hasta la siguiente son de éste número y apartado. En este punto, Fabra Ribas replicó que no entendía como no podía ver la culpabilidad de Alemania y Austria, cuando incluso algunos de “sus” socialistas saben que “sus” países declararon la guerra: Liebknecht, Luxemburg, Merhing.

¹⁰⁶ *El Socialista*, “Duodécima Sesión”, 1 de noviembre de 1915.

¹⁰⁷ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 175-176.

¹⁰⁸ *El Socialista*, “Las Juventudes Socialistas. Su IV Congreso nacional”, 29 de noviembre de 1915.

López y López, Ramón Merino Gracia, entre otros, del que terminaría surgiendo el primer Partido Comunista Español¹⁰⁹.

Debemos citar también, tal y como ha estudiado Forcadell, que fueron los *minoritarios* los que realizaron la divulgación de Zimmerwald: mediante un ciclo de conferencias organizado por la Escuela Nueva donde Núñez de Arenas donde se mantiene internacionalista y antialiadófilo y pronuncia palabras elogiosas hacia el intento de Zimmerwald. El diario *La Justicia Social*, de la heterodoxa Federación Catalana del PSOE, dirigido por Recasens i Mercadé también abrió sus páginas a la Conferencia pacifista. Sin embargo, el periódico va a dejar de publicarse a finales de 1916 por una la detención de Recasens¹¹⁰.

IV) La evolución de la aliadofilia 1916-1917: la beligerancia

A la altura de 1916 la existencia de una “facción” *minoritaria* queda reconocida, como muestra el artículo, en mayo, de *El Socialista* escrito por Recasens i Mercadé, director de la *Justicia Social* de Reus¹¹¹, en el que afirma que no puede convencer a nadie que no participe de sus puntos de vista, pero justifica su intervención en el diario por el antojo de “que también en el órgano central del partido debe ser oída la voz de la minoría”, “los que no nos hemos apasionado por ninguno de los bandos beligerantes, a los que clamamos por la paz, a los que censuramos la conducta de los directos de la Internacional”. Para Recasens, la “mayoría”, se han olvidado de la existencia del Partido Socialista Internacional, su buró y los acuerdos de sus Congresos; la “minoría” “continuamos sin treguas ni moratorias, lucha contra la guerra y contra el capitalismo”, porque, aun reconociendo la “brutalidad del kaiserismo”, “no olvidamos que el militarismo también existe, en mayor o menor grado, en todas las naciones” en guerra, y que todas son culpables de la conflagración, por mucho que se reconozca la agresión inmediata de los imperios centrales. Tras la condena de la aprobación de los créditos de guerra, la entrada en los gobiernos burgueses y la suspensión de las relaciones internacionales, Recasens declara que “los líderes de los partidos socialistas han participado en la horrenda tragedia y han adquirido en ella graves responsabilidades”. La importancia del artículo reside en dos cuestiones: la primera, porque muestra que el diario madrileño oficial, tiene que dejar espacio, aunque muy breve, a la opinión *minoritaria*, en pos de la asimilación de la disidencia. La segunda, por la propia conclusión del artículo de Recasens i Mercadé, que afirma que las masas van “abriendo los ojos”, “y tal vez los que hoy aparecemos como minoría formaremos en breve una mayoría aplastante”, lo que viene a significar el vaticinio del aumento de las disidencias y a proponer necesarios cambios en el socialismo.

También hay que señalar, en línea con la actitud hacia la *minoría* que en junio de 1916, el BSI envió un manifiesto convocando a delegados de los partidos socialistas de los países neutrales para una Conferencia en la Haya el día 26¹¹², aunque no llegó a asistir ningún español se pretendía enviar a Julián Besteiro y a Verdes Montenegro, es decir, un *mayoritario* y un

¹⁰⁹ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 42.

¹¹⁰ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 179-184.

¹¹¹ *El Socialista*, “Puntualicemos. Los socialistas y la guerra”, 3 de mayo de 1916.

¹¹² El manifiesto aparece en *El Socialista*, “La Internacional y la guerra”, 7 de junio de 1916.

minoritario que habían protagonizado la pugna del X Congreso, en un intento de evitar las críticas en el seno del Partido¹¹³.

En 1916 se intensifica la aliadofilia del PSOE. Antonio Fabra Ribas realizó una entrevista a Pablo Iglesias sobre la guerra, publicada en el diario madrileño. En ella, el Abuelo afirmaba que los pueblos del bando aliado actúan en defensa propia, y mientras no haya sido derrotado su agresor “nadie tiene derecho a hablarles de paz”, “menos aún de imponérsela”. Forzar la paz sería “hacer el juego del imperialismo”, colaborar con el káiser. Así mismo, el líder socialista no ve una traición de los principios internacionalistas en la participación en el poder de los socialistas- únicamente en los países aliados- “puesto que lo que hacen nuestros amigos de los países atacados es participar en la defensa nacional”¹¹⁴.

En otoño, *El Socialista* proclamaba que “la simpatía hacia los aliados equivale a la simpatía por la paz”, pues luchan por repeler la agresión de las potencias centrales y en ellos predomina el elemento civil sobre el militarismo¹¹⁵. Este artículo es, además, una contestación sosegada a las juventudes disidentes que habían equiparado la culpabilidad en la guerra de los socialistas alemanes y austriacos, franceses, belgas e ingleses.

El número del 31 de julio¹¹⁶, conmemorativo del aniversario del asesinato de Jean Jaurès, del diario madrileño resulta un lugar privilegiado para la aprehensión de los tópicos aliadófilos y social-patrióticos, y el aumento de la beligerancia. (1) el primero de ellos sería, que el apoyo a los aliados supone el apoyo a la democracia frente al militarismo del káiser, terreno necesario para la formación del socialismo: el artículo compara a Jaurès con Bismarck, señalando que cada uno es “antítesis perfecta” del otro. A su vez, uno y otro, Alemania y Francia, “van unidos a las dos fuerzas en pugna [...] Imperialismo-Socialismo”, “el mundo de Bismarck y el mundo de Jaurès”. Democracia burguesa y socialismo quedan vinculados, desde este pensamiento, porque el segundo era en realidad un embrión surgido de la primera, tras la revolución francesa que forjó el “mundo de Jaurès”. Desde esta afirmación se desprende la necesidad de que el socialismo se ponga de parte de las naciones burguesas “que conservan y defienden el legado de la Revolución”, porque la democracia burguesa es la “única democracia real, en tanto que la democracia socialista no está en condiciones de desarrollo y de fuerza para sustituirla”.

(2) Desde aquí, se llega al segundo tópico, el de la inevitabilidad de la guerra: al no existir la capacidad para implantar la “democracia socialista”, tampoco la había para frenar la guerra de 1914. Así, no es que el socialismo encarnado en la Internacional socialista “fracasara” si no que no existían condiciones históricas, siguiendo con el lenguaje evolucionista que caracteriza a este tipo de escritos.

(3) De esta “incapacidad”, se deriva el tercer tópico, por el que el socialismo aliado realiza una “guerra defensiva”, viéndose obligado, “por espíritu de conservación, a defender a la democracia burguesa, a la que se pretendía aniquilar, porque todavía la muerte de ésta significaba su propia muerte”. Así, *El Socialista* pasa a defender a los socialistas de los países

¹¹³ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 188.

¹¹⁴ *El Socialista*, “Los socialistas españoles y la guerra europea. Una entrevista por Fabra Ribas”, 20 de julio de 1916. Véase cita 94.

¹¹⁵ *El Socialista*, “Por qué queremos el triunfo de los aliados, Josep Comaposada, 17 de septiembre de 1916.

¹¹⁶ *El Socialista*, “en el segundo aniversario de la muerte de Juan Jaures”, 31 de julio de 1916. Todas las citas hasta la siguiente son de éste número y apartado

aliados que colaboran con sus gobiernos, frente a “los ciegos preconizadores de un pacifismo fuera de lugar”: Sembat y Guesde por Francia; Lee y Hyndmann por Inglaterra; Vandervelde, presidente de la Internacional, por Bélgica; Valora positivamente también la adhesión a la causa aliada y el intervencionismo de Mussolini y Bissolati por Italia; También la actividad de los socialistas alemanes, Mehring y Liebknecht, opuestos a su Gobierno, llegando a distinguir entre un “socialismo democrático” y un “socialismo imperialista”. La plena vinculación del PSOE con el social-patriotismo se aprecia en la vinculación de Pablo Iglesias con los socialistas favorables a la causa aliada: “y en nuestro Pablo Iglesias [...] declarando en el Parlamento, como justificación de nuestra neutralidad, el estado de debilidad en que estaba España”.

(4) El cuarto tópico, quizá el que más muestra el aumento de la beligerancia aliadófila del PSOE, es la negativa al pacifismo en el momento actual, porque supone una paz prematura. Así, el diario proclama “el triunfo de la Francia de Jaurès” derribará la “Bastilla de Berlín, que amenazaba al mundo”. “Jaurès es la paz. El Socialismo es la paz. La guerra contra Alemania es la paz”. No deben cesar las hostilidades en un momento favorable a Alemania: “la vida de la democracia no podrá dar todos sus frutos- el Socialismo- mientras no se extermine a las fieras imperialistas que acechan”. De la comparación de las opiniones de Iglesias y de artículos como este, con la visión de un *minoritario* como Recasens i Mercadé se extrae que los debates entre *mayoría* y *minoría* se basaban en una reducción entre la visión pro aliada beligerante, para la que no puede haber paz sin la derrota de Alemania, y la que se mantenía neutral respecto a la responsabilidad de ambos bandos, partidaria de la paz.

El año 1917 supuso un punto de inflexión en la conflagración: ante la imposibilidad de superar al adversario mediante acciones militares y guerra de posiciones, el bando aliado emprendió la pugna económica contra las potencias centrales pretendiendo el bloqueo económico de Alemania. Así, los aliados presionaron para controlar el comercio y abastecimientos que llegaban a Alemania desde los países neutrales, a lo que Alemania respondió con la guerra submarina, dirigida hacia los barcos que se dirigían a Inglaterra. La guerra submarina comportará la entrada de Estados Unidos en la contienda; y en España, debido a la violación de su neutralidad para el tráfico marítimo se agudizó la polémica de la opinión pública en torno al posicionamiento en la contienda: la aliadofilia consideraba mantener una neutralidad activa en favor de la *Entente*, romper, al menos, las relaciones diplomáticas con el káiser, e incluso, entrar en la guerra al lado de los aliados. La germanofilia se mantuvo en la neutralidad estricta. A su vez, estos elementos aumentaron la discusión en el seno del PSOE¹¹⁷.

Ya hemos dicho que el punto donde más se aprehende la aliadofilia beligerante del PSOE, es en lo que hemos llamado el “cuarto tópico”, el que corresponde a que la paz debe de ir necesariamente vinculada a la causa aliadófila, siendo sólo deseable con la derrota del kaiserismo alemán. En diciembre de 1916, el presidente Woodrow Wilson había enviado una nota a los países beligerantes, Suecia, Noruega y España para pedir opinión pública sobre las condiciones que serían necesarias para alcanzar la paz. El secretario del BSI, Camille Huysmans

¹¹⁷ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 192-193. Antonio Maura habló el 29 de abril en la Plaza de Toros de Madrid manteniendo una posición de estricta neutralidad; fue contestado por los aliadófilos – Simarro, Álvaro de Albornoz, Ovejero, Castrovido, Unamuno, Melquíades Álvarez, Lerroux y Menéndez Pallarés- en un mitin en la misma plaza, el 27 de mayo. Aparece recogida en *El Socialista*, “El acto de hoy”, 27 de mayo de 1917. El PSOE no participó de forma oficial en el mitin de partidos burgueses, sólo Andrés Ovejero participó a título personal. Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria...*, pp. 82.

remitió mediante telegrama al PSOE la nota de Wilson en la creencia de que “vuestro partido podía apoyar la iniciativa de los Estados Unidos, dirigiendo un telegrama a Wilson”¹¹⁸. Como respuesta, la ortodoxia del PSOE se identificó con la resolución de la SFIO emanada de un Congreso reciente y se adhirió a la nota de Wilson. Así, el Partido socialista español proclama que “queremos una paz pronta, pero no un término de la guerra que resulte de hecho un armisticio”, esto suponía, “que las naciones agresoras y principalmente responsables de la guerra reciban la sanción justa y necesaria”. Así, como señala Forcadell, “la aliadofilia del PSOE llegaba en su beligerancia a plantearse, en los mismos términos que las naciones aliadas, el fin de la guerra como posible solamente mediando una derrota militar de los imperios centrales”.

A los pocos días encontramos un artículo del *mayoritario* Luis Araquistain¹¹⁹ que afirma que

Una paz indecisa, por empate, sería el germen de una nueva guerra [...] los que ahora piden la paz lo hacen porque quieren prepararse para otra guerra. Los que hasta agosto de 1914 no quisieron la guerra y ahora desean proseguirla indefinidamente, lo hacen porque buscan una paz duradera [...]. Los guerreros de hoy son los pacifistas radicales, los pacifistas fundamentales, los que, después de haber buscado el desarme por las vías de la razón, han decidido ahora, tras su fracaso, hallarlo por la fuerza.

La cuestión, para Araquistain está en limitar el poderío militar de Alemania (basado en la población y el industrialismo). Así, “una paz permanente en Europa sólo puede lograrse si el poder militar de Alemania se rinde incondicionalmente”. Por lo tanto, toda acción hacia la paz que no suponga la derrota final de Alemania supone “contribuir a la repetición de esta guerra”. Sin embargo, debemos tener en cuenta, que la derrota que se pide es del imperialismo y el militarismo, no del pueblo alemán.

La aliadofilia beligerante del PSOE *mayoritario* no sólo se explica por esa concepción última de que la victoria de los aliados era la victoria del socialismo en tanto que éste era embrión de la democracia burguesa, y la victoria de los Imperios centrales supondría un retroceso en su desarrollo. Según este proceso dialéctico la paz sin la derrota de Alemania supondría un freno a las fuerzas progresivas al ser inevitable una nueva guerra debido al *militarismo* que el sistema del káiser llevaba en su seno. Sin embargo, además de este planteamiento teórico-ideológico, también hay problemas materiales detrás y es que “la efectividad de un bloqueo que introduce una honda perturbación en nuestra vida económica [...] que condenaría necesariamente a los horrores de un paro forzoso a grandes masas de trabajadores?”¹²⁰

El sector *mayoritario* llega incluso a ostentar, como lo denomina Forcadell, un “intervencionismo reprimido”¹²¹. El PSOE se afirma como plenamente identificado con la línea defensionista nacional y el social-patriotismo, “actitud que la agresión alemana obligó a tomar a los partidos socialistas de los países aliados”. Esta línea es espiritualmente compartida por la

¹¹⁸ El telegrama de Huysmans y la respuesta del PSOE a la “nota Wilson” aparece en *El Socialista*, “Sobre la nota de Wilson”, 9 de enero de 1917. Todas las citas hasta la siguiente son de éste número y apartado. Sobre el PSOE y la nota Wilson véase Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 193-195. La cita de Forcadell en la pág. 194.

¹¹⁹ *El Socialista*, Luis Araquistain, “En torno a la paz”, 12 de enero de 1917.

¹²⁰ *El Socialista*, 6 de marzo de 1917.

¹²¹ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 199.

ortodoxia socialista española “y la que hubiera observado si las condiciones del país le hubieran permitido ser beligerante al lado de las naciones aliadas”¹²². Esto también se observa en las declaraciones de un enfermo Pablo Iglesias: “en circunstancias muy distintas de las actuales opiné que España debía de ser neutral, no porque no sintiera yo, como siente el partido socialista español, vivas simpatías por los aliados, sino porque nuestra nación no estaba en condiciones de tomar puesto al lado de ellos”¹²³.

Mientras se percibe esta beligerancia aliadófila en los artículos de *El Socialista*, en el diario madrileño continúan apareciendo esporádicamente las opiniones de los *minoritarios*. Se publica una entrevista hecha por el *ABC*, germanófilo, a Mariano García Cortés, donde éste afirma que “esta guerra [...] no es nuestra guerra”, no será la que libere a los obreros de la esclavitud capitalista. “Cualquiera que sea el beligerante que resulte vencedor, siempre aparecerán victoriosas un grupo de burguesías, que [...] tratarán de asegurar su dominio de clase sobre el proletariado”. Los obreros son siempre los “vencidos hasta cuando pertenecen al ejército victorioso”¹²⁴. También hay que destacar la publicación en el número extraordinario del 1º de mayo de sendos artículos de Recasens i Mercadé y de Verdes Montenegro¹²⁵. El del primero, titulado “Lucha de clases”, es una advertencia contra las “uniones más o menos sagradas con burguesías más o menos avanzadas”, que frenan la lucha de clases, único instrumento de redención del “género humano”; también de que en la guerra sólo “se dirimen rivalidades esencialmente económicas” por lo que es necesario continuar la labor de dar “conciencia de clase al proletariado”. Verdes Montenegro elige una pregunta retórica como título -“¿Tú que eres?”-, para establecer el punto de vista *minoritario*:

Yo no soy anglófilo ni germanófilo; yo no soy neutral: yo soy internacionalista, que es tanto como decir socialista no olvidadizo de sus principios [...] no creo que del triunfo de un bando o de otro dependa el que haya más justicia, ni más libertad para los hombres, ni se beneficie la civilización de los pueblos; porque pienso que la maldita guerra es una de tantas orgías de la clase capitalista [...] el proletariado no debe desangrarse y ofrendar sus vidas haciendo la guerra por intereses que no son los suyos ...

Ante las convulsiones sociales que caracterizan el año 1917, destacando la huelga de agosto de 1917- cuestiones que trataremos en el siguiente capítulo- el problema de la neutralidad quedó en segundo término¹²⁶. Así, concluimos este apartado mostrando como, antes del complejo verano

¹²² *El Socialista*, 13 de marzo de 1917, “Partido socialista francés. Las sesiones del consejo nacional”, “Pequeño comentario”.

¹²³ *El Socialista*, 28 de abril de 1917.

¹²⁴ *El Socialista*, 9 de febrero de 1917. Como ocurre en los contextos de opiniones polarizadas, cuando alguien expresa matizaciones o discrepancias con una determinada opinión fija, se le suele acusar de fomentar o ser seguidor de la contraria. No deja de ser sugerente el hecho de que el *ABC*, germanófilo y, por lo tanto, defensor en este contexto de la estricta neutralidad, acuda a la opinión de un *minoritario* como García Cortés, cuyos argumentos podían ser utilizados, de forma retorcida, en provecho de la derecha germanófila. Exponente de esto, es que otro *minoritario* como Recasens i Mercadé, tenga que defenderse en *El Socialista*, “Pacifistas e internacionalistas”, 26 de abril de 1917, afirmando que al seguir abogando por la paz “no se nos confunda con toda esa gentuza reaccionaria y germanófila que tan desafortunadamente está chillando por la neutralidad... porque no ven probabilidad de romperla en favor de los imperios centrales”.

¹²⁵ *El Socialista*, Recasens i Mercadé, “Lucha de clases” y Verdes Montenegro, “¿Tú que eres?”, 1 de mayo de 1917.

¹²⁶ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 199. Forcadell plantea la cuestión, de si la aliadofilia de la dirección representaba a la mayoría del partido o si la mayoría de los socialistas fue llevada a aceptar las formulaciones de la dirección. El autor estima, que los dos factores coinciden: por un lado, la mayor parte de los socialistas debían sentirse emotivamente aliadófilos; por otro, muchos sectores aceptaban sin demasiado criterio la doctrina presentada por

de 1917, la aliadofilia *mayoritaria*, emanada desde la dirección del Partido, se encontraba en un estado de beligerancia provocada por la propia situación de la guerra y el bloqueo económico alemán. Con su aliadofilia, el socialismo español se comportó como si la guerra en el exterior, analizada como entre “dos Europas” que representaban el progreso democrático y el militarismo imperialista, se tradujera en el interior: la simbología de las “dos Europas” encontró eco en una España donde se veía una pugna entre las fuerzas de la reacción (germanófilas) y del progreso (aliadófilas), o quizá, dándole la vuelta al argumento, fue esta forma dicotómica de ver la realidad nacional la que se proyectó en los análisis que desde el socialismo español se hacían de la conflagración europea y mundial. En este contexto, fueron los *minoritarios* los que recogieron el eco del pacifismo y se mantuvieron en una posición internacionalista no seducida por el social-patriotismo aliadófilo, analizando la guerra como fruto del capitalismo de la que nada debía de esperar el socialismo.

En la fractura del socialismo, aunque pesaran mucho las peculiaridades españolas, la Gran Guerra tuvo una influencia muy importante, siguiendo las pautas europeas. El asentamiento de la línea aliadófila de los *mayoritarios* fortaleció a la dirección frente a esas tendencias disidentes que ya comenzaban a aparecer antes de la guerra. Sólo la llegada de la revolución bolchevique y el fin de la guerra provocó la aparición de la tendencia izquierdista revolucionaria que integraría el Partido Comunista.

3.3) El anarquismo español y la guerra: la reorganización de la CNT.

I) Antecedentes: El arraigo del anarquismo en España

Si en el contexto europeo el cambio de siglo supuso el aislamiento y fin del anarquismo como movimiento, en España tuvo lugar su resurgimiento en forma de sindicalismo revolucionario. Debemos hacer nuestra la afirmación de Álvarez Junco de que lo excepcional del movimiento obrero español no fue el hecho de que en 1870-1872 eligiera masivamente a Bakunin y no a Marx, lo que ocurrió en la zona latina, Bélgica y Suiza; sólo con la conversión que dio lugar al surgimiento de la CNT debemos empezar a hablar de “excepcionalísimo español”¹²⁷, ya que en torno a esta fecha en el resto del mundo- salvo Argentina con la FORA- el sindicalismo antipolítico y antirreformista era historia pasada.

En agosto de 1907, a través del entramado societario de Barcelona surgió la sociedad de resistencia llamada Solidaridad Obrera, cuyo *Manifiesto* aparece plasmado ya en el número 25 de Julio de 1907 de *Tierra y Libertad*¹²⁸. No era un producto directo del anarquismo catalán, sino una compleja conjunción de asociaciones, que comprendía anarquistas, militantes socialistas, obreros independientes, y otros vinculados al republicanismo federal o radical. En 1908 Solidaridad Obrera representaba a 109 entidades y unos veinte mil obreros, convirtiéndose en una organización regional que pretendía traspasar los límites de la industria catalana y extenderse

el comité nacional. *Ibid.* pp. 102. Las limitaciones de un estudio realizado con la prensa oficial nos impiden profundizar más en este tema.

¹²⁷ Junco, Álvarez, “La filosofía política del anarquismo español” en Casanova, Julián (coord.), *Tierra y libertad...* pp. 14

¹²⁸ *Tierra y Libertad*, 25 de Julio de 1907, “Manifiesto de Solidaridad Obrera a los trabajadores de Barcelona”.

por el resto de España. Siguiendo a Gil Andrés¹²⁹, en España se estaba difundiendo el modelo sindical revolucionario francés mantenido por la CGT, práctica que conectaba con un internacionalismo ya tradicional.

Los sucesos de la Semana Trágica de 1909 (26 de julio al 2 de agosto) fueron fundamentales para explicar el carácter anarcosindicalista que adoptaría la organización al convertirse en la CNT. La represión que siguió dio lugar al contexto en el que se formalizó la Conjunción Republicano-Socialista, que dejó Solidaridad Obrera en manos de los anarcosindicalistas, que convocaron un Congreso Nacional del 30 de octubre al 1º de noviembre de 1910, que se reunió en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona. El configurar una organización de carácter nacional iba en relación a la creencia, manifestada por el último secretario general de Solidaridad Obrera, José Negre, de que si la clase obrera hubiera estado unida en los sucesos de la Semana Trágica, no hubiera sido posible tal nivel de represión. Además, es importante el hecho de que Solidaridad Obrera había sido muy debilitada, reuniendo a 18 delegados de 27 sociedades que representaban supuestamente a 4.418 afiliados¹³⁰. El *dictamen* del Congreso aparece en el número del 4 de noviembre de *Solidaridad Obrera*¹³¹ y muestra el acuerdo por el que se constituye

una Confederación General de Trabajo Española, integrándola temporalmente todas aquellas Sociedades no adheridas a la U.G. de T. en la condición de que una vez constituida la C.G. del Trabajo Española [luego CNT], se procure llegar a un acuerdo entre las dos Federaciones, a fin de unir toda la clase obrera, en una sola organización.

La construcción de la CNT, siguiendo a Pere Gabriel¹³² no fue doctrinalmente producto del sindicalismo francés de la *Confédération Générale du Travail*. El proceso que dio lugar a su fundación en 1910-1911 debe remitirse a una serie de cambios estructurales en los sistemas productivos catalanes, que se conjugaron con la persistencia de la cultura política obrera que había hecho una lectura sindicalista de la Primera Internacional, con una serie de conceptos básicos: la afirmación de la identidad de clase; el cooperativismo y mutualismo; y una defensa del concepto ambiguo del antipoliticismo, basada en la afirmación de la unidad de los trabajadores por encima de sus dispersiones ideológicas, potenciando más las reivindicaciones laborales que su actitud política ante la sociedad. Así, en el seno de la CNT podían distinguirse tres corrientes ideológicas¹³³: la anarquista “pura”, más orientada hacia los temas libertarios y más ambigua hacia las metas materiales, cuyo órgano de expresión era *Tierra y Libertad*; y la sindicalista “pura”, que hacía hincapié en la necesidad de cohesión orgánica y la lucha por los beneficios cotidianos. Entre ambas se emplazaría el anarcosindicalismo, definido por su antipoliticismo, cuya pretensión se basaba en que en la medida en que el modelo sindical, con la

¹²⁹ Gil Andrés, Carlos, “La aurora proletaria”, en *Tierra y libertad...* pp.89-117

¹³⁰ *Ibid.* pp. 95.

¹³¹ *Solidaridad Obrera*, 4 de noviembre de 1910. “El Congreso Obrero Nacional”.

¹³² Gabriel, Pere, “Propagandistas confederales entre el sindicato y el anarquismo. La construcción barcelonesa de la CNT en Cataluña, Aragón, País Valenciano y Baleares, *Ayer*, 45, 2002, 105-145. pp. 113-115. Como señala el autor, salvo en las coyunturas de 1873, 1882-1883 y 1890-93, la dinámica sindical española, sobre todo en Cataluña y Barcelona había girado en torno a las federaciones de oficio, menos que de las centrales sindicales. Estas federaciones fueron las que encabezaron las luchas laborales y mantuvieron en pie un obrerismo sindicalista.

¹³³ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 24. Siguiendo a Meaker, a estas tres corrientes se uniría en 1920 el surgimiento de la línea “sindicalista comunista”, al calor de la Tercera Internacional.

consecución de mejoras laborales, permitiera ganar la influencia sobre las clases trabajadoras, éstas abandonarían la “tentación política” y se encaminarían por el sendero revolucionario¹³⁴

Este nacimiento de la CNT sería muy breve. En 1911, con la vuelta de la guerra de Marruecos al primer plano de la vida pública, en el verano de ese año estalló una ola de mítines, manifestaciones y huelgas, con reivindicaciones sociales y económicas y contra el injusto sistema de reclutamiento. El primer Congreso Nacional de la CNT se reunió del 8 al 10 de septiembre, agrupando 117 delegados en representación de 78 sociedades obreras y seis federaciones locales, a las que correspondía una fuerza total de 26.585 afiliados. Su fuerza radicaba en Cataluña (unos 12.000 afiliados) y Andalucía (unos 6.000). Según Pere Gabriel¹³⁵ la CNT acordó en sesión secreta la llamada a la huelga general en solidaridad con los obreros bilbaínos que estaban en huelga en protesta contra la guerra. La huelga afectó especialmente a Vizcaya, País Valenciano, Sevilla, Zaragoza, Barcelona, El Ferrol y La Coruña. Tras los sucesos, donde fueron muertos tres funcionarios (en Cullera, Valencia), las medidas represivas fueron muy duras con la CNT que fue ilegalizada.

Desde 1911 a 1914, la CNT tuvo una existencia clandestina, con un aumento de la represión tras el asesinato de Canalejas en 1912, que prácticamente anuló su existencia. Al no estar preparada como organización para la acción clandestina, con base en la nueva táctica sindicalista, la actividad quedó limitada a reducidos grupos anarquistas, que siguieron actuando y manteniendo los enlaces mínimos que facilitarían un proceso de reconstrucción lento acaecido en 1913-1914. En 1913 el Gobierno del conde de Romanones promulgó un indulto general que sacó de las cárceles a los condenados por delitos de tipo social y político, la mayoría por los sucesos de 1911. Con esta medida salieron de los calabozos figuras destacadas de la organización anarquista lo que facilitó el reinicio de la actividad de la CNT¹³⁶. El primer organismo de la confederación que fue reconstruido fue el Comité Local en Barcelona, que asumió el protagonismo y dirección de la reorganización total de la CNT, reuniendo, en marzo de 1913 en Barcelona, una primera Asamblea Regional de Sindicatos, desde 1911.

En esta Asamblea se trató la necesidad de reconstituir la Confederación Regional, y cómo iba a estructurarse orgánicamente: si debía formarse en torno a los sindicatos o a federaciones de sindicatos, y la orientación ideológica y los principios que debía seguir. La nueva Confederación Regional se articularía, como anteriormente, al modo de una confederación de federaciones de sindicatos, locales o comarcales, en torno a un Comité Regional emplazado en Barcelona. Los principios ideológicos que la sustentaban se basaban en la “acción directa” y la finalidad sindical revolucionaria antipolítica pura. Otro acuerdo de gran importancia que se tomó fue reeditar el periódico *Solidaridad Obrera*, la “*Soli*”, órgano de prensa de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña que había desaparecido en septiembre de 1911 junto con la CNT. La falta de fondos provocó que tuviera una periodicidad semanal hasta 1916, año en que se convirtió en diario. También en 1913, nació la Federación Nacional de Obreros Agricultores (FNOA), en el Congreso de Córdoba, con participación de sociedades de trabajadores de Andalucía, Cataluña y

¹³⁴ Junco, Álvarez, “La filosofía política del anarquismo español” en Casanova, Julián (coord.), *Tierra y libertad...* pp. 21

¹³⁵ Gabriel, Pere, “El anarquismo en España”, en Woodcock, *El anarquismo*, Ariel, Barcelona, 1999. Las cifras en la pág. 364.

¹³⁶ Bar, Antonio, *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo (1910-1926)*, Akal, Madrid, 1981. pp. 306-315.

el País Valenciano; su órgano de prensa fue *La voz del campesino* (hasta 1916, cuando fue sustituido por *Solidaridad Obrera*). Debido a su similitud con la CNT, acabarían por converger en 1919. De orientación ácrata y sindicalista, el lema de esta organización era “la tierra para los que la trabajan”, lo que de forma ambigua suponía la defensa de la apropiación colectiva contra la individual.

Esta labor de reestructuración no implicaba que la CNT, como un todo, volviera a existir, la confederación se limitaba a la CRT de Cataluña, que debido a su actividad sindical (la celebración de una huelga general del ramo fabril y textil), sufrió una nueva suspensión en julio de 1913, levantada a principios de marzo de 1914. A partir de esta fecha es cuando la CRT comienza su andadura sindical de manera estable o continuada. Sin embargo, muchas de las entidades que ya habían pertenecido a la CNT o que iban a pertenecer ya tenían actividad reconocida en el resto del país. Siguiendo a Antonio Bar, la reconstitución efectiva de la CNT no se produciría hasta 1915-aunque sí existía ya un comité nacional formado por Josep Negre, Francisco Miranda y F. Jordán-, durante la celebración del Congreso Internacional de la Paz de El Ferrol- que luego trataremos-, siendo dirigida por la CRT. Hasta esas fechas el resto de organizaciones cenetistas del país mantenían mínimos lazos de conexión¹³⁷.

II) La concepción de la guerra a través de la prensa

Frente a la aliadofilia mayoritaria del socialismo español, la prensa ácrata condenó la guerra y a sus beligerantes sin encarnar sus aspiraciones emancipadoras en ninguno de los dos bandos. Como las diferentes caras del orden social europeo eran, para los anarquistas, fuente de injusticias, sus análisis y consignas no consideraban del interés de los trabajadores la victoria de ninguno de los contendientes¹³⁸. El tratamiento de la guerra mundial desde periódicos *Tierra y Libertad* y *Solidaridad Obrera*, puede agruparse en tres elementos de interés: En primer lugar, el posicionamiento de pureza anarquista que lleva a condenar el militarismo de todas las naciones beligerantes y a proclamar su culpabilidad genérica en la guerra; en segundo, la crítica a aquella fracción del pequeño anarquismo tradicional europeo, formada por viejos iconos, que apoyaron la causa francoinglesa; en tercero, la condena del socialismo defensivo y de las posiciones aliadófilas del PSOE.

(1) Al contrario que en el caso del socialismo, para el pensamiento ácrata el militarismo no era una seña de identidad de los imperios centrales, sino presente en todos los estados nación europeos. Así, en mayo, antes de que estallara la contienda *Tierra y Libertad* lanzaba un manifiesto “contra el militarismo dominante”, defensor de privilegios, freno del progreso y generador de un contexto de “paz armada”, que acabaría generando una gran hecatombe guerrera para alcanzar una hegemonía, para extender un Estado, para recoger un botín, para humillar y dominar a los vencidos sobrevivientes”¹³⁹. Para los anarquistas de *Tierra y Libertad*, el poder de los estados hegemónicos, que monopolizan “toda la fuerza y toda la riqueza pasada y presente”, se basaba en el militarismo que “ha llegado a ser una especie de poder absoluto en el interior de cada cercado nacional”. Así, el elemento de poder militar se ve como un peligro o amenaza, que por fuerza acabaría provocando el choque de esos estados que se disputan la hegemonía,

¹³⁷ *Ibid.* pp. 314.

¹³⁸ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 46

¹³⁹ *Tierra y Libertad*, “Manifiesto al mundo trabajador”, 6 de mayo de 1914.

produciendo una “horrorosa conflagración”¹⁴⁰. Para el periódico ácrata, la paz y la tranquilidad de los pueblos, exigía la “supresión del militarismo”, sin embargo, “el régimen actual y sus representantes, en vez de suprimirlo lo han aumentado, y poco menos que reconocido inviolable e indiscutible”¹⁴¹. Una vez estallada la guerra, el veterano Anselmo Lorenzo, cuya vida terminaría en 1914, proclamaba “La paz armada era como un tumor social que, reventado al fin, inunda al mundo con su purulencia”¹⁴².

Siendo militaristas todas las naciones en pugna, sentir simpatía por alguna de ellas no era sino un “error o debilidad en la convicción del ideal anarquista”. Por lo tanto, estaba fuera de lugar la defensa de la acción de determinadas naciones bajo la justificación de la “necesidad de anular la tiranía”: si Alemania representaba el “odioso militarismo”, “Rusia representa el más feroz despotismo”¹⁴³. Sin distinción entre bandos, el deber de los anarquistas ante el conflicto europeo era “el que ha sido siempre: luchar con todas sus fuerzas por debilitar el Estado, por cercenar su autoridad y su poder, por derrocarlo para siempre”. Bajo esta óptica, que no se aferraba a criterios como la “guerra defensiva” en el caso del socialismo, no se admitía que el anarquista tomara las armas para “defender a un Estado contra otro Estado aun cuando el primero represente en apariencia, o si se quiere en realidad un grado superior de civilización y progreso”¹⁴⁴.

Bajo estas palabras lo que subyacía era la opinión contraria a la manifestada por la ortodoxia socialista española, es decir, el sentimiento y el análisis de que la guerra actual no era la guerra del proletariado. Así, José Negre, afirmaba en las páginas de *Solidaridad Obrera*, el diario sindicalista barcelonés que “Ni la derrota de Alemania, ni la victoria de Francia y viceversa traerá el bienestar y la emancipación del proletariado, sino el bienestar y el progreso de la burguesía del país vencedor [...]”. El proletariado debía reservarse “para su gran guerra: la guerra contra todas las burguesías, la revolución social”¹⁴⁵. El discurso del anarcosindicalismo hacia la guerra se basaba, desde una concepción de humanismo internacionalista, en que la barbarie sólo terminaría “cuando la masa productora no quiera la guerra, cuando los hombres se den cuenta de que por encima del amor a la patria hay una cosa más grande: el amor a la Humanidad”¹⁴⁶.

Resulta especialmente interesante, por clarificar de forma genérica el pensamiento del anarquismo español hacia la guerra, un *Manifiesto*, plasmado en las páginas de *Tierra y Libertad*, firmado por los grupos anarquistas Los Iguales, Anarquía de Madrid y Los de Siempre de Valladolid, al que se adhiere la Federación de grupos anarquistas de la región catalana, que tiene por objeto expresar “el juicio que la espantosa conflagración nos merece”¹⁴⁷. Se centra en torno a

¹⁴⁰ *Tierra y libertad*, 5 de agosto de 1914. Como muestra el número de *Tierra y Libertad*, “El militarismo”, 20 de octubre de 1915: el militarismo era comprendido como “la sumisión del poder civil al militar”, de enorme presencia también en España. “El militarismo lo absorbe y domina todo. Las mayores necesidades quedan postergadas ante las necesidades o conveniencias militares [...] Como anarquistas, pues, debemos trabajar en primer lugar, contra nuestro militarismo, sin perjuicio de ayudar a combatir el militarismo mundial”.

¹⁴¹ *Tierra y libertad*, “Abajo la guerra”, 19 de agosto de 1914.

¹⁴² *Tierra y libertad*, Anselmo Lorenzo, “Manifestación por cuenta propia”, 14 de octubre de 1914.

¹⁴³ *Tierra y libertad*, “Nuestro criterio sobre la guerra”, 2 de septiembre de 1914.

¹⁴⁴ *Tierra y libertad*, Felipe Cubas, “Los anarquistas y la guerra”, 23 de septiembre de 1914.

¹⁴⁵ *Solidaridad Obrera*, José Negre, “A la libertad por la guerra”, 5 de noviembre de 1914.

¹⁴⁶ *Solidaridad Obrera*, Pedro Geli, “La opinión ante la guerra”, 8 de octubre de 1914.

¹⁴⁷ *Tierra y Libertad*, “Los anarquistas ante la guerra. Al pueblo productor”, 18 de noviembre de 1914. Todas las citas hasta la siguiente, son de este número y apartado.

tres puntos: El primero afirma la “responsabilidad colectiva” de la guerra debido a que, pese a la “muerte de los déspotas archiduques de Austria” precipitó los acontecimientos, tan sólo fue una chispa que prendió un combustible ya preparado desde hacía tiempo: “Hace muchos años que las naciones que hoy están en lucha ansiaban destrozarse mutuamente [...] Por un lado, la diplomacia no cesaba de trabajar en la realización de pactos y alianzas; por otro, se fomentaba un militarismo imbécil, criminal, ebrio de sangre”.

El segundo punto pretende responder al interrogante de “¿Por qué se lucha?”, a lo que se responde con que la disputa es por la hegemonía mundial. Por lo tanto, para los anarquistas no es cierto que Francia y sus aliados combatan por el “Derecho y la Civilización, por la Libertad y el Progreso”, el único objeto es eliminar a las potencias rivales. El tercer punto, fundamental en tanto que adelanta actitudes futuras, centrado en “lo que puede sobrevenir”, establece que cualquiera que triunfe en la guerra supondrá un enorme perjuicio para la Humanidad, el Progreso y la Civilización: “Del éxito de unos u otros Estados [...] saldrán únicamente poderes odiosísimos, anhelos de revancha en las naciones derrotadas, reacción por doquier y miseria en todas partes”. Sin embargo, el *Manifiesto* ve luz entre las tinieblas, la esperanza de que “todos los pueblos en guerra, dándose al fin cuenta del gran crimen a que los lanzaron sus respectivos gobiernos, se levanten contra estos y acaben de una vez con todo Poder”. Esto es, la llegada de la ansiada revolución social redentora, único caso en que la conflagración mundial tendría un desenlace benéfico. Desde este punto de vista no resulta extraña la recepción que tendrá la Revolución Rusa en el anarquismo, cuestión que trataremos en el siguiente capítulo.

(2) El posicionamiento en la guerra de corte defensionista, también arrastró a algunos de los escasos militantes anarquistas europeos. Fue el caso de los franceses Charles Malato, Marc Pierrot, George Yvetot y el suizo James Guillaume. No lo hicieron el italiano Errico Malatesta ni el francés Sébastien Faure. Sobre todo, destacaron las adhesiones, en diciembre de 1914, a la causa de la república francesa, del príncipe ruso Piotr Kropotkin y el francés Jean Grave. En 1916, encabezados por estos dos últimos, los anarquistas partidarios del bando aliado elaboraron el *Manifiesto de los Dieciséis* en Gran Bretaña¹⁴⁸.

En España, sólo algunos dirigentes de prestigio se mostraron aliadófilos como Ricardo Mella y Federico Urales¹⁴⁹. Así, desde las páginas de *Tierra y Libertad* se cuestiona frecuentemente a Kropotkin. En noviembre de 1914 se publica una carta del príncipe ruso, afincado en Brighton, Inglaterra, donde muestra su afinidad con la causa francesa, siendo contrario a Alemania:

¡Despertad! ¡No permitáis a esos atroces conquistadores entorpecer nuevamente la civilización latina y al pueblo francés, que ya tuvo su 1848 y su *Commune* en 1871, cuando ellos ni siquiera han tenido su 1789-1793! ¡No les permitáis imponer a Europa un siglo de militarismo! [...] ¿Qué sería ese dique militar que reina en Alemania si triunfase en Europa?” “El ardor inaudito de los ejércitos belga y francés es digno de admiración. A las hordas e alemanes es preciso oponer el número. [...] En todo caso henos ya en 2 de septiembre, y los alemanes han faltado a su promesa de estar ya en París. Impidamos la entrada de estas fieras [...]”¹⁵⁰

¹⁴⁸ Reberioux, Madelaine, “El Socialismo y la Primera Guerra Mundial” en Droz, Jacques (coord.)..., pp. 596-597 y 614.

¹⁴⁹ Gabriel, Pere, “El anarquismo en España”, en Woodcock... pp. 365.

¹⁵⁰ *Tierra y Libertad*, “Parangón entre dos cartas anarquistas”, 4 de noviembre de 1914.

Las opiniones de Kropotkin son tratadas de “peligrosa desviación” en sendos artículos de título homónimo. La actitud de aquel cuyos libros eran considerados como “potentes focos de luz revolucionaria” se consideraba ahora como claudicante y sometida al Estado. La explicación parecen hallarla, de forma mordaz, en su ascendencia noble: “es ruso, y sobre ser ruso, es príncipe; y el principado, por muy roído que esté por el vitriolo de la revolución, es de las cosas que imprimen carácter hasta la muerte”¹⁵¹. Hacen hincapié sobre todo en un enunciado: “aquí con los compañeros ingleses, hacemos todo lo posible para apresurar el envío de refuerzos”. Desde *Tierra y Libertad* se critica si tal vez con esto, los anarquistas londinenses están teniendo “el papel de ganchos reclutadores”¹⁵².

(3) El tercer pilar sobre el que se asienta la visión anarquista de la guerra, es la condena de la actitud defensionista del socialismo internacional en general, y la aliadofilia del PSOE en particular. Los primeros artículos versan sobre la incapacidad del socialismo para frenar la guerra: “Al conocerse los primeros síntomas de esa gran matanza llamada guerra europea, aun creíamos que el socialismo continental impediría ese crimen [...] ese asesinato legal de proletarios”¹⁵³. Para el anarquismo, los hechos demostraron que la fuerza con la que contaba el socialismo europeo era “una fuerza muerta, dirigida por unos cuantos enterradores” que querían arrebatarse al pueblo las fuerzas del impulso revolucionario”. Debido a la permanencia del “germen patriótico”, el socialismo se había tornado en pantalla para hacer hombres guerreros y había fracasado al ofrecerse “a los ministros de la Guerra de sus respectivos países para guiar el rebaño esclavo al matadero”.

Lo que había fracasado en el socialismo no era el ideal, sino los “partidos socialistas obreros”, “su política y su táctica”¹⁵⁴. Esta afirmación se justifica en la adopción de la distinción entre “guerra de conquista” y “guerra de independencia”, es decir, que generó que el socialismo buscara un pretexto para situarse a la defensiva:

los alemanes para defenderse de los rusos; los austriacos para defenderse de rusos, serbios y montenegrinos; los serbios y montenegrinos [...] para defenderse de los austrohúngaros; los franceses para defenderse de los alemanes y austriacos; [...] la causa o el pretexto que Inglaterra ha utilizado para declarar la guerra a Alemania es, sin embargo, lo más simpático al socialismo universal: la defensa de la neutralidad de Bélgica, la bien amada del internacionalismo.

El ataque a los socialistas españoles se hace desde la perspectiva de que estos se han dejado llevar por la fiebre guerrera y por “el señuelo de que la que actual guerra es la lucha del Militarismo contra la Democracia”¹⁵⁵, y sintiendo “simpatía por una parte de los beligerantes y que si no fueran las circunstancias propondrían que España fuese a la guerra contra Alemania”. El periódico anarquista afirma que la actitud del socialista va en contra de toda concepción

¹⁵¹ *Tierra y Libertad*, “Peligrosa desviación I”, 11 de noviembre de 1914.

¹⁵² *Tierra y Libertad*, “Peligrosa desviación II”, 18 de noviembre de 1914.

¹⁵³ *Tierra y Libertad*, Nicolás Guallarte, “El socialismo político frente a la guerra”, 26 de agosto de 1914. El mismo autor en *Tierra y libertad*, “Los socialistas ante la guerra europea II”, 20 de enero de 1915, condena con mordaces palabras la colaboración de los socialistas en los gobiernos (Sembar y Guesde): “Dichos prohombres del socialismo, sin tener en cuenta que ello era un contrasentido con el ideal que sustentaban, aceptaban con sonrisa egoísta el puesto que los capitalistas les brindaron”. “Esta probado. Raspáis un poco a cualquier socialista y os encontraréis un gobernante. Raspáis al gobernante socialista y encontraréis un tirano. Volvéis a raspar al socialista tirano y encontraréis al salvaje dormido, pero que una vez despierto, al olor de la sangre empuñará sus armas y correrá a matar al primero que encuentre, aun cuando sea otro salvaje de su misma selva. Esto ha ocurrido en esta guerra con los socialistas”.

¹⁵⁴ *Tierra y Libertad*, Roberto Castrovido, “El socialismo en crisis”, 26 de agosto de 1914.

¹⁵⁵ *Tierra y libertad*, Avelino González, “Los socialistas españoles ante la guerra”, 18 de noviembre de 1914.

internacionalista, porque “tan compañeros son los soldados alemanes como los franceses; tan enemigos nuestros son los tiranos de Francia como los de Alemania”. *Tierra y Libertad* condena también las declaraciones de Pablo Iglesias en el Congreso de Diputados.

Ya hemos comentado como el PSOE se había manifestado en contra del Congreso pacifista de Ferrol. El periódico ácrata publicó una nota de Antonio Fabra Rivas en la misma línea: “Los compañeros del Ateneo Sindicalista del Ferrol son libres [...] de fabricar todos los proyectos que quieran y de pasarse la vida haciendo castillos en el aire. Lo que no pueden hacer es ridiculizar a la clase obrera española ante las organizaciones del exterior [...]”¹⁵⁶. Eusebi Carbó contestó: “entonces diremos que los socialistas, cuya única acción ha consistido en obstaculizar la realización de laudables iniciativas, son tan responsables de la actual hecatombe como los mismos que la provocaron”. Esta cuestión es de importancia pues muestra como la guerra mundial, la reacción a ella- la aliadofilia socialista mayoritaria y el mantenimiento de una identidad internacionalista, universalista y pacifista en el anarquismo-, se convirtió en un factor indentitario para los dos focos ideológicos de la izquierda obrera española, tornándose por ello, en un elemento más a sumar a la tradicional pugna marxismo-anarquismo (en sentido amplio), que dificultó la unidad de acción, y restando potencialidad al obrerismo organizado.

III) El comienzo de la reorganización de la CNT: el Congreso Internacional de la Paz de El Ferrol.

El Congreso Internacional de la Paz de El Ferrol se convocó por iniciativa del Ateneo Sindicalista del Ferrol, siguiendo el pensamiento de Sebastien Faure y su *Manifiesto ¡Hacia la paz!* En marzo de 1915 encontramos el llamamiento en la prensa ácrata¹⁵⁷: “es preciso que a los campamentos, a las trincheras lleguen gritos de paz a los que están cansados de la guerra; es preciso que, según dice Sebastián Faure, ya que no estuvo en nuestras manos evitar la calamidad, que podamos, por los menos, detener sus consecuencias desastrosas”. Así, se convoca “a los socialistas, sindicalistas, anarquistas y Organizaciones Obreras”. El “orden del día” señalaba tres cuestiones a tratar: En primer lugar, “los medios más rápidos de terminar la actual guerra europea; en segundo la “nueva orientación a seguir en lo sucesivo, para evitar tales crímenes de lesa humanidad; en tercero, “el desarme general de los ejércitos permanentes”. Se hacía también un llamamiento a “un movimiento revolucionario en toda Europa y América” para hacer entrar en razón a los Gobiernos de la burguesía.

La organización del Congreso de Ferrol fue puesta en manos de José López Bouza y Eusebi Carbó, que fueron encarcelados a raíz del mitin preparatorio, que fue utilizado como pretexto por el Gobierno de Eduardo Dato para prohibir el Congreso Internacional. Éste tuvo que reunirse en la clandestinidad el 29 de abril de 1915¹⁵⁸. El 29 de abril comenzó el Congreso Internacional de la Paz en el Ferrol, reuniendo a 47 representantes en su mayoría españoles, entre los que cabe destacar: Constancio Romeo por “Ni Dios ni Amo” el grupo gallego de Coruña: en representación de *Solidaridad Obrera* y la CRT Eusebi Carbó, Angel Pestaña, Francisco

¹⁵⁶ *Tierra y libertad*, Eusebio C. Carbó, “Los socialistas y la guerra”, 15 de abril de 1915.

¹⁵⁷ *Tierra y libertad*, “hacia la paz”, 3 de marzo de 1915. Se elige la localidad de la Coruña por la mayor facilidad de acceso: “a los delegados ingleses, franceses, rusos y noruegos, les es más fácil venir a la Coruña que a cualquier otro punto de la península” “alemanes, belgas y austríacos pueden embarcar en Holanda”.

¹⁵⁸ *Tierra y Libertad*, “El Congreso del Ferrol”, 26 de mayo de 1915.

Miranda, Manuel Andreu y Antonio Loredó; Mauro Bajatierra por la Federación de Peones y Braceros de España; Pedro Sierra de *Acción Libertaria* y el anarquismo gijonense; José López Bouza de *La Voz del cantero* de Madrid; Tomás Herreros por *Tierra y Libertad*. También acudieron delegados de fuera de España, como Aurelio Quintanilha por la Federación de Juventudes Sindicalistas de Francia, destacando los emisarios portugueses, que sin embargo fueron deportados por la policía tras la primera de las dos sesiones¹⁵⁹.

De la lectura de las dos sesiones se percibe que los temas tratados en el Congreso fueron tres: La acción contra la guerra y la fundación de nueva Internacional, la reorganización de CNT. (1) Sobre la acción pacifista contra la guerra, a propuesta de López Bouza, se aprueba la “huelga general en todas las naciones”; además a propuesta de Constancio Romeo se accede al nombramiento de un Comité Permanente del Congreso Internacional de la Paz, del que emanen alocuciones revolucionarias escritas en los idiomas de las naciones beligerantes para hacerlas llegar a las trincheras y campos de batalla. A propuesta de Antonio Loredó se acuerda que el Comité Permanente resida en Lisboa. (2) Sobre la necesidad de fundar una nueva Internacional, se acuerda que esta debe surgir de un “pacto de solidaridad” del proletariado de Portugal y España dando lugar a una “Federación Ibérica”. A propuesta de Carbó se aprueba el antipoliticismo como señal de la nueva Internacional:

No debe admitirse dentro de las organizaciones obreras ningún individuo, aunque trabaje como obrero, si ejerce algún cargo en los Municipios, en las Diputaciones o en los Parlamentos, porque serían un peligro, porque tratarían siempre de darle al movimiento de los trabajadores un carácter legalitario [...] esos, como todos aquellos que ejercen profesiones liberales, si quieren luchar contra la emancipación humana, deben hacerlo al margen del movimiento obrero.

(3) Sobre la reconstrucción de la CNT, habla Ángel Pestaña en su autobiografía, *Lo que aprendí en la vida*: “Fui al Ferrol. Y con las demás delegaciones [...] acordamos reorganizar la Confederación Nacional del Trabajo, que desde 1911 estaba desorganizada”¹⁶⁰. Desde las sesiones vemos como fue el propio Pestaña quien propuso reorganizar la CNT porque “reorganizándola, se dará más fuerza a La Internacional Obrera y *Solidaridad Obrera* podrá salir diariamente más pronto”.

Así, el año 1915 representa el inicio real de una nueva etapa de la CNT y su proceso real de reconstrucción. El proceso será lento y sólo verá su culminación en el Congreso de Sants de 1918 de la CRT y el Congreso nacional de 1919. Durante este período se producirán cambios importantes en sus estructuras y sus cuadros dirigentes: Sobre los viejos nombres de veteranos, como José Negre, Francisco Jordán, Francisco Miranda o Manuel Andreu empezarán a sobresalir los de Salvador Seguí, Ángel Pestaña, Manuel Buenacasa o José Viadu. Si en 1911, antes de su ilegalización, la CNT tenía unos 26.600 afiliados, en los primeros momentos de su reorganización, en 1915, tendrá unos 30.000, y unos 50.000 mediado 1916¹⁶¹.

¹⁵⁹ Las sesiones del Congreso del Ferrol aparecen en *Tierra y Libertad*, 12 de mayo de 1915, y *Solidaridad Obrera*, 13 de mayo. Véase en este número la relación completa de asistentes. Citamos del primero hasta la siguiente cita, pues su digitalización es de mejor calidad:

<http://cedall.org/Documentacio/Prensa%20Libertaria/tierra%20y%20libertad/1910-1919/00257.pdf>

¹⁶⁰ Pestaña, Ángel (1933), *Lo que aprendí en la vida*, Zero, Algorta, 1971. Vol 1., pp. 49.

¹⁶¹ Bar, Antonio, *La CNT en los años rojos...*, pp. 338-358. Las cifras en la pp. 338. El autor toma las cifras de *Leviatán*, Ángel Pestaña, “La crisis sindicalista en España”, nº1, mayo de 1934.

Desde los medios anarquistas de *Tierra y Libertad* se proclamaba que no había incompatibilidad entre el anarquismo y el sindicalismo revolucionario, sino “afinidad complementaria”¹⁶², en tanto que “no puede haber emancipación filosófica o política, si antes o al mismo tiempo no se resuelve el problema económico”. Por lo tanto, son partidarios de la organización nacional del proletariado español frente al “centralismo absorbente, avasallador, sintetizado por la Unión General de Trabajadores”. Frente a estas palabras, los problemas ideológicos serán muy importantes en la forja de la CNT, entre el purismo sindicalista viejo y el nuevo anarcosindicalismo, a los que se sumará la nueva tendencia sindicalista comunista surgida a raíz de la revolución rusa.

Tierra y Libertad se hizo eco favorable de la Conferencia Pacifista de Zimmerwald¹⁶³ aunque no propuso su adhesión. *Solidaridad Obrera* hizo lo propio reseñando las diferentes actitudes hacia la conferencia desde Francia (*La vie ouvrière*), Alemania (*Vorwärts*) e Italia (*Avanti!*)¹⁶⁴. Durante 1916 continuó la propaganda de la CNT contra la guerra, conjugada con la expectativa del estallido de un movimiento revolucionario europeo que se extendiera a España, acercándose así, progresivamente, a los supuestos de la “izquierda zimmerwaldiana” asociando paz con revolución¹⁶⁵. Esta actitud aumentó en 1917, con la llegada de la revolución rusa de febrero-marzo, a la par que se agravaba la situación económica del proletariado español y el tema del bloqueo alemán y el “intervencionismo” caldeaba el ambiente político¹⁶⁶. El número del primero de mayo de *Solidaridad Obrera* se manifestaba en estos términos que muestran la interpretación final que hace el anarquismo de la guerra y adelantan actitudes futuras en relación a la recepción de la Revolución Octubre, que trataremos más adelante:

El hambre hace estragos en todas las regiones españolas, la inquietud tortura los espíritus por el cada día mayor peligro de vernos arrastrados [...] a la intervención en el matadero europeo. Es de excepcional importancia el día de hoy, porque es el último 1º de mayo que pasamos bajo la impresión de algo grave que se acerca, de algo trascendental que se prepara, de algo definitivo que será garantía de un mañana feliz [...] Los pueblos agobiados por los sacrificios que les han exigido sus explotadores y tiranos, durante tres años, comienzan a cansarse a comprender la verdad. [...] No se hará esperar la hora de la venganza, de liquidar cuentas¹⁶⁷.

4) España en la coyuntura revolucionaria (1917-1921)

4.1) 1917-1921: Una coyuntura revolucionaria europea

La guerra fue un factor de desestabilización a todos los niveles, generando una serie de líneas de tensión que desembocarían en el conflictivo período de 1917-1921, el que nos ocupa. En las postrimerías de 1916 el cansancio de la guerra, el malestar económico, la crisis de subsistencia y la imposibilidad de conjugar las aspiraciones de la base del movimiento socialista con la política de Unión Sagrada (todo esto unido a las disposiciones pacifistas y revolucionarias de Zimmerwald y Kienthal), provocaron, como señala Eley, “una radicalización a escala

¹⁶² *Tierra y Libertad*, “Sobre la Confederación Nacional del trabajo”, 4 de agosto de 1915.

¹⁶³ *Tierra y Libertad*, “El Congreso Internacional de Suiza”, 3 de noviembre de 1915.

¹⁶⁴ *Solidaridad Obrera*, “La Conferencia de Zimmerwald”, 12, 14, 16 y 17 de agosto de 1915.

¹⁶⁵ *Solidaridad Obrera*, “La revolución contra la guerra”, 30 de agosto de 1916.

¹⁶⁶ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 231-232.

¹⁶⁷ *Solidaridad Obrera*, M. Andreu, “La revolución, sí; la intervención ¡jamás!”, 1 de mayo de 1917.

europea”¹⁶⁸. Cada vez resultó más difícil continuar la cohesión patriótica, ya que la oposición iba progresivamente creciendo en 1916 y agravándose a comienzos de 1917, con los movimientos francés y alemán a la cabeza. Para ver la conflictividad del período que aquí comienza es necesario acudir a las manifestaciones de las bases: en este sentido se darán dos tipos de conflictos, las huelgas¹⁶⁹ y los motines militares de protagonizados por los dos grupos que más sufrieron la guerra- obreros y soldados-, ambos fueron paulatinamente adquiriendo un carácter político, incluyendo la exigencia de la puesta en libertad de los presos políticos (como Karl Liebknecht en Alemania), la eliminación de restricción en ciertos derechos y, lo más importante, el fin de la guerra sin anexiones ni reparaciones.

Es en este contexto cuando estalló el Febrero de 1917 ruso, con las manifestaciones de los trabajadores en San Petersburgo pidiendo paz y pan, que se tornaron en huelga general hasta adquirir un sesgo político bajo la dirección del Soviet. También fueron trascendentales los motines en Rusia, cuando las tropas, conscientemente, se negaron a reprimir a los obreros manifestantes de Petersburgo, lo que llevó al avance conjunto de militares y trabajadores que acabó precipitando la caída del zar. Proceso que permitió la toma del poder por los bolcheviques en Octubre. Por lo tanto, 1917 fue un año de cambio dimensional de la guerra, con el socialismo como motor: Febrero y Octubre fueron hijos de la guerra, y su materialización evidenció que la misma podía conducir a la revolución política y social.

La perspectiva del período nos acerca a la tesis sobre las revoluciones de Charles Tilly: La Primera Guerra Mundial, ejerció su impronta en Europa generando perspectivas revolucionarias. Según la concepción de Charles Tilly¹⁷⁰, los dos componentes fundamentales de una revolución son la “situación revolucionaria” y el “resultado revolucionario”. El surgimiento

¹⁶⁸ Eley, Geoff, *Historia de la izquierda europea...*, pp. 141. El clima de “consenso” bélico, junto con la economía de guerra y la regulación centralizada fue beneficioso para los liderazgos socialistas, de partidos y sindicatos, que comenzaron a tener más influencia que en etapas anteriores en las decisiones de la industria y el Estado. Esto puede verse como un avance del socialismo desde el punto de vista institucional, o también una “institucionalización del socialismo”. Sin embargo, a la par que esto, esta integración de los socialistas en el gobierno nacional se acompañó de un distanciamiento de las bases a las que les resultó difícil percibir los beneficios de la cúspide obrera. En 1916 la realidad de la institucionalización frente a las reivindicaciones inmediatas de la base constituirá un foco de tensión que reactivará la combatividad laboral, dando cuenta, finalmente, de la imposibilidad de conciliación del factor trabajo y el factor capital. *Ibid.* pp. 138-141.

¹⁶⁹ Siguiendo a Reberieux, los datos relativos a las huelgas muestran una inflexión general de los movimientos reivindicativos a la altura de 1915, y su reactivación, débil aún, en 1916, con gran diversidad según los países. Reberieux, Madeleine, “El Socialismo y la Primera Guerra Mundial” en Droz, Jacques (coord.)..., pp. 607.

¹⁷⁰ Tilly, Charles, *Las revoluciones europeas. 1492-1992*, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 27-31. La cita en la pág. 30. Charles Tilly conceptualiza la revolución desde los planteamientos de una teoría del conflicto político: “La revolución es una transferencia por la fuerza del poder del Estado, proceso en el cual al menos dos bloques diferentes tienen aspiraciones, incompatibles entre sí a controlar el Estado, y en el que una fracción importante de la población sometida a la jurisdicción del Estado apoya las aspiraciones de cada uno de los bloques. [...] Se trata de una secuencia revolucionaria completa, que va desde la ruptura de la soberanía y la hegemonía, a través de un período de enfrentamientos, hasta el restablecimiento de la soberanía y la hegemonía bajo una nueva dirección. *Ibid.* pp. 26. Para una visión de las revoluciones deberíamos también tener en cuenta la concepción de las “revoluciones sociales” de Theda Skocpol. La socióloga americana, propone un análisis de énfasis marxista, basado en el cambio socio-estructural del conflicto de clases; completa los postulados de Tilly añadiendo al cambio político estatal la pauta social: “Las revoluciones sociales son transformaciones rápidas y fundamentales de la situación de una sociedad y de sus estructuras de clase; van acompañadas, y en parte son llevadas por las revueltas, basadas en las clases, iniciadas desde abajo. [...] Se encuentran aparte en las otras clases de conflictos y procesos transformativos, ante todo, por la combinación de dos coincidencias: Un cambio estructural de la sociedad con un levantamiento de clases. Una transformación política con la social. [...] Lo que es exclusivo de la revolución social es que los cambios básicos de la estructura social y de la estructura política ocurren unidos”. Para Skocpol las revoluciones surgen por crisis en el seno del Estado fruto de contradicciones estructurales que provocan el “colapso de la capacidad de coerción de un Estado”. Skocpol, Theda, *Los Estados y las revoluciones sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984. pp. 21 y 41.

de una situación revolucionaria requiere de la existencia de un contexto de “soberanía múltiple”, en la que una serie de contendientes, a modo de bloques de poder con apoyos sociales, aspiran a controlar el Estado. La situación de soberanía múltiple u otras formas de conflicto en el seno del Estado de menor envergadura, surgen, frecuentemente, al final de una guerra, como la Primera Guerra Mundial en el caso que nos ocupa: los diferentes Estados contendientes, para lograr la movilización y hacer frente al esfuerzo bélico adquirieron compromisos con la ciudadanía, los sectores de la oposición, grupos étnicos etc. en forma de reformas futuras que no se cumplieron. Junto a esto, en el tiempo bélico los Estados realizaron un control férreo sobre la economía y la sociedad, que se aflojó al finalizar la contienda, lo que coincidió con la desmovilización militar y la reintegración de los excombatientes en la vida civil. Así, como señala Tilly “cuanto mayor sea la pérdida de capacidad y credibilidad que ha sufrido el Estado durante la guerra (la situación extrema es la derrota total a manos de una potencia ocupante), más graves serán los problemas”, volviéndose vulnerable ante nuevas reivindicaciones. La “situación revolucionaria” puede dar lugar a un “resultado revolucionario”, lo que ocurre cuando el poder se transfiere a un nuevo bloque de poder, que ha vencido y clausurado la soberanía múltiple. La distinción entre “situación” y “resultado” es interesante pues permite diferenciar entre numerosas acciones políticas donde el elemento revolucionario está presente.

Ultimada la Primera Guerra Mundial, los Estados beligerantes tuvieron una fuerte oposición de algunos sectores que habían colaborado en la política de Unión Sagrada, cuanto más desastroso fue el resultado de la guerra, más problemas tuvieron los diferentes Estados europeos. Sólo en Rusia y Alemania- los países con mayores pérdidas- hubo “situaciones revolucionarias” culminantes, aunque de diferente signo. Sin embargo, todos los países estuvieron inmersos en una oleada de conflictos, como las huelgas y ocupaciones de fábricas masivas, que provocaron que Italia se situara cerca del límite de la revolución antes del ascenso del fascismo. Evidentemente en Francia y Gran Bretaña el orden estatal padeció riesgos menores. Distintos países como Holanda, Irlanda y el Imperio Austrohúngaro, tuvieron sus “situaciones revolucionarias”. Además, es esencial el “efecto demostrativo”: señala Tilly que el hecho de que se demuestre que un Estado importante es vulnerable a las exigencias revolucionarias “indica la posibilidad de plantear exigencias similares en otros estados, pone en circulación doctrinas y técnicas revolucionarias y reduce la probabilidad de que el Estado en el que se registra la revolución intervenga para sostener otros regímenes vecinos”¹⁷¹.

Este enunciado es de gran importancia para lo que aquí queremos decir, porque nos permite comprender el impulso revolucionario provocado por la guerra y potenciado por la sombra de los sucesos rusos, alimentando la situación subversiva, en mayor o menor grado en los países de occidente, de forma directa o indirecta. Como señala Hobsbawm, el emplazamiento en un sistema socioeconómico común produce “factores comunes de perturbación”, una “sensibilidad común ante esos factores” y una “intercomunicación de la que pueden surgir similitudes superestructurales”¹⁷². El resultado histórico más evidente de las revoluciones es la influencia que tienen en la política, que no puede ignorarlas, y tiene que actuar según las nuevas

¹⁷¹ Tilly, Charles, *Las revoluciones europeas...*, pp. 31-32. La cita en la pp. 32.

¹⁷² Hobsbawm, Eric, “La revolución” en Porter, Roy y Teich, Mikulas (eds.), *La revolución en la Historia*, Crítica, Barcelona, 1999, pp. 16-71. Las citas en pp. 33-34 y 56.

formulaciones políticas e ideológicas: “No se puede comprender el siglo XIX sino a partir del discurso político establecido por la Revolución Francesa, y tampoco se puede entender el siglo XX sino en términos de la Revolución Rusa”. Los extremos rusos crearon nuevas oportunidades para la izquierda.

Así, debido a la guerra y la revolución, el tracto cronológico que va de 1917 a 1921 supuso la existencia de una convulsión revolucionaria que afectó a casi todos los estados de Europa: los beligerantes pero también los no beligerantes, como España, debido a la sombra de las consecuencias económicas de la guerra en un sistema de Estados interconectados, y a la influencia demostrativa de la ideología y práctica bolchevique. El propio Hobsbawm señala que “entre los años 1917 y 1921 existía una situación revolucionaria en medio mundo, aunque ello no significara que en Londres y París se planteara en el orden del día la cuestión de las repúblicas soviéticas”¹⁷³. Aunque la sombra de la revolución no afectara de igual forma a todo lo largo y ancho del continente y la bolchevique fuera la única revolución comunista exitosa, se dieron numerosas situaciones revolucionarias, insurrecciones de las bases, derribos de regímenes y radicalismos alumbrados por la luz bolchevique, así como actos aislados de revolucionarismo. Eran tiempos de amplios y hondos malestares sociales, que fueron expuestos por cauces constitucionales, o extraordinarios, cuando los primeros eran ignorados.

Como la “amenaza revolucionaria” del proletariado cobraba dimensión real, conjugándose con las necesidades de reconstrucción económica, el Estado de posguerra tuvo que aceptar la negociación directa con los actores sociales emergentes. Las masas de trabajadores, articuladas en sus respectivos partidos, que habían soportado los sacrificios de la economía bélica y su conversión en la paz, exigieron un aumento de la participación política así como una presencia más estable en los procesos de toma de decisiones políticas, alterando la esencia de los sistemas liberales de corte clásico. Sin embargo, la mayor presencia del socialismo no supuso siempre su radicalización. Siguiendo la corriente de preguerra, el socialismo en auge, en los países industrializados del norte y el oeste europeo pretendió consolidar su situación con una táctica reformista. Como señala González Calleja, para el socialismo reformista¹⁷⁴ terminó de forma definitiva la era del asalto al poder. Se trataba ahora de luchar desde dentro del sistema liberal-parlamentario, para reformar y no subvertir, el régimen socioeconómico, a través de los cauces políticos. La pretensión de la estrategia gradualista era la consecución de una “democracia social” frente a la “ortodoxia económica liberal”.

Sin embargo, el establecimiento de la Tercera Internacional en marzo de 1919- de la que más adelante hablaremos-, un organismo ideado para expandir la revolución socialista mediante la estrategia leninista de tomar del poder político mediante una insurrección dirigida por un partido, entendido como vanguardia del proletariado, dio lugar al resurgimiento del camino revolucionario hacia el socialismo, y la división del panorama de la izquierda obrera internacional en partidos socialistas y comunistas.

¹⁷³ Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2011, pp. 40.

¹⁷⁴ González Calleja, Eduardo, *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, CSIC, Madrid, 1999. pp. 18-22. La cita en la pp. 20 y 21.

Como señala Eley¹⁷⁵: “la agitación revolucionaria más concentrada en Europa se produjo entre los congresos I y III de la Komintern, en marzo de 1919 y junio de 1921, respectivamente”. El Segundo Congreso tuvo lugar en julio de 1919, fue el “ápice” del período, que se conjugó con el avance bolchevique sobre Varsovia. Esta será la etapa de mayor agitación revolucionaria desde el punto de vista de la actuación, lo que de ningún modo significa de mayores posibilidades revolucionarias. En estas fechas se suceden los estallidos revolucionarios de Alemania (sublevación espartaquista, revoluciones sociales de Baviera, Sajonia y el Rhur) y Hungría (los 133 días de Bela Kun), que pese a su caída suponen una preservación del auge revolucionario. Además se incorporan al oleaje Inglaterra e Italia (el llamado “*Biennio Rosso*”), España, Austria y Francia. En el presente trabajo, en el apartado sobre el oleaje revolucionario en España, vamos a centrarnos en tres cuestiones: la huelga general de agosto de 1917, la radicalización de la CNT y la huelga de “La Canadiense”, y el llamado “Trienio Bolchevique”.

La convulsión revolucionaria sobre la que versa este trabajo termina en 1921, esto no significa que, después, la agitación laboral desaparezca, ni que la ilusión del cambio de régimen hacia la socialización sea borrada de las mentes de las bases. Sin embargo, como señala Andrés Gallego¹⁷⁶, estudiar lo acaecido durante los veinte y los treinta nos obliga a “afirmar cierta laxitud”. Para explicar el porqué de un cambio de coyuntura hay que tener en cuenta tres factores: reformas en materia económica, cambios políticos y modificación de las políticas bolcheviques.

(1) Las reformas en materia económica serán el método paliativo de la tensión social europea, dirigidas a la contención de la ola comunista. En la posguerra mundial comienza el establecimiento de ciertas medidas reivindicadas por el mundo laboral. La clásica es la jornada de 8 horas que quedará implantada en la teoría en torno a 1920. También lo serán la firma de convenios colectivos, o el surgimiento de los Ministerios de Trabajo. La reforma no es sino la consecuencia de la presión revolucionaria, es decir, surge de la necesidad de satisfacer las demandas obreras para evitar la conflictividad, aunada con una sensibilización real ante la cuestión social. Así, estas reformas laborales afectaron sobre todo a los medios industriales de los países desarrollados. Además de las laborales, tendrán trascendental importancia las reformas agrarias, en concreto en el este y sur de Europa¹⁷⁷.

(2) La segunda cuestión a la que debemos referirnos son los “cambios políticos”. Andrés Gallego habla del comienzo de generalización del sistema liberal democrático, adoptado finalmente en los primeros años veinte. Esto se debió a que era el sistema de los países vencedores así como la ideología presente en los “catorce puntos” de Wilson, unas veces el sistema se establece por su propio prestigio y otras de forma impuesta. Sin embargo, y en lo que más nos atañe en este trabajo, es que el sistema liberal democrático es una consecuencia directa de la sombra de la revolución que circuló por Europa de 1917 a 1921. Como señala Eley¹⁷⁸, detrás de los estallidos de 1917-1921 había un trauma casi generalizado en la izquierda,

¹⁷⁵ Eley, Geoff, *Historia de la izquierda europea...*, pp. 160.

¹⁷⁶ Andrés Gallego, José, *Los movimientos revolucionarios europeos de 1917-1921*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1979, pp. 209, 212-221.

¹⁷⁸ Eley, Geoff, *Historia de la izquierda europea, 1850-2000...*, pp. 227.

consistente en la “incompleta integración política”, pero la guerra cambió su lugar en la nave del Estado: la democracia parlamentaria comenzó a ampliarse, así como los servicios sociales comenzaron a avanzar. Conforme los intentos revolucionarios socialistas fracasaron – y el único “éxito” había tenido lugar en Rusia- el movimiento obrero, empezó a comprender, que por mucho que tuvieran las “intenciones revolucionarias” cuando las tenían, no era posible tomar el poder, “conquistarlo” como habían hecho los bolcheviques, que Octubre no podía repetirse. Pero los anhelos revolucionarios que afectaron a un sector del movimiento obrero en esta coyuntura tuvieron como contraparte el ascenso, primero de un miedo atroz y luego de la reacción de los sectores conservadores: así como a todo revolución le acaba correspondiendo su contrarrevolución, al término del período revolucionario le siguió el ascenso de las dictaduras conservadoras de corte tradicional y el fascismo, vientos nuevos que nos hablan de un cambio de coyuntura. Primero fue Horthy en Hungría (1920), luego Mussolini (1922), Primo de Rivera en España (1923), Pilsudski en Polonia (1926), Smetona y Voldemaras en Lituania (1926) y un largo, y conocido, *etcétera*¹⁷⁹.

(3) El último factor que perfila el final del período es el que respecta a la política comunista. Las derrotas- Finlandia, Hungría, los espartaquistas alemanes, Polonia y finalmente la sublevación alemana de marzo de 1921- hicieron replantear la visión de la revolución internacional, lo que acabó concretándose en el III Congreso de la Internacional comunista, celebrado de junio a julio de 1921. El resultado fue el texto *Tesis sobre el Frente Único proletario* que suponía el reconocimiento de que no existían condiciones para la revolución proletaria, del “asalto”, se pasaría al “asedio”, como afirmó Lenin. La estrategia de “Frente Único” se basó en una serie de cambios tácticos. Primeramente, por lo que respecta a los Partidos Comunistas, no debían ser ya vanguardias o “contraelites”, sino que deberían ser instrumentos más numerosos, que habrían de establecer relaciones con la socialdemocracia en los ámbitos nacional e internacional, frente a la política de los 21 puntos que llamaba a la escisión para lograr un partido fundamentalmente ofensivo. Ahora se optará por un “frente único proletario”, una aproximación a los socialistas de derecha y centro, contra los reaccionarismos, lo que supuso un retorno a políticas socialistas basadas en el número cuya consecuencia necesaria era que la revolución debía quedar demorada¹⁸⁰. Así fue como, en 1921, la revolución se retiraba y quedaba acantonada en la Rusia soviética, a la espera de nuevos vientos, que paradójicamente, trajeron el fascismo y no la “revolución proletaria”. Como señala Luis Arranz:

¹⁷⁹ González Calleja, Eduardo, *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, CSIC, Madrid, 1999. pp. 22. Una aclaración: con esto no pretende decirse que las dictaduras de corte tradicional y el fascismo sean lo mismo. Las dictaduras conservadoras surgieron como salida a la crisis de los regímenes liberales, en los países de la Europa mediterránea y oriental de industrialización tardía (España, Portugal, Grecia, Polonia, Rumania, Bulgaria, Hungría o Yugoslavia), como consecuencia del fracaso en la integración de los sectores sociales emergentes en el sistema político hacia la legitimidad democrática. El fascismo, aunque también supone un rechazo a la democracia parlamentaria, corresponde a países, como Alemania e Italia, más desarrollados, con mayor nivel de organización social y política, participación de sectores más amplios de la población y organizaciones obreras más fuertes. Véase, el análisis y el caso de Primo de Rivera en Casanova, Julián y Gil Andrés, Carlos, *Historia de España en el siglo XX...*, “¿Qué fue la Dictadura?” pp. 102-106. Así, cuando aquí hemos dicho esto, se hace hincapié en la fórmula contrarrevolucionaria que ambas realidades supusieron, desde la perspectiva de la coyuntura revolucionaria de 1917-1921.

¹⁸⁰ Kriegel, Annie, *Las Internacionales obreras (1864-1943)*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1968, pp. 92-93.

“el desgajamiento del sistema liberal europeo no iba a hacerlo sólo ni principalmente le bolchevismo”¹⁸¹

4.2) La recepción de las revoluciones rusas de febrero y octubre a través de la prensa

La revolución de febrero-marzo¹⁸² fue juzgada por la opinión española siguiendo los términos del debate o confrontación entre aliadófilos y germanófilos, teniendo en cuenta, además, que las noticias sobre los acontecimientos revolucionarios rusos iban llegando con confusión y retraso. La opinión de la aliadofilia (liberales, republicanos y socialistas etc.) absorbió la versión de los acontecimientos que se dio desde la prensa británica y francesa, basada en que la nueva Rusia tendría un carácter liberal y democrático que ayudaría en el esfuerzo de la guerra contra Alemania, incorporándose así al espíritu guía de la *Entente*. Esta interpretación también se basaba en que el pueblo ruso había hecho la revolución por el convencimiento de que sin un cambio de Gobierno no se podría ganar la guerra, atribuyendo las derrotas a la traición de unos dirigentes que no deseaban la derrota de Alemania¹⁸³. Si bien, la revolución de febrero-marzo, junto con la caída de Constantino I de Grecia, generaron un clima de optimismo rebelde en los obreros españoles, que hizo su acto de presencia en agosto de 1917, su influjo fue bastante difuso y apenas ideológico, menor que en la burguesía de izquierdas. Siguiendo a Meaker, la consecuencia principal de Febrero fue fomentar un estímulo indirecto de los sentimientos antimonárquicos de los políticos de izquierdas¹⁸⁴. Desde el anarquismo español, Febrero fue recibido con frialdad, entendidos los hechos al modo de una “revolución política”.

La revolución de octubre-noviembre tuvo al principio una recepción amortiguada, ya que la gran cuestión que atraía la atención era la marcha de la Conflagración mundial, pues en todo caso, aunque la doble revolución rusa fuera un hecho con identidad propia, no puede desligarse del conjunto de consecuencias de la Primera Guerra Mundial. La toma del poder por los bolcheviques no fue bien recibida por la aliadofilia y supuso alegría para los germanófilos: ambos interpretaban el hecho desde el prisma de la guerra, lo que supondría el efecto de la firma de una paz por separado entre Rusia y Alemania, que debilitaría a los aliados y beneficiaría a la segunda. Desde la prensa pro aliada fue de donde más críticas recibió la obra de los bolcheviques y se propagó la idea de que sus líderes estaban a sueldo de Alemania¹⁸⁵. Hay que señalar, además, que las dos vertientes de la izquierda española, cuando llegaron las noticias de Octubre, se encontraban en desorden tras la represión que siguió al conato de agosto de 1917¹⁸⁶. De

¹⁸¹ Arranz Notario, Luis, “La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: debate ideológico y político” ..., pp. 171.

¹⁸² La caída del Zar fechada en febrero de 1917, en el occidente europeo tuvo lugar en marzo debido al desfase existente entre el calendario juliano, mantenido por el zarismo y abolido posteriormente por los bolcheviques, y el calendario gregoriano del occidente europeo. Asimismo la toma del poder por los bolcheviques en octubre, para occidente, tuvo lugar en noviembre.

¹⁸³ Avilés Farré, Juan, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Biblioteca Nueva Uned, Madrid, 1999. pp. 19-24. El ABC era el diario más vendido en España, de prestigio en los medios conservadores: fue el único diario que pudo publicar crónicas del contexto revolucionario ruso escritas por la única testigo español, Sofía Casanova, casada con un terrateniente polaco y residente en Rusia. Sus crónicas fueron recopiladas en dos libros: *De la revolución rusa en 1917*, de ese año, y *La revolución rusa (diario de una testigo)*, de 1920. *Ibíd.* pp. 24-25.

¹⁸⁴ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 74.

¹⁸⁵ Avilés Farré, Juan, *La fe que vino de Rusia...*, pp. 43-45.

¹⁸⁶ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 141.

nuevo, fue el anarquismo el que mostró una visión diametralmente opuesta al resto de las izquierdas, recibiendo con entusiasmo primerizo el Octubre ruso. Veamos ahora la opinión vertida en los medios obreros socialistas y cenetistas de ambas revoluciones.

I) La visión del socialismo español: el prisma aliadófilo. Esperanzas en Febrero, tristeza para Octubre.

Como señala Carlos Forcadell, a las dos líneas de fractura ya existentes en el seno del PSOE, la cuestión del mantenimiento de la Conjunción republicano-socialista tras 1910, y la división de opiniones con respecto a la guerra, se une una tercera basada la opinión y el posicionamiento hacia el proceso revolucionario ruso de 1917¹⁸⁷. Las claves del análisis oficial del Partido, bajo el prisma *mayoritario* aliadófilo, ya habían sido fijadas antes, a la altura de 1915, cuando el diario madrileño se había manifestado contrario a las tesis de acción del “derrotismo revolucionario”¹⁸⁸. *El Socialista* publica un manifiesto donde se resumían las líneas generales del programa del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Aquí se afirmaba hasta cuatro ideas fundamentales de la que era la línea de la izquierda revolucionaria capitaneada por Lenin: en primer lugar, se califica a la guerra de imperialista cuya función supone el desvío de la acción revolucionaria del proletariado: “Tanto la burguesía alemana como la de los países aliados engañan al proletariado, que tiene que desenmascarar estos sofismas y defender su unidad contra el chauvinismo burgués”. En segundo lugar, censura la actitud de los líderes del socialismo de los distintos países, afirmando que han abrazado el “oportunismo” al secundar a los Gobiernos de su país en la política defensionista, estableciendo que la Social Democracia rusa, al no votar los créditos de guerra “ha cumplido su deber socialista”. En tercer lugar, debido a la “bancarota del oportunismo” es necesario “reconstruir la unidad obrera desde nuevas bases”, lo que en la práctica supone la proposición de establecimiento de una nueva internacional en la creencia de estar en un momento de “transición de una época a otra”, acompañada por una “profunda crisis del Socialismo”. Finalmente, se propone que, puesto que la guerra imperialista ha proporcionado las condiciones objetivas, mediante la agitación de los socialistas, se debe transformar en una guerra civil revolucionaria.

Desde *El Socialista* se contesta con la visión aliadófila: “No estamos conformes con estas actitudes [...] porque vemos en ellas impaciencias que dañan a la unidad que en la democracia del mundo tiene que haber contra el enemigo gigantesco que amenaza estrangularla, contra el imperialismo austrogermánico”. Bajo la visión de que el socialismo no tuvo fuerza para impedir la guerra “todo lo que no sea persistir en nuestra acción contra el agresor maldito [...] es, por lo menos, inoportuno”.

También en clave aliadófila será interpretada la revolución de febrero: en el diario madrileño del 17 al 24 de marzo se publican ocho artículos titulados gráficamente como “El movimiento revolucionario ruso. Contra el espíritu alemán”, de los que se puede sacar cuatro ideas: Rusia como la contradicción del espíritu aliado en guerra; la revolución de febrero como movimiento patriótico; la comprensión de los sucesos como una revolución liberal parlamentaria y la

¹⁸⁷ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 241.

¹⁸⁸ *El Socialista*, “El Socialismo ruso y la guerra”, 16 de julio de 1915,

negación del PSOE de las tesis maximalistas revolucionarias; la identificación de lo que ha ocurrido en Rusia como algo equiparable a España.

(1) El zarismo ruso era concebido como una contradicción al espíritu democrático del bando aliado: “puesto que esta guerra no es sólo de Estados, sino que es también de pueblos, y no es sólo de intereses capitalistas, sino que es de ideales progresivos, de ideales democráticos también, el sistema, en Rusia, no podía estar muy a sus anchas en la contienda”¹⁸⁹. Se acusa al zarismo de sobreponer el mantenimiento del sistema a la acción en la guerra, lo que había provocado traiciones y es que “Rusia tenía las armas contra Alemania en la mano y el odio a Francia en el corazón”. (2) Siguiendo esta argumentación, la revolución rusa es percibida como un “movimiento patriótico” de “dignidad nacional” y “amor a la patria”¹⁹⁰, ya que “los elementos directores de Rusia, empezando por el zar, estaban en vías de realizar un delito de alta traición, de suprema traición” al no representar al movimiento progresivo democrático donde se emplazaban los aliados y quería estar el pueblo ruso. Al analizar la actuación de los aliados en la guerra como “defensista” frente a la agresión impuesta de las potencias centrales, la Gran Guerra se torna en una “guerra de pueblos”¹⁹¹: el pueblo belga, el francés, el inglés etc. Así, se concibe que el “gran error” de Gobierno ruso que dio lugar a su caída era “el seguir haciendo la guerra al modo viejo, persistiendo en no ser un pueblo en guerra”, dándose la paradoja de que “el pueblo ruso, o el proletariado activo del pueblo ruso, estaba de mala gana en la contienda, precisamente porque quería ser un pueblo en guerra”. Por lo tanto, la revolución de febrero, desde la concepción *mayoritaria* del PSOE era deseable para que Rusia pudiera incorporarse plenamente al movimiento que los aliados representaban.

(3) La tercera idea que señalamos se centra en la concepción de Febrero como una revolución liberal parlamentaria: “la revolución rusa, como la francesa y la inglesa [...] se ha producido por el choque entre el Parlamento y el Poder constituido”¹⁹². Además, la opinión del PSOE se centra en la conveniencia del mantenimiento de éste carácter liberal parlamentaria, frente a las posturas maximalistas. Así, los sucesos rusos suponen que “para defender lo que en 1905 se conquistó haya habido la necesidad de ejecutar el acto de fuerza de 1917: la personalidad jurídica, real y efectiva de la Duma”¹⁹³. Desde esta perspectiva se vuelve a criticar las tesis del derrotismo revolucionario: oponer la guerra civil a la guerra entre naciones, en pos de una “revolución social”, es visto por *El Socialista* como “una ilusión sin realidad posible, y que sólo podría hacer daños al ponerse en práctica”.¹⁹⁴ (4) El diario madrileño muestra como el socialismo español quiere identificarse con ese concepto de revolución liberal:

Notemos aquí que analogía existe entre esta posición de Rusia y la posición de España, que desatiende imbécilmente el problema de sus reconstitución interior, por dedicar sus esfuerzos todos a [...] la

¹⁸⁹ *El Socialista*, “El movimiento revolucionario ruso. Contra el espíritu alemán II”, “La Gran Contradicción”, 18 de marzo de 1917.

¹⁹⁰ *El Socialista*, “El movimiento revolucionario ruso. Contra el espíritu alemán I”, “El Estallido”, 17 de marzo de 1917.

¹⁹¹ *El Socialista*, “El movimiento revolucionario ruso. Contra el espíritu alemán III”, “La labor de la prensa obrera y socialista”, 19 de marzo de 1917.

¹⁹² *El Socialista*, “El movimiento revolucionario ruso. Contra el espíritu alemán VIII”, “Recapitulación”, 24 de marzo de 1917.

¹⁹³ *El Socialista*, “El movimiento revolucionario ruso. Contra el espíritu alemán”, “El Estallido”, 17 de marzo de 1917.

¹⁹⁴ *El Socialista*, “El movimiento revolucionario ruso. Contra el espíritu alemán II”, 18 de marzo de 1917.

guerra de Marruecos..., y enterrará en ella todo el porvenir de la nación, y a la nación misma, si, como en el imperio de los zares, no viene también una revolución a ponerla en el terreno de la realidad.¹⁹⁵

Para potenciar las opiniones vertidas, en abril, se publican las palabras de Camille Huysmans correspondientes a dos artículos publicados en *Le Socialiste belge* de La Haya y *Ruscaia Volia* de Petrogrado¹⁹⁶. El secretario del BSI se manifestó con unas palabras que en nada contradecían las opiniones *mayoritarias* del PSOE, dando gran importancia a la necesidad de unificación de las tendencias del socialismo ruso frente a derivas maximalistas:

Rusia está madura para la democracia. No está aún madura para el Socialismo. A juicio nuestro, el deber elemental de los socialistas rusos es el de no dejarse arrastrar por palabras y esperanzas demasiado lejanas [...] El deber elemental de los socialistas es apoyar resueltamente el Gobierno Liberal y democrático, en tanto que exista el menor peligro de una vuelta ofensiva de la reacción.

Nosotros, socialistas de Occidente, saludamos con entusiasmo esa revolución. La saludamos también con reconocimiento, porque hace posible una evolución normal del mundo obrero [...] El máximo de lo que podemos pedir a Rusia en este momento es la instauración de un régimen democrático. Por esta razón, importa que todos los trabajadores que se llaman socialistas pongan tregua a sus divisiones para sostener el nuevo régimen. El proletariado consciente no se puede permitir el lujo de divisiones fútiles y de sueños profundos.

La valoración positiva que desde *El Socialista* se hace del Febrero ruso no debe hacernos creer que fue un tema central de sus análisis. Si bien resulta curioso que en estas fechas comienza a publicarse *La Madre* del novelista Máximo Gorki, en el número del 1º de mayo ni se menciona la revolución. El tema central sigue siendo la guerra, y que Rusia no haga una paz por separado con Alemania que pudiera debilitar a los aliados¹⁹⁷. Meaker¹⁹⁸, al referirse a la reacción socialista hacia Febrero habla del “silencio de los socialistas”, que “provenía de estar profundamente absortos con la guerra”; si bien, es cierto, preferimos seguir a Forcadell¹⁹⁹ y analizar las primeras interpretaciones desde el PSOE atendiendo a las posibilidades de cambio hipotético que se otorgaban a Febrero. La dirección socialista instrumentalizó el análisis de la revolución de febrero para “defender su propia política frente a la de los minoritarios o maximalistas orientados hacia una ‘revolución social’ al término de la guerra [...] y contra las profecías revolucionarias de sus competidores anarquistas y sindicalistas”.

El análisis que el diario madrileño hace de la revolución de octubre-noviembre, nos sirve para aprehender la concepción que sobre la revolución tiene el PSOE, de carácter gradualista. Siguiendo el prisma de interpretación aliadófilo, la toma del poder bolchevique, es denominada

¹⁹⁵ *El Socialista*, “El movimiento revolucionario ruso. Contra el espíritu alemán VI”, 22 de marzo de 1917.

¹⁹⁶ *El Socialista*, “Juicios socialistas sobre la revolución rusa”, 12 de abril de 1917.

¹⁹⁷ En *El Socialista*, “La situación en Rusia y los fines de la guerra”, 7 de mayo de 1917, se habla brevemente del “choque entre los elementos pacifistas que siguen a Lenine [Lenin] y los que se oponen a una paz por separado”. En *El Socialista*, “Discursos de Kerensky y Tsereteli”, 20 de mayo de 1917, se muestra la negativa a la paz por separado en palabras de Kerensky “no hay frente ruso: hay un frente único de los aliados”.

¹⁹⁸ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 75 del “silencio de los socialistas” hacia Febrero, que “provenía de estar profundamente absortos con la guerra”, cuestión cierta, pero preferimos seguir a Carlos Forcadell en “La recepción de la revolución rusa en España (1917-1921)”, en Carantoña, F. y Puente, G. (eds.), *La Revolución Rusa. 70 años después. (Actas del segundo coloquio de Historia Contemporánea)*, Universidad de León, León, 1988, pp. y analizar las primeras interpretaciones desde el PSOE atendiendo a las posibilidades de cambio hipotético hacia un cambio político. “La dirección socialista instrumentaliza el análisis del febrero ruso para defender su propia política frente a la de los minoritarios o maximalistas orientados hacia una “revolución social” al término de la guerra

¹⁹⁹ Forcadell, Carlos, “La recepción de la revolución rusa en España (1917-1921)”, en Carantoña, F. y Puente, G. (eds.), *La Revolución Rusa. 70 años después. (Actas del segundo coloquio de Historia Contemporánea)*, Universidad de León, León, 1988, pp. 137-163. La cita en la pp. 142.

como “el triunfo de los maximalistas”²⁰⁰. Desde el órgano de expresión socialista se explica que tras el derrocamiento del zarismo surgió una pugna “entre los partidarios del todo o nada, maximalistas, y los que defendían una transformación más lenta, inteligentemente preparada para ir disolviendo en ella poco a poco todas las voluntades o intereses del país”. El primer artículo de opinión que se encuentra respecto a la revolución de octubre refleja la amargura con que se recibe en los medios *mayoritarios* con el título de “Sería bien triste”. La recepción de Octubre fue amarga, en la creencia de que la misión de Rusia en aquel momento era “poner su fuerza toda en la empresa de aplastar el imperialismo germánico”²⁰¹, para “libertar al mundo, juntamente con otras democracias, de la terrible amenaza de los imperios de centro Europa”. Lo que más preocupa al PSOE es el asunto de la paz por separado que lleve a “una desertión de las filas de los pueblos aliados ante el enemigo de toda libertad”. *El Socialista*, sin embargo, concede que los ideales que inspiran la nueva revolución son “elevados y respetables”, mas “inoportunos, y, por inoportunos, acaso funestos”.

Durante el resto de noviembre de 1917 no aparecen más opiniones en el diario madrileño con respecto a la revolución, tan sólo artículos titulados “En Rusia. Revolución y contrarrevolución” o “la situación en Rusia”, que muestran confusión sobre la información de lo que ocurre en Rusia. En diciembre encontramos un artículo del propio Pablo Iglesias que habla de la visión gradualista del PSOE, pero que sigue manteniendo esa retórica combativa que caracterizaba al Partido²⁰². El Abuelo afirmaba que los esfuerzos que había comportado la guerra en los diferentes países, había obligado a los diferentes gobiernos a adoptar “medidas verdaderamente revolucionarias”, que podían suponer confiscaciones o imposición de cargas a la riqueza, lo que ha contribuido, según la visión de Iglesias, “a que se remunere a los trabajadores mucho mejor que antes”. Así, el líder del socialismo español afirma que “puede asegurarse que la guerra ha obrado del mismo modo que hubiese obrado una revolución”. Por el contrario, a España habían llegado las consecuencias de la guerra, que habían provocado la inflación de precios, generando el malestar en las clases trabajadoras y el enriquecimiento extraordinario de las grandes industrias (ferroviaria, naviera, metalúrgica, aceitera, minera etc.). Iglesias termina el artículo con las siguientes palabras, que muestran su idea de que lo necesario para España era una revolución política, que permitiera un cambio gradual que mejorara las condiciones de los trabajadores, en ningún caso un connato como el que tenía lugar en Rusia, la radicalización tenía sus límites:

Y como el malestar continuará, y como los gobernantes que hay ahora y los que puedan sucederles en turno pacífico nada harán contra los causantes de aquél, [...] de ahí que sea necesaria en España una revolución; una revolución, sí, que, barriendo la política vieja, traiga con la nueva hombres capaces de atreverse con aquellos privilegiados y de obligarles a no acrecer sus fortunas a costa del hambre y de las privaciones del país.

Frente a los métodos leninistas, que modificaban el esquema marxista determinista saltándose la etapa de la democracia burguesa, la visión de la ortodoxia *mayoritaria* pretendía la instauración de una república parlamentaria, siguiendo el espíritu de los aliados, que sustituyera a la monarquía reaccionaria. Con estas palabras se refiere *El Socialista* a este tema, si antes pretendía sentirse cercano a Febrero, ahora pretenderá distanciarse de Octubre:

²⁰⁰ *El Socialista*, “El triunfo de los maximalistas”, 9 de noviembre de 1917.

²⁰¹ *El Socialista*, “Sería bien triste”, 10 de noviembre de 1917.

²⁰² *El Socialista*, “Necesidad de una revolución”, 10 de diciembre de 1917.

¿Son las mismas condiciones de España que eran las de aquel país cuando cayó el zarismo? ¿Es el mismo el carácter de uno y otro pueblo? ¿Se dan aquí las circunstancias que allí se determinaron? Creemos que no. [...] A la Monarquía existente, que se está tambaleando, sucederá la República, siendo ésta según la influencia mayor o menor de la clase trabajadora, más o menos avanzada, más o menos radical. [...] Las condiciones económicas de nuestro país no permiten soluciones radicalísimas que más adelante serán posibles²⁰³.

La primera visión del Octubre ruso quedó fijada en 1918, como un espejo donde el PSOE *mayoritario* no quería reflejarse, pues iba en contra de su visión determinista-gradualista de la revolución política que pretendían para España: “El estado caótico en que Rusia se encuentra es la consecuencia inevitable de una revolución que ha trastornado todos los elementos que componían aquella nación”. Sin embargo, también se concede que ha sido una “cosa inevitable”:

Los Gobiernos que hacen una presión demasiado brutal, demasiado fuerte, sobre los gérmenes revolucionarios no los destruyen: los deforman. [...] Cuando se emplean los procedimientos que el zarismo ruso empleaba, la revolución, a la que se ha cerrado todo camino, a la que se ha entenebrecido toda visión del futuro, a la que se ha exasperado y se ha enloquecido, es luego una catástrofe. No será ya una revolución con sentido político...²⁰⁴

Santos Juliá explica la visión del PSOE en general, y Pablo Iglesias en particular sobre la revolución como un hecho gradual que habría de llegar por la fuerza de los hechos, con una clase obrera que debía irse preparando para un evento trascendental: táctica reformista y retórica revolucionaria. La clave estaba en ir obteniendo reformas económicas en una lenta preparación previa a la emancipación final. Esto implicaba que sólo pudiera recurrirse a la violencia cuando la clase obrera hubiera acumulado fuerza suficiente y el resto de caminos estuvieran cerrados, cuando la clase explotadora, utilizando el aparato represivo del Estado, no se aviniera a dejar el poder. Desde esta perspectiva, lo revolucionario no era un acto súbito, sino un ideal para una masa obrera que debía organizarse y estar preparada para cuando el momento se presentase, esto es, para cuando el capitalismo fuera a derrumbarse, y mientras tanto ir penetrando por los cauces que permitía el sistema, en pos de lograr un cambio de régimen monárquico a republicano, para lograr un avance progresivo hacia la meta fijada²⁰⁵. Desde estos principios axiomáticos no resulta extraño que desde *El Socialista* no se ahonde en los planteamientos teóricos y praxis de Octubre, pues el propio Iglesias no cree que puedan afectar a las que habían sido las líneas maestras del socialismo español. Además como señalan Antonio Elorza y Michel Ralle²⁰⁶ la revolución bolchevique sirvió para clarificar todavía más, en el pensamiento de Pablo Iglesias, la cuestión de los objetivos a corto plazo, que no consistían en la revolución social, sino en la obtención de cambios democráticos. Es por esto, que para el socialismo *mayoritario*, en esta primera recepción de la revolución rusa, ésta quedara situada como un fenómeno exterior.

Quienes sí consideraron la revolución de octubre como un acontecimiento trascendental fueron los *minoritarios* Ramón Lamóneda y Mariano García Cortés que comenzaron a publicar en agosto de 1918 el hebdomadario *Nuestra Palabra*, emulando al *Nashe Slovo* de Trotsky en

²⁰³ *El Socialista*, “Peligro imaginario”, 28 de marzo de 1917.

²⁰⁴ *El Socialista*, “Enseñanzas. El caso ruso”, 6 de septiembre de 1918.

²⁰⁵ Juliá, Santos, “Preparados para cuando la ocasión se presente”: Los socialistas y la revolución en Juliá, Santos (Dir.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 145-149. Desde la asociación con los republicanos se añadió un nuevo elemento en el camino hacia el socialismo, la posibilidad de participar en una “revolución política”, no social, para derribar a la monarquía e instaurar la república que diera las condiciones de derecho y libertad donde la clase trabajadora pudiera realizar su labor de organización y educación. La república era, en el pensamiento de Iglesias, un eslabón necesario para avanzar hacia el socialismo.

²⁰⁶ Elorza, Antonio y Ralle, Michel, *La formación del PSOE*, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 338-343.

París. Surgió con periodicidad de semanario y su primer número apareció el día 6 bajo la necesidad de disponer de un medio frente a la rigidez del partido impuesta por los *mayoritarios*. Como ha estudiado Forcadell²⁰⁷, desde *Nuestra Palabra* se critica la actitud de la dirección del partido sobre el tema ruso, y la revolución es vista como la confirmación de la utopía. Aunque falta información, y por lo tanto una comprensión real sobre los cambios que están sucediendo, los hechos de Octubre se contemplan con entusiasmo, como la primera revolución proletaria, el programa máximo que debiera tener cualquier partido socialista. Todas estas cuestiones no hacían sino contradecir el programa gradualista de la dirección del PSOE.

En el grupo *Nuestra Palabra* se encontraría dos tendencias: los pacifistas, integrados por Mariano García Cortés, Ramón Lamonedá, Virginia González, Manuel Cordero, José Verdes Montenegro, César González y Juan José Morato. Los ultraizquierdistas, integrados por Ramón Merino Gracia, Eduardo Ugarte, Rito Esteban, Emeterio Chicharro y Rafael Millá. En 1918 permanecían unidos por la hostilidad hacia la aliadofilia *mayoritaria* y por la admiración hacia Octubre. No concebía que los bolcheviques fueran una forma nueva de socialismo, así como no distinguían entre el pacifismo zimmerwaldiano y la “izquierda de Zimmerwald”. Des *Nuestra Palabra* salieron la mayoría de dirigentes que fundaron los dos partidos comunistas de 1920 y 1921. Para Gerald Meaker, *Nuestra Palabra* fue la “cuna del comunismo español”.²⁰⁸

II) El análisis de las revoluciones rusas a través de la prensa anarquista-cenetista: el prisma antipolítico. Frialdad esperanzada en Febrero, entusiasmo para Octubre

La interpretación que la prensa confederal (*Solidaridad Obrera*) y anarquista (*Tierra y Libertad*) va a realizar de ambas revoluciones será diametralmente opuesta a la socialista *mayoritaria*. Si el PSOE había valorado positivamente Febrero, por sus motivaciones parlamentarias, y negativamente a Octubre, por sus caóticos resultados esperados, la prensa de tendencia antipolítica hará el análisis contrario: visibilizará la acción revolucionaria del Comité de obreros y soldados, frente a la acción política de la Duma. Aunque en todo caso, desde la prensa ácrata de *Tierra y Libertad* se percibe un tono más milenarista que el más moderado órgano sindical *Solidaridad Obrera*.

Desde *La Soli* la revolución de febrero es recibida con frialdad:

La tiranía, la arbitrariedad y el abuso no desaparecerán por más revoluciones que se hagan si la autoridad no sale de una de ellas tan aplastada como el Poder que se quería derrumbar. La verdadera libertad, la arbitrariedad y la fraternidad de los seres humanos es incompatible con el monstruo de la autoridad²⁰⁹.

Desde el periódico sindicalista se interpreta que una revolución “iniciada por el pueblo [...] ayudado por los soldados que se adhirieron al movimiento”²¹⁰, que fueron quienes derrotaron a los “esbirros del zarismo”, ha sido copada por “los elementos burgueses de la Duma”, que nombraron gobierno provisional, apoderándose así del poder. Mas es una frialdad esperanzada: desde *La Soli* se intuye que la revolución rusa “hecha por el pueblo y continuada por el pueblo” ira más allá de una “revolución política” teniendo “consecuencias económico sociales”. Por

²⁰⁷ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 250-257.

²⁰⁸ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 154-160. La cita en la pág. 160.

²⁰⁹ *Solidaridad Obrera*, 22 de marzo de 1917.

²¹⁰ *Solidaridad Obrera*, 30 de abril de 1917.

tanto, mientras *El Socialista* había guardado silencio sobre Febrero, pese a sentirse identificado con su talante político, en el número del Primero de Mayo *Solidaridad Obrera* se celebraba el paso que había dado el pueblo ruso (“¡El pueblo ruso puede conmemorar el 1º de Mayo, nosotros no!”²¹¹), desde la visión de que la revolución política podía devenir en revolución social.

La principal preocupación o advertencia, desde el periódico confederal, era que ese germen popular de la revolución no fuera infectado por el gradualismo político: “la revolución rusa será una revolución social si el virus parlamentario no se introduce en los organismos obreros”²¹². Desde el análisis antipolítico se prima la existencia del Comité de obreros y soldados como verdadero “organismo representativo” frente a la Duma. Así, contrariamente a la visión de *El Socialista* de que Octubre podría ser un infortunio para Febrero, para *La Soli* la revolución bolchevique es la verdadera continuación, el momento culminante del desarrollo revolucionario “momento crítico en que ha de afirmarse definitivamente la obra del pueblo o ha de resurgir una nueva modalidad del zarismo”²¹³

La prensa ácrata de *Tierra y Libertad* mantiene fundamentalmente las mismas visiones sobre el doble proceso revolucionario ruso. Sobre la recepción de Febrero afirma que las noticias que llegan sobre los motivos de la revolución y su orientación son contradictorias, y que sin duda son tamizadas por “las filias y las fobias” que contribuyen a desfigurar los hechos. Su actitud continúa acorde con los vaticinios revolucionarios que había hecho al analizar la guerra: “el origen de la rebelión ha sido el hambre del pueblo y su protesta contra la guerra” y “se trata de un movimiento revolucionario formidable que, a repercutir con la misma fuerza en otras naciones, será la única manera de establecer la paz y de acabar con las instituciones políticas”. Asimismo, también lanzan la advertencia antipolítica, deseando que los revolucionarios rusos “no se detengan alucinados con los colorines constitucionales político-democrático-burgueses”²¹⁴.

Por aquel entonces, desde 1916, había llegado a Barcelona el anarquista ruso-belga, luego bolchevique, Víctor Serge²¹⁵ que contribuyó en la prensa ácrata barcelonesa. En abril de 1917 encontramos un artículo de Serge²¹⁶ que resume los principios anarquistas de análisis del Febrero ruso, contrario al parlamentarismo liberal burgués:

Y pronto los burgueses liberales que al calor del descontento popular, acaban de alcanzar el poder en Rusia, harán como los anteriores: explotarán, fusilarán, enviarán a la guerra a toda la juventud masculina. No hay dos modos de gobernar. Es por lo que no deben esperarse grandes resultados de las revoluciones políticas, aun siendo victoriosas. [...] La lucha política emprendida por la burguesía

²¹¹ *Solidaridad Obrera*, 1º de mayo de 1917.

²¹² *Solidaridad Obrera*, Miguel del Campo, “¿La revolución social en Rusia?”, 21 de mayo de 1917,

²¹³ *Solidaridad Obrera*, “La revolución rusa en marcha”, 11 de noviembre de 1917. Desde el diario confederal también se justifica la violencia que ha de generar la nueva revolución: “la sangre que se derrama en las revoluciones es generosa, es fecunda. No así la de las guerras, que es estéril” “La sangre en las guerras no derrama para beneficio de otros. La sangre de la revolución rusa [...] es por ellos mismos, por su libertad, por su bienestar...” en *Solidaridad Obrera*, “al margen de la revolución rusa”, 26 de noviembre de 1917.

²¹⁴ *Tierra y Libertad*, “revolución popular en Rusia”, 21 de marzo de 1917. Sobre el antipoliticismo y la advertencia sobre el probable “adulteramiento” de la revolución por la burguesía: *Tierra y Libertad*, José Pagán Navarro, “De la revolución rusa. Floración”, 28 de marzo de 1917, “la burguesía [...] visto el ímpetu con que obraban las multitudes, ha encauzado la ola revolucionaria, impidiendo que se desatara con toda su energía la hasta ahora contenida ira popular. De sobra sabemos que tal revolución poco significa por sus resultados. A un tirano le ha sucedido otro tirano y nada más”.

²¹⁵ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 68.

²¹⁶ *Tierra y Libertad*, Víctor Serge, “Un zar cae”, 4 de abril de 1917.

ambiciosa, impregnada de ideas modernas contra los representantes del antiguo régimen, acaso acabe, pero la lucha social no. [...] En las democracias, como en las monarquías más o menos constitucionales más o menos absolutas, la Fuerza, que hace Ley y que dirige los destinos de las naciones, pertenece a una oligarquía de plutócratas. Anónimos, insecuestrables, despreciados también de las coronas, son sin embargo, zares ¿Cuándo abdicarán?

Desde *Tierra y Libertad*, se recibe con júbilo la caída de la “dictadura de Kerenski”²¹⁷ y la llegada de Octubre: la revolución conllevaría el “establecimiento de la paz y de un régimen social de acuerdo con las soluciones del socialismo libertario”. Así, parece que se piensa que los hechos que tienen lugar en Rusia tienen una orientación anarquista, cuestión que nos habla de la poca información que se tiene de los hechos y de esa concepción milenarista revolucionaria del anarquismo. En este último sentido, desde el periódico ácrata se considera la revolución como un ejemplo a seguir, unas “enseñanzas prácticas que deben ser aprovechadas por el proletariado revolucionario del mundo”, hacia la destrucción del poder político.

La adhesión de la CNT a Octubre siempre lo fue más a la obra revolucionaria en sí, que a los dirigentes bolcheviques, así en un número de *Solidaridad Obrera* dedicado al Primer aniversario de la República de los Soviets se proclamaba:

Sin compartir en absoluto las ideas de Lenin y de Trozky, queremos como trabajadores y revolucionarios rendir tributo de admiración a la audacia y a la inteligencia de aquellos hombres cumbres, que sin estar en absoluto identificados con nuestras ideas, han sabido dar para el pueblo productor, realizando la revolución más trascendental que vieran los siglos, garantías seguras para un porvenir mejor²¹⁸.

La revolución bolchevique aumentó el optimismo revolucionario de la CNT y la fe en la caída del sistema capitalista. Fue, por lo tanto un elemento que fomentó su radicalización hacia la pretensión de derrocamiento del capitalismo por la vía violenta y la sustitución de la legalidad burguesa por una nueva de contenido popular. El hecho de que hubiera sido posible una revolución en un país lejano significaba para la CNT, la posibilidad de hacerla en España, la demostración de que las ideas defendidas no eran ya mera utopía. Por esto mismo, los movimientos campesinos del “Trienio Bolchevista” de 1918-1920 o las huelgas industriales, destacando la de “La Canadiense”, son ejemplos del foco de radicalización que supuso Octubre²¹⁹. Claras son las palabras de José Viadiu, dirigente sindical de la CNT²²⁰:

[...] desde la revolución francesa hasta nuestros días, las agitaciones se han sucedido, la labor de divulgación ha sido inmensa, los principios de igualdad han ido encarnando en la colectividad, en el cerebro irá germinando ya la verdad y va abriéndose paso hasta que se impondrá. No es otro el motivo

²¹⁷ *Tierra y Libertad*, Gomeri, 14 de noviembre de 1917, “La revolución de Rusia”. Sobre Octubre como una revolución del comunismo anarquista *Tierra y Libertad*, N., “De la revolución rusa. La sociedad vieja se hunde”. 21 de noviembre de 1917: “El comunismo anarquista triunfante es la suprema aspiración de justicia, conseguida por el esfuerzo enérgico de un pueblo que desea ser libre” [...]. Claro es, que no es la anarquía el régimen social implantado por los revolucionarios rusos, porque en anarquía no se puede vivir sin una elevación educativa [...] ni ella es posible mientras subsista el principio de las nacionalidades. Pero es la esencia económica y social de los principios anarquistas, triunfantes en Rusia [...] Es el ensayo colosal, atrevido y sublime que mostrará al mundo esclavo el camino de la verdadera redención “. En Rusia, los anarquistas colaboraron inicialmente con los bolcheviques, pero en abril de 1918 se inició el enfrentamiento entre ambos, con la derrota de los primeros. De esto apenas se tuvo noticia en España Avilés Farré, Juan, “El impacto de la revolución rusa en la organizaciones obreras españolas (1917-1923)”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V. Historia Contemporánea*, t. 13, 2000, pp. 17-31.

²¹⁸ *Solidaridad Obrera*, “Primer aniversario de la República de los Soviets. Un año de dictadura proletaria: Noviembre de 1917-18”, 24 de noviembre de 1918.

²¹⁹ Bar, Antonio, *La CNT en los años rojos...*, pp. 436-451.

²²⁰ *Solidaridad Obrera*,

y la causa ética de la revolución rusa. Bolchevismo es el nombre, pero la idea es la de todas las revoluciones, la libertad económica. [...] Bolchevismo representa el fin de la superstición, del dogma, del esclavaje, de la tiranía [...] Bolchevismo es la nueva vida que anhelamos, es paz, armonía, justicia, equidad, es la vida que deseamos y que impondremos en el mundo.

4.3) El oleaje revolucionario llega a España

La llegada de los vientos revolucionarios europeos a España se emplaza en el contexto nacional que ha venido denominándose “crisis de la Restauración”, que se inicia en la conmoción múltiple de 1917, finalizando tradicionalmente en 1923, con el comienzo de la Dictadura de Primo de Rivera y el fin del sistema liberal parlamentario. La crisis política era fundamentalmente fruto de la orfandad de liderazgos indiscutibles en los partidos dinásticos del turno, así como el empuje de otras formaciones políticas (Conjunción republicano-socialista, Partido Reformista, CNT, *Lliga* etc.) que comenzaban a contestar la hegemonía en las ciudades y a canalizar el descontento político. Siguiendo a González Calleja, en este intervalo temporal la violencia política alcanzó en España, como en el resto de Europa, una intensidad y generalización desconocida, fruto de la adaptación al sistema de posguerra mundial que provocó un auge de la conflictividad socioeconómica y de otros factores de orden ideológico y político²²¹. Si bien España no se vio afectada por el choque directo de la Gran Guerra, sí que participó, además anticipadamente, de las intensas convulsiones sociales que sacudieron la Europa de posguerra²²². La situación fue especialmente tensa a partir de la primavera de 1917, cuando se recrudeció la polémica sobre la intervención y la carestía de los productos básicos, llegaron las noticias del Febrero ruso y la declaración de bloqueo alemana tuvo como consecuencia el hundimiento de buques españoles. El Estado no pudo dar respuesta a la serie de retos colectivos que se manifestaron tras 1917, como las tensiones crecientes entre el centralismo y las nacionalidades, por la creciente autonomía del ejército, y en última instancia, por la “falta de representación de los intereses y aspiraciones de la mayor parte de la sociedad”.

En el tracto cronológico que va de 1917 a 1923 se desarrolló un “ciclo de protesta” caracterizado por la acción revolucionaria de un sector del proletariado²²³. La guerra hizo sentir sus consecuencias económicas: Si bien había propiciado en España, como país neutral, una coyuntura favorable para la acumulación de capital, en forma de succulentos negocios para las patronales, esto supuso también la existencia de un fuerte proceso inflacionario que tuvieron que soportar las clases trabajadoras que vieron mermada su capacidad adquisitiva. Así, el descontento obrero se agudizó en 1917 debido a la reducción de los salarios reales provocada por la inflación: en 1914 el coste de la vida subió un 8%; en 1915 un 12%; en 1916 un 16%; y a la altura de 1917 alcanzaba un 26%. Esto supuso un incremento global de los precios del 62%

²²¹ González Calleja, Eduardo, *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1999, pp. 18.

²²² Malefakis, Edward, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1980, pp. 179.

²²³ González Calleja, Eduardo, *El máuser y el sufragio...*, la cita anterior en la pp. 22. “Ciclo de protesta” es un concepto de Tarrow, Sidney, *Power in movement. Social movements, collective action and politics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, Citado en *Ibid.* pp 23: “fase de intensificación de conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado de las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución”.

desde el inicio del estallido europeo²²⁴. Además, el precio de algunos artículos de primera necesidad se infló más rápidamente: de agosto a enero de 1918 el trigo subió un 72%, el maíz 80%; la cebada 83%; el arroz 98%; los garbanzos 70%; y las patatas el 90%. El *gap* inflacionista se produjo por una conjugación de factores que incluía una crisis agrícola (mala cosecha de 1915), el bloqueo alemán, las acciones especulativas de los acaparadores de alimento y el crecimiento de la demanda interior y exterior.

La producción y los salarios agrícolas aumentaron hasta 1916, iniciando su curva descendente a mediados de 1917, comenzó a producirse una fuerte emigración campesina hacia las ciudades, asociada a la depresión de muchas zonas rurales: Por ejemplo, Madrid, Barcelona y Bilbao crecieron en torno a un 10%, cuando la proporción mantenida era del 1% anual. Esta oleada migratoria se hizo ya perceptible en 1915, alcanzando sus cotas máximas en 1916-1917, en el inicio del período conflictivo. Además se redujo la gran corriente migratoria hacia América, que en el fondo era una gran válvula de escape para las presiones que debía afrontar el sistema de la Restauración. Se produjo también el retorno a España de millares de trabajadores temporales que huían de la guerra. Como consecuencia, se produjo una acumulación de la mano de obra en las ciudades que la industria, desarrollada de forma desigual, solo pudo absorber parcialmente²²⁵. El exceso de oferta de trabajo permitía a los patronos imponer salarios bajos y extenuantes jornadas laborales de diez y once horas; la incapacidad de la burguesía para acometer una reestructura de la base productiva, el importante desempleo y la desigualdad de distribución de la renta, ahondaron las divisiones sociales y aumentaron la conflictividad laboral.

Así, la guerra provocó cambios en la organización del proletariado que afectaron directamente a la sindicación obrera: La UGT sobrepasó por primera vez los 100.000 afiliados en 1912, pero, como se aprecia en la “Fig. 2”, hubo un descenso hasta 1919, provocado por las consecuencias del fracaso de la huelga de agosto de 1917. Hasta los años del “Trienio” no alcanzó posiciones de masas, llegando a su punto máximo al final del período estudiado, en 1921. La CNT va a convertirse, en el período, en un sindicato de masas, alcanzando su punto álgido en 1919, aunque iniciando su descenso en 1920.

Además de los contenciosos socioeconómicos provocados por la guerra y su crisis laboral, hay que añadir el carácter simbólico movilizador- y de amenaza para las clases pudientes- que suscitó la revolución bolchevique, generando una “radicalización de los medios de acción colectiva”. Esto es denominado por Eduardo González Calleja la expansión del “*pathos* revolucionario bolchevique”, que generó una dinámica de reacciones contrapuestas que dieron lugar al aumento de la violencia en ciudades como Barcelona, Zaragoza, Valencia, Cádiz, La Coruña o Bilbao y, también, en las zonas agrarias del sur latifundista. El gran marco para la acción colectiva obrera en este ciclo será la huelga de masas, general o sectores amplios de la producción, conjugada con el pistolero sociolaboral, el atentado personal y los motines agrarios

²²⁴ González Calleja, Eduardo, *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, CSIC, Madrid, 1998, pp. 515-517. Las cifras en la pp. 517.

²²⁵ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, las cifras sobre el aumento del precio de los productos de primera necesidad y el crecimiento urbano en las pp. 55 y 62.

Año	afiliados UGT	afiliados CNT
1910	40.000	11.000
1914	119.000	
1918	90.000	114.000
1919	160.000	745.000
1920	220.000	
1921	240.113	
1923	210.617	250.000

Fig. 2. Afiliados a la CNT y UGT. Fuente: Tuñón de Lara, Manuel, *El movimiento obrero en la Historia de España*, Número de afiliados UGT y CNT. En Shubert, Adrian, *Historia social de España 1800-1990*, Nerea, Madrid, 1991, pp. 192

Tras el significativo descenso de la conflictividad laboral de 1914 a 1916, en este último año se aprecia ya un cambio de tendencia hacia un ascenso del número de jornadas de huelga. Aunque los datos del Instituto de Reformas Sociales (creado en 1903) no recogen todas las huelgas del período, sus datos resultan orientativos para caracterizar el período. Observamos que éstas ascienden bruscamente en

los años que van de 1918 a 1920, fechas que constituirán el punto alto de la movilización (correspondiendo al “Trienio bolchevique” y los sucesos de Barcelona) ²²⁶. La dicotomía entre las posturas negociadoras y las maximalistas dentro del movimiento obrero se asienta en el marco más amplio de la integración o no de la clase obrera en los diferentes regímenes políticos de Europa en el período de entreguerras. Así, debido a la crisis de posguerra, un sector del movimiento obrero, que sería minoritario, dejó de ocuparse de los conflictos ligados a la reivindicación del salario para actuar por motivos de carácter social mediante el fomento de la agitación revolucionaria. Cuando, tras la huelga de agosto de 1917 los socialistas se inhibieron, el anarquismo y el minúsculo comunismo tomaron la iniciativa en la subversión económica, política y social²²⁷.

Si bien, desde los sectores dominantes, además de la represión violenta, hubo medidas reformistas dulcificadoras- la regulación de la jornada de ocho horas entre 1919-1920 o la creación del Ministerio de Trabajo por el Gobierno Dato en 1920- estas medidas fueron en general, reacción tardía contra el impulso revolucionario obrerista, fruto de la búsqueda del control del trabajo que de la verdadera sensibilización ante las aspiraciones y reivindicaciones²²⁸. Siguiendo esta dinámica, el resultado del período no es extraño, pues al igual que en Europa, en España, al período convulso le siguió su etapa “contrarrevolucionaria”, tras la llegada de la Dictadura en septiembre de 1923.

Número de huelgas.	
Años	Número
1913	284
1914	212
1915	169
1916	237
1917	306
1918	403
1919	895
1920	1.060
1921	373

Fig. 3. Número de huelgas según el IRS. Fuente: Elaboración propia a través de Caballos Teresí, J.G., *Historia económica, financiera y política de España en el siglo XX*, vol. VII, *Estadísticas 1901-1930*, Madrid, Talleres tipográficos El Financiero, 1932, pp. 349-352. Citado en Anes, Gonzalo (ed.), *Historia económica de España*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999, pp. 478.

²²⁶ González Calleja, Eduardo, *La razón de la fuerza...*, pp. 517.

²²⁷ González Calleja, Eduardo, *El máuser y el sufragio...*, la cita anterior en la pp, 24-26, la cita en la pp. 26 y 47.

²²⁸ *Ibid*, pp 27.

D) Imaginando un Febrero español: sobre la huelga general de Agosto de 1917

La caída en febrero de 1917 de la autocracia tradicional rusa- junto con el derrocamiento del rey Constantino de Grecia- alentó las expectativas de democratización y reforma del sistema político español. Desde los análisis de la izquierda aliadófila que confluiría en agosto, se pudo transponer la transformación política rusa al contexto español, la viabilidad de su antimonarquismo²²⁹. Ya hemos hablado sobre el gradualismo del PSOE, tamizado ahora por una aliadofilia latente, sosegado, pacífico y contrario connatos revolucionarios violentos. Señala Santos Juliá²³⁰, que la primera vez que Pablo Iglesias mostró cierta prisa por una consecución política fue debido al proyecto de derribo de la monarquía, formación de un gobierno provisional e instauración de la república. El contexto para que esta nueva perspectiva se materializara será la huelga de agosto de 1917, si bien los hechos se impondrían sobre las pretensiones teóricas.

El verano de 1917 supuso el punto álgido de una situación sociopolítica de especial conflictividad, donde diversas fuerzas, que no llegaron a encontrarse, pretendieron compartir, mediatizar o conquistar el poder estatal. Fue un verano bullicioso con gran agitación obrera, encabezada por ferroviarios, metalúrgicos y mineros. La interpretación clásica de José Antonio Lacomba²³¹ explica los sucesos de 1917 partiendo de lo que denomina la “crisis ambiental” provocada por la neutralidad en la guerra, que acabó generando tres revoluciones: la de las Juntas Militares de Defensa (“mesocrática”), la de la Asamblea de Parlamentarios (“burguesa”) y la huelga general de agosto (“proletaria”). Las tres se desarrollaron de forma sucesiva, se influyeron recíprocamente, pero fueron antagónicas en último término y no consiguieron derribar el sistema restauracionista. Parece que esto requiere de una matización, y es que ni la actividad militar ni la de los parlamentarios pueden tratarse, precisando conceptualmente, de “revolucionarias, sino como meros gestos subversivos hacia una rectificación o reforma, no una transformación radical brusca”²³². En cuanto a la “revolución proletaria” si bien lo era, aunque de carácter político, desde el punto de vista de las intenciones, no tanto desde el punto de vista de la situación o las posibilidades.

Las Juntas de Defensa habían surgido, a mediados de 1916 en Barcelona y otras guarniciones catalanas, como un medio de defensa y presión corporativa de un sector del Ejército, debido al descontento de parte de la oficialidad por el deterioro de su situación económica y social, y el favoritismo del alto mando, el rey y el Gobierno hacia los militares de la campaña marroquí. Comenzado 1917 las juntas se extendieron con éxito por el país a excepción de la capital. El 26 de mayo se pretendió disolver el movimiento y se arrestó en Montjuïc a la Junta Superior emplazada en Barcelona. La Junta Suplente respondió el primero de junio con un manifiesto interpretado como un ultimátum al poder civil si no se liberaba a los detenidos. El capitán general, José Marina dejó en libertad a los detenidos y el suceso fue considerado por como un desafío al sistema restauracionista, y por tanto apoyado por los asamblearios catalanes, los republicanos y las organizaciones obreras. Sin embargo, tras este conato rebelde, el Ejército actuará como leal servidor del orden frente a los trabajadores en huelga.

²²⁹ Forcadell, Carlos, “La recepción de la revolución rusa en España (1917-1921)”, en Carantoña, F. y Puente, G. (eds.)..., pp. 142

²³⁰ Juliá, Santos, “Preparados para cuando la ocasión se presente: los socialistas y la revolución”, en Juliá, Santos (coord.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 145-190. La cita en la pp. 150.

²³¹ Lacomba, Juan Antonio, *La crisis española de 1917*, Editorial Ciencia Nueva, Málaga, 1970. pp. 226

²³² González Calleja, Eduardo, *La razón de la fuerza...*, pp. 518.

La Asamblea de parlamentarios, radicada en Barcelona, estaba integrada por la “burguesía progresista” y catalanista, liderada por Francesc Cambó. El 5 de julio publicó su manifiesto en el que solicitaba la autonomía y la convocatoria de Cortes Constituyentes. Se pretendía, genéricamente, un impulso democratizador mediante una alianza con los republicanos y los socialistas, intentando reconducir la bravata militar y la alternativa revolucionario obrera por un talante político escasamente subversivo. El movimiento era realmente fruto del afán burgués, sobre todo catalán, por introducirse en el juego político y realizar una reforma sin trauma del régimen monárquico. La burguesía catalanista temía más un levantamiento popular que la involución dictatorial²³³.

Las verdaderas intenciones de revolucionar el sistema partían del movimiento obrero, mediante el desencadenamiento de la huelga general que debería traer un cambio de régimen. Pese a esto, en el movimiento obrero organizado se encontraron dos visiones dispares: por un lado la de la UGT-PSOE de revolución democrático-burguesa al estilo del Febrero ruso, y no la implantación de un sistema socialista pleno, siguiendo la actitud de marxismo menchevique que caracterizaba al partido, con una táctica, además, lo más pacífica posible. La formación de las Juntas de Defensa y el malestar en la clase política parecían indicar, en la visión socialista, que las condiciones ya estaban maduras para la revolución política²³⁴. La CNT, por el contrario, siguiendo su talante de “atentismo revolucionario” planteó una huelga plenamente revolucionaria, violenta y todo lo radical que fuese necesario²³⁵.

Sin embargo, existían precedentes de acción común entre la CNT y la UGT, que el 17 julio de 1916 celebraron el “pacto de Zaragoza”, donde decidieron convocar un paro general de 24 horas como protesta ante el precio de la subsistencia y la crisis de trabajo. Ante esto, Romanones suspendió las garantías constitucionales y detuvo a los firmantes del pacto, encarcelando a cientos de sindicalistas. A pesar de la represión, el 18 de diciembre UGT y CNT organizaron un primer paro general exitoso que quedó en el horizonte como pilar para la acción conjunta sindical²³⁶. El 5 de marzo de 1917, los delegados de la CNT y la UGT volvieron a reunirse, esta vez en Madrid, con la intención de organizar un movimiento huelguístico de mayor alcance que el de diciembre. El día 27 en la Casa del Pueblo, firmaron el *Manifiesto a los trabajadores y al país en general*, que fue redactado por Julián Besteiro²³⁷. Básicamente, el documento plantea, ante la incapacidad de los gobiernos ante la crisis, la necesidad de emplear la huelga general “sin plazo definido de terminación”, como arma para defender sus derechos. El texto viene firmado, entre otros, por Salvador Seguí por la CNT y Largo Caballero, Barrio, Anguiano, Besteiro,

²³³ *Ibid.* pp. 520-523.

²³⁴ En *El Socialista*, Pablo Iglesias, “¡Fuera el régimen!”, 2 de agosto de 1917. Se ve esta visión de necesidad de proceder a una “revolución nacional”: “Es de necesidad para los españoles, que el régimen político imperante desaparezca y que se anule a los partidos que con él han desgobernado a la nación. Su existencia es dañosa para todos los grupos sociales, y todo lo que viva, todo lo que dura sólo servirá para empeorar la mala situación que ha creado. [...] Cuando los malos efectos del régimen político han llegado a lesionar los intereses de todos los ciudadanos, y a lesionarlos en el grado que los ha lesionado aquí, obligación es de ellos revolverse contra dicho régimen y poner fin a su existencia. [...] ¡Abajo el régimen monárquico! ¡Paso al régimen republicano, que a la vez que permita a la burguesía alcanzar su pleno desarrollo, dará facilidades al proletariado para constituirse en poderosa fuerza, influir notablemente en los asuntos nacionales y acelerar el feliz momento de poner remate a los antagonismos sociales.

²³⁵ Lacomba, Juan Antonio, *La crisis española...*, pp. 256.

²³⁶ Juliá, Santos, “Preparados para cuando la ocasión se presente...”, pp. 150.

²³⁷ Véase en Lacomba, Juan Antonio, *La crisis española...*, Apéndice II, “Manifiesto de la UGT y la CNT de 27 de marzo de 1917”, pp. 406-408. Fue publicado en *El Socialista*, 28 de marzo de 1917.

Saborit, Torralba Beci y Virginia González por la UGT. Fue declarado sedicioso por el Gobierno Romanones, sus firmantes detenidos y suspendidas las garantías constitucionales.

A pesar de esto, también comenzaron los contactos del socialismo con el republicanismo, lo que acaeció el día 1 de junio, cuando surgió el manifiesto de las Juntas de Defensa. Los dirigentes del PSOE y la UGT decidieron un acercamiento a las propuestas antimonárquicas. Una comisión del partido y el sindicato llegaron a un acuerdo con el Partido Reformista de Melquíades Álvarez y el republicanismo de Lerroux, que consistía en la colaboración con la Asamblea de Parlamentarios y la instauración de un Gobierno Provisional mediante el apoyo de un sector del ejército y la huelga general, presidido por Álvarez que convocara unas Cortes Constituyentes. El 16 de junio se nombró un Comité revolucionario formado por Álvarez, Lerroux, Largo Caballero y Pablo Iglesias, al que reemplazará Besteiro por su delicada salud.²³⁸ En Estas condiciones, el pacto UGT-CNT, que había provocado buenos resultados en diciembre, quedó virtualmente roto. Desde abril, la CNT estaba urgiendo a la declaración de la huelga, lo que forzó a Francisco Largo Caballero a tener una poco fructífera reunión con los delegados anarcosindicalistas en Les Planes (Barcelona). Desde julio, la CNT comenzó a realizar un programa revolucionario propio²³⁹. La CNT quería ir a la acción con celeridad: cuando Pablo Iglesias llegó a Barcelona para participar en la Asamblea de Parlamentarios, fue visitado por Seguí, Pestaña, Miranda y Valero, en comisión de la sindical, para que la UGT acelerara los preparativos huelguísticos.

Los acontecimientos acabaron forzando el estallido de la huelga general. Debido a la incomprensión de algunos grupos sobre las precauciones socialistas, del 18 al 23 de julio se declaró en Valencia una huelga ferroviaria, frente a la intransigencia de la dirección de la Compañía de Caminos de Hierro del Norte de España. Parece que en el desencadenamiento de la huelga influyeron las provocaciones del secretario de la Federación de Ferroviarios, Ramón Cordoncillo, y el republicano Félix Azzati, alentadas sospechosamente por el gobierno. Las intenciones que podía tener el Gabinete de Dato para forzar el estallido huelguístico eran, al menos, tres: abortar el movimiento que se sabía no suficientemente preparado; sofocar una situación de violencia como pretexto para mantenerse en el poder; romper el frente asambleístico, es decir escindir el bloque político formado por la burguesía y fuerzas de izquierda, para que los primeros se inhibieran y las segundas se decantaran por la revolución²⁴⁰.

El día 20 se declaró el Estado de guerra que duró hasta el 26. La tranquilidad volvió, si bien quedó sin resolver el problema ferroviario: de Valencia se trasladó el conflicto a Madrid, de ahí a todos los ferroviarios de la Compañía del Norte, desembocando en la huelga general de agosto. La huelga ferroviaria no fue la causa de los sucesos de agosto, que se venían gestando tiempo atrás, sin embargo, siguiendo a Lacomba, sí determinó un comienzo inoportuno para la huelga general. La Compañía del norte de Valencia, a modo de represalia por el estallido de la huelga realizó despidos de obreros. Al negarse la compañía a readmitir a los trabajadores, la Federación

²³⁸ Juliá, Santos, "Preparados para cuando la ocasión se presente...", pp. 154

²³⁹ González Calleja, Eduardo, *La razón de la fuerza...*, pp. 525.

Nacional de Ferroviarios acordó ir a la huelga general el 10 de agosto²⁴¹. Señala Largo Caballero²⁴² que esta realidad colocaba a la UGT en un brete, pues “si se abstenía, no podía evitar que se uniesen a la huelga ferroviaria los trabajadores de otros oficios en la creencia de que éste era el pretexto para la huelga revolucionaria” y “se podía interpretar como una deserción de la Unión General”, “especialmente de las Ejecutivas”. Además, si no se secundaba a los ferroviarios se “debilitaría el movimiento”, y si se perdía la huelga “caería toda la responsabilidad sobre la Unión”.

Ante esta situación, PSOE y UGT convocaron una huelga general política de carácter indefinido para el lunes 13, intentando controlar el desarrollo de los acontecimientos, para que el conflicto ferroviario no se convirtiera en un mosaico de huelgas descontroladas. Pablo Iglesias se opuso a esta decisión pues no deseaba que el paro nacional tuviera aún un carácter político y revolucionario, sino solamente de apoyo a la protesta ferroviaria. Se nombró un comité de huelga compuesto por Largo Caballero, Julián Besteiro, Daniel Anguiano y Andrés Saborit, a los que se agregó Virginia González, fundadora de la organización femenina socialista. Hay que señalar que las ejecutivas de la UGT y el PSOE no querían ir a la huelga en esta fecha, puesto que en su proyecto de revolución democrática, si bien los trabajadores conocían cual era la misión que le tocaba, no ocurría así con los burgueses, que eran considerados como aún no preparados para la acción, además de que no se tenía conocimiento sobre cuál iba a ser la actitud del Ejército. La contraseña para el movimiento del día 13 sería un artículo de Besteiro en *El Socialista* y en *El País* que comenzaría por la frase: “Cosas veredes”. Se publicó además un *Manifiesto revolucionario a los obreros y a la opinión pública de España* donde se afirma que:

Pedimos la constitución de un Gobierno provisional que asuma los poderes ejecutivos y moderador y prepare, previas las modificaciones imprescindibles en una legislación viciada, la celebración de elecciones sinceras, de unas Cortes Constituyentes que aborden, en plena libertad, los problemas fundamentales de la constitución política del país. Mientras no se haya conseguido ese objetivo, la organización obrera se halla absolutamente decidida a mantenerse en su actitud de huelga.

También se promulgaron unas *Instrucciones para la huelga*, que básicamente dan cuenta de dos cuestiones; el pacifismo de la misma y la pretensión de acercarse a los soldados:

Si el Gobierno tratase de ejercer coacciones contra los obreros, empleando para ello la fuerza pública y aún la fuerza del Ejército, los trabajadores no iniciarían actos de hostilidad, tratando de dar la sensación a la fuerza armada de que también está integrada por elementos trabajadores que sufren las consecuencias de la desastrosa conducta del régimen imperante. A tal efecto, las masas harán oír los gritos de ¡Vivan los soldados! ¡Viva el pueblo!

Solo debía usarse una violencia defensiva:

Solo en el caso de que la actitud de la fuerza armada fuese manifiestamente hostil al pueblo, deberán adoptarse las medidas de legítima defensa que aconsejen las circunstancias. Teniendo en cuenta que

²⁴¹ Lacomba, Juan Antonio, *La crisis española...*, pp. 228-234.. La cita en la pp. 231. Sobre la responsabilidad del Gobierno en el desencadenamiento de la huelga, dice Lacomba, pp. 238: “La actuación del Gobierno en la huelga ferroviaria fue altamente sospechosa; a través de la documentación de la prensa, y la aportada por la literatura de la época, se ve, si no su incitación a la Compañía a negarse al diálogo, si su inhibición total, que permitió se le cerraran todas las soluciones a los ferroviarios y los arrastró a la huelga. Aun sin entrar en el hecho de si instigó o no a la Compañía, su actitud le hace responsable del desencadenamiento de la huelga, y evidencia su deseo de que estalle inmediatamente.

²⁴² Largo Caballero, Francisco, *Mis recuerdos: cartas a un amigo* (Prólogo y notas de Enrique de Francisco), Ediciones Unidas, México, 1976, pp. 51-52.

deben evitarse actos inútiles de violencia que no encajan con los propósitos ni se armonizan con la elevación ideal de las masas proletarias²⁴³.

El comité de huelga se puso en contacto con los otros grupos necesarios para el cambio progresivo, con representantes como Lerroux y Álvarez. Sin embargo, los republicanos no habían quedado comprometidos de forma pública, por lo que acabaron desentendiéndose²⁴⁴. La CNT secundó la huelga pero actuando a su manera y formó un comité revolucionario propio integrado por Pestaña, Seguí, Vidiella, Miranda, Herreros, Aragón, Viadiu y otros. Mientras que la UGT pretendía una huelga política pacífica, la CNT iba más encaminada hacia una conquista violenta del poder. Los objetivos eran bastante confusos y dependían en gran medida de cómo actuara el ejército.

El día 13, el paro se fue propagando por todo el país aunque de forma desigual, con éxito en Madrid, Cataluña, Bilbao, Galicia, Asturias, Valencia, Palencia, Zaragoza, Jaén, Valladolid, Vitoria, Salamanca, Alicante, las cuencas mineras de León (llegó a proclamarse la República en Cisterna), Huelva y Cartagena. En algunas zonas se transformó de huelga pacífica en algarada revolucionaria debido a la presión gubernamental. El Gobierno desplegó inmediatamente su dispositivo de represión: el mismo día se proclamó el Estado de guerra y el Ejército, la Guardia Civil, y contingentes de “policías honorarios (jóvenes conservadores y socios de clubs aristocráticos) ocuparon los puntos clave de las ciudades. En Cataluña, la huelga dirigida por la CNT, independiente de las directrices socialistas, adquirió un talante violento, con pequeñas bandas armadas de 15 a 20 hombres desplegadas por la ciudad. El paro fue prácticamente total en Sabadell, Tarrasa, Manresa, Mataró y Barcelona. El Comité socialista de huelga fue detenido en Madrid el día 14 y el paro duró hasta el día 18, aunque en Asturias, región de gran capacidad reivindicativa, se mantuvo hasta el día 29. El movimiento se saldó con unos 80 muertos, la mitad de los cuales fue en Barcelona. El balance general nos remite al fracaso del movimiento huelguístico en sus dos vertientes, que estaban aislados de los otros focos de contestación al régimen. Sin embargo, hay que reconocer que fue la primera huelga general revolucionaria de alcance nacional²⁴⁵.

Las causas del fracaso se deben a una serie de factores: en primer lugar, a la débil estructura de la trama revolucionaria, el anuncio de la huelga dio la oportunidad al gobierno de poner a punto el sistema represor, frente a la escasa preparación del paro y la confusión de sus objetivos. En segundo lugar, el proletariado estaba dividido estratégicamente, sin coordinación entre la CNT y la UGT. En tercer lugar, hubo una casi total desmovilización campesina que no secundó la sedición urbana. En cuarto lugar, la pequeña burguesía y los republicanos que pretendían transformar el sistema no apoyaron el movimiento de los trabajadores y actuaron de forma contrarrevolucionaria frente a una más temida profundización de la subversión. Finalmente, el Gobierno hizo uso de una eficaz estrategia de represión, dividiendo las tres contestaciones al sistema. Al implicar a todo el Ejército en la represión, rompió toda posibilidad de alianza con el proletariado²⁴⁶. No se dio una “situación revolucionaria plena”, a la manera que conceptualiza Charles Tilly, en Agosto de 1917, la capacidad de coerción del Estado siguió intacta.

²⁴³ Véanse, el *Manifiesto y las Instrucciones*, en Lacomba, Juan Antonio, *La crisis española...*, pp. 251-254.

²⁴⁴ *Ibid.* pp. 255.

²⁴⁵ González Calleja, Eduardo, *La razón de la fuerza...*, pp. 527-530.

²⁴⁶ *Ibid.* pp. 531-534.

Las principales consecuencias de la huelga de agosto, para el movimiento obrero, fueron la potenciación del antipoliticismo en la CNT, mientras que desde el PSOE-UGT, ante el descenso en la afiliación, acelerado en 1918, se reforzó la línea reformista. Además, la Conjunción Republicano-Socialista quedará rota en el Congreso Extraordinario del PSOE en diciembre de 1919, no recompuesta hasta octubre de 1930. El fracaso de agosto comportó que el socialismo español no intentara ninguna acción subversiva en otras circunstancias más favorables, como fueron los años 1918-1919. Para el PSOE comenzó una etapa de vuelta a la estrategia de aislamiento político y de acción desligada de la CNT. Su concepto de revolución volvía a ser, como señala Santos Juliá algo que se “desarrolla todos los días, el lento pero firme crecimiento de la organización, el trabajo callado y constante de sus secciones y las conquistas de mejoras parciales para el conjunto de la clase trabajadora”²⁴⁷. La radicalización encontrará su cauce natural en el “atentismo” de la CNT, para la cual, lo ocurrido en agosto, había sido consecuencia de la traición de los socialistas que habían estado más pendientes de la colaboración parlamentaria burguesa que de la lucha por la emancipación proletaria²⁴⁸.

II) El punto álgido del anarcosindicalismo español: sobre la huelga de “La Canadiense”. Organización sindical, terrorismo y represión

La oleada de agitación que afectó a los trabajadores tras la guerra fue especialmente intensa entre el obrerismo industrial catalán. Como en toda Europa, las masas fueron presa de un auge combativo que las llevó a la sindicación en una cuantía que no tenía precedente dando lugar a una gran fase de actividad huelguística. Esto no era debido únicamente al malestar económico: en general, los dos primeros años de la posguerra aún eran lo bastante favorables como para permitir el aumento importante de los obreros organizados y el conflicto industrial a gran escala. Hasta el colapso económico de finales de 1920 no se produjo el declive de la ofensiva de los trabajadores. Como señala Meaker, “los obreros catalanes habían despertado más por la esperanza que por la desesperación”. Las tensiones acumuladas en los años de la guerra dieron lugar a una psicología particular en la posguerra: la esperanza de que el final de la guerra traería grandiosas transformaciones pareció verse confirmada por la Revolución Bolchevique, primero, y, después, con las grandes expectativas de los sucesos alemanes o la conversión de Budapest en foco revolucionario a raíz del comunismo de Bela Kun.

Además de este ambiente social, otros factores, señalados por Meaker, se combinarán provocando la violencia en Barcelona. En primer lugar, la fuerza obrera de la región se había acrecentado por la emigración campesina provocada por la guerra, sobre todo desde Valencia, Murcia y Almería, que reforzó el anarcosindicalismo, siendo más susceptibles a la radicalización que otros grupos. En segundo lugar, la radicalización de la actitud de los trabajadores se debió a la intransigencia de la patronal, que viendo que se aproximaban tiempos de reducción de beneficios, perdieron la disposición de los años de la guerra. Esto ocurrió en un momento en que crecían las expectativas obreras catalanas y los socialistas se retiraban de la agitación revolucionaria, lo que dejó la iniciativa en manos de la CNT. El anarcosindicalismo se situaba, en esta etapa, más cerca del temperamento de las masas españolas, surgiendo la creencia de que quizá podían juntarse los movimientos urbano y rural.

²⁴⁷ Juliá, Santos, “Preparados para cuando la ocasión se presente...”, pp. 158.

²⁴⁸ Gil Andrés, Carlos, “La aurora proletaria”, en *Tierra y libertad...* pp. 100.

Sin embargo, la posibilidad del momento no iba en la dirección de provocar una revolución social igualitaria, sino en la creación de una organización potente, de extensa implantación, que hiciera sentir el peso de los trabajadores. Esta era la visión de los dirigentes sindicalistas como Salvador Seguí o Ángel Pestaña, que chocaron contra los anarquistas puros o los anarcosindicalistas extremos²⁴⁹. Pese a las posiciones teóricas de los líderes sindicalistas, como tras el final de la guerra, comienza un período de radicalización de la CNT debido a que los análisis revolucionarios anarcosindicalistas coincidían en cuanto a formulación con las propuestas bolcheviques generales como eran la necesidad de una nueva Internacional, la condena de la paz burguesa y la revolución mundial. Así, Forcadell señala:

La guerra civil en Rusia y la ayuda que los aliados prestan a los blancos contribuyen a sensibilizar el radicalizado proletariado en órbita de la CNT para la defensa a ultranza de la revolución rusa, y para la asimilación, desde sus propios presupuestos anarcosindicalistas, de la política de los soviets que sigue siendo confusamente conocida²⁵⁰.

En este sentido, paralelamente al reforzamiento del parlamentarismo reformista del PSOE, se dará un proceso de definición e implantación de la CNT, que tras agosto de 1917, confirmó la inutilidad de la vía política y la necesidad de organizarse para la “acción directa”. Del 28 de junio al 1 de julio de 1918 tuvo lugar el Congreso de Sants en el barrio barcelonés homónimo. Entre los delegados que figuran destacan Salvador Seguí, Ángel Pestaña, Salvador Quemades, Josep Viadiu, Manuel Buenacasa, por Barcelona; y Joan Peiró, por Badalona. La importancia del Congreso fue capital: allí se aprobó la conformación de los Sindicatos Únicos, de industria o de ramo que puso fin a la anterior y tradicional articulación en sociedades por oficios de carácter mucho más numeroso y disperso. Además, el Congreso supuso la afirmación de la táctica de la “acción directa”, esto es, “la confrontación directa sin intermediarios entre el capital y el trabajo”²⁵¹. Así la CNT quedaba configurada bajo los principios del sindicalismo revolucionario con el objeto de articular un movimiento masivo pensado para la acción frente al debate doctrinario. Ángel Pestaña fue elegido director de *Solidaridad Obrera* y se formó un Comité Nacional de la CNT integrado por Manuel Buenacasa, Eveli Boal, Vicente Gil y Andrés Miguel. Tras el Congreso, en octubre, se organizó una campaña de propaganda por toda España. El año 1919 será el momento culminante de la expansión de la CNT en esta coyuntura, a finales del mismo, la organización alcanzó el apogeo de su influencia en la posguerra, superando los 700.000 afiliados, de los que en torno a la mitad se emplazaban en Cataluña.

Para Gerald Meaker, en este período se dio una guerra soterrada entre las tendencias anarquistas-anarcosindicalistas y las sindicalistas por el control de los sindicatos y comités. Así, sitúa tres capas que nos pueden ayudar a comprender la realidad sociológica de la Confederación Regional catalana y su radicalización. En un primer nivel estaría un grupo pequeño relativamente de moderados, seguidores de hombres como Seguí, Pestaña, Quemades o Peiró. En el nivel intermedio tendríamos a un amplio cuerpo de militantes anarcosindicalistas extremistas. En la base, la gran masa de cenetistas que iban alternado entre la búsqueda de objetivos materiales y el mesianismo revolucionario: “la reforma y la rebelión, la apatía y la excitación, es decir, gentes

²⁴⁹ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España*, pp. 200-203. La cita en la pp. 200.

²⁵⁰ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 290.

²⁵¹ Termes, Josep, *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*, RBA, Barcelona, 2011, pp.293-297, la cita en la pp. 294. Véase *Solidaridad Obrera*, “Importantísimo Congreso Regional”, 28 de junio de 1918; 30 de junio de 1918; y 1 de julio de 1918.

que lo mismo podían ser llevadas hacia la revolución como hacia el sindicalismo moderado orientado hacia las pequeñas mejoras”. Dentro de la tendencia anarcosindicalista había también dos grupos: los militantes más antiguos con doctrina arraigada que no habían rebajado su orientación anarquista como los sindicalistas moderados, estos serían entre otros, Manuel Buenacasa, Eveli Boal, Eusebi Carbó o Galo Díez. La segunda tendencia estaría integrada por hombres nuevos que entraron en la CNT en el período de posguerra, como Durruti, Ascaso, Oliver o Casanellas. La pugna consistía en el cómo utilizar a las masas de obreros, pero como los anarcosindicalistas extremistas predominaron en los comités y sindicatos durante los períodos de represión, que cada vez se fueron haciendo más frecuentes, no pudo suprimirse la tendencia al terrorismo²⁵². Veamos los hechos.

La Canadiense era el nombre popular de la *Barcelona Traction, Light and Power Company*, una empresa fruto de la penetración de capital extranjero (anglo-canadiense) en la trama industrial española²⁵³. El conflicto se inició cuando, a finales de enero de 1919, la dirección de la empresa redujo los sueldos de los empleados, los años de prosperidad de la Primera Guerra Mundial habían terminado. Este hecho se produjo a la par del acceso de los trabajadores afectados a la CNT, lo que provocó su despido. Así, como señala Julián Casanova, “la huelga que siguió a ese despido, se iniciaba, por tanto, por disputas laborales, pero también, con el objetivo más amplio de lograr de los patronos el pleno reconocimiento de la organización sindicalista”²⁵⁴. Se empezó una huelga por solidaridad en un sector limitado que acabaría tornándose en general, afectando de lleno a Barcelona y a buena parte de Cataluña. La huelga se extendió al ramo de las eléctricas, y de ahí a la textil (donde las mujeres eran el 80% de la fuerza laboral), el gas y el agua²⁵⁵. La huelga de la industria eléctrica provocó que la ciudad se quedara a oscuras, y por tanto, el paro de los tranvías. Las bases de negociación de los sindicatos eran la apertura de los centros clausurados, la libertad para los dirigentes encarcelados y la inmunidad para el comité de huelga y las juntas de los sindicatos.

Sin embargo, las empresas dieron su ultimátum: los obreros que el 6 de marzo no se incorporaran al trabajo, serían despedidos. La CNT respondió a través del sindicato de artes gráficas declarando una “censura roja”, para impedir que los periódicos barceloneses publicaran cualquier información considerada como negativa para los trabajadores. Desde el Gobierno, Romanones se decretó el Estado de guerra y, a través del capitán general de Cataluña, Lorenzo Milans del Bosch, se militarizó a los trabajadores de la electricidad, el gas y el agua, pero sin resultado. La resistencia de los obreros militarizados fue muy fuerte y casi tres mil fueron encarcelados en Montjuïc.

Tras 44 días en los que la capital barcelonesa estuvo paralizada, el día 17 de marzo se llegó a un acuerdo por el que se ponía en libertad a los detenidos, excepto los que estaban pendientes de proceso, y se readmitía a los huelguistas despedidos. La Canadiense admitió un aumento de sueldo, la jornada de ocho horas y el pago de la mitad de los salarios que correspondían al

²⁵²Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España*, pp... 229-235. La cita en la pp. 234.

²⁵³Barrio, Ángeles, “La oportunidad perdida: 1919 mito y realidad del poder sindical”, *Ayer*, 63, 2006, pp. 153-184.

²⁵⁴Casanova, Julián, “La cara oscura del anarquismo”, en Juliá, Santos (coord.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 67-105. La cita en la pp. 85.

²⁵⁵Termes, Josep, *Historia del anarquismo en España...*, pp 298.

tiempo de huelga. Sin embargo, la victoria aún tenía que ser aprobada por los huelguistas. El 19 de marzo se celebró un mitin en la plaza de toros de Las Arenas al que asistieron 20.000 huelguistas²⁵⁶, donde se habló de la aceptación de los acuerdos y la vuelta al trabajo, aunque una minoría radicalizada pedía la liberación inmediata de todos los encarcelados en Montjuïc. Salvador Seguí, el *Noi del Sucre*, consiguió imponerse y pedir la vuelta al trabajo, dando el plazo de tres días a las autoridades para que soltaran a los presos encausados. Así concluyó exitosamente una huelga con apenas episodios de violencia.

Aunque el Gobierno Romanones concedió la jornada de ocho horas, Milans del Bosch se negó a liberar a los detenidos. Así, los grupos de acción anarquistas lanzaron de nuevo la huelga general el día 24 de marzo, lo que impidió disfrutar del éxito fruto de la organización y disciplina sindical²⁵⁷. Esto complicó las cosas ya que las tropas ocuparon los puntos estratégicos de Barcelona y se declaró el Estado de guerra. Desde el punto de vista de Josep Termes, lo que había ocurrido era que el anarquismo radical se había impuesto al sindicalismo moderado de Seguí y que la excusa, real pero relativa, “de los encarcelados servía a estos para exigir la continuidad de la política de confrontación”²⁵⁸. Quizá la euforia de los triunfos hacía pensar a los grupos más radicales que era la hora de la revolución. Para la patronal era la hora de la reacción.

Frente a la acción revolucionaria del sindicalismo reapareció el somatén que movilizó hasta 8.000 voluntarios de las clases acomodadas. Algunos patronos pagaron sus propios servicios de seguridad, destacando la banda del falso Barón de Koenig, un ex espía alemán, y el ex policía Bravo Portillo que se dedicaban a eliminar a los sindicalistas que estorbaban al empresariado. Sin importar quién disparase primero, la violencia anarquista que había sido contenida por el sindicalismo reapareció con fuerza entre los “grupos de acción”. La represión no se hizo esperar, se suspendieron todos los sindicatos, se procesó a sus juntas directivas y se incautaron sus fondos económicos para evitar el auxilio de los huelguistas. En abril se detuvo a Ángel Pestaña, director de *Solidaridad Obrera*. Así, la huelga se sofocó con la acción militar el 7 de abril. Sin embargo, debido a la presión de la patronal, el conde de Romanones dimitió del Gobierno.

La Federación Patronal de Barcelona, copada por el extremismo empresarial, estaba decidida a arrasar el potente movimiento sindical en auge, tal y como decidió en octubre de 1919 en su Segundo Congreso. Frente a los intentos de conciliación del Gobernador civil Julio Amado por los que el día 11 se creaba una Comisión Mixta de Trabajo en Barcelona, integrada por patronos y obreros, la Federación Patronal se lanzó al *lock-out* o cierre empresarial, que comenzó en noviembre de 1919 y duró hasta enero de 1920. Además, al sindicalismo cenetista comenzó a oponérsele el de los llamados Sindicatos Libres, de corte derechista y católico, fundados por el requéte Ramón Sales.

La CNT estaba en su momento de apogeo, lo que se vio en el Congreso del Teatro de la Comedia de Madrid de diciembre de 1919 y pudo aguantar este envite de la reacción. Sin embargo, el terrorismo de ambos lados comenzó a desbordar la situación: si la banda de Koenig había asesinado al presidente del Sindicato de Obreros Textiles de la CNT, Pablo Sabater “El Tero”, luego cayó Bravo Portillo a manos de los pistoleros anarquistas. Con las detenciones de

²⁵⁶ *Ibid.* pp. 300.

²⁵⁷ Casanova, Julián, “La cara oscura del anarquismo”..., pp. 85.

²⁵⁸ Termes, Josep, *Historia del anarquismo en España...*, pp. 301.

los sindicalistas moderados, los Sindicatos Únicos empezaron a ser dominados por los anarquistas puros, así en palabras de Julián Casanova “la represión bloqueó el camino de la negociación, quitó de en medio a sus principales orientadores y dejó a la organización en manos de los grupos de acción”²⁵⁹. La CNT era acosada, con cientos de detenidos, sin aliados políticos y con la mengua de sus recursos económicos, en ese contexto, se organizó un entramado de “grupos de acción” que obtenían su financiación mediante atracos, unas veces perpetrados por anarquistas otras por elementos de los bajos fondos que hicieron de esto su medio de vida²⁶⁰.

Ángel Pestaña habla así del terrorismo de los grupos de acción:

Todos sabemos que los atentados personales contra patronos fueron la tragedia que vivió Barcelona durante un largo período de tiempo. Todos sabemos también que públicamente se ha negado que la organización supiese nada de tales hechos. Esta es una verdad a medias. [...] Si efectivamente la organización no se reunió nunca para acordar los atentados, todo el mundo estaba convencido de que los autores de los atentados eran sostenidos y pagados por la organización y que las víctimas caían después de haber sido señaladas a los ejecutores por quien tenía interés en que cayeran. Hay casos aislados que no son así; pero desgraciadamente son los menos; los que más son los otros: los que se pagaban y en los que se mataba a tanto la pieza. Siempre en honor de la verdad diremos que la mayoría de los individuos que intervinieron en los atentados [...] volvieron al taller y siguieron su vida de asalariados, empuñando la herramienta de su profesión. Pero una minoría, no. Ésta le tomó horror al trabajo y desertó totalmente de su puesto de obrero laborioso²⁶¹

El oleaje terrorista aumentó en 1920 haciéndose imparable hasta el golpe de Estado de Primo de Rivera en 1923, año en que cayó tiroteado, en marzo, Salvador Seguí. Con la entrada del nuevo Gobierno civil, Francisco Maestre Laborde, el duro conde de Salvatierra, que ya había actuado contra los anarcosindicalistas en Sevilla, comenzó la segunda oleada de represión de enero a mayo de 1920. Sería asesinado en Valencia en Agosto de 1920. La última de las oleadas represivas, la perpetrada por el Gobernador Civil Severiano Martínez Anido, la más salvaje de todas, entre noviembre de 1920 y octubre de 1922 minó la capacidad de resistencia el movimiento cenetista: el Gobernador junto con el jefe de policía Miguel Arlegui, además de encarcelar a la plana mayor de la CNT, incluido Seguí- a raíz de lo cual fue asesinado por pistoleros de la reacción el abogado republicano Francesc Layret- pusieron en marcha la llamada “Ley de fugas”, por la que se podía asesinar impunemente con la excusa de que el preso intentaba escapar. Así acabó asesinado, entre otros, Eveli Boal. En conjunto, el más duro fue el año 1921, con 311 víctimas, en el que fue asesinado Eduardo Dato por los anarquistas Mateu, Nicolau y Casanellas²⁶². Ese año también marca el declive de la CNT, en Cataluña y en el sur agrario, dejando de ser, hacia la primavera, una fuerza revolucionaria, además de haberse perdido su oportunidad sindical.

²⁵⁹ Casanova, Julián, “La cara oscura del anarquismo”..., pp. 89.

²⁶⁰ Véase Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, “El nacimiento del terrorismo”, pp. 231-236: “Como los grupos de acción anarquistas siguieron aumentando con nuevos ingresos, el sistema terrorista pronto sufrió [...] una desnaturalización. Muchos de los recién ingresados resultaron proceder de los bajos fondos proletarios y no pasaban de ser rufianes con una fachada de ideología, que pronto prefirieron la vida emocionante y relativamente bien pagada del pistolero a la mal retribuida esclavitud del obrero fabril. Así los grupos de acción quedaron pronto compuestos por una mezcla de *exaltés* y de oportunistas, siendo estos últimos los que al tiempo desplazaron a los primeros. La supremacía de los medios sobre los fines quedó demostrada cuando el asesinato empezó a surgir como un fin en sí y [...] se convirtió en un “sistema” y hasta en una “industria”. pp. 233

²⁶¹ Pestaña, Ángel (1933), *Lo que aprendí en la vida*, Zero, Algorta, 1971, vol. 1, pp. 88 y 89.

²⁶² Casanova, Julián, “La cara oscura del anarquismo”..., pp. 88-89.

III) El miedo de los propietarios al bolchevismo: sobre el “Trienio Bolchevista” andaluz 1918-1920

La expresión “Trienio bolchevista”, que ha hecho fortuna en los libros de historia, fue acuñada por Juan Díaz del Moral, notario de Bujalance (Córdoba), para designar los tres años (1918-1919-1920) de conflictividad social que tuvieron lugar en España en general y en Andalucía en particular. La revolución bolchevique fue una sombra presente en este ciclo: no en vano, los bolcheviques, con el *Decreto sobre la tierra* del 8 de noviembre de 1917 habían nacionalizado los bienes rústicos de los terratenientes y la Iglesia y los habían distribuido por los comités locales de campesinos. Durante este período se movilizará de nuevo el proletariado agrícola español, recurriendo a la huelga general²⁶³. La provincia más estudiada es Córdoba, por ser el centro desde el que se extendieron las agitaciones hacia Oeste y Este, tendiendo a concentrarse en el entorno de los grandes núcleos de población. Los sucesos del Trienio son demasiado complejos como para hacer aquí un análisis al detalle, por eso vamos a centrarnos en las perspectivas de mayor interés para el presente trabajo.

Señala E. Malefakis²⁶⁴ que desde 1904 la lucha de clases del anarquismo rural había entrado en letargo, y que uno de los factores esenciales, además de la prosperidad notable de que se vio en la agricultura desde 1910 y los primeros años de la guerra, por la posición de España como proveedora de los beligerantes y una sucesión de cosechas abundantes, fue la “carencia de un nuevo mito social capaz de galvanizar los ánimos de los trabajadores”. Así, junto a la grave presión inflacionista y la crisis política, la revolución bolchevique sirvió de acicate de la movilización campesina al suministrar ese mito social del que se carecía. Ya hemos señalado, en el apartado que versa sobre ello, que Octubre fue en los “medios anarquistas”, recibido por la prensa del entorno de la CNT como una “aurora” o ejemplo a seguir. No en vano, *La Soli* había justificado su adscripción a la obra bolchevique desde el hecho económico del reparto de tierras: “La tierra para los que la trabajan [...] Esta sola decisión, es todo un poema de libertad, es la aurora de la emancipación económica, por la cual los campesinos rurales tanto suspiraban [...], y es una decisión que, por sí sola, hace simpática a la grandiosa revolución rusa”²⁶⁵.

Desde diciembre de 1917 los números de *Tierra y Libertad y Solidaridad Obrera*, y siguiendo a Díaz del Moral, órganos como *La Vida del Cantero* de Madrid o *La Voz del Campesino* de Jerez, llenan sus columnas “con noticias y fervientes loas de la gran revolución”²⁶⁶. En el inicio de las movilizaciones andaluzas fue esencial la propaganda anarquista y la prensa. Los propagandistas impulsaron el movimiento haciendo uso de los “argumentos que cada día les suministraban los acontecimientos de España y del Oriente y centroeuropeos”, teniendo en cuenta, además, que “el bolchevismo dominaba en Hungría y en Baviera, y el resplandor de la hoguera rusa despertaba a todos los obreros del mundo”. El elemento más importante de propaganda fueron los folletines y los periódicos, “los de *Tierra y Libertad* se vendían por millares”, señala Díaz del Moral. Interesante es, asimismo, la imagen que nos presenta el notario de Bujalance: “en el centro de la campiña el anhelo vehemente de aprender invadió a las masas

²⁶³ Maurice, Jacques, *A propósito del trienio bolchevique*, en Delgado, José Luis (ed.), *La crisis de la Restauración en España. Entre la Primera Guerra Mundial y la II República*, Siglo XXI, Madrid, 1986.

²⁶⁴ Malefakis, Edward, *Reforma agraria y revolución campesina...*, pp. 173-179. La cita en la pp. 175

²⁶⁵ *Solidaridad Obrera*, “La revolución rusa en marcha”, 11 de noviembre de 1917.

²⁶⁶ Díaz del Moral (1929), *Las agitaciones campesinas del período bolchevista (1918-1920)*, Biblioteca de la cultura andaluza, Granada, 1985, Citas, pp. 43 y 53.

como en 1903. La literatura anarco-sindicalista inundó toda la región cordobesa. Durante los descansos (cigarros) se observaba siempre el mismo espectáculo: un obrero leyendo y los demás escuchando con gran atención”. También el jurista Constancio Bernaldo de Quirós manifiesta que la ilusión de la revolución rusa impulsó el movimiento campesino: “la noticia de la revolución, de la liberación del campesino eslavo, hermano del campesino andaluz en el extremo oriente, determina el más profundo estremecimiento”²⁶⁷.

Así, el ciclo de protesta campesina comenzó con una gran campaña propagandística “donde se ensalzaba ampliamente la Revolución Rusa de Octubre”²⁶⁸. Sin embargo, la influencia de la revolución bolchevique en las agitaciones campesinas andaluzas tuvo la función de proporcionar un horizonte redentorista a una agitación sin consecuencias revolucionarias. Las movilizaciones no se centraron en ocupaciones de tierras o ataques a las casas señoriales, sino que su medio de acción fue la huelga, más o menos violenta y organizada por las centrales obreras, cuyas reivindicaciones eran más o menos sobre los salarios o las condiciones laborales. Por lo tanto, en ningún caso hubo un intento planificado de revolución campesina, y lo que ocurrió fue que con un discurso genérico revolucionario se agitó y esperanzó a ciertos sectores de la población, consiguiendo la movilización. Del período de agitación campesina andaluza pueden destacarse tres elementos: el regionalismo, los métodos de acción y el “gran miedo” que despertó en los sectores conservadores y la reacción.

(1) El Trienio Bolchevista se gestó como un desglose de conflictos locales dispersos, de larga duración, que estaban tenuemente politizados y su nivel de violencia fue variable. Las huelgas planificadas, las coacciones y las quemaduras de cosechas siempre fueron dirigidos a la consecución de objetivos concretos que generalmente se saldaron con compromisos puntuales con la patronal, los gobernadores o con el establecimiento de comisiones mixtas. Los casos donde los trabajadores consiguieron establecer una “dictadura del proletariado” fueron excepcionales²⁶⁹. La novedad, teniendo en cuenta la realidad de los levantamientos andaluces de épocas pasadas, era el intento de coordinación por un movimiento sindical²⁷⁰, cuestión que sólo se consiguió a escala regional. En este sentido, la tarea de organización que emprendió la Federación Nacional de Obreros Agricultores (FNOA) entre 1913 y 1917 dio sus frutos ya que supuso la consolidación del anarcosindicalismo en Andalucía, donde el anarquismo tenía raíces profundas. Sin embargo, no consiguió dar uniformidad total al movimiento campesino. Para tratar de sincronizar las protestas campesinas con las industriales, la FNOA decidió por mayoría disolverse e integrarse en la CNT en diciembre de 1918.

Pese a esto los disturbios agrícolas de las diferentes provincias no estuvieron coordinados²⁷¹. El modelo establecido por Díaz del Moral para Córdoba, con un papel dirigente de los anarcosindicalistas en la preparación y el desarrollo de las huelgas, no se correspondió con la organización general en Andalucía²⁷². Las huelgas simultáneas sólo tuvieron éxito en áreas

²⁶⁷ De Quirós, Bernaldo (1919), *El espartaquismo agrario andaluz*, Taurus, Madrid, 1967, pp. 78. Citado en Forcadell, Carlos, “La recepción de la revolución rusa en España (1917-1921)”, en Carantoña, F. y Puente, G. (eds.)..., pp. 154.

²⁶⁸ Cruz, Rafael, “Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España” en Cruz, Rafael y Pérez Ledesma, Manuel (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997, pp. 273-305. La cita en la pp. 286.

²⁶⁹ Maurice, Jacques, *A propósito del trienio bolchevique...*, pp. 341.

²⁷⁰ González Calleja, Eduardo, *El máuser y el sufragio...*, pp. 40.

²⁷¹ Malefakis, Edward, *Reforma agraria y revolución campesina...*, pp. 180-181.

²⁷² Maurice, Jacques, *A propósito del trienio bolchevique...*, pp. 341.

reducidas. Éste es el caso cordobés, donde hubo un grado de unidad excepcional y fue posible vencer el particularismo local por tres veces entre octubre de 1918 y mayo de 1919, tras el Congreso de Sociedades Obreras de Castro del Río: entre 26 y 34 de los 75 municipios declararon la huelga simultáneamente. En ningún momento se hizo intentos de coordinar la acción del campesinado cordobés con los movimientos industriales de las mismas fechas y la actividad rural de otras provincias. Así, aunque en la estabilidad política se tambaleó, no era difícil para el Gobierno, en última instancia, sofocar las rebeliones echando mano del Ejército²⁷³.

(2) El método de acción quedaba ligado a la estrategia reivindicativa del anarcosindicalismo que modificó la herencia estrictamente anarquista. La huelga general se utilizaba para obtener condiciones ventajosas de negociación con los patronos: se trataba de obtener contratos colectivos para todo el año agrícola, con un salario mínimo y la regulación de la jornada, eliminando los destajos. Así, las huelgas abiertamente revolucionarias (como las que sucedieron a finales de 1919 en Villanueva de Córdoba, Castro del Río, Baena, Nueva Carteya, Lopera y Porcuna) con una toma del poder local virtual era algo excepcional: “sólo el pánico de unos propietarios desacostumbrados a tener en cuenta las exigencias del proletariado agrícola pudo calificar de revolucionaria” la conducta general²⁷⁴. Y es que, como afirma Edward Malefakis, “el período de mayor desorden rural de la historia de España fue a la vez un período en que la violencia física constituyó algo relativamente excepcional²⁷⁵. Si bien debido al clima de tensión no se evitó del todo el derramamiento de sangre, se incendiaron fincas y se destruyó maquinaria agrícola, las invasiones masivas de fincas no fueron una cosa corriente, ni en los primeros meses de la etapa, cuando la autoridad vacilaba en el uso de la fuerza. Asimismo los incendios de conventos o de registros de la propiedad fueron escasos.

(3) Pese a lo dicho, entre noviembre de 1918 y marzo de 1919 los propietarios sintieron que en el verano podía estallar una situación verdaderamente revolucionaria. La agitación laboral se emplazaba en el contexto amplio revolucionario europeo, a la sombra de la revolución bolchevique. En el campo andaluz, la conflictividad tuvo su punto álgido en los paros generales de enero y marzo de 1919, que a su vez coincidieron con los dos grandes movimientos huelguísticos barceloneses, además, en algunos pueblos como Montilla y Aguilar se proclamó la “república bolchevique”²⁷⁶. El *grande peur* se extendió entre la burguesía agraria andaluza: los terratenientes huyeron a las ciudades para presionar a las autoridades para que realizaran la labor represiva. Las clases propietarias andaluzas, como el empresariado catalán, temían un “peligro rojo” que actuaba difusamente en el medio rural y el urbano. Señala Fernando del Rey²⁷⁷ que teniendo en cuenta la sencillez con que se desarticuló la ofensiva jornalera andaluza resulta evidente que el discurso patronal era exagerado. Puede asegurarse que en ningún momento existieron posibilidades reales de éxito para un movimiento revolucionario hipotético que se

²⁷³ Malefakis, Edward, *Reforma agraria y revolución campesina...*, pp. 181-184.

²⁷⁴ González Calleja, Eduardo, *El máuser y el sufragio...*, pp. 41. Cuando la acción iba encaminada a la toma del poder, se transmitía la orden de huelga por el centro obrero y la organización campesina establecía su dominio por unos días hasta que llegaba el Ejército y la Guardia Civil. Con frecuencia, estas acciones quedaban complicadas en tumultos, motines, ocupaciones de tierras o quema de cosechas. “De este modo, en el confuso modelo reivindicativo del “trienio bolchevique” se entrelazaban la peculiar versión rural de la “acción directa” sindicalista con actitudes de oposición y demostración popular tan familiares en las tradicionales rebeliones campesinas”.

²⁷⁵ Malefakis, Edward, *Reforma agraria y revolución campesina...*, pp. 182-183. La cita en la pp. 182.

²⁷⁶ González Calleja, Eduardo, *El máuser y el sufragio...*, pp. 42-46.

²⁷⁷ Del Rey Reguillo, Fernando, “El empresario, el sindicalista y el miedo”, en Cruz, Rafael y Pérez Ledesma, Manuel (eds.)..., pp. 235-273, pp. 246-248. La Cita en la pp. 246.

hubiera planteado. Sin embargo: “la eclosión asociativa de 1918-19 desbarató por completo el sistema de relaciones sociales basado en el más arcaico paternalismo patronal, la persistencia de mecanismos de sumisión cuasi precapitalistas y [...] la práctica inexistencia de redes organizativas sólidas” anteriores. Además de esto está la propia apelación al “discurso de la revolución”, con una serie de agitadores profesionales que se encargaron de propagar el mito de la revolución bolchevique, como el sindicalista ácrata Salvador Cordón que cambió su apellido por Kordhonieff.

Desde las instancias gubernativas se mandó al Ejército y la Guardia Civil, que se encargaron de clausurar los centros obreros, la detención y destierro de cabecillas y la censura de prensa. Así, la reacción de las clases conservadoras, a través de las medidas represivas, fue tardía y desproporcionada en relación al reto que planteaban los trabajadores. Además, la respuesta al rigor de la represión desde los campesinos fue el aumento de los sabotajes destacando los incendios de cosechas y otros atentados contra la propiedad en zonas bajo el control de la CNT. La represión afectó gravemente al movimiento obrero y acabó por desmoralizarlo en el primer trimestre de 1920, cuando comenzó un descenso de las huelgas y la organización sindical entre 1920-1923. La represión sistemática ejercida sobre la Federación Andaluza de la CNT generó un “retorno al orden” en 1921²⁷⁸.

En conclusión, si bien las masas parecieron encontrarse en un estado psicológico favorable para la subversión, al calor del “mito social” de la revolución bolchevique, poco podía imitarse de una revolución de la que no se conocían los detalles precisos. Así, “el discurso sindicalista prometía esperanza revolucionaria sin darle contenido radical”²⁷⁹, no hubo plan o estrategia alguna dirigida a la toma de la tierra o del poder político. Por lo tanto, la revolución rusa fue únicamente un horizonte de inspiración que lanzó a una oleada de huelgas y de reivindicaciones salariales, sólo coordinadas en Córdoba. Además, y esto es esencial, a diferencia de Rusia, en España el Ejército, los medios de coerción, estaban intactos y dispuestos a terminar con subversión, no dejando espacio para una “situación revolucionaria” plena. Así, como señala Rafael Cruz: “lo verdaderamente notable del movimiento reivindicativo andaluz fue que se prolongara por dos años y medio sin haberse desarrollado de modo estable ni uniforme”.

4.4) El final del oleaje: el surgimiento del comunismo español 1919-1921.

I) Exportando la revolución: El surgimiento de la Tercera Internacional

El bolchevismo, siguiendo los directrices de Lenin, pretendía llegar a la “revolución socialista”, sin pasar por la etapa de la “revolución burguesa” según dictaminaba la dialéctica de la doctrina marxista. Según el análisis leninista- *El Imperialismo, estadio supremo del capitalismo* de 1916- el capitalismo pasaba por una fase “imperialista” al agotar el progresismo liberal fruto de sus necesidades expansivas, lo que causaría su destrucción. El imperialismo había generado la guerra internacional donde la Rusia de los zares era muy vulnerable debido a su atraso: ni Lenin ni Trotsky discutían que en Rusia no había “condiciones objetivas” para la revolución, frente a esto, el internacionalismo debía de ser la solución, generando una revolución

²⁷⁸ González Calleja, Eduardo, *El máuser y el sufragio...*, pp. 46.

²⁷⁹ Cruz, Rafael, “Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España” en Cruz, Rafael y Pérez Ledesma, Manuel (eds.), pp. 268.

en Occidente en la que Rusia haría el papel de mecha; las carencias rusas tenderían a diluirse si Europa se convertía al comunismo, el aislamiento de una Rusia socialista desaparecería mediante la solidaridad internacional, para lo que el triunfo de la revolución en Alemania era una cuestión esencial. Esto no es sino una de las premisas de la llamada “revolución permanente”, enfocada a comprender Octubre como un detonante que impulsara la revolución proletaria al occidente industrializado, donde existirían “condiciones objetivas”²⁸⁰. Así, la revolución rusa sólo había sido una primera etapa para una revolución internacional.

La consecuencia de estas ideas se manifestó en la búsqueda de una Internacional completamente nueva, de carácter revolucionario, purgada de los denominados “social-traidores” que habían apoyado las causas nacionales burguesas durante la guerra. La nueva Internacional no debía unir a todos aquellos que se proclamaban internacionalistas, sino que siguiendo las premisas escisionistas de Lenin debía alzar a todos los revolucionarios contra los gobiernos de sus países, tanto como a los falsos socialistas, además de esto, la formula leninista contraponía la dictadura del proletariado a la democracia liberal burguesa. El 24 de enero de 1919 se convocó al “socialismo revolucionario” para establecer un Congreso en Moscú, celebrado en marzo, que fue precipitado y de representatividad escasa. El resultado fue la representación de la Internacional Comunista (como se denominó, luego será conocida según la abreviatura en ruso, “Komintern”), cuyo objetivo principal fuera la eliminación del capitalismo de forma universal; para ello habría que armar al proletariado y desarmar a la burguesía, procediendo a la “toma del poder” al modo bolchevique, para luego establecer la dictadura del proletariado, y formar el “Estado proletario” que Lenin había defendido como transición al socialismo en *El Estado y la Revolución*. La plataforma se fundó como un organismo de lucha destinado a dirigir el movimiento internacional en el que los miembros debían de “subordinar los intereses de cada país a los intereses generales de la Revolución Internacional como un todo”²⁸¹.

Antes de la formación de la Tercera Internacional, los líderes socialistas occidentales pensaron en la conveniencia de reunirse en un país neutral, para parlamentar sobre la actitud que debía tener el socialismo ante las negociaciones de paz y allanar el camino para una Internacional según sus planteamientos. En febrero de 1919 se reunió la Conferencia Internacional de Berna con el objetivo de restablecer la II Internacional. Sólo se invitó a un partido socialista de cada país y no había partidos comunistas representados o aliados (asistieron delegaciones de 26 países). Las cuestiones esenciales tratadas fueron la exención de responsabilidad a la Alemania que había salido de la revolución de noviembre, diferente del antiguo régimen; la opción política democrática frente a la dictadura del proletariado bolchevique; y la formulación de demandas de carácter socialista y sindical que debían ser presentadas a la conferencia de paz, fijadas en la Carta Internacional del Trabajo (comisión permanente de legislación laboral, nivel de vida mínimo garantizado para todos los trabajadores, derecho al trabajo y al subsidio etc.). La postura mayoritaria fue la “resolución Branting” (del sueco Hjalmar Branting, presidente del Congreso), que suponía una total adhesión del socialismo al sistema democrático y la denuncia de la dictadura (del proletariado), una condena, al fin y al

²⁸⁰ Eley, Geoff, *Historia de la izquierda europea, 1850-2000...*, pp. 153-155.

²⁸¹ Cole, G. D. H, *Historia del pensamiento socialista. Comunismo y socialdemocracia...*, pp. 261-272. La cita en la 272

cabo, del bolchevismo²⁸². Comenzaba así, lo que G.D.H Cole denominará la “batalla de las Internacionales”.

Además de las dos Internacionales irreconciliables, en febrero de 1921, en Viena, se reunió una Conferencia que representaba a grupos socialistas de 13 países, fundadora de la Unión Internacional de Partidos Socialistas, conocida coloquialmente como Internacional “Dos y Media” debido a su emplazamiento intermedio entre la Internacional de Berna-Ginebra, considerada como sucesora de la Segunda, y la Internacional Comunista. Sus planteamientos eran volver a reunificar las tendencias socialistas separadas, el parlamentarismo y el sovietismo. Para los integrantes de este grupo el error era la asimilación de un solo camino para llegar al socialismo, sin ahondar en las diferencias, tanto socioeconómicas como políticas, de los diferentes Estados. Esto significa que no abogaban ni por un exclusivismo parlamentario, absurdo en países donde los parlamentos ya estaban copados por la reacción, ni por un revolucionarismo que obligara a adoptar las tácticas bolcheviques en países donde no era posible “tomar el poder”. A esta Internacional de Viena, que terminaría fundiéndose en la II en 1923, se asimiló el PSOE tras la escisión que daría lugar al Partido Comunista. Señala brillantemente Cole que la Internacional Dos y Media

No logró atraer la imaginación de los izquierdistas por su incapacidad para recoger las fuertes emociones provocadas por la Revolución Bolchevique [...] así, la Internacional de Viena quedó aislada, hablando con buen sentido a una clase trabajadora que, en su mayoría, no quería escuchar el buen sentido, sino que se apelara a sus simpatías emocionales²⁸³.

Durante estos sucesos en Europa Occidental, los bolcheviques aprestaron su propio proyecto en pos de la política revolucionaria permanente y la dictadura del proletariado. A comienzos de 1919 no existía una situación real que permitiera el asentamiento del comunismo y la rivalidad con el grupo de Berna. Los seguidores de los planteamientos bolcheviques eran minoritarios, se agrupaban en unos partidos comunistas muy débiles, prácticamente sectarios, frente a los veteranos y burocráticos partidos socialistas-socialdemócratas. Además de la Rusia bolchevique, los únicos países con partidos comunistas de cierto nivel eran Polonia y quizá Alemania, aunque existían embriones en Hungría, Finlandia, Letonia y Lituania, y, a menor escala, en Austria. En los demás países occidentales la tendencia más izquierdista de los partidos socialistas todavía no había adquirido el epíteto específico de “comunista”. La mayoría eran grupos dispersos que comenzaban las tentativas de fundación de futuros partidos comunistas.

La Komintern difería plenamente de la II Internacional de preguerra. Mientras la Segunda se planteó como una federación elástica compuesta por partidos que aunque internacionalistas representaban a sus naciones y actuaban independientemente, la Tercera se concibió como una “autoridad centralizada” a la que los integrantes debían vincularse de forma rígida. Si el *quid* del éxito de los bolcheviques había sido el modelo de partido de Lenin, presentado en su folleto *¿Qué hacer?* de 1902, que aseguraba el control de las bases, la fuerza de la revolución mundial debía fundamentarse en este método. Pese a que las condiciones estructurales de Rusia eran tan distintas a las del occidente europeo por el que se pretendía extender la revolución, Octubre había triunfado y eso parecía suficiente argumento. Siendo así, el aparato de la Tercera

²⁸² *Ibid.* pp. 264-269.

²⁸³ *Ibid.* pp. 303-307. La cita en la pp. 307.

Internacional, puede decirse que pretendía funcionar como un modelo a mayor escala de lo que fue el Partido Bolchevique original, un organismo centralizado cuyas directrices no podían ser contestadas, pues aseguraban “científicamente” el éxito: hacía falta una “vanguardia internacional”. La acción de las masas era fundamental en la actuación de los Partidos Comunistas, concebidas como “material revolucionario”. Éstas no podían separarse de los liderazgos, que debían establecer una dirección disciplinada y fuerte²⁸⁴.

En el seno de la Internacional de Berna, que fue condenada, los comunistas distinguían tres grupos: primero, los “social-patriotas”, es decir, aquellos que habían participado en la “Unión Sagrada”, opuestos frontalmente al bolchevismo; en segundo lugar estaba el centro, integrado por los laboristas Independientes (como Karl Kautsky, Jean Longuet o el laborismo independiente), de estos podían recuperarse para el comunismo elementos sin actitud definida; en tercer lugar, los grupos minoritarios de carácter revolucionario, debían ser dirigidos hacia el comunismo mediante las tácticas escionistas leninistas. Así, el Congreso de Moscú fue seguido por una política de captación de los partidos socialistas que no habían participado en Berna, o que hubieran participado pero tuvieran elementos que no condenarían los planteamientos de la dictadura del proletariado- como los partidos socialistas francés, italiano, noruego, suizo, austríaco, español y el Partido Laborista Independiente inglés, y por el esfuerzo de establecer partido comunistas socialistas auténticos donde aún no los había²⁸⁵.

Los partidos comunistas, cuyo surgimiento se debía a una separación casi siempre minoritaria desde un partido socialista madre, se multiplicaron en torno a tres momentos, el verano-otoño de 1918, la primavera-verano de 1919 y el invierno de 1920-1921 -es esta última fase cuando se produce la unificación de los dos partidos comunistas españoles-. Así, tal y como lo había sido la II Internacional, la Tercera comenzó a constituir un marco institucional donde “se forjó y unificó un mundo identificable por sus dimensiones geográfica y características políticas, sociales y espirituales”²⁸⁶.

²⁸⁴ Carr, Edward, *La Revolución bolchevique (1917-1923)*, vol. 3., Alianza, Madrid, 1974. pp. 195.

²⁸⁵ Cole, G. D. H, *Historia del pensamiento socialista. Comunismo y socialdemocracia...*, pp. 288.

²⁸⁶ Kriegel, Annie, *Las Internacionales obreras (1864-1943)...*, pp. 124. . Ejemplos del proceso de escisión: En diciembre de 1920 el Partido Socialista Francés, en el Congreso de Tours, acabó por afiliarse a la Internacional Comunista, y se convirtió en el Partido Comunista Francés, Jean Longuet, el nieto de Marx, reconstituyó la Sección Francesa de la Internacional Obrera. En Alemania la escisión ya se había producido anteriormente fundándose el KPD a raíz de la Liga Espartaquista en enero de 1918. El USPD en octubre de 1920, en el Congreso de Halle, donde la votación fue a favor de integrarse en la IC, acabó dividiéndose, la facción mayoritaria se unió al Partido Comunista Alemán El caso del socialismo italiano también es paradigmático, y en cierto modo, parecido al español: el Partido Socialista italiano se había adherido al Komintern, pero era necesaria una renovación siguiendo los “21 puntos”: del 15 al 21 de enero de 1921 se reunió un Congreso del Partido en Livorno, que será abandonado por los delgados comunistas, que acabarán fundando el Partido Comunista de Italia, dirigido por Amadeo Bordiga.

País	Nombre del Partido	Año	Afiliados
Alemania	Partido Comunista de Alemania (KPD)	1918	106.656.
Austria	Partido Comunista de Austria (KPÖ)	1918	3.000
Bélgica	Partido Comunista de Bélgica (PCB)	1921	517
Bulgaria	Partido Comunista Búlgaro (BKP)	1919	
Checoslovaquia	Partido Comunista Checoslovaco (KSC)	1921	170.000
Dinamarca	Partido Comunista Danés (DKP)	1920	25.000
España	Partido Comunista Español (PCE)	1920	2.000
Finlandia	Partido Socialista Obrero (SSTP)	1920	2.500
Francia	Partido Comunista Francés (PCF)	1920	109.000
Gran Bretaña	Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB)	1920	3.000
Grecia	Partido Socialista Obrero de Grecia (SEKE)	1918	
Hungría	Partido Comunista Húngaro (KMP)	1918	
Irlanda	Partido Comunista de Irlanda (CPI)	1921	
Islandia	Partido Comunista de Islandés (KFI)	1930	
Italia	Partido Comunista de Italia (PCI)	1921	70.000
Luxemburgo	Partido Comunista de Luxemburgo (CPL)	1921	500
Noruega	Partido Comunista Noruego (NKP)	1923	16.000
Países Bajos	Partido Comunista de Holanda	1918	1.799
Polonia	Partido Comunista Obrero Polaco (KRPP)	1918	
Portugal	Partido Comunista Portugués (PCP)	1921	
Rumania	Partido Comunista Rumano (PCR)	1921	2.000
Suecia	Partido Comunista de Suecia (SKP)	1921	14.000
Suiza	Partido Comunista de Suiza (KPS)	1921	
Yugoslavia	Partido Comunista de Yugoslavia (KPJ)	1919	

Fig. 4. Los Partidos Comunistas. Fuente: Elaboración a través de Geoff, Eley, *Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Crítica, Barcelona, 2003, pp. 180. "La fundación de partidos comunistas". Nota: Los 2.000 afiliados al PCE y la fecha de fundación aluden a los "cien niños" de las Juventudes, y no al futuro PCOE, que tendrá unos 4.500 afiliados.

Entre el 9 de Julio y el 7 Agosto de 1920 tuvo lugar el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, ahora menos apresurado y con mayor representación que el anterior, acudieron delegados superando la centena en representación de 37 países, entre los que habían solicitado la adhesión. Pese a esto sólo rusos y algunas delegaciones de la Europa oriental tenían partidos comunistas sólidos, los demás eran fragmentarios, recién escindidos de un partido socialista o a

punto de hacerlo. Sin embargo, había optimismo para los rusos ya que habían obtenido victorias frente a la contrarrevolución y a la guerra con Polonia parecía serles favorable, aunque las revoluciones húngara y bávara habían sido rechazadas. En abril de 1920 había aparecido el folleto de Lenin *El Izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* destinado a frenar los maximalismos que la propia existencia de la revolución había provocado al crear un horizonte evocador. Para mayor control de la táctica revolucionaria, surgieron en el mismo congreso, los “Veintiún puntos” en los que debía basarse la formación de partidos comunistas y, por ende, la aceptación en la Komintern. Los comunistas habían decidido tratar como enemigos a todos los organismos- o cuanto menos a todos los dirigentes- que no se posicionaran de su parte sin reservas: las 21 condiciones²⁸⁷ al hacer supremos los criterios de Moscú implantaron en la Komintern los principios leninistas del *centralismo democrático*²⁸⁸. Esto supuso en la práctica la división y debilitamiento del movimiento obrero internacional, cuestión fundamental que, en vez de colocarle como vanguardia, le situaría a la defensiva en el momento de surgimiento de las dictaduras y el fascismo.

Finalmente, como conclusión a esta introducción sobre la Komintern, debemos hacer nuestra la siguiente afirmación de Eric Hobsbawm: “cada partido comunista fue el producto del matrimonio de dos consortes de difícil avenencia, una izquierda nacional y la Revolución de Octubre”²⁸⁹. Esto conllevó a que cuando el oleaje revolucionario europeo decayó, cuestión que hemos fechado en 1921 con la adopción del Frente Único y el nuevo acercamiento a la socialdemocracia, los partidos comunistas creados para protagonizar la revolución fueron condenados a contemplar como las sombra bolchevique se retiraba y finalizaban las perspectivas insurreccionales. Tuvieron que adaptarse al clima de las situaciones no revolucionarias, a una existencia de permanente subordinación en el sistema capitalista²⁹⁰.

II) El breve paso de la CNT por la Tercera Internacional

Mientras la crisis social catalana que barrió tres gobiernos burgueses (Romanones, Maura y Sánchez de la Toca) la CNT convocó un primer congreso nacional en Madrid en el Teatro de la

²⁸⁷ En Kriegel, Annie, *Las Internacionales obreras (1864-1943)...*, pp. 88-89, se resumen las 21 condiciones de adhesión: 1) La propaganda y la agitación cotidiana deben tener un carácter comunista, confrontándose por igual con la burguesía y el reformismo. 2) Depuración de los cargos de responsabilidad, los reformistas, aunque sean militantes experimentados, deben ser reemplazados por comunistas puros. 3) Combinación de acción legal e ilegal. 4) Propaganda de las ideas comunistas en el Ejército. 5) Propaganda y agitación en el campo por los obreros comunistas. 6) Denunciar a la vez el socialpatriotismo y el socialpacifismo (partidario del arbitraje internacional, de la reducción de armamentos, de la Liga de Naciones). 7) Ruptura completa y definitiva con los reformistas “acérrimos tales como Turati, Kautsky, Hilferding, Longuet, MacDonald, Modigliani y otros. 8) Apoyo “no en palabras sino hechos”, a todo movimiento de emancipación en las colonias. 9) Formación de núcleos comunistas subordinados al conjunto del partido en los sindicatos. 10) Combatir a la sindical “amarilla” de Amsterdam. 11) Depurar la fracción parlamentaria. 12) Establecer la organización de los PC sobre la base de una “centralización democrática” mediante un “disciplina férrea rayana en la disciplina militar”. 13) Depuraciones periódicas de elementos pequeño burgueses en los PC legales. 14) Apoyo incondicional a las Repúblicas soviéticas en su lucha contra la contrarrevolución. 15) Establecer un nuevo programa comunista adaptado a las condiciones especiales del país. 16) Reconocer el carácter obligatorio de las decisiones de la IC, “partido mundial único”. 17) Denominar los partidos “PC” en vez de “PS”. 18) Publicar en todos los órganos de prensa comunistas todos los documentos importantes que emanen del Comité Ejecutivo de la IC. 19) Convocar un Congreso dentro de los cuatro meses después del II Congreso de la IC para debatir las condiciones de admisión. 20) Elegir al nuevo Comité Central teniendo en cuenta que las dos terceras partes de sus miembros deben haber sido anteriormente comunistas. 21) Excluir del Partido a cuantos rechacen de las condiciones de adhesión.

²⁸⁸ Cole, G. D. H, *Historia del pensamiento socialista. Comunismo y socialdemocracia...*, pp. 302.

²⁸⁹ Hobsbawm, Eric, *Revolucionarios: ensayos contemporáneos*, Crítica, Barcelona, 2003. pp. 31.

²⁹⁰ Sassoon, Donald, *Cien años de socialismo*, Edhasa, Barcelona, 2001, pp. 57.

Comedia, entre del 10 al 18 de diciembre de 1919. El ambiente era de euforia dado el crecimiento extraordinario de la organización, además de los vientos revolucionarios del panorama. Así, en el Congreso estuvieron presentes 427 delegados en representación de los más de 700.000 afiliados. Por Cataluña destacan como delegados Salvador Seguí, Ángel Pestaña, Joan Peiró, Andreu Nin y Tomás Herreros; por el Levante (País Valenciano y Murcia) Hilari Arlandis; Salvador Cordón (Khordonieff) por Andalucía; por la Región Norte (Vizcaya, Santander, Asturias y Galicia) Eleuterio Quintanilla y Galo Díez; por Aragón, Ramón Acín.

El Congreso trató el tema de la acción conjunta entre la CNT y la UGT. A este respecto se reafirman los principios de la acción directa y el antipoliticismo. La resolución triunfante proponía la absorción de la UGT. La discusión candente fue sobre la Revolución Rusa y la Komintern: el clima era de simpatía por los hechos revolucionarios rusos, mas sólo una minoría encabezada por Hilari Arlandis y Andreu Nin (los sindicalistas comunistas) abogaba por una adhesión directa de la CNT. Eleuterio Quintanilla fue quien más se opuso a esto, recordando que la revolución era la obra de un partido y la dictadura del proletariado tenía carácter estatista. Al final tuvo éxito la proposición de Seguí por la que se propuso una adhesión provisional²⁹¹.

Sin embargo, conforme empezó a crecer la información sobre lo que ocurría en Rusia, en torno a 1921, comenzó a resultar claro que el lugar no era el paraíso anarquista. Surgieron campañas para revocar la adhesión y las diferencias de la visión de Ángel Pestaña, enviado como representante al II Congreso de la Komintern fundador de la Internacional Sindical Roja, o Profintern, con el sindicalismo soviético anunciaron la ruptura que se produjo formalmente en el Congreso de Zaragoza en junio de 1922²⁹². Que el breve flirteo de la CNT con el “comunismo autoritario” era contra natura lo muestran las palabras de Ángel Pestaña:

Mi discrepancia con el hecho ruso, con el Estado y la política bolcheviques, más que de su doctrina para apoderarse del Estado para realizar su transformación social, está en el uso que han hecho del Estado y de las instituciones que le sirven. Y está también en su teoría de la dictadura del proletariado. He dicho aquí que me repugnan las dictaduras, porque creo que todo movimiento de transformación ha de dirigirse a conquistar más libertad para los pueblos y no una tiranía mayor²⁹³.

III) De la grieta a la fractura del PSOE: La formación del Partido Comunista de España

Tras el armisticio del 11 de noviembre de 1918 y el fin de la guerra, los dirigentes socialistas españoles siguieron identificándose con los dirigentes aliados, con esas intenciones democratizadoras que lo caracterizaban. En estos momentos, el PSOE queda identificado con la política del presidente Wilson. Los *minoritarios*, que durante la guerra no aceptaron la aliadofilia rotunda y habían analizado favorablemente la revolución rusa, entraron en un proceso de marginación dentro del aparato del partido y buscarán su espacio de reafirmación en las páginas de *Nuestra Palabra*, aparecido en agosto de 1918.

Cuando las condiciones europeas y nacionales impulsaban a una radicalización de los trabajadores, el PSOE tras dejar la vía de la fuerza por el fracaso de agosto de 1917, continuó su

²⁹¹ Termes, Josep, *Historia del anarquismo en España...*, pp. 310-312.

²⁹² Elorza, Antonio y Bizcarrondo, Marta, *Queridos Camaradas...*, pp. 39.

²⁹³ Pestaña, Ángel (1933), *Lo que aprendí en la vida*, Zero, Algorta, 1971. Vol 2., pp. 50.

proceso de integración en la vida política nacional. Hay que destacar que como partido pequeño tendrá que esperar hasta 1918 para alcanzar la cifra de seis diputados: en las elecciones de febrero de 1918, además de Pablo Iglesias (por Madrid) e Indalecio Prieto (por Vizcaya), sacaron escaño los cuatro miembros del comité de huelga que estaban encarcelados, Besteiro (por Madrid), Largo Caballero (por Barcelona), Daniel Anguiano (por Valencia) y Andrés Saborit (por Oviedo) lo que supuso la reafirmación del movimiento de agosto.

Del 23 de noviembre al 2 de diciembre de 1918 tuvo lugar en la Casa del Pueblo de Madrid el XI Congreso del PSOE que reunió 159 Agrupaciones Socialistas y un total de 14.588 afiliados. En éste, los *minoritarios* opuestos al comité nacional están representados de forma débil, siendo dirigidos por Rafael Millá y José Verdes Montenegro por la Agrupación de Alicante; por Ramón Lamonedá, Manuel Núñez de Arenas y Andrés Ovejero por la Agrupación de Madrid; y por Virginia González por el Grupo Femenino Socialista²⁹⁴. En el Congreso se reafirma la voluntad de alcanzar la república, frente al descontento con la Conjunción de algunos sectores. La posibilidad de transitar de nuevo al lado de los republicanos será aprobada, aunque con una fórmula algo abierta: Se declara que “fuerzas de izquierdas” son “las que se colocan francamente enfrente del régimen político imperante en España. Dentro de la Monarquía podrá haber matices conservadores y liberales; pero ninguno de los elementos que la apoyan los consideramos como elementos de izquierda”, aquí se observa el peso que todavía tiene el “esquema interpretativo aliadófilo”, ahora potenciado por el wilsonismo, por el que se afirma que “seguimos creyendo que con este régimen no se podrán resolver los problemas que forzosamente habrá que resolver para incorporar nuestra nación al grupo de naciones que han de crear mancomunadamente el nuevo Derecho de los pueblos civilizados”. Así, las resoluciones aprobadas son: “a) Necesidad de que la clase trabajadora coopere con sus fuerzas a toda acción eficaz conducente a la implantación de la República en España”; “b) Que para la realización de actos concretos [...] los socialistas y los republicanos deben proceder enteramente de acuerdo y con recíproco conocimiento [...]”; “c) Que para conseguir esta unificación en la actuación común, los elementos republicanos deberán designar un número muy limitado de personas que puedan hallarse en comunicación constante con las que designe el Partido Socialista”²⁹⁵. Como señala Forcadell, el congreso no se hace eco de las fracturas fundamentales, como puedan ser el tema de la revolución rusa y las tácticas de impulso no reformistas. Los enfrentamientos importantes no salen a la luz y este esquivo resulta importante en el surgimiento de los tres Congresos Extraordinarios encadenados los tres años siguientes, 1919, 1920, 1921, que darán lugar a la escisión del socialismo español y el surgimiento del comunismo.

Si bien los *mayoritarios* se mantuvieron en el “esquema interpretativo aliadófilo”, prefiriendo a Wilson y sus *14 puntos*, frente a Lenin y sus futuros *21 puntos*, algunos socialistas que durante la conflagración habían sido aliadófilos, sintieron una desilusión hacia esta actitud en la posguerra, potenciada por la intervención aliada en Rusia y las duras condiciones del *Tratado de Versalles* y su artículo 231. Este será el caso de Eduardo Torralba Beci director de *El Socialista*

²⁹⁴ Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización...*, pp. 270-280. Véase “El XI Congreso del PSOE. Neutralización de la crisis interna”, pp. 271-277. Las cifras del décimo Congreso en la pp. 271

²⁹⁵ *El Socialista*, “XI Congreso nacional del Partido Socialista. Decimoquinta sesión”, 1 de diciembre de 1918. En el Congreso se aprobó un saludo a la Revolución Rusa “El Congreso saluda con entusiasmo a la Revolución rusa, viendo en ella el triunfo del espíritu revolucionario del proletariado, que ha de transformar el mundo, implantando el régimen socialista. El Congreso acuerda protestar contra toda intervención extraña en Rusia y atentatoria a la obra revolucionaria de su República social”. *El Socialista*, “XI Congreso nacional del Partido Socialista”, 2 de diciembre de 1918.

(1914-1915), aliadófilo y *mayoritario* durante la guerra que en la posguerra empezó a escorar hacia la izquierda para acabar abrazando el bolchevismo. Así, vemos un gran cambio discursivo en su artículo de noviembre de 1918:

La paz es, para nosotros, el principio de la guerra. [...] Ha triunfado el espíritu de los tiempos, que no es el espíritu de las burguesías. [...] nosotros sólo hemos podido admitir el punto de vista burgués mientras tuvimos que defenderlo contra un peligro terrible, contra la imposición de otro punto de vista más retrógrado, más injusto, más feroz. Ahora nade tenemos que ver con él. Hoy estamos más cerca de la Alemania, el Austria y la Rusia socialistas [...] que lo estuvimos nunca. [...] Por encima de todas las cosas, somos socialistas²⁹⁶.

El año 1919, supuso, como lo denomina Gerald Meaker, un “nuevo descubrimiento de la revolución rusa”²⁹⁷, que implicó que “la agitación y simpatía hacia los bolcheviques rusos fue general entre las fuerzas de la izquierda españolas tras del armisticio, sobre todo en el campo socialista”. Los *mayoritarios* aliadófilos wilsonianos, aunque comprometidos con la consecución de la etapa democrático-burguesa para España más que con la revolución social, comenzaron a mostrar simpatías hacia Octubre, cuestión que les acercó a los *minoritarios* haciendo, al menos en apariencia, “borrosa e incierta” la división del partido, lo que parece deberse a que el prisma de la guerra se alejaba. Para mostrar esto, nada mejor que un artículo del propio Besteiro de principios de año, en las que se muestra comprensivo con la dictadura del proletariado:

La palabra bolcheviquismo se ha convertido en emblema de todos los desmanes y horrores. El tiempo dirá seguramente que la Revolución rusa ha sido, no obstante, más humana que la guerra entre el zar y el emperador. [...] Asusta por antidemocrática la idea de la dictadura proletaria; pero no se tiene en cuenta que esta organización de lucha, y por tanto transitoria, es indispensable si no hemos de resignarnos a que perdure el actual régimen capitalista, que no ha de desaparecer voluntariamente²⁹⁸.

Siguiendo esta tónica, desde *El Socialista* se hacía una comparación entre las revoluciones francesa y rusa²⁹⁹:

Lo que afirmamos es que no son iguales los factores que intervienen en ambos hechos históricos, y que por plantear los bolcheviques la lucha en los términos de clase, que lo han hecho, tiene su gesto mucho más valor, y la batalla entablada, una trascendencia infinita [...] si los comunistas rusos no tuvieran en los demás países masas trabajadoras de una ideología equivalente, la derrota de Rusia roja sería algo matemático [...] ¿Va el resto de los socialistas y de los obreros del mundo a convertirse en simple espectador de la lucha [...]? [...] Allí lejos, en la Rusia nevada, lucha la esperanza, la posibilidad de un alzamiento general, frente a todas las fuerzas capitalistas que quieren apagar con sangre la chispa amenazadora [...] ¡Salve, Rusia revolucionaria!

Pero el 24 de enero de 1919 desde Moscú llegaba un radiograma anunciando “la fundación de una nueva internacional que reemplace a la Segunda” y en el caso español se conminaba a tomar parte en el Congreso fundacional a “los elementos de izquierda del Partido Socialista Español”. Comenzaba así el proceso de escisión que daría lugar al surgimiento del comunismo, con la obligación de posicionarse con respecto a la nueva Internacional³⁰⁰. Durante la primavera y el principio del verano de 1919 el conflicto no estalló gracias a que frente a las diferencias

²⁹⁶ *El Socialista*, “Socialistas ante la burguesía vencedora”, 20 de noviembre de 1918.

²⁹⁷ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, “Nuevo descubrimiento de la revolución rusa”, pp. 167-173. Las citas en la pp. 173. Señala el autor que “apareció en diversos lugares de España una erupción de periódicos “bolcheviques”: *El maximalista*, *El bolchevique*, *El Soviet* etc. pp. 168-169.

²⁹⁸ *El Socialista*, “Declaraciones de Julián Besteiro. El fantasma bolcheviquista”, 18 de enero de 1919.

²⁹⁹ *El Socialista*, “Salve Rusia”, 8 de noviembre de 1919.

³⁰⁰ Véase, “Invitation to the first congress of the Communist International” en, Degras, Jane, *The communist international 1919-1943. Documents*, Vol. 1, Londres, 1956, pp. 1-5.

ideológicas, las facciones del socialismo estuvieron de acuerdo en la necesidad de renovar la vieja internacional incorporando en ella a los bolcheviques³⁰¹. Sin embargo, las tendencias de izquierda comenzaron a crecer. El grupo *Nuestra Palabra* dirigido por Mariano García Cortés, que a principios de 1919 desplazó a Besteiro de la presidencia de la Agrupación Socialista Madrileña, comenzó a celebrar mítines probolcheviques, pretendiendo radicalizar al partido. Además surgió un nuevo núcleo de figuras que iban a integrar el *tercerismo* en torno a la Escuela Nueva, donde se ubicaban intelectuales de los que habían entrado al partido en torno a 1909, entre ellos estaban Manuel Núñez de Arenas, Andrés Ovejero y Eduardo Torralba. Otro de los dirigentes que abrazará el bolchevismo, no vinculado a ninguno de estos grupos, será Daniel Anguiano.

Sin embargo, el elemento socialista emplazado más a la izquierda, estaba integrado por las Juventudes Socialistas, con su periódico *Renovación*, formadas en su mayoría por obreros manuales especializados con escasos estudiantes o funcionarios. Desilusionados por el fracaso de la huelga de 1917, los jóvenes socialistas buscaban ideas regeneradores, por lo que no resulta extraño que el bolchevismo fuera paulatinamente desplazando al pablismo. En los primeros meses de 1919 las juventudes fueron radicalizándose adhiriéndose al grupo *Nuestra Palabra* y proclamando la necesidad de adhesión al Komintern. Destacados *terceristas* entre las juventudes eran Ramón Merino Gracia y Eduardo Ugarte que también formaban parte del Grupo de Estudiantes de Madrid³⁰².

La cuestión de la Tercera Internacional se decidiría en tres Congresos Extraordinarios sucesivos, el primero a finales de 1919 y los dos siguientes durante 1920. Torralba Beci había realizado una campaña en favor de realizar un plebiscito a nivel de Partido para decidir sobre la cuestión de la Internacional. Pablo Iglesias, siempre preocupado por la unidad de las fuerzas socialistas propuso que la decisión se tomara en un Congreso Extraordinario³⁰³. Así, del 10 al 15 de diciembre se reunió el 1er Congreso Extraordinario del PSOE con la tarea de decidir si el Partido renovarían su adhesión a la Internacional Socialista o, por el contrario, comenzaría una nueva vida en la Internacional Comunista. El resultado fue, además de la liquidación de la Conjunción Republicano-Socialista, la adopción de una táctica dilatoria o de compromiso presentada por Fabra Rivas y Pérez Solís (14.010 votos). Frente al ingreso incondicional que propugnaban los *terceristas* (12.497 votos), se aprobó lo siguiente

Primero. Que el Partido Socialista Obrero Español continúe adherido a la segunda Internacional. Segundo. Enviar una delegación al próximo Congreso Internacional de Ginebra con la misión de: a) pedir que se apliquen las debidas sanciones a los individuos y a los Secciones cuya conducta no se haya ajustado a lo que los principios socialistas demandan; b) y, que se adopten las medidas necesarias para lograr la fusión en un solo organismo de las secciones afiliadas actualmente a la segunda y a la tercera Internacional³⁰⁴.

A lo que se añadió la proposición de Acevedo de que si esto no fuera posible, se procediera a ingresar en la Tercera Internacional.

³⁰¹ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 275-276.

³⁰² *Ibid.* 283-289.

³⁰³ *El Socialista*, Pablo Iglesias, "Sobre una proposición", 31 de agosto de 1919.

³⁰⁴ *El Socialista*, Congreso Extraordinario del Partido Socialista, 11 de diciembre de 1919. El Congreso aparece en el diario de los días 10 al 17, las votaciones para el asunto de la Tercera Internacional se hicieron el día 13.

Desde Moscú se pretendía incitar a la formación de partidos comunistas, expandiendo las ideas de la Komintern para provocar el *split* leninista en los diferentes partidos socialistas. Desde la breve estancia forzada de Trotsky en 1916 ningún revolucionario ruso había puesto sus pies en España, pero en diciembre de 1919 llegaron tres agentes soviéticos. El primero de ellos era el ruso llamado Borodín (Mijaíl Gruzenberg) un bolchevique de primera hora que tenía el encargo de vender en el extranjero las joyas de los zares por valor de un millón de rublos, que acabó exiliado en EEUU y México contribuyendo a la formación del Partido Comunista mexicano (1919). El segundo hombre, con el que el ruso se encontró en los locales de *El Herald de México*, era un estadounidense (Charles Phillips) que había huido del servicio militar y en España se hará pasar por mexicano llamándose Jesús Ramírez, haciendo de intérprete. El tercer personaje un joven brahmán indio llamado Manabendra Nath Roy, que intervendrá menos que sus compañeros y adoptará el nombre de Robert Allen, será fundador del Partido Comunista de la India. Señala Luis Arranz que no se sabe a ciencia cierta el motivo para su estancia en España pero que fue aprovechada “para sentar las bases de una escisión comunista del socialismo español”³⁰⁵

Los agentes soviéticos llegaron en el momento de auge del entusiasmo hacia la revolución rusa en el movimiento obrero, aunque no prestaron atención a la CNT. Borodín y Ramírez se relacionaron con Mariano García Cortés y Ramón Merino Gracia de las Juventudes Socialistas. Conocidos los resultados del Primer Congreso Extraordinario del PSOE, los agentes comunistas se lanzaron a generar un cisma en el partido, utilizando los “elementos de izquierda” como cuña para forzar la fractura. Se trataba de impulsar una campaña de los *terceristas* para la adhesión a la Internacional Comunista³⁰⁶, y es en este contexto en el que surge el *Manifiesto a los socialistas españoles*³⁰⁷ firmado por el “bloque de izquierda”: Mariano García Cortés (presidente de la Agrupación Socialista de Madrid), Virginia González, Daniel Anguiano Ramón Lamóneda, Manuel Núñez de Arenas, César R. González y los jóvenes, José López y López, Ramón Merino Gracia.

¡CORRELIGIONARIOS! En el Congreso los delegados de 12.484 afiliados votaron por la incorporación inmediata a la Tercera Internacional, y los de 14.010 se pronunciaron por que se demorase el ingreso hasta después del Congreso de Ginebra, convocado a la sazón para el mes de febrero próximo. [...] el acuerdo recaído no refleja, en puridad de verdad, el pensamiento de la mayoría del Partido- que es francamente favorable a entrar desde luego, en la Internacional Comunista

los socialistas españoles corremos el grave riesgo de continuar por tiempo indefinido confundidos con los elementos reformistas y seudosocialistas de la llamada segunda Internacional. [...] Y esta confusión dará lugar a que las masas trabajadoras se alejaren “con fundamento” de las filas del Partido. Otro motivo es el que, por conducto fidedigno, sabemos, que el Congreso de la Tercera Internacional se reunirá probablemente en la primavera próxima- es decir, antes que el de Ginebra- y creemos indispensable que en esa Asamblea se halle representado el Partido. Cualesquiera que sean los elementos que asistan y los acuerdos que en ella se adopten, la realidad es que la *única* Internacional viable es la de Moscú

[...] la adhesión a la Tercera Internacional no se reduce simplemente a solicitar el ingreso en ella. Exige, además, hallarse plenamente identificados con los principios en que descansa: con los acuerdos

³⁰⁵ Arranz, Luis, “Los primeros pasos de la Internacional Comunista en España”, en Tusell, Javier, Avilés, Juan *et alii* (eds.), *La política exterior española en el siglo XX*, Uned, Madrid, 1997, pp. 39-51. Las citas en pp. 48 y 49.

³⁰⁶ Elorza, Antonio y Bizcarrondo, Marta, *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España*, Planeta, Barcelona, 1999, pp. 20-27.

³⁰⁷ *El Socialista*, “A los socialistas españoles”, 22 de enero de 1920.

de su Congreso, con el Manifiesto que ha dirigido al proletariado mundial dando cuenta de su constitución y con la tesis expuesta por Lenin sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado [...]

El “bloque de izquierda” aduce una serie de principios para adherirse al Komintern: entre los que destacan, la aceptación del revolucionarismo frente al reformismo, la implantación de la “dictadura del proletariado” y el rechazo de las instituciones burguesas.

Las Juventudes Socialistas fueron un campo más fértil para la consecución del *split* leninista. Además del descontento por los resultados del Primer Congreso Extraordinario, su Comité Nacional de éstas se hallaba plagado de *terceristas* ultraizquierdistas como Ramón Merino Gracia (secretario general), Eduardo Ugarte, Emeterio Chicharro, Tiburcio Pico, José Illescas, Rito Esteban y Luis Portela. Jesús Ramírez planteó la idea de transformar las Juventudes en el Partido Comunista español, además de fundar un periódico pro bolchevique. Así, el Comité nacional dominado por madrileños decidió, con el único voto en contra de López y López, la transformación en el Comité Ejecutivo provisional del Partido Comunista español. El acuerdo sería secreto por un mes, mientras se trabajaban las provincias³⁰⁸.

El día 15 de abril se publicó el manifiesto fundacional del Partido Comunista español en el periódico de las Juventudes, *Renovación*, a la vez que se celebraban reuniones de todas las secciones con el objeto de proclamar la fundación del PCE. En conjunto, este *Manifiesto al proletariado español*³⁰⁹ queda rebosante de las tesis bolcheviques de la traición de los socialistas beligerantes y frente al ideal democrático burgués:

El proletariado [...] por efecto de los cuatro años de guerra europea y principalmente ante el gran hecho histórico de la Revolución rusa, ha modificado profundamente su ideología y el concepto de sus procedimientos, táctica y fines en la lucha social. [...] La Segunda Internacional murió en los campos de batalla europeos, asesinada por el capitalismo y traicionada por los socialistas. [...] Pero inmediatamente, sobre el cadáver aún caliente de la fracasada Internacional, fundaron los comunistas rusos con los comunistas húngaros y con los espartaquistas la Internacional Comunista que devolvió al proletariado la esperanza y la fe, la energía y la confianza en los ideales comunistas. Los socialistas de todo el mundo se ven en la perspectiva de escoger entre una y otra Internacional. Entre una y otra no hay nada en común: un abismo les separa y las hace enemigas irreconciliables. La Tercera Internacional, convencida de que los viejos líderes arrastran a los Partidos Socialistas hacia el oportunismo, en contra de la finalidad revolucionaria de los mismos, recomienda la formación de Partidos Comunistas que adopten en la lucha procedimientos revolucionarios y que tengan como finalidad la dictadura obrera y el régimen de Soviets. Hay por lo tanto, dos tácticas de política obrera: la socialista democrática, de indirecta colaboración con la burguesía [...] y la táctica comunista de lucha intensa [...] Este socialismo comunista es el único verdaderamente obrero y revolucionario, pues en el viejo socialismo, que actúa como antes de la guerra, predomina la clase media y la pequeña burguesía, de ahí su carácter vacilante y tímido, su democratismo antirrevolucionario y su cobardía espiritual.

Se realiza, además, una dura crítica del PSOE, de su aliadofilia en la guerra y su “parlamentarismo”: “un partido socialista cuyo oportunismo lo empuja cada vez más hacia un parlamentarismo estéril y engañoso para el proletariado”, que sacrifica todo con tal conseguir diputados y concejales y se alía con los republicanos burgueses. Frente a esto, se afirma que “El

³⁰⁸ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 332-338.

³⁰⁹ Artola, Miguel, *Partidos y programas políticos, 1808-1936. II. Manifiestos y programas políticos*, Alianza Editorial, Madrid, 1991. Vol. 2, “Manifiesto de la Federación de Juventudes Socialistas. 15 de abril de 1920, pp. 282-286.

partido comunista español tiene como finalidad inmediata realizar entre el proletariado español la propaganda doctrinal y táctica del comunismo, la organización de los consejos de obreros y campesinos, la unión, dentro del credo comunista, de todas las fuerzas revolucionarias del proletariado español”.

Sin embargo, el nacimiento de este primer Partido Comunista español en ningún caso fue expresión de un entusiasmo revolucionario de los trabajadores ante Octubre, sino más bien el resultado de una conspiración dirigida por agentes soviéticos y el apoyo de un modesto número de jóvenes radicalizados: los llamados “cien niños”, que no superaban los 25 años. De los 7.000 miembros que integraban las Juventudes Socialistas en 1920, el primer PC español se componía de unos 2000 miembros, de los que 250 eran madrileños. El 1º de mayo de 1920 vio la luz su órgano de prensa, *El Comunista* dirigido por Juan Andrade, y Ramón Merino Gracia, su primer secretario general, se trasladó a Moscú para participar en el II Congreso de la Komintern (julio-agosto), en el que surgirían las 21 condiciones³¹⁰.

En el primer número de un periódico de mínimos aparecen las bases orientadoras de la acción que muestran los supuestos de la bolchevización y la radicalización revolucionaria del período³¹¹: Primero, “la lucha de clases sin ningún compromiso con los partidos burgueses o socialistas reformistas”. Segundo, “acción directa de las masas con el fin de apoderarse del poder”. Tercero, “dictadura del proletariado”. Cuarto, “sistema de consejos obreros (soviets) cómo órganos de democracia proletaria”. Quinto, “necesidad de no admitir a quien no esté completamente de acuerdo con las bases y las tesis en espíritu y letra.

Y es que, los jóvenes comunistas españoles, al sentirse la vanguardia del proletariado español quedaban aquejados de ese “izquierdismo”, la “enfermedad infantil del comunismo”. De un análisis somero de *El Comunista* podemos señalar dos características fundamentales que nos permiten refrendar la anterior afirmación. La primera es la puridad elitista que surge de la sensación de ser protagonistas de un gran acontecimiento histórico (como muestra el propio título de un artículo, “los escogidos”): el impulso de la revolución proletaria, de ahí que se abogue por la “calidad” y concienciación de los miembros del PCE más que por el número:

El hecho de nuestro poco número de nuestro poco número [...] no es sino la base de una agilidad revolucionaria de que no pueden ufanarse los grandes partidos tradicionales. [...] la época actual, de acción inmediata cerca de la masa revolucionaria obrera y campesina y la eficaz obra de desgaste en los resortes materiales del régimen capitalista, policía y militarismo, hacen que se transforme en desventaja lo que antes era esencial: la cantidad. [...] la juventud y la impaciencia de nuestros componentes darán una mayor garantía de eficacia al momento revolucionario por que atravesamos y para el que los muchos años gastados ya en la lucha y la calma de los elementos reflexivos son obstáculos insuperables en la lucha actual, crítica y decisiva³¹².

Además, una de las señas de identidad de este primer comunismo de los jóvenes será el antiparlamentarismo:

Toda concesión de clase obrera que haga la burguesía en el terreno legislativo queda anulada después por su poderío económico, amparado y sostenido por la fuerza material. Por tanto, el Partido Comunista Español rechaza todo programa mínimo y toda acción política que tenga por finalidad la

³¹⁰ Elorza, Antonio y Bizcarrondo, Marta, *Queridos Camaradas...*, pp. 27-28.

³¹¹ *El Comunista*, “Bases y tesis del Partido Comunista Español”, 1 de mayo de 1920.

³¹² *El Comunista*, “Los escogidos”, 3 de julio de 1920.

obtención de ilusorias mejoras, y declara que su única finalidad es la supresión del poder político de la burguesía y su sustitución por la dictadura del proletariado³¹³.

Desde las páginas del periódico se afirma que “la lucha parlamentaria no es de una gran eficacia” [...] “sobre todo si se trata de países como España en el cual la masa proletaria siente una gran aversión- justificada, por cierto- contra el parlamentarismo”³¹⁴. Y en esta cuestión se consideran los verdaderos usuarios de la teoría de la revolución al proclamar que “el democratismo burgués de los socialistas tropieza con la exacerbación individualista de los anarquistas. Ambos actúan equivocadamente. La UGT se halla entregada por completo a la burguesía; la CNT se desangra en luchas muchas veces estériles. Hay que aunar las fuerzas obreras verdaderamente revolucionarias para aplastar a la burguesía”³¹⁵. Luis Arranz señala que el propio Ramírez comprendía esta actitud: “Este antiparlamentarismo obedecía a que, en nuestro país, toda política revolucionaria tenía que ostentar este carácter, porque era imposible ‘convencer a las masas de que los parlamentarios todos no accedían al Parlamento únicamente por su propio beneficio’”³¹⁶.

Merino Gracia, en la condición de secretario general del PC, fue a Moscú con la intención de participar en el II Congreso de la Komintern, sin embargo, debido a dificultades en el viaje llegó poco después de clausuradas sus sesiones. Pudo, sin embargo entrevistarse con Zinoviev, Bujarin, Radek, Bela Kun y el propio Lenin. Su estancia en Moscú reafirmó al partido en los supuestos contrarios al “democratismo burgués”. Así reafirmando su propia identidad comunista, mientras a Fernando de los Ríos, enviado a Moscú por el PSOE, había marcado negativamente el famoso enunciado de Lenin “¡Libertad! ¿Para qué?” que pronunció cuando se entrevistaron, desde *El Comunista* se afirma que

Nosotros no nos hemos escandalizado. Y no, ciertamente, por espíritu de sectarismo ni por idolatría hacía el hombre que ha hecho la Revolución rusa, sino porque para nosotros es ya viejo, a pesar de nuestra juventud, lo de que el socialismo no es un problema de libertad. Problema de libertad pudo serlo la realización de las fórmulas democráticoburguesas de la Revolución francesa. Problema de la libertad puede serlo la encarnación, en la vida, del ideario anarquista, que es la última expresión del individualismo burgués. Para el Socialismo no. El Socialismo es, ante todo y sobre todo, un problema de bienestar humano. [...] Lo que no constituye un problema para el socialismo es la práctica de la libertad en el sentido burgués de la palabra. [...] El interés de la sociedad está por encima del interés individual³¹⁷.

Regresemos ahora al PSOE para tratar las dificultades que provocarán su segunda escisión que daría lugar al segundo de los partidos comunistas españoles. Tras el breve descenso provocado por el fracaso de la huelga de Agosto de 1917, el PSOE comenzaba de nuevo a crecer: si a principios de 1919 el número de afiliados era de 15.558, en la primavera de 1920 había subido a unos 53.000. Junto con este auge del partido, también habían crecido los sindicatos de la UGT, así que la actitud de un sector no desdeñable del socialismo a principios de 1920 era de optimismo revolucionario. En la teoría, el PSOE podía adherirse a una de las tres

³¹³ *El Comunista*, “Bases y tesis del Partido Comunista Español”, 1 de mayo de 1920.

³¹⁴ *El Comunista*, Emeterio Chicharro, “El Partido Comunista Español ¿debe usar el parlamentarismo como arma de combate?”, 10 de julio de 1920.

³¹⁵ *El Comunista*, “Al regresar Merino Gracia”, 26 de febrero de 1921.

³¹⁶ Arranz, Luis, “Los primeros pasos de la Internacional Comunista en España”..., pp. 59.

³¹⁷ *El Comunista*, “Informe que el compañero Merino Gracia, delegado al Ejecutivo de la Tercera Internacional en Moscú, presenta al Partido Comunista Español” y Rafael Millá, “Nosotros no”, 5 de marzo de 1921.

opciones, la Internacional Socialista, la Komintern, o la Reconstituida (la “dos y media”). Pero nos encontramos, en la primavera de 1920, en el momento de mayor intensidad del entusiasmo de los socialistas españoles por la Tercera Internacional. Dentro del comité nacional se encontraban cada vez más en minoría los contrarios al comunismo, por lo tanto, dirigentes como Besteiro, Largo Caballero o Saborit, aunque hubieran preferido seguir en la Internacional Socialista, o acceder a la Reconstructora, utilizaron una táctica demoradora por la que no se defendía abiertamente el ingreso en la de Berna, ni se condenaba la Komintern. Así, cuando se reunió el Segundo Congreso Extraordinario, del 19 al 25 de junio de 1920, la realidad no fue el choque entre los entusiastas y detractores del comunismo, sino sólo entre dos modos diferentes de adherirse a la nueva organización moscovita³¹⁸.

Dos proposiciones surgieron en el Congreso³¹⁹: La primera, la de los *terceristas*, propugnada por García Cortés y Anguiano, proponía:

Primero. Separarse de la Segunda Internacional. Segundo. Ingresar incondicionalmente en la Internacional Comunista. El ingreso en esta Internacional obliga a la siguiente actuación: a) Lucha de clases sin compromisos con partidos burgueses y socialistas nacionalistas b) Unión con todos los proletarios españoles que, aun perteneciendo a organismos que hasta ahora estuvieron distanciados del Partido Socialista, combatieron siempre sobre el terreno de la lucha de clases. c) Acción de masas para la conquista del Poder, en beneficio exclusivo de la clase trabajadora. d) Dictadura del proletariado para contrarrestar la acción contrarrevolucionaria de la clase burguesa y organizar el régimen comunista. e) Sistema de soviets como medio para instaurar la democracia proletaria.

La segunda, más moderada, propuesta por Isidoro Acevedo y Fernando de los Ríos, pretendía la adhesión a la Komintern pero lanzaba la advertencia de que al ser una “creación política genuina del Partido que singularmente dirige la República rusa”, estaba demasiado controlada por sus integrantes lo que podría ser un obstáculo “para la unificación de las fuerzas socialistas”. Se muestran antidogmáticos al afirmar “que la propia esperanza despertada en algunos pueblos por el triunfo ruso ha hecho creer en la existencia de una táctica mágica cuya aplicación proporcionaría, en plazo no lejano, el triunfo obrero”, temiendo que la adhesión incondicional produzca el efecto contrario: la “desesperanza máxima”. Así, proponen tres condiciones para la unión:

Primera. El PSOE recaba su autonomía para cuanto concierne a táctica de lucha, por estimar que ésta ha de ser condicionada por las situaciones de cada momento y la psicología de cada pueblo, [...] Segunda. El PSOE recaba el derecho a revisar en sus Congresos, así la doctrina definitiva de la Tercera Internacional como los acuerdos posteriores a esta. Y Tercera. El PSOE debe representar, por su esfuerzo perseverante en el seno de la Tercera Internacional, el propósito de unificar las fuerzas

³¹⁸ Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 347-351. La cita en la pp. 351.

³¹⁹ *El Socialista*, “Congreso extraordinario del Partido Socialista Español”, 22 de junio de 1920. El congreso había comenzado con una advertencia de Pablo Iglesias llamando a la unión: [...] no debe haber en cada país más que un Partido Socialista y en el mundo una sola Internacional. Así es como únicamente puede hacerse efectiva la magna frase de Marx y Engels: “¡Proletarios de todos los países, uníos!” Con dos o tres internacionales, dividido en o dos o más porciones el proletariado activo, si no se realiza una obra suicida, dificultase, al menos, en gran manera la labor que para mejorar y, sobre todo, para redimirse efectúa la clase explotada. [...] Impónese pues, como nunca, el acuerdo y la unión entre los que persiguen el fin de extinguir las clases sociales haciendo que el proletariado se adueñe del poder político [...] Y ese acuerdo y esa unión sólo pueden ser un hecho mediante la existencia de un solo Partido Socialista en cada país y una Internacional integrada por todos ellos. Creo, por tanto, en lo que se refiere a España, que los partidarios de la Segunda Internacional, los de la Tercera y los de los “reconstructores” deben acatar la resolución que sobre ese particular tome el Congreso abierto en el día de hoy, y no abandonar ni uno solo las filas del Partido Socialista. En *El Socialista*, “Congreso extraordinario del Partido Socialista Español”, 19 de junio de 1920. 19 junio 1920.

socialistas que aspiran a convivir bajo los mismos ideales, luchando, a fin de conseguirlo, por evitar injustificadas excomuniones y debilitar dogmatismos [...]

Tras el debate pudo llegarse a una fórmula de compromiso, fusionándose las dos fórmulas para lograr mantener la unidad del Partido. Se renunció a la expresión “ingresar incondicionalmente”, con la que comienza la propuesta de Cortés y Anguiano, por “inmediatamente” y se aceptaron las tres condiciones de Fernando de los Ríos. El resultado de la votación fue la victoria de esta fórmula por 8.268 votos contra 5.016 (y 1.615 abstenciones). Parece que los votos en contra eran en su mayoría de aquellos que querían un ingreso incondicional³²⁰. Así, el PSOE pretendió unirse a la Internacional Comunista para salvar la crisis ideológica del partido, aunque únicamente se había aplazado. Además, en el Congreso se decidió “nombrar sendos delegados para que cuanto antes vayan a Rusia a hacer definitivo el ingreso en la Tercera Internacional y a recoger las impresiones que provengan a nuestro Partido”. Estos fueron Anguiano y De los Ríos, un *tercerista* y un moderado.

Los *terceristas* estaban esperando a reunir el máximo de fuerzas, pero el proceso comenzó a invertirse. Para Luis Arranz³²¹ habría al menos cinco elementos que convertirían el Tercer Congreso Extraordinario del PSOE en un “escenario para la escisión de los terceristas”: la noticia de las 21 condiciones; la conquista de la Agrupación Madrileña; el peso del aparato de la UGT; la merma de la representatividad desde el XI Congreso; y la llegada de los informes de De los Ríos y Anguiano.

(1) Las *Veintiún Condiciones* aprobadas en el II Congreso de la Komintern con sus rígidos planteamientos hacían inviables las tres condiciones con las que el PSOE pretendía adherirse a Moscú. La Komintern empezó a convertirse en un organismo que pretendía implantar el *centralismo democrático* leninista a gran escala, que imponía reglas a sus miembros y generaban unas potenciales consecuencias para el Partido que dieron lugar al desencadenamiento de una ofensiva *anticerterista*. Las divisiones que las 21 condiciones generaron en el PSOE serían insalvables puesto obligaban a la expulsión del Partido a aquellos que no se sometieran. (2) La reacción contra Moscú surgió en el seno de la Agrupación Socialista de Madrid que fue conquistada por la plana mayor del *antitercerismo*: Iglesias, Besteiro, Largo Caballero, Prieto y Llaneza, que articularon su candidatura electoral sin *terceristas* para las elecciones de diciembre de 1920.

(3) La UGT había celebrado su XIV Congreso poco tiempo después del Segundo Congreso Extraordinario del PSOE, con unos resultados radicalmente distintos aunque se suponía que como el sindicato se sometía al Partido, también iría a Moscú. Sin embargo, en el sindicato los *terceristas* no fueron capaces de establecer una campaña provechosa y en el Congreso salió victoriosa la propuesta de permanecer en la Internacional Sindical de Ámsterdam, correspondiente a la Internacional Socialista (110.902 votos), frente a la adhesión a la Internacional Sindical Roja de Moscú (17.919 votos). Para Meaker³²² la causa principal para la derrota del *tercerismo* en la UGT hay que buscarla no tanto en la actitud de las masas ugetistas como en la estructura de poder dominada por líderes reformistas con Francisco Largo Caballero

³²⁰ *El Socialista*, “Congreso extraordinario del Partido Socialista Español”, 25 de junio de 1920.

³²¹ Arranz Notario, Luis, “La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: debate ideológico y político”, en Juliá, Santos (coord.), pp. 177-185. La cita en la pp. 185. Los datos sobre la representatividad en pp. 184.

³²² Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 360-361.

como secretario general desde 1918. (4) Luis Arranz establece una merma de la representatividad desde el XI Congreso Ordinario de noviembre de 1918. En este estarían representados 14.588 afiliados que suponían un 88,6%; en el Primer Extraordinario 42.113 con un 71,7% de la representación; El Segundo Extraordinario 52.412 con un 28,4 %; El Tercero Extraordinario, 54.412 con un 27,2%.

(5) Finalmente, llegaron los informes de Anguiano y De los Ríos con interpretaciones opuestas, siendo publicados el 19 de enero de 1921 en *El Socialista*³²³. Daniel Anguiano, antiguo empleado ferroviario, se mostró conforme con las condiciones de ingreso en la Internacional Comunista. Adoptó una postura de pureza revolucionaria frente al reformismo gradualista típico del partido: así el reformismo para Anguiano eran

Soluciones circunstanciales que, en fin de cuentas, no serán más que actuaciones de colaboración con la burguesía para facilitar la solución de sus problemas y fortalecimiento de esa clase. En menos palabras: fuerzas obreras organizadas a disposición de la clase capitalista, ilusionadas con la idea de conquistarle lentamente su poder, y prolongación de sufrimientos, para finalizar comprendiendo que el remedio sólo está en preparar la lucha para la conquista del poder.

Además, también tuvo como adecuada la “dictadura del proletariado”, como método de conservar la revolución social, considerando además, que el orden burgués también era una dictadura de una clase contra la otra:

Se considera que las masas enormes de proletarios que hemos dado en catalogar de manuales e intelectuales están sometidos a inhumana esclavitud y explotación, se concluirá asegurando en justicia y en verdad, que dentro del régimen burgués domina una clase que es minoritaria a otra que es mayoría productora. [...] Se verá que es dictadura y terror de clase capitalista, engañosa y burdamente disfrazada de democracia burguesa [...] Con apariencias de democracia, la burguesía no hace más que encubrir su dictadura y su terror [...] Sin la dictadura del proletariado no se conservaría la revolución de este, volverían los trabajadores a su esclavitud y serían víctimas de su implacable terror ¿Prueba? Hungría.

Lanza, sin embargo, una advertencia, basada en el predominio que en la “dictadura del proletariado” tiene el Partido Comunista, maximizada esta opinión por el propio diario madrileño: “Que la dictadura del proletariado menos cruel y conduce con mayor eficacia a la organización de la nueva vida humana, es cuando no la ejerza un partido en nombre y representación del proletariado, sino todas las fuerzas proletarias que organizadas actuaran con espíritu de clase”.

El dictamen de Fernando de los Ríos Urruti, profesor de teoría política en la universidad de Granada, prototipo de intelectual burgués, fue diametralmente opuesto al filobolchevismo de Anguiano. Para De los Ríos resulta insólito que el reconocimiento “de la revolución rusa como hecho histórico” tenga que suponer la aceptación sin reservas de la doctrina de sus realizadores. Además, esto debido a esto, las bases de adhesión condicionada acordadas son juzgadas inadmisibles por la Komintern:

Se las considera contradictorias con las veintiuna; más precisamente por esto, porque responden a una concepción esencialmente distinta de aquella que refleja la doctrina de Moscú, resultan a su vez inadmisibles las veintiuna condiciones para quienes reflexivamente prestaron su asentimiento en la resolución del último Congreso Socialista español [...] El Segundo Congreso de la Tercera

³²³ *El Socialista*, “El Problema de la Internacional. Anguiano se declara contra la dictadura de partido. Fernando de los ríos defiende la tesis de la reconstrucción”, 19 de enero de 1921.

Internacional ha significado la conversión de los partidos en sectas y de la doctrina socialista en dogma articulado

Un elemento sobre el que no está dispuesto a transigir De los Ríos es el “menosprecio de las ideas de libertad y democracia”: “Se dice que ambas [libertad y democracia] son restos de la ideología burguesa que creara la revolución francesa; más estas ideas no son ni burguesas ni proletarias, sino humanas; son ideas eternas, ideas matrices de nuestra civilización y de las que jamás podrá adjuar”. Así, Fernando de los Ríos advierte frente al peligro de encontrarse “frente a un despótico autocratismo que impedirá la formación de la individualidad”. Es conocida la conversación entre Lenin y De los Ríos: “-¿Y la libertad, compañero Lenin?; - La libertad... *¿pour quoi faire?*”³²⁴. Esto era, la libertad ¿Para qué?, ¿para qué clases?, ¿con qué garantías? El líder bolchevique tampoco se refería a que fuera una cosa inservible...

Frente a la aceptación matizada de Anguiano de la “dictadura del proletariado” siempre que no se convirtiera en dictadura de partido, Fernando de los Ríos afirma que: “La dictadura jamás puede ser un principio de gobierno, sino un hecho, tal vez esencial, pero siempre lamentable, dentro del fenómeno revolucionario, y hacerla eje esencial de una doctrina es fomentar un sentimiento morboso y desviar la conciencia obrera de los fines realmente ideales, constructivos”. Además, si su compañero había defendido la pureza revolucionaria frente al reformismo, para éste, la mejor revolución que puede concebirse es la

que practican en estos últimos tiempos los pueblos más capaces de Europa; se trata de una fuerte presión para alcanzar una serie de objetivos concretos que se renuevan de continuo y en que el desencadenamiento de la violencia es ocasional y solo surge cuando así lo exigen la favorable situación económica, de un lado, y de otro, la disposición moral de las masas.

Considerando un error táctico la llamada a la disgregación obrera que se hacía desde la Komintern, De los Ríos llamaba a la serenidad: “si estos días el Socialismo fuera hacia Rusia aceptando como buenas las tesis veintiún condiciones de Moscú, habría negado por razones sentimentales la significación preeminente que, en el orden jurídico político, ha tenido el socialismo”. También llama a adherirse a la Conferencia de Viena de la que surgirá la Internacional Dos y Media: “aquella a que se han adherido los Partidos que salen de la Segunda, pero no aceptan las condiciones de la Tercera”.

Del 9 al 13 de abril se reunió el tercero y último de los Congreso Extraordinarios del PSOE. Fue más que ningún otro el asunto de las *Veintiún Condiciones* y las exclusiones que suponían el que forzó su celebración. El hecho de que los líderes anti Komintern deberían ser expulsados de forma sumaria si se aprobaba la adhesión a Moscú levantó la oposición desde perspectivas de izquierda y de derecha. Los *terceristas* pretendían garantizar que la aceptación de las condiciones no significaría la expulsión sino tan sólo el desplazamiento de los liderazgos. Formalmente la cuestión se planteó con dos opciones: o bien aceptar las *Veintiún Condiciones* y adherirse al Komintern, o bien adherirse a la ya constituida Unión de Viena. La votación dio como resultado por 8.808 votos contra 6.025 la unión con los “reconstructores”³²⁵. Como señala Meaker, esto dejaba a los *terceristas* “con el peso de la decisión: si el partido se escindía, sería obra suya”.

³²⁴Tuñón de Lara, Manuel y Núñez de Arenas, Manuel, *Historia del movimiento obrero español*, Nova Terra, 1970, pp. 216.

³²⁵ *El Socialista*, Congreso extraordinario del Partido Socialista Obrero, 14 de abril de 1921.

La decisión de escindir el partido había sido ya tomado por los *terceristas* en caso de resultado adverso, así que el mismo día 13 de abril, reunidos en la Escuela Nueva proclamaron la fundación del Partido Comunista Obrero Español. Se creó un comité nacional compuesto por García Quejido, Núñez de Arenas, Anguiano, Perezagua y Virginia González y el periódico *La Guerra Social* dirigido por Torralba Beci. Junto con los *terceristas* abandonaron el partido personalidades como Luis Araquistain (antiguo *mayoritario* opuesto a la Conjunción) y José Verdes Montenegro (antiguo *minoritario*), que no acabaron adheridos al PCOE³²⁶.

Los meses siguientes consistieron para el PCOE en el distanciamiento del socialismo y los ataques constantes de los jóvenes del PCE, que eran menos numerosos. Mientras el PCOE pretendía un Congreso de fusión, el PCE pedía como requisito para ello la expulsión de 7 integrantes notables del PCOE (entre ellos, Perezagua, Acevedo y Pérez Solís, que había pasado de la derecha del PSOE a abrazar el comunismo), además el predominio en dos tercios en la dirección del partido y en el periódico común. Unas cláusulas de difícil aceptación. La celebración del III Congreso de la Komintern y el establecimiento de la consigna del Frente Único junto con la intención de constituir partidos comunistas de masas fue un punto clave en la unificación del comunismo español. Asistieron cinco delegados por cada partido comunista español y la Internacional Comunista se vio obligada a actuar de mediadora entre ambos a través de sus delegados. Esta cuestión se encargará al italiano Antonio Graziadei cuyo mandato era conseguir la fusión de los dos partidos. El agente del Komintern concertó una reunión con un representante de cada organización, Gonzalo Sanz por el PC español y Manuel Núñez de Arenas por el PCOE. Tras negociaciones y cesiones a los 2.000 integrantes de los jóvenes se les unían unos 4.500 miembros del PCOE y el 14 de noviembre de 1921 veía la luz el Partido Comunista de España, con su órgano periodístico, *La Antorcha*. Sin embargo, la aventura comunista en España estará desde aquí hasta vísperas de la Dictadura de Primo de Rivera marcada por la represión, la debilidad, los conflictos internos y, finalmente, la marginación de este primer comunismo español³²⁷.

Aunque Revolución bolchevique generó un horizonte de anhelo revolucionario, el balance que debemos hacer de su repercusión, como modelo, en cuanto a la estructura organizativa del movimiento obrero y sus tácticas políticas es la evidente contradicción entre ese entusiasmo de los trabajadores por la revolución entre 1919-1920 y el hecho de que en España no surgiera un movimiento comunista fuerte como en Francia, Italia o Alemania, sucumbiendo prácticamente en su nacimiento. Una de las explicaciones a esto puede encontrarse está en lo precipitado del surgimiento del PCE a través de las juventudes, cuestión que fue realizada casi como buscando una revolución mesiánica sin tener en cuenta la estructura política y sindical del PSOE y frente a los *terceristas* que pretendía una implantación gradual y firme en el Partido y la UGT; como señala Forcadell, “su radical ultraizquierdismo, producto de su desconexión con la realidad social y política, provocaba rechazos en mayor medida que propiciaba movimientos integradores”³²⁸. Aunque también hay que decir que en esta precipitación tuvieron parte de responsabilidad los agentes soviéticos por la precipitación de la fundación del Partido. Si hasta

³²⁶ Véase Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 466-478. La cita en la pp. 475.

³²⁷ Elorza, Antonio y Bizcarrondo, Marta, *Queridos Camaradas...*, pp. 33-34.

³²⁸ Forcadell, Carlos, “La recepción de la revolución rusa en España (1917-1921)”, en Carantoña, F. y Puente, G. (eds.), pp. 158-160. La cita en la pp. 158.

aquí hablamos de un apresuramiento, debemos decir también que, por el contrario, la fundación del PCOE resultó bien tardía, junto con la fusión definitiva que se ve influida por la represión que sigue al asesinato de Eduardo Dato y al desastre de Annual. Además, 1921 es el año de decaimiento del oleaje revolucionario en toda Europa, la capacidad del movimiento obrero va a hacer que se sitúe a la defensiva, cuestión de la que se da cuenta la Komintern al aplicar la estrategia del Frente Único.

Quizá la causa que mejor explique la radical continuación del predominio de las organizaciones preexistentes, el PSOE-UGT y la CNT sobre el PCE provenga del hecho de que España no participó en la guerra, evitando así las implicaciones de la izquierda en la Unión Sagrada. Por tanto, las organizaciones no perdieron la credibilidad anterior a la guerra generando un contexto no favorable al bolchevismo³²⁹.

5. Conclusiones

En el presente trabajo hemos pretendido mostrar una perspectiva de la izquierda obrera española, socialista y anarquista-anarcosindicalista en el período 1914-1921, a través de la prensa y la bibliografía. El PSOE de preguerra era un Partido pequeño, menor que muchos de los partidos socialistas europeos y adolecía de pobreza teórica, debida a su conocimiento del marxismo vía guesdismo, lo que se conjugaba con una práctica reformista y una retórica revolucionaria. Con la alianza con los republicanos de 1909, comenzó para el PSOE una etapa de rejuvenecimiento y aumento de la afiliación. A la par que se establecía en el horizonte la posibilidad de un cambio político democratizador republicano, contra la monarquía y el sistema turnista dinástico de la Restauración, el Partido comenzaba su integración en la vida política del país alcanzando Pablo Iglesias el primer escaño en 1910.

Al estallar la guerra en 1914 la aliadofilia actuó como proyección hacia el exterior del espíritu la Conjunción Republicano-Socialista clarificando las posiciones teóricas del Partido y viendo en la derrota de los Imperios Centrales y la victoria de Inglaterra y Francia como la oportunidad para España de democratizarse para participar del nuevo mundo que habría de surgir de la derrota del imperialismo y el militarismo austro-germano. Así, fue el único de los partidos neutrales que llegó tan lejos en su aliadofilia, frente a las iniciativas pacifistas del resto. Ya antes de la guerra habían ido surgiendo pequeñas disidencias a la “ortodoxia pablista” fundamentalmente por el tema de la Conjunción, el “caudillismo” de Iglesias y la táctica sindical, pero fue a raíz del posicionamiento en la contienda por lo que surgió la primera fractura seria en el partido. Heterogéneos y no organizados, marginados de las páginas del órgano del Partido, los socialistas *minoritarios* fundamentalmente ostentaban un pacifismo internacionalista que no hacía distinciones entre los bandos contendientes, cercano Zimmerwald en su variante pacifista. Hasta la revolución rusa no aparecería en la izquierda del PSOE una tendencia revolucionaria maximalista. *Mayoritarios* y *minoritarios* se encontraron en el X Congreso Socialista donde saldrían reafirmados los primeros junto con la condena de los Imperios centrales.

Conforme avanzó la guerra en los años 1916-1917 la aliadofilia de los *mayoritarios* continuó potenciándose, sobre todo a raíz del bloqueo alemán y el ataque a los barcos españoles, lo que

³²⁹ Véase Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España...*, pp. 611-618.

generó en esta facción del socialismo un actitud de beligerancia justo hasta los límites de la intervención, que a su vez fue reafirmada por la actitud que venían teniendo los sectores conservadores germanófilos. El PSOE *mayoritario*, debido a la pugna nacional interna que analizaba como de las fuerzas de la reacción contra las del progreso, llegó a sentirse en los mismos términos que los partidos de los países beligerantes, adquiriendo una conducta “social-patriota”, pero de defensa de una patria que todavía estaba por construir, y que solo sería posible con la victoria de los aliados, por lo que la paz sólo podía ser concebida en términos de derrota total de las potencias centrales.

La CNT vio la luz en 1910 como un conglomerado de tendencias sindicalistas, anarquistas y anarcosindicalistas cuyo punto en común era la voluntad emancipadora de las clases trabajadoras a través de los planteamientos antipolíticos. El hecho de que a principios de siglo se comenzara a constituir una organización sindical de corte anarcosindicalista constituye una peculiaridad española, mas su primer nacimiento fue breve, sumiéndose en la ilegalidad en 1911 debido a la represión. A través de la prensa se percibe un análisis diametralmente opuesto al socialista mayoritario por el que en primer lugar se realiza una condena de la guerra y del socialismo internacional que había abrazado la defensa nacional, pero también de aquellos anarquistas veteranos como Kropotkin o Malato que se habían declarado pro franceses. Además bajo las predicciones algo mesiánicas de que a la guerra debía sucederle la revolución, el anarquismo se acercó a los supuestos de la izquierda revolucionaria de Zimmerwald. Desde la condena de la contienda se organizará el Congreso Pacifista de El Ferrol de 1915, que, si bien fue un fracaso en cuanto a la intención de impulsar una estrategia para frenar la guerra y constituir una internacional antipolítica, tuvo al acierto, a propuesta de Ángel Pestaña, de reorganizar la CNT.

Así, fue la guerra la que clarificó y potenció lo que hemos llamado “prisma aliadófilo” para el caso del PSOE *mayoritario* y “prisma antipolítico” para el anarquismo, dos focos ideológicos desde los que se interpretarán los sucesos del período estudiado. Desde estas perspectivas, diametralmente opuestas fueron analizadas las dos revoluciones rusas. Para el Partido Socialista Español, Febrero fue un suceso esperanzador, ya que por su talante de revolución democrático-burguesa apoyada por el pueblo, Rusia quedaba ahora plenamente alineada con el espíritu de las potencias aliadas frente a lo que había sido el autocratismo zarista, es por esto por lo que Octubre fue recibido con amargura, como algo inoportuno que podía afectar negativamente a la necesaria victoria aliada. La interpretación de la primera revolución socialista de la historia quedó totalmente subordinada a la marcha de la guerra.

Por el contrario, desde la prensa cenetista se consideró que, precisamente por haber predominado el elemento político de la Duma frente a la espontaneidad de las masas del Soviet, la revolución de Febrero se había malogrado siendo copada por los elementos burgueses que instaurarían su particular tiranía de la ley y el capital. Mas era un pesimismo esperanzado puesto que se predecía, bajo los supuestos de ese mesianismo comprendido en el “prisma antipolítico”, que una nueva revolución llegaría, lo que provocó que Octubre se recibiera, genéricamente, como la revolución anarquista que habría de liberar al proletariado esclavo.

La Primera Guerra Mundial fue un cataclismo para los estados beligerantes, con unas consecuencias económicas a modo de crisis de subsistencias y la demostración de la imposibilidad de conjugar el factor trabajo con el factor capital. Así, progresivamente fue

rompiéndose la cohesión patriótica: en los distintos partidos socialistas defensistas surgieron tendencias contrarias a seguir manteniendo el esfuerzo bélico, que pretendían la vuelta al internacionalismo y la paz, de modo que la Unión Sagrada fue progresivamente fracturándose. A la par que esto ocurría, comenzaron a aumentar las huelgas y los motines militares en 1916 agravándose en 1917. Así, entre 1917 y 1921 se dio en Europa un oleaje revolucionario provocado por las consecuencias económicas de la guerra y por el efecto demostrativo de la revolución bolchevique y las políticas de la Tercera Internacional establecidas con el objeto de controlar y reorientar hacia el comunismo ese auge reivindicativo de las masas. El final de la coyuntura se produce por las progresivas reformas económicas, los cambios políticos que dan lugar al asentamiento del sistema liberal parlamentario auspiciado por los *14 puntos* de Wilson y por el surgimiento de la reacción en forma de dictaduras conservadoras y el fascismo.

El oleaje revolucionario también llegó a España incidiendo y acelerando el período conocido como “crisis de la Restauración” que termina con la liquidación del sistema liberal parlamentario en 1923 con la Dictadura de Primo de Rivera. Coincidiendo con Europa, en ese tracto cronológico se dio una violencia política de intensidad y generalización desconocidas. Tras la coyuntura favorable a la economía que había generado la posibilidad para los capitalistas de hacer suculentos negocios debido a las necesidades de los países beligerantes, comenzó un proceso inflacionario que afectó a los productos de primera necesidad, que tuvo que ser soportado por los trabajadores ante la inacción de los gobiernos. En estas condiciones se produjo un auge numérico de la afiliación obrera a los sindicatos, lo que se explica por el contencioso socioeconómico pero también por el efecto simbólico movilizador del oleaje europeo conjugado con el *pathos* bolchevique. El auge de las huelgas se produjo entre los años 1918 y 1920, alcanzando el pico en este último. Es en este punto en el que se produce la radicalización del anarcosindicalismo, cuestiones que hemos analizado en cuanto a los conflictos de Barcelona y el Trienio bolchevique andaluz. Parece claro que en estas movilizaciones está presente la evocación, y por tanto la influencia, de Octubre, sin embargo sería necesario profundizar más en este tema para conseguir establecer una perspectiva certera de la medida en que efectivamente la revolución rusa fue foco de movilización, en el fondo, “radicalismo” y “bolchevización” no son exactamente sinónimos, lo que podría ser tema de una futura tesis doctoral.

Si la CNT comenzó su período de radicalización desde 1917 hasta más o menos 1921 cuando comenzó a ser desmantelada por la ofensiva de la patronal y el gobierno, perdiendo así su oportunidad sindical, el PSOE continuará su proceso de integración política. La huelga general de agosto de 1917 fue un fracaso para el movimiento obrero, ya que provocó el abandono de aventuras revolucionarias para el PSOE, aunque se tratara de alcanzar una revolución política junto con los sectores progresistas burgueses y no una revolución social. El socialismo español volvió a ese paso sosegado que concebía la revolución como algo que habría que llegar y para lo que había que prepararse de forma ordenada, fortaleciendo la organización.

En el año 1919 va a producirse el comienzo reorganización del socialismo internacional que junto con el establecimiento de la Komintern dio lugar a la batalla de las internacionales en Europa y en España. La articulación del comunismo como movimiento europeo actuó de catalizador, pero las líneas de fractura no solucionadas en los sucesivos congresos aportaron el terreno abonado para que se produjera el *split* leninista en el PSOE. Así, podemos decir que las políticas bolcheviques fueron el mazazo a una cuña que hacía tiempo venía fracturando el

socialismo, desde que la guerra dividiera a Partido en *mayoritarios* y *minoritarios*, de los que luego se nutrirían los *terceristas* a través sobre todo del grupo *Nuestra Palabra*, cuna del comunismo español.

La debilidad del primer comunismo español puede explicarse, primero, atendiendo a que surgió en un contexto menos propicio que el más conflictivo de 1918-1919, y su fusión llegó en 1921, a la par que la represión provocada a raíz del asesinato de Dato y el desastre de Annual. Segundo, llegó para ofrecer al proletariado una perspectiva maximalista que ya estaba copada por un movimiento anarquista de masas preexistente y en pugna con el reformismo socialista. Y tercero, al no participar el país en la guerra, el PSOE, pese a su aliadofila, no sufrió los reveses y pérdida de credibilidad de otros partidos socialistas europeos, lo que permitió al “pablismo” recuperar el control del aparato del partido y que la escisión no se produjera con los números en su contra.

6) Bibliografía y prensa

El Socialista (FPI, hemeroteca digital, 1914-1921)

Solidaridad Obrera (Cedall, hemeroteca digital, 1914-1919)

Tierra y Libertad (Cedall, hemeroteca digital, 1914-1919)

El Comunista (AHPCE, Madrid, 1920-1921)

Andrés Gallego, José, *Los movimientos revolucionarios 1917-1921*. Universidad de Sevilla, Sevilla, 1979.

Artola, Miguel, *Partidos y programas políticos, 1808-1936. II. Manifiestos y programas políticos*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.

Arranz Notario, Luis, “La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: debate ideológico y político”, en Juliá, Santos (coord.), *El socialismo en España : desde la fundación del PSOE hasta 1975*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1986

Avilés Farré, Juan, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Biblioteca Nueva Uned, Madrid, 1999.

--- “El impacto de la revolución rusa en la organizaciones obreras españolas (1917-1923)”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V. Historia Contemporánea*, t. 13, 2000, pp. 17-31.

Bar, Antonio, *La CNT en los años rojos: del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo. 1910-1926*, Akal, Madrid, 1981.

Barrio, Ángeles, La oportunidad perdida: 1919 mito y realidad del poder sindical”, *Ayer*, 63, 2006.

Carantoña, Francisco y Puente, Gustavo (eds.), *La revolución rusa 70 años después. Actas del Segundo Coloquio de Historia Contemporánea*, Universidad de León, 11-13 noviembre 1987.

Carr, Edward, *La Revolución bolchevique (1917-1923)*, vol. 3., Alianza, Madrid, 1974.

Casanova, Julián, “La cara oscura del anarquismo”, en Juliá, Santos (coord.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 67-105.

--- (coord.), *Tierra y libertad. Cien años de anarquismo en España*, Crítica, Barcelona, 2010.

--- y Gil Andrés, Carlos, *Historia de España en el siglo XX*, Critica, Barcelona, 2010.

Casanova, Julián, “La cara oscura del anarquismo”, en Juliá, Santos (coord.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 67-105.

Cole, G.D.H, *Historia del pensamiento socialista. Comunismo y socialdemocracia 1914-1931*, vol.5., Fondo de cultura económica, México, 1974.

Cruz, Rafael y Pérez Ledesma, Manuel, *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997.

---, “Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España” en Cruz, Rafael y Pérez Ledesma, Manuel (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997, pp. 273-305.

Del Rey Reguillo, Fernando, “El empresario, el sindicalista y el miedo”, en Cruz, Rafael y Pérez Ledesma, Manuel (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997, pp. pp. 235-273,

Díaz del Moral, Juan (1929), *Las agitaciones campesinas del período bolchevista (1918-1920)*, Biblioteca de cultura andaluza, Granada, 1985

Droz, Jacques (coord.), *Historia general del socialismo: de 1918 a 1945*, vol. 3, Destino, Barcelona, 1982.

Eley, Geoff, *Historia de la izquierda europea, 1850-2000*, Crítica, Barcelona, 2003

Elorza, Antonio y Ralle, Michel, *La formación del PSOE*, Crítica, Barcelona, 1989

--- y Bizcarrondo, Marta, *Queridos Camaradas: La internacional comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona, 1999.

--- “Contexto histórico de la formación del PCE”, en VVAA., *Contribuciones a la historia del PCE*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 2004, pp. 11-47.

Forcadell, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español 1914-1918*, Crítica, Barcelona, 1978.

---, “La nueva prensa obrera en la escisión del socialismo”, en Castillo, Santiago y Carvajal Otero, Luis (Eds.), *Prensa Obrera en Madrid 1855-1936*, Revista Alfoz, Madrid, 1987pp.-251-273.

---, “La recepción de la revolución rusa en España (1917-1921)”, en Carantoña, F. y Puente, G. (eds.), *La Revolución Rusa. 70 años después. (Actas del segundo coloquio de Historia Contemporánea)*”, Universidad de León, León, 1988.

Gabriel, Pere, “El anarquismo en España”, en en Woodcock, *El anarquismo*, Ariel, Barcelona, 1999

---, “Propagandistas confederales entre el sindicato y el anarquismo. La construcción barcelonesa de la CNT en Cataluña, Aragón, País Valenciano y Baleares, *Ayer*, 45, 2002

González Calleja, Eduardo, *La razón de la fuera. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, CSIC, Madrid, 1998

---, *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1999.

Heywood, Paul, *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España, 1879-1936*, Universidad de Cantabria, 1993.

Hobsbawm, Eric, “La revolución” en Porter, Roy y Teich, Mikulas (eds.), *La revolución en la Historia*, Crítica, Barcelona, 1999, pp. 16-71.

---, *Revolucionarios: ensayos contemporáneos*, Crítica, Barcelona, 2003.

---, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2011.

Jane, *The communist international 1919-1943. Documents*, Vol. 1, Londres, 1956

Juliá, Santos, “Preparados para cuando la ocasión se presente”: Los socialistas y la revolución en Juliá, Santos (Dir.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000

Kriegel, Annie, *Las Internacionales obreras (1864-1943)*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1968.

---, “La segunda internacional (1888-1914)”, en Droz, Jacques (coord.), *Historia general del socialismo: de 1975 a 1918*, vol. 2, Destino, Barcelona, 1979.

Lacomba Avellán, Juan Antonio, *La crisis española de 1917*, Ciencia Nueva, Madrid 1970.

Largo Caballero, Francisco, *Mis recuerdos: cartas a un amigo* (Prólogo y notas de Enrique de Francisco), Ediciones Unidas, México, 1976.

Luebbert, Gregory M., *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 1997.

Martín Ramos, José Luis, “El Socialismo español”, en Sassoon, Donald, *Cien años de socialismo*, Edhasa, Barcelona, 2001, pp. 581-929.

Maurice, Jacques, *A propósito del trienio bolchevique*, en Delgado, José Luis (ed.), *La crisis de la Restauración en España. Entre la Primera Guerra Mundial y la II República*, Siglo XXI, Madrid, 1986.

Meaker, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)*, Ariel, Barcelona, 1978.

Malefakis, Edward, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1980.

Moral Sandoval, Enrique, “El Socialista 1913-1936”, en Castillo, Santiago y Carvajal Otero, Luis (Eds.), *Prensa Obrera en Madrid 1855-1936*, Revista Alfoz, Madrid, 1987, pp. 519-547.

Pérez Ledesma, Manuel, *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Alianza, Madrid, 1987.

---, “Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología” en *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, Nº 6-7, 1988-1989, pp. 7-15

Pestaña, Ángel (1933), *Lo que aprendí en la vida*, Zero, Algorta, 1971

Rebérioux, Madeleine “El socialismo y la Primera Guerra Mundial” en Droz, Jacques (coord.), *Historia general del socialismo: de 1975 a 1918*, vol. 2, Destino, Barcelona, 1979, pp. 557-586.

--- Reberieux Madelaine, “La crisis de la II Internacional y sus repercusiones en España”, en

VVAA., *Contribuciones a la historia del PCE*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 2004, pp. 47-63.

Sassoon, Donald, *Cien años de socialismo*, Edhasa, Barcelona, 2001.

Shubert, Adrian, *Historia social de España 1800-1990*, Nerea, Madrid, 1991

Skocpol, Theda, *Los Estados y las revoluciones sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984

Termes, Josep, *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*, RBA, Barcelona, 2011

---, “La prensa obrera como fuente histórica”, en Castillo, Santiago y Carvajal Otero, Luis (Eds.), *Prensa Obrera en Madrid 1855-1936*, Revista Alfoz, Madrid, 1987, pp. 33-47.

Tilly, Charles, *Las revoluciones europeas. 1492-1992*, Crítica, Barcelona, 2000.

Tuñón de Lara, Manuel y Núñez de Arenas, Manuel, *Historia del movimiento obrero español*, Nova Terra, 1970.

--- *El movimiento obrero en la historia de España*, Sarpe, Madrid, 1985.

VVAA., *Contribuciones a la historia del PCE*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 2004.